

MALVINAS



10 HISTORIAS 10 HÉROES

MALVINAS
10 HISTORIAS 10 HÉROES

EDIFYL - Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo.

Centro Universitario, Ciudad de Mendoza (5500)

Tel: (261) 4135000 Interno Editorial: 2240 - editorial@ffyl.uncu.edu.ar

Santoni, Susana

Malvinas, 10 historias, 10 héroes: testimonios / Susana Santoni; editado por Susana Santoni; prólogo de Osvaldo Sironi; Marta Elena Castellino. - 1a ed. - Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2019.

320 p. ; 22 x 18 cm.

ISBN 978-950-774-352-8

1. Guerra de Malvinas. I. Sironi, Osvaldo, prolog. II. Castellino, Marta Elena, prolog.

III. Título.

CDD 997.11024



Diseño gráfico: Clara Luz Muñiz.

Impresión: Talleres Gráficos de la Facultad de Filosofía y Letras, UNCuyo, Argentina. Printed in Argentina.

Se permite la reproducción de los textos siempre y cuando se cite la fuente. Esta obra está bajo una Licencia Atribución-NoComercial-CompartirIgual 2.5 Argentina (CC BY-NC-SA 2.5 AR). Usted es libre de: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato; adaptar, transformar y construir a partir del material citando la fuente. Bajo los siguientes términos: Atribución —debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial —no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original. No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otras a hacer cualquier uso permitido por la licencia. <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/ar/>

Este trabajo se publica digitalmente a través del SID (Sistema Integrado de Documentación), que constituye el repositorio digital de la Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza): <http://bdigital.uncu.edu.ar/>.

Nuestro Repositorio Digital Institucional forma parte del SNRD (Sistema Nacional de Repositorios Digitales) <http://repositorios.mincyt.gob.ar/>, enmarcado en las leyes argentinas: Ley N° 25.467, Ley N° 26.899, Resolución N° 253 del 27 de diciembre de 2002 de la entonces Secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, Resoluciones del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva N° 545 del 10 de septiembre del 2008, N° 469 del 17 de mayo de 2011, N° 622 del 14 de septiembre de 2010 y N° 438 del 29 de junio de 2010, que en conjunto establecen y regulan el acceso abierto (libre y gratuito) a la literatura científica, fomentando su libre disponibilidad en Internet y permitiendo a cualquier usuario su lectura, descarga, copia, impresión, distribución u otro uso legal de la misma, sin barrera financiera [de cualquier tipo]. De la misma manera, los editores no tendrán derecho a cobrar por la distribución del material. La única restricción sobre la distribución y reproducción es dar al autor el control moral sobre la integridad de su trabajo y el derecho a ser adecuadamente reconocido y citado.



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO

80 años



FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

80 AÑOS
1939 - 2019

MALVINAS

10 HISTORIAS 10 HÉROES

SUSANA SANTONI

ÍNDICE

Combatir al olvido. A modo de prólogo	7
ORALIDAD Y ESCRITURA EN TORNO A MALVINAS. Estudio preliminar	9
Inscripción de los relatos de Malvinas en el contexto socio-histórico y cultural argentino	10
Literatura testimonial	13
MALVINAS 10 HISTORIAS, 10 HÉROES	15
El entrevistador / narrador	15
Los entrevistados / protagonistas	25
Contenidos ideológicos en relación con la “Cuestión Malvinas”	29
Recuperación de la matriz épica, antes soslayada	29
Una nueva generación de héroes	30
Soldados ¿“meras víctimas pasivas”?	32
Los ex combatientes “devuelven la pelota”	32
Conclusión	34
MARIO AGÜERO. Unido para siempre a la tierra malvinense	35
JOSÉ RAÚL ALTAMIRANDA. La pasión de un hombre que sabe de guerra	75

JOSÉ LUIS BARZOLA. Con los ojos y el corazón en Malvinas.....	131
LEONARDO CARMONA. Vivir la guerra desde el aire.....	153
JUAN CARLOS CHAMBI. Una vida atravesada por la guerra	177
CARLOS ALBERTO CHANAMPA. El dolor de las heridas aún abiertas	211
JUAN EDUARDO GUZMÁN. El calor de una llama encendida	257
ROGELIO MÉNDEZ. Un hombre que no olvida	287
OSVALDO MARCIAL SAAVEDRA. Una historia de ayer y de siempre	313
JORGE VILLEGAS. Una historia de guerra y otros asuntos	349

Combatir al olvido

A modo de prólogo

Toda producción escrita muestra marcas anteriores y deja huellas para los/as que vienen a transitar dichas palabras. Esta obra, como toda investigación-acción humana cargada de sentidos, entretiene las diversas tramas personales de los excombatientes de Malvinas. Con la impronta que han dejado esas historias en la autora, ella ha logrado traducir con puño, letra y corazón las largas horas compartidas de conversaciones, sonrisas, llantos, gestos corporales, mates... Se percibe una dedicada y delicada ambición por darle voz a aquellas historias de vidas que fueron silenciadas por el horror y las memorias oscuras de una guerra de Malvinas que directa y/o indirectamente marcaron nuestro imaginario colectivo.

En este universo convulsionado, una de las cosas que nos apasionan a los antropólogos/as históricos, es la reconstrucción de las alteridades identitarias a través de las crónicas, relatos, memorias orales. Se habla, en efecto, de una pérdida de manifestaciones identitarias, en medio de un mundo avasallador de hegemonías culturales, discursivas, simbólicas, etc. Pues bien, esta obra de carácter literario y con una profunda mirada etnográfica-histórica de la cotidianidad, la emocionalidad y la gestualidad corporal que vivencian los/as personajes afectados, es una propuesta para llevar adelante y sostener esa tarea imprescindible y constante de re-construir identidad(es). Estas ayudan a mantener nuestras expectativas acerca de algunos valores de nuestro pasado, pero también a la inevitable reformulación crítica de esos mismos valores, que tornan complejo y dan mayor sentido al largo recorrido que conlleva la búsqueda de un nos-otros/as.

Las entrevistas aquí transcritas y tamizadas por las subjetividades de la autora, ponen a consideración el planteo ideológico, ético y político que encierran los



conflictos bélicos. Invitan al desafío de sostener nuestros sueños y enfrentar las pesadillas como plataforma de un compromiso en acción, y desde allí, resignificar y empoderar el diálogo democrático y la coexistencia de la diversidad sociocultural. La originalidad de esta obra temática literaria es que incorpora la producción de los entrevistados, siguiendo la mirada antropológica planteada por Rosana Guber. Esta “nueva historia” de vida de los ex-combatientes de Tupungato, nos muestra cómo es posible rescatar momentos y hechos históricos, siendo conscientes de los juicios de valor que se ponen en juego a la hora de escribir historias de vida, ya que sus rescates encienden una pequeña luz de esperanza y acrecienta la medida humana de aquellos a quienes queremos (re)conocer, permitiendo afrontar el reto que propone amanecer cada día a partir de su constante resignificación.

MALVINAS 10 HISTORIAS 10 HÉROES, tiene ese sabor espeso y tierno de la empresa colectiva, que convoca, provocadoramente, a mirarnos desde estos héroes anónimos que insisten en tener y sostener una memoria. Ellos nos recuerdan desde sus historias de vida esa ansiada utopía de creer. Es una creencia en que el conocimiento histórico se mastica, se re-crea y se libera entre todos/as para que tenga verdadero sentido. En palabras de Silvia Bianchi, profesora durante mi formación universitaria en la ciudad de Rosario, esta obra nos remite a ese “pertenecer a una tierra y sentir que su historia nos atraviesa con todos sus dramas, alegrías, tragedias y goces, ya que constituye un ‘nosotros’ que nos hace capaces de animarnos a cambiar todo aquello que nos indigna y nos duele”.

Oswaldo Sironi

Vistalba, noviembre de 2018



ORALIDAD Y ESCRITURA EN TORNO A MALVINAS

Estudio preliminar

Es innegable que alrededor de un acontecimiento tan tocante para la memoria argentina, los discursos que se tejen –aun los que se presentan como ficcionales- están atravesados por la oralidad de los múltiples testimonios que los diversos participantes en el conflicto han dado en reiteradas ocasiones. Así, en los textos sobre Malvinas resuenan múltiples voces que reflejan distintos grados de ficcionalización del referente: desde el testimonio directo, descarnado hasta la forma novelesca de contar esa herida que aún desgarrar la conciencia argentina. Esa duplicidad de voces es la que supone la puesta en escritura de una serie de testimonios de ex combatientes, oriundos o residentes del Departamento de Tupungato (Provincia de Mendoza).

Esta polifonía de voces es la que intenta rescatar el trabajo de Susana Santoni en este volumen de relatos en el que deja constancia de una serie de “historias de vida” recogidas en forma directa y luego transformadas en texto escrito, tratando de limitar al máximo la intromisión del narrador, pero a la vez ciñéndose a una serie de convenciones que distinguen la escritura literaria. Respecto del proceso de elaboración de *MALVINAS 10 HISTORIAS 10 HÉROES*, su autora ha realizado sucesivas entrevistas y luego una revisión de los originales, en diálogo con sus informantes, con la finalidad de conseguir la mayor fidelidad posible. El resultado es un conjunto de relatos palpitantes, vívidos, conmovedores, que reflejan de diverso modo, aunque con un común denominador, la experiencia límite vivida. Con ello, se suman nuevas voces a ese debate abierto, a esa historia aún por escribir que es la de nuestro pasado reciente.

La compleja trama de la Guerra de Malvinas ha sido abordada desde diferentes miradas. Signados por las marcas de la guerra y la posguerra, los relatos que se construyeron sobre el conflicto se centraron en testimonios de ex soldados. Las



huellas inconfundibles que deja el “absurdo monstruo de la guerra” quedaron inscriptas en los registros de los investigadores, en los testimonios de los ex combatientes, en el silencio de la sociedad y del Estado. Pero este proceso memorialístico no estuvo exento de alternativas.

Inscripción de los relatos de Malvinas en el contexto socio-histórico y cultural argentino

Lara Segade (2016) en “El lugar de la guerra. Relatos de Malvinas en la cultura argentina (1982 - 2012)” historia los modos de articulación del tema en relación con el contexto de escritura, que impone sus condicionamientos. Así, a “las dificultades propias del relato de un episodio traumático que adquieren singularidad cuando ese episodio es, además, bélico” (2), o las limitaciones impuestas por la memoria, tanto individual como colectiva, se suman las discusiones acerca del modo de contar los acontecimientos cuando la matriz épica es rechazada o soslayada. En el caso de Malvinas –sostiene Segade– “las propias características de la guerra y la posguerra contribuyeron con la dificultad” (2), aunque a primera vista esta afirmación contrasta con la gran cantidad de relatos, de muy diversos tipos y procedencias, que se produjeron sobre el tema durante poco más de treinta años.

Cabe agregar que la proliferación de relatos testimoniales sobre Malvinas se corresponde con otro fenómeno de alcance continental: el auge memorialístico que surge a raíz de la necesidad de “tramitar” el pasado violento después de dictaduras militares y guerras civiles en el Cono Sur y Centroamérica. Este interés por el relato memorialístico tiene que ver también con el auge mundial de la historia oral en la segunda mitad del siglo xx. Mucho se ha escrito sobre la pertinencia de la historia oral para abordar temáticas de historia reciente, quizá porque la presencia de los testigos vivos, protagonistas de esta trama, interpelan fuertemente al historiador y el abordaje se torna más complejo cuando se trata de testimonios que narran la guerra y la posguerra en primera persona. Es necesario tener en cuenta qué deciden contar, qué silencian, cómo construyen esa trama, qué voces se cuelan en esa construcción.

En efecto, como historia Segade, “tempranamente se revela el interés narrativo que Malvinas suscita tanto para su elaboración literaria y ficcional –novelas,



cuentos, películas, poesías y, en menor medida, canciones— como testimonial — sean testimonios de soldados conscriptos o de militares de carrera” (3). Empero, el contexto de recepción y circulación de los relatos sobre Malvinas fue muy diferente a medida que los avatares políticos argentinos iban condicionando la aceptación de un suceso tristemente asociado con la violencia institucional. En un primer momento, los que estuvieron en la guerra

desde su regreso al continente, se convirtieron en un signo de la guerra muy difícil de asimilar para el nuevo orden. En muchos casos, reivindicaban la guerra que habían peleado y aun cuando eran más ambiguos respecto de esta posición, las heridas en sus cuerpos, las mutilaciones y el daño psicológico se volvían pruebas irrefutables de la experiencia bélica. Además, en las manifestaciones muchos de ellos usaban los uniformes, lo cual a los ojos de la sociedad los ligaba al sector militar que, simultáneamente, estaba siendo juzgado y que, por otra parte, es desde el comienzo el que se apropia del relato bélico, lo cual se convierte en una nueva razón para que este ya no pueda aparecer en otras partes. Situarlos a ellos también como víctimas del gobierno dictatorial comienza tempranamente a perfilarse como la única posibilidad para una sociedad que los había enviado a pelear como héroes y lo recibía ahora en medio del silencio y la vergüenza (Segade: 4).

Entonces, “en los primeros años de la democracia se va construyendo un relato de Malvinas en el que los soldados son meras víctimas pasivas, carentes de agencia y a veces incluso de voz, y la guerra prácticamente no existe”, en el marco de un proceso de desmilitarización y consecuente “desmalvinización”. Un ejemplo podría ser *Los chicos de la guerra*, primera recopilación de testimonios, que son en realidad una serie de entrevistas realizadas por el periodista Daniel Kon. Y sigue Segade.

quienes más sufrieron este intento de desmilitarizar, devenido en desmalvinización, fueron los ex combatientes, puesto que ese silencio en que había caído la guerra significaba para ellos la imposibilidad de dar algún sentido, por medio de la narración, a la experiencia traumática [...]” (8).

Por eso en el libro de Kon citado como ejemplo,

esa tendencia narrativa se hace visible cuando los soldados manifiestan su voluntad de pelear y, sobre todo, cuando exhiben sus ganas de hablar de la guerra: de los combates, de las armas, de la posibilidad de morir y de matar [...] dos discursos diferentes confluyen en un mismo relato, uno que apunta a contar la anécdota, otro que apunta a utilizarla con fines moralizantes” (8).



Esa batalla discursiva terminaría con el silencio impuesto a las voces de los soldados por un discurso sentimental que los convertía en “chicos víctimas de los adultos”. En consecuencia, “Los elementos que, en los testimonios, apuntaban en una dirección contraria, son borrados en pos de hacer encajar a los soldados en el rol de víctimas que permitiría si no asimilarlos, al menos sí volver sus relatos digeribles” (9).

Esta “guerra discursiva” se aplaca durante los años 90, cuando se sancionan las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que pusieron fin a la etapa de juzgamiento de los militares involucrados en la represión ilegal. Paralelamente, cambia la actitud hacia los veteranos de Malvinas¹. En esta nueva etapa se produce un auge editorial de relatos testimoniales, que “buscan fundarse en la evidencia de lo vivido, en el peso de la primera persona, en una idea de ‘verdad’ sostenida en la fuerza de los vínculos y las convicciones personales” (Vezzetti, 2009: 29). Si bien los ex combatientes siguen apareciendo en los relatos como víctimas inocentes del poder militar que los había enviado a pelear, esto “no les impidió, entre otras cosas, erigirse en sujetos activos de sus relatos y, antes que nada, de su experiencia” (Segade: 13)².

Aunque social y políticamente durante dos décadas primó un silencio que dificultó el relato de las experiencias vividas, a partir del año 2000 la situación cambia y “en especial, a partir de los aniversarios de 2007 y 2012, comienza a volverse posible hablar de la guerra sin soslayar sus relaciones con la dictadura, pero reivindicando, al mismo tiempo, su carácter de acontecimiento bélico” (Segade: 16). En ese marco comienzan a aparecer, aunque todavía tímidamente, los héroes de Malvinas, que ya no son los héroes de los altos mandos que en los años anteriores habían poblado los testimonios de los militares, sino soldados. Como resultado de una serie de reconfiguraciones que

¹ Un ejemplo lo constituye el Monumento a los Héroes de Malvinas, inaugurado el 24 de junio de 1990. “Tras una serie de debates, se decide construirlo en Plaza San Martín: [...] se espera que, al tratarse de un lugar céntrico, la memoria de Malvinas y el duelo impliquen a todos los argentinos y no solo a quienes perdieron allí a sus seres queridos” (Segade: 12).

² “Esto puede constatare en la importancia que adquieren, durante los años noventa, las instancias de ‘mediatización externa’ en los relatos testimoniales, ya de por sí mucho más escasos que en la década anterior y, como veremos, en la siguiente: escritores que colaboran en la escritura o en la edición, una cámara que digita la selección de las imágenes” (Segade: 14).



se producen en esta década, el hecho de haber sido víctimas de la dictadura, lejos de obturar la heroicidad de los soldados, la potencia.

Del mismo modo, aparece una nueva figura: la del “militante popular”:

un nuevo tipo de héroe que [...] ya no está reñido con las diversas formas de maltrato y hasta asesinato perpetradas por los mandos militares. En ese sentido, se trata de un acortamiento de la distancia entre la figura de la víctima y la del héroe que durante veinte años había estructurado los relatos (Segade: 20).

En la actualidad, y en un marco en el que la guerra y sus héroes se vuelven elementos posibles en un relato que se aproxima a lo épico, Malvinas comienza a ser objeto de un número cada vez mayor de obras, tanto testimoniales como de ficción, entre las que puede ubicarse esta colección de relatos que nos ocupa.

Literatura testimonial

Compuesta a partir de testimonios, pero narrados en tercera persona, como cuentos, *MALVINAS 10 HISTORIAS 10 HÉROES* nos enfrenta en un primer momento a la cuestión genérica: a pesar de su estructuración como “relatos”, sin duda se traslucen en ellos las condiciones propias de la entrevista oral. Pertenecen entonces, a la literatura testimonial, género de indudable auge en la cultura contemporánea y que reconoce como antecedentes más o menos lejanos las crónicas y diarios de viaje y, más cercanamente, “la importancia que se da en la contracultura de los 60 al testimonio oral como forma de catarsis o liberación personal” (Sarfati-Arnaud: 99) y, finalmente, la *no fiction* iniciada por Truman Capote con *A sangre fría* (1965), resultado de largas entrevistas a dos presos acusados de asesinar a una familia rural³. Se trata, así, de “una forma de expresión que se nutre esencialmente de elementos de la realidad circundante y cuyo objetivo principal consiste en ofrecer [...] la visión ocultada de la historia oficial, [...] valiéndose [...] de fuentes ‘vivas’, capaces de transmitir una historia inmediata” (Sarfati-Arnaud: 99-100), lo que reactiva el debate acerca de su

³ La originalidad del autor norteamericano radica en su intención de “transmitir los hechos con ‘exacta veracidad’ así como en su relación privilegiada con sus informantes” (Sarfati-Arnaud: 99).



pertenencia o no a la literatura (indudablemente no a esta entendida como “bellas letras”). Al respecto, Monique Sarfati-Arnaud señala que

El fenómeno de la emergencia del texto-testimonio dentro de la diversidad de prácticas discursivas institucionalizadas, replantea la tensión que existe [...] entre oralidad y escritura, y obliga al ámbito literario a redefinir los mecanismos por los cuales se establecen sus fronteras. Tal surgimiento obliga a su vez al discurso crítico a revisar la rigidez de sus posiciones (100).

Si bien son resultado de una instancia oral, es posible reconocer una mediatización del discurso original por parte de quienes emprenden su formulación escrita (periodistas, escritores profesionales, investigadores...) que depuran el relato de repeticiones, digresiones, impropiedades o errores de sintaxis (cf. Sarfati-Arnaud, 103), ya que en las entrevistas nos encontramos ante la presencia de dos voces: el que narra, que participa activamente en la construcción de esos testimonios y que oficia como historiador, y el protagonista de la historia en el pasado.

Así, el sujeto de la enunciación se desdobra en dos emisores que remiten a dos instancias distintas, el que participó en las acciones que narra, o sea el protagonista, y el que organiza el texto final, es decir el mediador, “gestor” o “secretario” (como lo llama el crítico francés Guy Mercadier), o narrador, como lo llamaremos en adelante, responsable de compartir (por no decir invadir) la perspectiva narrativa.

El hecho de pasar de un discurso oral a una transcripción para luego llegar a ser un texto elaborado implica una serie de procedimientos de desciframiento, de supresión del texto del interlocutor, de eliminación de las repeticiones, las digresiones, las impropiedades, los errores de sintaxis, etc., de reestructuración coherente del relato, todo un tratamiento que tiene como consecuencia la desnaturalización del discurso oral original.

Pero por el momento podemos prescindir de esas cuestiones y encarar el comentario directo de los textos.



MALVINAS

10 HISTORIAS 10 HÉROES

El entrevistador / narrador

El libro está compuesto por una serie de historias de vida construidas a través de diálogos de los ex combatientes con la entrevistadora, luego devenida autora, a través de una serie de intervenciones ejercidas sobre el material oral.

Esta situación previa al texto escrito, empero, ha dejado sus huellas en una duplicidad que atañe no sólo a la co-presencia de dos voces en el enunciado sino que da cuenta también de dos situaciones enunciativas y dos planos temporales: “En aquella tarde de mates y recuerdos, la conversación se detuvo y reinó el silencio, cuando Juan Carlos recordó su desesperación, al ver los cuerpos de los compañeros mutilados” (Juan Carlos Chambi). También se incluyen apreciaciones acerca del desarrollo de la entrevista: “Mientras José nos está contando el desembarco inglés, entró su nieta en el comedor [...] Ahí sí, endulzó la voz y su cara cambió de expresión por unos segundos”. También, sobre el entrevistado:

Era muy medido para hablar, vivió situaciones complicadas durante la guerra.

- No sé si voy a decirle todo lo que pasé en Malvinas –dijo.

Pestañeaba como si quisiera alejar las imágenes de su cabeza.

- Vivo con la guerra metida en mis huesos (Juan Carlos Chambi).

Incluso la narradora/compiladora ingresa en el cuerpo mismo de la ficción, al presentarse como “un viajero”:



Un viajero estuvo una tarde en la casa de Rogelio Méndez, el mismo día en que el verano se anunciaba con una tormenta escandalosa. El viajero miraba cómo caía el agua sobre el callejón de tierra, mientras esperaba ver aparecer en la calurosa tarde gris, la silueta de un hombre al que no conocía. Los delgados techos de las casas parecían quebrarse ante tanta furia, mientras el viajero pensaba en el rumbo que había tomado su vida. Le agradaba meterse en la historia de las personas, no se cansaba de recorrer lugares.

Cuando vio a Rogelio tuvo la impresión de que era un militar por su andar seguro, su cabello corto, su postura, su presencia [...] caminaba erguido y seguro por el callejón en dirección a su casa, guiando al viajero que lo seguía en el auto [...] Llegaron hasta la casa de madera, entraron y se sentaron. Había una mesa, sillas, un aparador cargado de cosas y un televisor.

Comenzó a relatar su testimonio [...] (Rogelio Méndez).

Se permite asimismo interferir en el relato con sus comentarios: “Sabemos que de allí partieron”, o poner en debate la veracidad de lo referido: “¡Creemos que ese relato era auténtico!”. La voz de la entrevistadora aparece también cuando duda o conjetura: “Suponemos...” y llama la atención que suela recurrir a una primera persona plural; de este modo se evita la función sintáctica de sujeto porque es la que tiene más relevancia. Se pretende hacer menos llamativa la presencia del “yo”. Igualmente, permite asociar al autor con el lector. Da la impresión de que habla también en nombre de su público, mientras que el “yo” la aísla de él: “Sabemos...”; “Podemos imaginar...”. Un efecto similar buscan las interrogaciones retóricas, otro recurso reiterado, generalmente como vehículo de reflexiones de corte existencial: “¿Puede el hombre cambiar su modo de pensar, puede perder la esperanza? ¿Existe una salida que saque a un hombre de esa realidad tan oscura?”. En el mismo sentido operan los apóstrofes dirigidos al “lector”: “Mientras recordamos sus inicios como militar, volvamos a aquel caluroso y húmedo 10 de diciembre”. En todo caso, se revela como artífice del relato, como responsable de la existencia del texto: “Nos gustaría llevar al lector [...]”.

El uso de la primera persona plural une también al enunciador con otras personas presentes en el texto, en este caso el entrevistado, a tal punto que a veces resulta indiscernible quién es el sujeto de enunciación en algunos pasajes. Se produce así la superposición de ambas voces en afirmaciones en las que la



entrevistadora asume los conocimientos del entrevistado y se suma, los hace suyos: “Sabemos que el ejército chileno tenía serios problemas logísticos”.

En el texto quedan algunas huellas de la oralidad, como cuando uno de los entrevistados evoca a su hijo que tenía dos meses cuando Altamiranda fue a Malvinas: “¡Y era un bebote re gordo!” (José Raúl Altamiranda); también pueden leerse al trasluz algunas expresiones del personaje aunque mediatizadas por el narrador: “¡Por momentos se encontraba tan perdido que no se encontraba ni con su alma!” (José Luis Barzola).

En algunos pasajes parecen “colarse” las preguntas propias de la entrevista oral, y también su respuesta: “¿Qué habrá sentido Mario cuando supo que tenía que ir a combatir a Malvinas? ¿Pensó en algún momento dejar el Ejército? [...] Seguro que no, es un hombre que vive los desafíos que le trae la vida, con mucha intensidad” (Mario Agüero). Incluso hay referencias al modo de expresión de los distintos entrevistados: “José es muy tranquilo para hablar, piensa cada palabra, no cambia el tono de voz ni la expresión pero cuando nos cuenta ese momento su voz se vuelve ronca” (José Raúl Altamiranda). También refiere la entrevistadora que

Impacta en este hombre la claridad para relatar los traumáticos episodios que vivió, los relata con frialdad y mucha fuerza. Por momentos, intenta colocarse una cubierta, como si estuviera contando lo que le sucedió a otro; es su modo de protegerse, sabe que todo ex combatiente es vulnerable y su mente puede llevarlo lejos del camino de la serenidad. Es muy elocuente cuando asegura que, en los momentos más difíciles que tuvo que afrontar en la guerra de Malvinas, no pensaba en su propia vida ni en su familia (José Raúl Altamiranda).

Pero así como la autora dibuja su figura en el texto como participante de una situación de oralidad, al mismo tiempo inscribe su presencia en una serie de estrategias tendientes a lograr la “literaturización” del relato. Decíamos que todas ellas están concebidas con una estructura similar, como “historias de vida” que intentan abrazar la totalidad de la experiencia del entrevistado, aunque siempre a partir de un suceso relacionado con lo militar (ingreso al ejército como suboficial, o al Colegio Militar, etc.).

A partir de allí, la narración avanza o retrocede a favor de anacronías que permiten proyectarla hasta la actualidad o incorporar, por ejemplo, la infancia



del protagonista o contratar la experiencia vivida con el presente de la enunciación. Esos *flash back* que remiten al pasado del personaje permiten delinear con más consistencia su personalidad; así por ejemplo, la constancia de la vocación militar: “Una tardecita, sentados en un escalón de la vereda, Mario se lo había confesado. En ese verano de nubes furiosas y amenazantes de agua y granizo, los dos había dejado volar su imaginación” (Mario Agüero). Se pretende así reconstruir la vida antes, durante y después del conflicto bélico.

Esa temporalidad múltiple se vislumbra también en pasajes como el siguiente: “Muchos años después Mario contaba: ‘Cuando estoy en una formación y se hace el minuto de silencio, no lo puedo evitar, me traslado a esa pradera verde y veo las fosas de los compañeros que quedaron allá’” (Mario Agüero).

En el relato se conjugan distintos tipos discursivos. La narración es el más abundante, hecha en tercera persona singular por un narrador heterodiégetico que se permite empero, bucear en el interior de sus personajes: minuciosa, detallista, cronológica con exacta datación de fecha y aun de hora, permite forjarnos una idea completa del desarrollo de la guerra, no solo en las islas sino también en puntos estratégicos del continente y nos acerca a algunos detalles quizás nimios o poco conocidos, pero que revelan la faz humana de la guerra (luego volveremos sobre esto). Puede referirse incluso a sucesos anteriores a 1982, pero conexos, como el conflicto con Chile a punto de estallar (referencia sumaria en el caso de Mario, más detallada en el caso de José, incluso con una visión original de los hechos⁴; o acciones relacionadas con el denominado Proceso de Reorganización Nacional que sirve de contexto a la Guerra de Malvinas; o incluso, dejar constancia de detalles nimios de la vida cotidiana (aunque siempre en relación con lo bélico), como por ejemplo, una serie de televisión muy vista en décadas anteriores, durante la niñez de los protagonistas de los relatos, como “Combate”.

⁴ Como la referencia al clima de camaradería que se gestó entre argentinos y chilenos en el frente de conflicto: “En todo lugar es complicado hacerse amigo del enemigo, pero ellos sabían que los argentinos eran superiores, solo este ejemplo le damos al lector para que lo entienda: la manera en que se manejaba el tema de las municiones en cada ejército [...] los soldados argentinos les brindaban todo el apoyo que necesitaban. Hasta se armaban partidos de fútbol [...]” (José Raúl Altamiranda).



Las descripciones tienen en general un efecto estético, pero también simbólico. Resaltan sobre todo las coloridas pinturas de los atardeceres de las islas:

¡Lo emocionó el espectáculo! El horizonte se unía en una ráfaga de colores sublimes con el mar. Sería difícil explicar la sensación de José en aquel momento, se agitó su cuerpo al ver que en ese atardecer el cielo se fundía con el océano, el sol estaba muy cerca del horizonte y se enredaba con nubes amarillas y blancas; los grises empezaban a cambiar de color. Con rapidez, algunos matices subieron al espacio celeste y otros bajaron, penetrando la profundidad del mar. Todo estallaba en naranjas, rojos y violetas [...] (José Raúl Altamiranda).

De mismo modo, el gesto de describir y tomar entre sus manos tierra malvinense como complemento de la imagen visual, puede tener un significado simbólico que quizás ni el mismo protagonista haya percibido en su momento: “La tierra es muy rica, tiene mucho mineral y turba, es negra y casi siempre húmeda. Mario agarró un puñado y le quedaron las manos negras, igual que la ropa” (Mario Agüero).

Precisamente, pienso que esa textualización del paisaje corresponde también a un intento de apropiarse de él, como la descripción que se hace a través de los ojos de Mario, testigo presencial, y que nos permiten conocer datos de la geografía, la flora, la fauna y la vida en general en las islas:

Gran Malvina casi no tiene habitantes, allí todo es montaña y risco, solo hay alguna cabañita donde los pastores pasan el día cuando llevan las ovejas a pastorear. Su montaña más alta tiene 700 metros, no es un lugar fácil para vivir. En el sur de la isla existen acantilados, donde en temporada de verano abundan las aves marinas; en el oeste hay playas arenosas con aguas limpias y dunas onduladas (Mario Agüero).

Mario construye así casi un relevamiento topográfico, casi un mapa de un eventual regreso.

Por cierto, son las descripciones de batallas las que ocupan el mayor espacio, y en ellas resalta el contraste de colores rojo/negro y también las imágenes auditivas violentas: “Ese amanecer estuvo teñido de escarlata. En el cielo, por las bombas y los iluminantes. Y en la tierra, por los incendios y la sangre” (Carlos Alberto Chanampa); o bien: “Miró a su alrededor, para un lado Monte Longdon para el otro Tumbledown [...] Había batallas, fuego, humo, bombas que



explotaban por todos lados” (Juan Eduardo Guzmán); llega a adquirir proporciones dantescas: “El espectáculo era admirable y espantoso a la vez, con la niebla, en la oscuridad el fuego de los proyectiles iluminaba la zona y mostraba fantasmas en lugar de combatientes” (Juan Eduardo Guzmán).

Pero llama la atención en uno de los testimonios (el único) en que el recuerdo de la experiencia se completa también con lo olfativo, de manera negativa: “Tampoco olvidará el olor repugnante que expulsaba el cuerpo. ¡Quedó penetrado en su ropa! ¡En su nariz! Ese olor del ser humano partido por la brutalidad de la guerra, convivió con él muchos meses” (Juan Carlos Chambi).

También las descripciones tienen la funcionalidad de contraponer los escenarios bélicos, generalmente nocturnos, con la placidez bucólica que parecía reinar en las islas antes de la guerra:

Lo envolvió la tristeza cuando comprendió que ese lugar iba a ser contaminado por el sonido de las bombas, que los gritos de dolor de argentinos y de ingleses se unirían en un mismo espacio. Se dio cuenta de que se vería quebrada toda esa armonía” (José Raúl Altamiranda).

En uno de los relatos se advierte una mayor sensibilidad hacia el paisaje. Abundan las coloridas pinturas de la naturaleza malvinera:

Cuando pasó por Puerto Argentino miraba todo convencido de que se encontraba dentro de una postal, los techos de chapa combinaban con armonía los diferentes colores y dominaban el cielo a pesar del gris y la lluvia. El blanco de las paredes de las casas resaltaba en esa manifestación de matices y sencillez. En algunos fondos y en los frentes de las viviendas los kelpers cultivaban repollos zanahorias, coliflores, nabos, papas. También algunos criaban gallinas [...].

Miró las colinas salpicadas de rocas y vio cómo el otoño iba pintando de amarillo la turba. El paisaje era muy hermoso, la calle que venía desde el pueblo llegaba hasta el final de la ría, se pasaba por un puente para ir a Monte Longdon y a los otros cerros. Ahí, donde empieza a subir la montaña, en la parte baja de las colinas, estaba el cuartel de los ingleses; sobre el valle. Había también un vivero. (Juan Eduardo Guzmán).

Llega a ser un paisaje espiritualizado, en pasajes como el siguiente:

En los días de cielo limpio, la ría mostraba todo el esplendor de su color y se perdía en el horizonte con el azul más intenso que podría haber imaginado. Ese



color lo estremecía en las mañanas claras. Creemos que en esos momentos podía ver todo distinto ¡Cuando el sol ilumina siempre los ojos ven la luz! (Juan Eduardo Guzmán).

No importa si se trata de un paisaje bravío:

[...] una tarde negra de tormentas imaginaba el mar bañando las costas, invadiendo ese universo de entradas que marcan el contorno de las islas. Agrandó la mirada, quería ver entre la lluvia y la nieve la furia del agua golpeando las altas colinas (Juan Eduardo Guzmán).

Incluso, y en consonancia con la personalidad de informante, un hombre de confesa fe religiosa⁵, aparece un dato del paisaje que no había sido relevado por otros: la iglesia, descrita con detalle, con la mirada del viajero que llega por primera vez a un lugar y registra todo lo observado, aunque en la descripción se filtra también la voz de la entrevistadora:

Pasaron frente a la iglesia Santa María que mira hacia la costanera Roos y fue construida en madera hace más de un siglo. Tiene el techo rojo a dos aguas y las paredes blancas, un pequeño campanario con ribetes grises que bordean el triángulo del techo y los márgenes de puertas y ventanas. En las tardes claras, cuando el cielo es más azul que en cualquier otro lugar del mundo, su techo describe la silueta del templo, que resalta por su serenidad. En los atardeceres grises y oscuros, iluminada tal vez por alguna luz en la calle, la imaginamos mostrando la blancura de sus paredes; en contraste con la noche que se va acercando, su silueta parece una visión (Juan Eduardo Guzmán).

Se releva asimismo el detalle inédito, el que distingue el territorio malvinero:

Una de las características de ese lugar son los extraños ríos de piedra, cauces de ríos secos que han llevado agua en alguna de las etapas de su formación y quedaron con un acarreo muy variable, desde guijarros hasta enormes piedras angulosas; no hay turba ni tierra, solo una masa espesa de piedras. Dicen que en algunos ríos, en tiempos en que la isla vive en armonía con el ambiente, se escucha el murmullo de un arroyo invisible (Osvaldo Marcial Saavedra).

El día posterior al cese de las hostilidades, la despedida que se tiñe de nostalgia:

⁵ “Lalo era un hombre de mucha fe y lo sigue siendo, siempre en la vida se ha aferrado a Dios y a la Virgen de Luján, de niño en Tupungato, junto a su amigo Peco Giaquinta eran monaguillos, en la parroquia Nuestra Señora del Socorro” (Juan Eduardo Guzmán).



Cuando el lanchón se alejó del muelle, en la mirada de Juan Carlos quedó la imagen de ese pueblo de casas bajas, donde el silencio es más fuerte que el sonido del viento. Sintió dolor al pensar que esas calles no volverían a sentir el sonido de las voces argentinas (Juan Carlos Chambi).

Otra contraposición significativa es la que se establece entre los escenarios bélicos y los paisajes de la infancia, generalmente tupungatinos, construidos con recursos propios de la literatura, casi como un *locus amoenus*, como técnica de contraste que sirve para destacar los sufrimientos vividos, pero también la pertenencia a un espacio tiempo que ofició en muchos casos como un reaseguro y una fuente de esperanza:

Quien conoce estos paisajes tupungatinos nunca más los puede sacar de su recuerdo. Allí el coirón parece esquivarle a las piedras del camino y se queda mansamente en la orilla, jugando con el viento. Allí los árboles en otoño bañan de dorado hasta el alma de los que pasan caminando. Allí las nubes y el cielo se iluminan con la luz de las estrellas [...] (José Raúl Altamiranda).

También son de notar los retratos de los distintos entrevistados que parecen intentar suplir el paratexto fotográfico: “El pelo negro, muy corto y bien peinado. Con sus ojos marrones, casi negros, que no se quedaban quietos, observaba todo a su alrededor. Los zapatos más brillantes que nunca, ninguna arruga en el uniforme” (José Raúl Altamiranda).

Son minuciosas igualmente las descripciones del armamento, pasajes en los que resuena inocultablemente la voz del soldado experimentado que instruye a un neófito en el tema. Es muy grande el detenimiento en las maniobras que se efectuaban para volver más “habitables” los pozos en los que debían permanecer gran parte del tiempo en Malvinas:

Prepararon una chimenea, como la tierra era blanda no les costó perforarla para pasar un caño que encontraron, hicieron un pequeño fogón y le iban poniendo pancitos de turba para calentarse y cocinar. Con este aporte el pozo quedó bastante confortable (Mario Agüero).

En cuanto al diálogo, abunda el directo, pero en él se reflejan también otras voces, seguramente evocadas por el entrevistado. En ocasiones, las reflexiones del protagonista se transcriben en forma textual, utilizando comillas o simplemente el guion de diálogo: “¡Estuve preparándome y voy a hacer algo que está acorde con mi profesión!” (José Raúl Altamiranda); “-Usted no sabe lo



que es estar de guardia en la noche y sentir las antiaéreas- decía”, aunque es más frecuente en discurso indirecto:

Rogelio no podía dejar de imaginar cómo se verían las nubes desde el cielo, esos minutos cuando el aviador se queda sin palabras, y el avión no ve el mar a sus pies, solo nubes por debajo y en lo alto el cielo limpio y celeste. Momentos en que solo existe el contacto con Dios, atardeceres en que el sol busca dejar su huella roja y ardiente en las pupilas de los hombres ¡Debe ser intenso lo que se vive allá arriba! (Rogelio Méndez).

Otro tipo textual que aparece es el expositivo, generalmente para dar cuenta de la experticia del entrevistado/personaje en algún aspecto de la tarea militar.

Incluso encontramos la forma epistolar en el último de los apartados, aunque con la aclaración autorial: “Las cartas escritas en esta historia novelada no son reales. Es la manera que la autora eligió para contar el relato de Jorge Villegas”. Pero también con una aclaración que vale igualmente para el resto de las páginas de este volumen:

Todo el contenido de estas supuestas cartas es auténtico, está sacado puntualmente del original del testimonio que Villegas relató a la autora. Las fechas fueron utilizadas de manera cronológica para relatar lo que iba sucediendo día a día en el campo de batalla (Jorge Villegas).



Los entrevistados / protagonistas

Son hombres que revistaron en distintos ámbitos, tanto en las islas como en el mar o en distintos puntos del continente durante las hostilidades: pilotos, artilleros, especialistas en comunicaciones, paracaidistas, foguistas de portaaviones...; también de distinto rango, tanto oficiales como suboficiales... Y de distinta procedencia, aunque en su mayoría mendocinos. Sus nombres, por orden de aparición en el libro: Mario Agüero; José Raúl Altamiranda; José Luis Barzola; Leonardo Carmona; Juan Carlos Chambi; Carlos Alberto Chanampa; Juan Eduardo Guzmán; Rogelio Méndez; Osvaldo Marcial Saavedra y Jorge Villegas, si bien a través de sus relatos van apareciendo otros múltiples nombres a los que se rinde un tácito o declarado homenaje:

Pensó en el Teniente Estévez y tanto otros que dieron su vida por la patria y sintió bronca. Sintió que las dos secciones del Regimiento 25 que lucharon sin descanso no merecían la rendición. Una estaba bajo las órdenes de Estévez, el soldado de la fe profunda que dejó testimonio de ella en una carta a su padre. Para Carlos fue un ejemplo de persona, un hombre que podría estar a la altura de los grandes próceres que tiene la patria.

Gómez Centurión fue otro hombre de gran entrega y valor [...] (Carlos Alberto Chanampa).

Incluso aparece en ocasiones una 1° persona plural que corresponde a un actante colectivo, del que algunos, como Mario por ejemplo, se sienten portavoces.

Todos en general tuvieron participación activa y destacada en los combates que se libraron luego del 2 de abril y vivieron las durísimas circunstancias que todos conocemos: “Nadie hubiera podido imaginar cómo vivían dentro del pozo, casi no se bañaban, el agua era tan dura que no podían sacarse el jabón, el cabello quedaba tieso” (Mario Agüero). El frío: “Ese día, el 21 de mayo, José sentía tiesos por el frío los músculos de la nariz, las mejillas, el mentón, las orejas y los dedos de las manos y de los pies” (José Raúl Altamiranda). Y también el hambre, pero contado sin dramatismo, sin quejas ni acusaciones:

Después comenzó la guerra y pasaron hambre. Esa mañana miraba entretenido a sus soldados que trataban de matar una avutarda para cocinarla.



Las ovejas pasaban cerca de las trincheras, pero como no podían cazarlas, pasaban largos ratos observando a las avutardas que se juntaban a comer en bandadas. Eran unos pájaros bastante bobos y curiosos, entonces les tiraban piedritas hasta que alguna caía atontada, las otras se juntaban para ver qué había pasado y les tiraban una lluvia de piedras hasta que caían tres o cuatro. Tenían que hervirlas tres días más o menos para poder comerlas ¡Eran durísimas! La carne cocida se volvía azul igual que su sangre (Mario Agüero).

En cuanto a su suerte posterior: muchos continuaron sirviendo en el ejército, con destinos diversos, incluso participando en misiones internacionales, antes del retorno a Tupungato. Algunos, como José, se encuentran perfectamente integrados a la sociedad civil tupungatina, luego de su retiro: es un hombre íntegro que “piensa que el ejemplo es la mejor manera de enseñar y educar. Se nota un hombre inquieto, su mirada está atenta al negocio, a la calle, a todo lo que pasa a su alrededor...” (José Raúl Altamiranda).

Incluso varios hijos de ex combatientes siguieron la carrera militar. Con satisfacción exclama José Luis: “-¡Mis hijos son re malvineros! [...] ¡Los tres! [...] Es más [...] me llena de orgullo que ellos sean malvineros y que tengan presentes estas cosas en su vida” (José Luis Barzola).

Pero tampoco niegan las secuelas del combate: “Todos los soldados con los que fue a Malvinas regresaron con José, eso le ayudó a no pensar en abandonar el ejército”. Empero, “Todos volvieron cambiados, más fríos, más distantes” (José Raúl Altamiranda). Precisamente, ese laconismo de los veteranos de guerra es puesto de relieve por Carlos Gamarro, quien luego de entrevistar a los ex combatientes expresó, reformulando a Walter Benjamin, que habían vuelto del campo de batalla “no mudos sino lacónicos”, es decir, “para comunicarse entre ellos, las palabras eran casi innecesarias: lo mismo valían los silencios y los gestos”, en cambio, para hablar con otras personas las palabras resultaban insuficientes (Gamarro, 2010: en línea).

Y continúa el relato acerca de José destacando “[...] las cicatrices que cargaba en su memoria. Esas partículas de su vida están siempre presentes ¡Un fuego que no se apaga nunca! Que se alimenta cada día de sus pensamientos”. Y la reflexión se generaliza:

Todo el que padeció una guerra tiene dos opciones en la vida: dejar que los recuerdos maten su alma y destruyan su cuerpo o luchar contra ellos, que se



queden en el lugar donde tienen que estar, en un rincón, bien lejos de la memoria. (José Raúl Altamiranda).

Cada uno de ellos, cuando regresó de las islas “cargaba no solo cosas materiales, además del bolso llevaba un puñado de recuerdos, angustias, miedos, soledades. Llevaba los ojos bajos”. Así, “No volvió el mismo José Luis que se fue dos años atrás. La guerra había moldeado su manera de ver la vida” (José Luis Barzola). Pero no se trata de una experiencia individual ya que

Muchas cosas atraviesan la cabeza de quien ha vivido una guerra. Pasó tiempo y seguía pensando en todo lo que había vivido, hasta que como todo en la vida, los recuerdos empezaron a ser eso, solo recuerdos ¡Dolorosos, pero solo recuerdos! (José Luis Barzola).

La insistencia en el peso de los recuerdos es una de las constantes que atraviesa estos relatos:

¡A todos los que vivieron una guerra les pasa lo mismo! A veces alguien le habla a Juan Carlos y él está tan poseído por los recuerdos que mira a su alrededor sin comprender y otra vez termina reviviendo momentos que no se borran jamás ¡Cada paso dado en Malvinas resuena en su cabeza! ¡Revive cada proyectil que cae! [...] Se ve llegando a Puerto Argentino ¡Todo vuelve a su mente! Con la mirada extraviada se pierde en un mundo de infinitos tormentos y sabe que nunca saldrá de ese laberinto (Juan Carlos Chambi).

Las secuelas perduran en la vida cotidiana:

Pasó mucho tiempo y Juan Carlos seguía teniendo esa sensación de estar en Malvinas, las bombas antigranizo para él eran los morteros, era la artillería de campaña. Sufría en las fiestas de fin de año, los petardos lo ponían muy nervioso (Juan Carlos Chambi).

Se va configurando así un tipo: el del veterano de Malvinas, que se bifurca en realidad en dos, el que pudo integrarse nuevamente a la sociedad casi sin dificultades, y el que no lo logró con facilidad: “Juan Carlos nunca sintió que había hecho algo malo como para tener algún trastorno ¡Pero era tan difícil ordenar el pasado con un presente de paz y trabajo!” (Juan Carlos Chambi).

El fantasma del estrés postraumático ronda permanentemente los relatos; así por ejemplo, cuando José afirma que



Conocemos que mucha gente quedó trastornada, llegar a una situación límite destruye el ánimo de cualquiera. No en el momento, porque en esas horas la mente está en blanco, solo se busca sobrevivir y no dejar avanzar al enemigo. José está convencido de que ha vivido situaciones que no recuerda, pero sí sabe que siempre protegió a sus soldados.

El diagnóstico es cruel pero comprobable: “Los primeros meses no podía dormir, se despertaba con la sensación de seguir en el frente de batalla, sentía que no podía respirar” (Juan Eduardo Guzmán). Esto es común a la mayoría (por no decir todos, aun los que en un primer momento se sintieron exentos⁶) de los veteranos de guerra, porque

Todo esto hace que quien va a una guerra nunca vuelve igual, aparte de las perturbaciones que producen estas situaciones, el hombre se embrutece, le cambia el carácter, pierde la sonrisa. Para volver a tener una vida familiar tranquila tiene que realizar largos tratamientos, sin ayuda es difícil que pueda sobrellevar el peso de una guerra (José Raúl Altamiranda).

Respecto del retorno a la patria, hay diversas versiones. Mario, por ejemplo, señala que no fue oculto ni a escondidas, como afirman muchos: “Antes de que el colectivo parara, ya escuchó el sonido tan familiar y querido de la banda [...] Le temblaron las piernas cuando sintió que estaban tocando la canción del regimiento” (Mario Agüero). Otros, en cambio señalan la ausencia y el silencio casi total con que se pretendió “esconderlos”. Quizás lo peor del regreso fue la soledad, tal como la evoca Juan Carlos:

El lector recordará que hemos dicho que uno de los días más tristes de su vida fue cuando llegó de Malvinas. Cada uno de los soldados, oficiales y suboficiales

⁶ “Siempre se preocupó por tantos veteranos que deciden no seguir viviendo o se vuelcan a la bebida. Lalo estaba convencido de que a él no le pasaría nunca. Sin embargo, hace poco, un día en que iba a Mendoza con su familia de pronto se le hizo la noche, pensó que era la presión, descansó un rato y continuaron, a la vuelta le volvió a ocurrir. Cuando llegó a su casa no podía dejar de llorar, solo quería estar en la cama, no quería ver a nadie. Le decía a su familia que se iba a morir. Era su único pensamiento.

Se trató y el diagnóstico final fue ‘Estrés postraumático con trastornos depresivos moderados’. Ahora toma pastillas y ha asumido que tiene que vivir con las heridas que le causó Malvinas. Aprendió a decir lo que le afecta y qué cosas quiere en la vida. Aprendió a buscar su norte. Todo eso le da tranquilidad” (Juan Eduardo Guzmán).



se fueron a sus casas y él quedó solo, en la inmensidad del patio de armas ¡No había nadie!(Juan Carlos Chambi).

En realidad, esta actitud se corresponde con lo que fue la de gran parte de la población durante el conflicto: “El desconocimiento de todo el mundo con respecto a los sucedido [...] ¡Nadie estaba muy al tanto! ¿Es posible imaginar que mucha gente estaba más preocupada por el mundial de fútbol que por lo que ocurría en Malvinas?”.

A la luz de las matrices ideológicas que se sucedieron en la consideración del conflicto bélico con Gran Bretaña –la “Cuestión Malvinas”- se advierte en este conjunto algunos rasgos significativos en relación con la reseña histórica que hicimos anteriormente.

Contenidos ideológicos en relación con la “Cuestión Malvinas”

Recuperación de la matriz épica, antes soslayada

En primer lugar, advertimos un rescate de la epicidad de los acontecimientos vividos, junto con el orgullo de haber participado en ellos: “Carlos admira los soldados que combatieron en Malvinas ¡La gente no sabe el espíritu de lucha que tuvieron!” (Carlos Alberto Chanampa). Parejamente, se registra una reivindicación de la gesta, como respuesta a ese proceso de “desmalvinización” a que hemos aludido: “Con los años empezó a darse cuenta de que debía hablar de la guerra, que él formaba parte de la historia viviente de esa época argentina ¡Solo los que estuvieron en la isla podían malvinizar al país!” (Juan Eduardo Guzmán). Por ese motivo,

Desde ese día, cada 2 de abril, Lalo está en la plaza ‘Héroes de Malvinas’, en el centro de Tupungato. Como cada protagonista de este libro, siente agradecimiento por su querido departamento, por su hermosa gente, que en cada aniversario le recuerdan que el pueblo no olvida que dieron la vida por la patria (Juan Eduardo Guzmán).

En función de ello, en uno de los testimonios se trata de dejar en claro que la retirada de Malvinas fue “una capitulación”, no “una rendición”; a través del testimonio de Mario se explica claramente:



Ese día a la noche cayó un contingente británico a parlamentar con el jefe de unidad y les ordenaron entregar las armas. Se sabe que no fue una rendición sino una capitulación, que es como decir 'Bueno, yo me voy pero esto es mío'.

Cuestión semántica o no, deja en claro la esperanza de volver.

De allí también el dolor profundo por el fin de la guerra: "La dureza de la guerra no les había endurecido el corazón ni los sentimientos, cada uno con rabia y dolor rompió su arma como formando parte de una ceremonia, a la que se sentía obligado; todos lloraban sintiéndose vencidos" (Mario Agüero).

Una nueva generación de héroes

Consecuentemente con la matriz épica instaurada, se destaca el coraje de los soldados argentinos: "¡Más de uno debe haber creído que estos soldados exageraban cuando decían que se habían enfrentado a 5.000 ingleses! ¿Cómo van a luchar sesenta y dos personas, matar a tantos enemigos y no morir ninguno?". La voz narradora se suma al elogio, al afirmar que "Sabemos que las crónicas les dieron la razón. La realidad, como ocurre tantas veces, superó a la ficción" (José Raúl Altamiranda).

El elogio (sobre todo a la Fuerza Aérea) llega también a través de testimonios ingleses: "se puede notar en muchos testimonios de los ingleses que sentían admiración por el coraje y el amor a la patria de los soldados argentinos, pero eso solo no alcanzó" (Mario Agüero). Así, Leonardo afirma que a los pilotos

Les queda saber que fueron reconocidos, hicieron las cosas que sabían, habían sido muy bien adiestrados [...] Llegaron a la guerra totalmente desprendidos de las cuestiones políticas, estaban pura y exclusivamente de la parte operativa. La responsabilidad será de quienes conducían en ese momento las fuerzas y no de los que se enfrentaban con el enemigo (Leonardo Carmona).

Abundan también las reflexiones acerca de las actitudes diversas que motiva el enfrentar esa situación límite que es el combate:

El miedo no tiene jerarquía. El miedo está, puede ser en un soldado, en un cabo, en un sargento [...] El miedo existe, todo el mundo lo tiene. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez? En especial cuando se está cerca de la muerte y en medio de un combate. Como cada uno de sus soldados llevaba el miedo en sus entrañas (Mario Agüero).



El coraje también tuvo su contrapartida. Y en ese sentido, por vía indirecta, opera el relato de Carlos Chanampa acerca de un sacerdote de los que acompañaron a los soldados argentinos en Malvinas, al que no se nombra pero al que se caracteriza como “un cura español [...] peticitito ¡Muy bravo el cura!”:

– Bueno, en este momento –dijo– vamos a celebrar la Santa Misa para rezar por nuestros hermanos que han perdido la vida y para agradecer por los que estamos vivos. Yo absuelvo a todos aquellos que estén en pecado y voy a suministrar la eucaristía a todos los soldados sin excepción. Lo único que pido es que no venga ningún cobarde a comulgar, porque no quiero ponerlo en evidencia frente al resto ¡Y yo sé muy bien quiénes son los cobardes! (Carlos Alberto Chanampa).

“En toda guerra, como existen los cobardes, también existen los héroes, en Malvinas ocurrieron muchos actos de cobardía, pero también existió la entrega de soldados valerosos”. Y el ejemplo: “El soldado correntino fue muy corajudo, muy arriesgado y si era cuestión de cuchillo, ellos no tenían problema, los manejaban con una habilidad increíble ¡Dignos de admirar!”.

En la esfera semántica del valor entran también episodios que destacan el ingenio de los argentinos, como los falsos cañones que fueron armados para que los ingleses los bombardearan (Mario Agüero), astucia que les permitió enfrentar –al menos por un tiempo- a un enemigo infinitamente superior. También es ingenioso el modo en que se evitó que algunas banderas cayeran en poder de los enemigos en el momento de la rendición: las descosieron y ocultaron y así consiguieron pasarlas. Luego las rearmaron.

Otro valor positivo lo constituyen las muestras de solidaridad que se vivieron: cuando los soldados caminaban mucho para llevarle jugo hecho con las escasas naranjas de su ración al jefe que estaba enfermo, internado. También se rescatan otros ejemplos: “José alaba el espíritu de entrega de Villegas, porque no cualquiera es capaz de jugarse así, de meterse en los campos minados, con bombardeos permanentes para ir a buscar a un herido, o llevar comida” (José Raúl Altamiranda).



Soldados ¿“meras víctimas pasivas”?

Federico Lorenz retoma a Hynes para sostener que

la permanente apelación al ‘yo estuve ahí, yo puedo contarlo’ es una marca discursiva de una situación mucho más profunda: los ex soldados, aun cuando reproducen discursos que tienden a pasivizarlos, no se ven a sí mismos como víctimas, sino como protagonistas activos de su experiencia (2005: 204).

Mario, por ejemplo, rebate el estereotipo de los soldados como “chicos”; en su palabra se citan indirectamente otros discursos sociales: “Realmente tuvo seis soldados increíbles, muchos hablan de que los soldados que fueron a la guerra eran unos niños, él asegura que sus soldados eran verdaderos hombres ¡Hombres con todas las palabras! Repetía a menudo” (Mario Agüero). Otro de los entrevistados también destaca que la actitud social hacia los conscriptos que lucharon en Malvinas tampoco fue la correcta: “Se preocuparon más por saber si habían sido maltratados que por atenderlos, por buscarles una actividad que los hiciera sentirse dignos como personas. Los estaquearon de por vida” (Carlos Alberto Chanampa).

En relación con el remanido tópico de las carencias de todo tipo a que se vieron sometidos los soldados en las islas, que los pusieron en la necesidad de consumir actos a primera vista reprobables, no se elude en algunos de estos testimonios, aunque se minimiza, el hecho de haber robado comida a los *kelpers* en algunas ocasiones:

Los *kelpers* todos los días carneaban dos corderos, cortaban un pedazo y se lo daban a los perros, aparte del alimento. Eran todos doberman que cuidaban las ovejas y ellos los alimentaban muy bien [...] Nunca les tocaron las cosas a los *kelpers* pero medio que les robaban los corderos a los perros, en vez de darles dos partes, les daban una y la otra se la comían ellos (José Raúl Altamiranda).

Los ex combatientes “devuelven la pelota

Ante todo, los veteranos de guerra expresan la necesidad de reconocimiento por parte de la comunidad: “Lo único que busca un ex combatiente, más allá de todo lo que le puedan dar como veterano de guerra, creemos que es el respeto que debemos tener por los caídos” (Mario Agüero).



Quizás Carlos Alberto Chanampa sea el más incisivo en sus reflexiones, como cuando expresa su desilusión ante lo que denomina “el país de posguerra”:

En las islas había tenido la falsa ilusión de que al regresar se iba a capitalizar un poco todo lo vivido [...] Estando en Malvinas pensaba: “Vamos a volver de la guerra y se va a reflexionar [...]”. Imaginó que todo iba a converger en un centro, que los argentinos harían otro país, un país mejor. Se desilusionó.

Las culpas se reparten por igual entre los distintos actores sociales, ya que “El ejército no lo contuvo a él ni a nadie [...] No se advertían cambios de políticas”. Habla sin dudar de un “doble enemigo”: “Carlos decía esto convencido de los errores cometidos por los que comandaron la guerra ¡Existió el enemigo inglés y el enemigo argentino!”. Y aclara aún más su pensamiento:

–El máximo fracaso –decía con voz segura– el máximo fracaso de Malvinas –volvía a repetir para que no hubiera dudas de su pensamiento– fue la logística. Creo que los generales tenían una laguna muy grande en su cerebro, cuando discutían sobre logística.

La crítica se personaliza:

Parece ser que en la planificación de la guerra, el general Galtieri había puesto la mano sobre el mapa de las islas y había dicho que la Gran Malвина era muy buen lugar para poner tropa ¡Lo dijo sin conocer el lugar!

La culpa, en todo caso, fue también social: “Carlos [...] sintió vergüenza de ser parte de una sociedad donde tantas veces se habla de la injusticia, del hambre, de la existencia de tantos pobres y no sabe cómo solucionarlo”. Al mismo tiempo “comprendió que la culpa de todo lo que ocurre en las sociedad es el resultado de algunos individuos que toman ventaja sobre los demás. Eso también ocurría en aquellos días, cuando la guerra todavía manchaba de rojo el paisaje” (Carlos Alberto Chanampa).

Y, quizás lo más doloroso en su percepción sea que “Los veteranos de guerra eran discriminados por una porción del pueblo argentino. No fue fácil conseguir trabajo o ser parte de la sociedad para los veteranos de guerra”:

¡Tan difícil como fue vivir con la discriminación siempre cerca!

–Es un veterano de guerra ¡Debe estar loco! –escuchó más de una vez a sus espaldas.



“¡Y más si era un oficial!”, continúa el veterano. Este último dato es significativo y habla de una peligrosa tendencia social a “poner a todos en la misma bolsa”: “[...] se le ha hecho mucho daño a los oficiales –comentó con voz segura– siempre han sido mal mirados” (Carlos Alberto Chanampa).

Rogelio Méndez habla de la “recomendación” (léase “prohibición”) de referir lo ocurrido, con el pretexto de su salud mental:

El Teniente Coronel Laso, un psicólogo, fue hablándole a cada uno, escuchando su relato y diciéndoles que no tenían que contar nada de lo que habían visto y lo que habían vivido. Ni a los familiares. Tuvieron que pasar varios años para que saliera una ley que les permitía hablar de lo ocurrido (Juan Eduardo Guzmán).

Y la reflexión de la voz narradora:

¡Qué absurdo que un héroe de Malvinas haya tenido que salir a buscar trabajo para poder mantener a su familia! ¡Qué injusta que fue la vida, o la sociedad o el estado con estos hombres que dieron todo por la patria! (Osvaldo Marcial Saavedra).

Conclusión

Ante todo, destaca la importancia de la recolección de estos testimonios por parte de Susana Santoni, porque

Una guerra se compone de pequeños fragmentos que poco a poco van armando la historia, todo fragmento sirve [...] Todo sirve para armar la historia, nunca se termina de conocerla, cada día se reinventa de nuevo, cada mañana se borra y se construye con una mirada diferente (Osvaldo Marcial Saavedra).

De este modo, viene a responder a la queja proferida por estos protagonistas de la historia: “¡Estos pequeños hechos realizados por grandes héroes, no tienen lugar en los homenajes! Siempre se buscan historias de grandes personajes sin saber si conmueven el alma!” (Osvaldo Marcial Saavedra).

Quizás la mejor caracterización de este conjunto de testimonios sea la que en uno de los relatos se propone como definición del conflicto bélico: “Se juntan almas que sufren, cabezas que arman estrategias, corazones que sangran, amores que esperan, ilusiones que se rompen”.

Marta Elena Castellino



MARIO AGÜERO

Unido para siempre a la tierra malvinense

“Fue tremendo para él enterarse de esa manera. Volvió llorando a la posición, con la angustia de no saber si conocería a sus hijos. No pudo sacarse esa idea de la cabeza durante semanas”.

I

Habían pasado cinco meses desde aquella mañana. La mañana en que tuvo entre las manos la solicitud de ingreso para la escuela militar. Con sus diecisiete años, Mario Agüero ya estaba decidido. ¡Formaría parte del Ejército Argentino!

Aun hoy recuerda las palpitaciones de su corazón cuando tuvo que llenar el formulario.

Nombre del padre: Pedro Agüero.

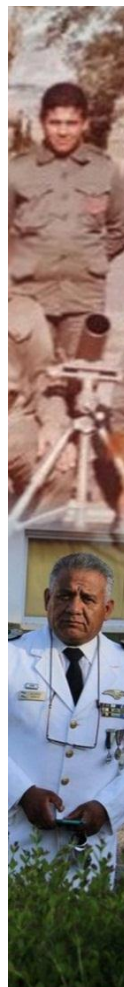
Nombre de la madre: María Isabel Escudero

Fecha de nacimiento: 15 de agosto de 1960.

Lugar de nacimiento: San Martín, Mendoza

Establecimiento primario: Reservista Naval 253.

Establecimiento secundario: Escuela de Suboficiales Sargento Cabral.



Terminó de completar otros datos y con manos temblorosas, lo llevó a la Estafeta Postal sabiendo que su futuro estaba a punto de definirse.

Mario no se va a olvidar nunca del 3 de marzo de 1977. Ese día, en Tres Porteñas, un lugar que creció a la orilla de la estación de trenes, en el departamento San Martín de Mendoza, había comenzado para él el proceso de una vida diferente.

Hacía casi un año que habían detenido a Isabel Perón y la Junta Militar gobernaba el país. La caída de la democracia y los graves problemas por los que atravesaba Argentina no lo preocupaban por aquel entonces. En su adolescencia sólo necesitaba saber qué había pasado con la solicitud para entrar a la escuela militar.

Ese día, después de almorzar, don Pedro había salido. Volvió a los pocos minutos llamándolo.

— ¡Mario —dijo su padre— me avisó Vásquez, el del Correo, que vayas!
¡Hay algo para vos!

El correo cerraba a las dos. ¡Eran casi las dos de la tarde! La calle estaba vacía y los vecinos durmiendo la siesta. Corrió con una angustia grande en el pecho pensando que seguro lo habían rechazado. Los árboles, en ese verano y a esa hora, brillaban como nunca. No abrió la carta hasta volver a su casa. Sus padres estaban sentados alrededor de la mesa y miraban en silencio el nerviosismo que mostraban las manos de Mario. Él sabía que en ese sobre venía una carta de rechazo o la documentación que tenía que presentar. ¡Al fin se decidió! Con un suspiro de alivio miró los papeles. ¡Habían aceptado su solicitud! ¡Tenía cinco días para preparar cuatro materias! Mientras leía pensó en buscar a su maestra de séptimo grado para que le ayudara. Ella lo preparó y el 26 de febrero subió al tren El Zonda, rumbo a Buenos Aires.

Este viaje era casi su primera vez en tren, había viajado una vez cuando era muy chico, con sus padres, pero casi no lo recordaba. Ese día, sintió que los nervios estaban a punto de jugarle una mala pasada. Nunca había estado en la Capital Federal. Dejó el bolso de mano en el costado del asiento, atesorando en la mente la voz de María Isabel, su madre.



— Dejé el bolso cerca tuyo, que no se te pierda.

Mario era de contextura pequeña, no muy alto. Su pelo negro, corto y prolijo anunciaba ya su vocación. De mirada sonriente y despreocupada, aparentaba tranquilidad, pero sus piernas querían salir corriendo de allí y volver al hogar. Momentos antes se había despedido de los padres tratando de que ellos no descubrieran que tenía miedo, no quería dejarlos más preocupados de lo que estaban. María del Carmen, su hermana, abrazada a la falda materna, lo miraba desde el andén sin entender, mientras la madre le acariciaba el pelo. Damián, menor que Mario, comprendía lo que estaba viviendo. Sin saberlo aún, en el corazón de Damián se estaba gestando la idea de seguir el camino de su hermano. Sabía que estaba asustado, una tardecita, sentados en el escalón de la vereda, Mario se lo había confesado. En ese verano de nubes furiosas y amenazantes de agua y granizo, los dos habían dejado volar la imaginación. Pensaban en cómo sería la vida familiar con Mario lejos, nunca la sangre de los Agüero se había separado.

Y de pronto el tren partió, respiró aliviado, ese tiempo se le había hecho eterno. Con la cara pegada al vidrio, comenzó a ver cómo se alejaban de él su infancia, su adolescencia y su familia. Sintió ese despegue como si alguien lo despojaba de una parte del corazón. Se preparó para soportar largas horas de viaje.

Para no pensar en la llegada a Buenos Aires, intentó recordar la historia de cómo había decidido ser militar.

— ¿Qué querés ser cuando seas grande? —le preguntaba siempre una vecina.

— ¡Ser como el Sargento Saunders! —le contestaba Mario en su infancia.

Era el personaje de “Combate”, una serie de televisión que no se perdía nunca.

Poco antes de llenar la solicitud de ingreso, fue con su familia a Vallecitos, en San Juan, a la casa de los Aguirre, muy amigos de sus padres. Tenían colgados en el comedor los retratos de cinco hijos, todos militares y con uniformes de diferentes jerarquías. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Mario, comprendió que su vida iba a estar ligada a la carrera militar.



— Le pedí que me contara todo —decía con entusiasmo días después a sus amigos.

No tenía idea de cómo hacerlo y esa mujer le indicó lo que tenía que hacer para entrar al ejército.

Volvamos al momento de su partida. Le quedó grabada en la memoria la imagen de su familia, abrazada en el andén, con los ojos húmedos. Ya estaban intuyendo que la despedida duraría largo tiempo.

Iban varios jóvenes en el tren, todos con la misma esperanza. Encontrar un futuro diferente.

— ¿Yo a vos te conozco? —dijo el joven sentado a su lado.

— Che, yo estaba en primer año —contestó Mario— ¿y vos en tercero?

Sintió alivio de encontrar un rostro conocido.

Dormir, con todo lo que la palabra representa, no durmió en el tren. Estaba demasiado ansioso. Llegó al fin a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral y rindió junto a dos mil quinientos jóvenes. Todos tenían los mismos deseos de servir a la patria, pero suponemos que también los uniría la fantasía de presumir delante de las chicas el porte militar y el uniforme. ¡Quién no sintió en la adolescencia alguna vez, la necesidad de sentirse admirado por el sexo opuesto!

Comenzaron a pasar lista y a formar filas, aparecieron nombres de muchos jóvenes y Mario veía alejarse su sueño de ser militar. ¡No estaba en la lista!

— Hasta ahí desconocía—contaba— que los nombrados eran los que no habían pasado la prueba.

— Señores, hasta luego —les dijo un sargento— tendrán una nueva oportunidad. —A partir de acá —les habló a los que habían quedado— los nombraremos por puntaje.

Mario respiró, lo mencionaron al medio de los promedios. ¡Ahora si empezaba a tejerse la historia! Tenía que empezar a tomar decisiones y afrontar la vida solo. Cuatro días le dieron para volver a Mendoza, preparar la valija con todas las cosas materiales que poseía, despedirse de sus padres, incorporarse a la escuela y convertirse en un hombre de las Fuerzas Armadas.



Cuando a la madrugada abrió la puerta de su casa, lo primero que hizo fue despertar a sus padres. Con una sonrisa les entregó la carta que les mandaba el director, notificando el resultado de los exámenes.

— Papá ¡me voy! —dijo Mario con la satisfacción de haber logrado lo que deseaba.

— ¿Cómo que te vas? —El padre miraba la carta y no reaccionaba.

Faltaba un rato para que saliera el sol. La luz del foco en el centro de la habitación alumbró su rostro preocupado. La madre se fue a la cocina a preparar unos mates. Pedro no se imaginó que Mario iba a quedarse en el ejército, no le gustaban los gritos, ni levantarse temprano, tampoco era muy ordenado con sus cosas.

— Y sí, me voy.

— Yo pensaba que ibas y volvías —le dijo Pedro.

Mario sintió que su padre no estaba preparado para la despedida.

— Este va y vuelve —le había dicho a María Isabel tratando de convencerse él mismo el día en que lo despidieron en la estación de trenes.

Entre viaje y preparativos, estuvo apenas doce horas en su casa.

La magia se había esfumado, ahora el desafío era enfrentarse con situaciones ni siquiera pensadas. En ese tiempo calmo y delirante a la vez no había previsto dónde vivir en caso de rendir bien. En realidad, no tenía nada planeado. Fue demasiado rápido todo. Había unos familiares en San Fernando, pero quedaba muy lejos, tampoco sabía cómo llegar. Los primeros tiempos vivió en la escuela y algunos domingos salía a recorrer la ciudad. Los fines de semana, junto con otros estudiantes que también se quedaban, tenían que limpiar la cuadra, el rancho, toda la escuela. Trabajaba igual que un día de semana, aunque más relajado. En los francos, iba al cine del establecimiento y hacía algún deporte. Con actividades trataba de esconder cuánto extrañaba. ¡Debe haber sido muy duro ser un adolescente y no tener familia, ni amigos, con quienes compartir los fines de semana!



En segundo año se fue a vivir con la familia Núñez, personas que jamás olvidó. Ellos le brindaron el calor de hogar que le faltaba. La casa quedaba muy cerca de la escuela y permaneció con ellos hasta que egresó. Podemos afirmar que no todo fue estudio y trabajo en su época de estudiante, disfrutaba como un niño los domingos que podía salir a pasear, se bajaba del subte y allí mismo en Retiro, se compraba un submarino con “bolas de fraile”.

— Uno sólo —recuerda— no me alcanzaba para más.

Era su almuerzo los domingos. Y caminar, pasear, conocer. Recorría Florida varias veces desde Avenida Rivadavia hasta la Plaza General San Martín, la calle Lavalle, los cines. ¡Estaba enamorado de esa ciudad! Tan distinta del lugar donde había crecido. Y cuando podía, iba a la cancha a ver a ‘boquita’.

— ¡En el 78 —contaba siempre— fui a ver a la Argentina contra Inglaterra!

En ese entonces, despreocupado de la vida, Mario cantaba en la cancha la canción favorita de los argentinos: “Mandarina, mandarina, mandarina, mandarina, no se hagan los boludos y devuelvan Las Malvinas”.

¡Quién podía suponer que cuatro años después, iba a enfrentarse con los ingleses en una guerra!

En esa época, el gobierno militar determinó que la devaluación mensual del peso debía llegar a cero. No lograron el objetivo. Hubo una fuerte especulación y mucho dinero colocado a corto plazo, con altas sumas de interés. Se produjo la caída de la producción y el cierre de numerosas fábricas.

De a poco en Mario se iba formando el pensamiento de un hombre adulto. Empezó a comprender lo que ocurría en el país.

Ese día de franco se había ido a pasear a San Telmo, el continuo movimiento del colectivo, lo trasladó al recuerdo de sus padres. Había perdido muchas cosas en la adolescencia por vivir como adulto, pero no la enseñanza que ellos le brindaron siempre, enseñanza fortalecida después en el ejército. Podemos decir que desde niño fue una persona de buenos principios.

Estaba refrescando. ¡Y como de costumbre, había salido sin abrigo!



— Nunca saque los billetes de mayor valor —a Mario le parecía escuchar la voz de su padre— póngalos en el bolsillo izquierdo y los de menor valor en el derecho. Si tiene plata, no presuma, hijo.

Le quedaron marcados sus consejos, como también muchas enseñanzas de la escuela. Uno de sus profesores, el sargento Chamorro, lo instruía muy bien. Tenía una llegada al corazón tan grande, que Mario prefería ejecutar salto de rana, cuerpo a tierra o carrera mar, antes que escucharlo hablar.

— Me hace llorar como un niño —le decía a su compañero Juan Carlos Sánchez.

Fue una época donde se veía muy lejana la posibilidad de una guerra ¡Sin embargo se preparaba para eso! Terminó el tiempo en la escuela y Mario quería ir a Córdoba, ser paracaidista, quedaba una vacante y estaban un cordobés y él. Le ganó el cordobés porque tenía más puntaje. Se volvió a la fila con rabia mientras escuchaba que alguien lo llamaba.

— ¡Negro, vení! —Era Gordillo— Vení, vamos a Comodoro ¡Vamos al sur!
— No, pero... —intentó negarse Mario.
— ¡Dale, vení con nosotros! —Lo entusiasmó Sánchez.

Y se fue a Comodoro Rivadavia con los dos mendocinos, destinado al Regimiento de Infantería 8 General O'Higgins. Su vida tomaba un nuevo rumbo. Se habían aumentado los kilómetros que lo alejaban de su familia. Mario no imaginaba la importancia que ese lugar tendría, no solo en su vida, también en la guerra de Malvinas.

Pasaron algunos días y ya instalado en el Casino de Suboficiales, llegó a la plaza Soberanía después de almorzar, con la necesidad de caminar en la tarde patagónica. Sentía el viento y el frío que se unía a su soledad de familia. ¡Pensaba mucho en ellos! ¡Tantas cosas había vivido con apenas dieciocho años! Un torbellino de arena y la amenaza de una tormenta lo hicieron volver al casino. Algunas gotas de agua que bajaban del cielo se mezclaron con sus recuerdos.

Había egresado de la escuela unos meses antes de lo habitual, se comentaba que apresuraron los destinos por el conflicto con Chile, sobre el Canal de Beagle.



Mario no sabía mucho sobre el problema, ni tampoco que los gobiernos militares de ambos países venían negociando hacía más de un año para encontrar una solución.

Un domingo en que paseaba su alma por la costa, se sentó en la arena fría de la playa comodorense y sin saber por qué motivo, aparecieron las imágenes de su niñez. Veía levantarse en el horizonte, allá en Tres Porteñas, el nacimiento de aquellos años donde no existían las obligaciones, ni tenía que tomar decisiones. “Esta primavera no es como la de Mendoza”, pensó mirando el puerto que había nacido en el inicio del siglo XX, con el descubrimiento del petróleo.

Había llegado en octubre, a finales de una década donde la industria estaba sufriendo una crisis muy profunda. La Argentina se preparaba para una serie de acontecimientos que cambiarían su historia.

Días después se dirigió al mirador del cerro Chenque, se quedó largo rato contemplando el espectáculo. La ciudad, las mesetas, el pico Salamanca, el puerto, el mar, todo ante sus ojos lo dejaban sin respiración. ¡No podía creer tanta belleza! ¡Tantos lugares impensados para su juventud!

— Acá es todo muy diferente —le escribía a María Isabel que le preguntaba cómo era Comodoro— el paisaje, la gente, nada es igual, mamá.

Poco tiempo pasó en la unidad, cuando parecía que los dos países hermanos se enfrentarían por la posesión de unas islas, lo enviaron a defender la frontera. Atravesó todo Chubut, dejando el mar para irse a la cordillera, a Lago Blanco, una pequeña localidad del valle Huemules, pegado al límite con Chile, cerca del aeropuerto de Balmaceda. Una región con muy pocos habitantes.

Todo fue muy rápido, estaba en la Compañía B, dentro de la sección de apoyo como jefe del mortero 81, un arma con la que hacían fortificación y campaña. Debían preparar las posiciones para cubrirse del posible fuego enemigo.

Mario era un cabo nuevo, flaquito, recién salido de la escuela y casi dos meses pasó en la zona a cargo de soldados cinco años mayores que él. Soldados “clase 55” que habían sido dragoneantes y por el conflicto con Chile estaban como cabos de reserva.



Mientras tanto, el litigio estaba que ardía, el peligro de una guerra era inminente, como alternativa se propuso una mediación. Se reunieron ministros de los dos países, en la capital argentina el día 12 de diciembre y solicitaron la mediación papal. En la frontera los ejércitos de ambos países continuaban preparándose.

Aquella noche del 22 de diciembre había dormido mal y se despertó inquieto.

— Creo que hoy vamos a luchar —le dijo a uno de sus soldados.

Ese día Argentina tenía previsto atacar, el rumor se olfateaba en el ambiente. El papa Juan Pablo II comunicó directamente a ambos gobiernos que enviaba a su representante.

— Que no se creen situaciones de riesgo para la paz —pidió el Cardenal Samoré, cuando se iniciaron las negociaciones.

La mediación papal terminó con el conflicto y Mario volvió al regimiento en marzo del 1979.

— Fue como volver a casa —le contó tiempo después a Elsa, su novia, mientras paseaban por la extensa costa del mar.

La había conocido poco tiempo después de llegar a Comodoro, en el colectivo y pensaban casarse pronto.

II

¿Qué habrá sentido Mario cuando supo que tenía que ir a combatir a Malvinas? ¿Pensó en algún momento dejar el ejército? Seguro que no, es un hombre que vive los desafíos que le trae la vida con mucha intensidad.

Días antes de que se desatara el conflicto, le dijeron que se preparara porque tenía que salir a Bahía Blanca. Se preveían disturbios en una marcha de la CGT, la más importante de la época. Nunca lo enviaron, pero la instrucción se volvió cada vez más intensa, incluso de noche, todo era confusión, órdenes y más órdenes, nadie entendía nada.



Esa mañana del 2 de abril, Mario se puso el abrigo mientras caminaba de su casa a la parada del colectivo. El otoño se estaba haciendo sentir, el viento frío se le metía en el cuerpo, le secaba la piel. La arena fina y molesta hacía remolinos en la vereda, se le pegaba en la cara, le irritaba los ojos. Pensando en los pocos días que faltaban para que nacieran los mellizos, miraba la calle esperando ver aparecer el micro. Un sargento catamarqueño le hacía señas desde la otra vereda, cruzó corriendo y muy encendido le mostró el diario.

— ¡Vamos, viejo —le dijo el sargento— vamos, mirá!

No entendía nada.

— ¿Qué pasó mi sargento? —le preguntó.

— ¡Mirá, mirá! —No podía casi hablar.

El diario *El patagónico* temblaba entre sus manos. El titular decía: “El día D, recuperamos Malvinas”.

Lo tomó como: “¡Qué bueno, recuperamos Malvinas!”

Llegó a la unidad y allí le hablaron de la “Operación Rosario”, le dijeron que había sido un éxito. La habían llamado así porque iba bajo la protección del manto de la Virgen del Rosario.

— ¡Agüero, el 6 de abril tiene que desplegar su gente a Malvinas! —dijo el jefe de unidad.

Quedó aturdido.

— Me voy a Río Gallegos —le mintió a Elsa.

No quedó muy convencida. El día en que se iba le dijo la verdad.

Hasta ese momento nadie sabía nada de la operación. Sólo estaba al tanto el Teniente Coronel Mohamed Seineldín, él había sido el encargado de llevar adelante la operación. El teniente coronel era el jefe del Regimiento 25 de Sarmiento, a 150 km de Comodoro, en Chubut. Había comunicado ese día la orden para iniciar el despliegue. Debía hacerse en forma escalonada y aérea hacia Puerto Argentino.



A pesar de que fue una de las operaciones más secretas de la Argentina, la inteligencia británica y la norteamericana sabían del posible movimiento que había comenzado a mediados de marzo.

Davidoff, un comerciante argentino que se dedicaba a comprar y vender metales de viejas fábricas llegó el 19 de marzo a las Georgias, en el buque de la armada argentina “Bahía Buen Suceso” con cuarenta y un operarios. Davidoff permanecería con su gente cuatro meses en la isla desarmando un frigorífico ballenero. El conflicto comenzó a tomar forma cuando uno de los empleados colocó la bandera argentina en un bote, los ingleses tomaron este gesto como una provocación.

Se despidió de Elsa. Mario Damián el hijo mayor, jugaba cerca con un autito y lo miraba sin comprender la angustia de sus padres. Besó la panza a punto de dar a luz y se fue sin mirar para atrás.

Los dos kilómetros hasta el puerto se convirtieron en un ir y venir de camiones trasladando material. El regimiento tenía dos compañías de acuerdo con el rol de combate: A y B, por el conflicto se creó también la Compañía C, que eran oficiales o suboficiales de los institutos de formación. Este grupo estuvo en Bahía Fox, en Darwin y en Puerto Argentino, parece que en la custodia del gobernador también.

El sargento dio la orden de cargar los morteros, los cañones, las ametralladoras, todas las armas de mayor poder de la unidad en un barco. El día seis, en un avión Fokker F27 de la Fuerza Aérea, Mario partió hacia Malvinas.

Se llevaron las cocinas, cinco Mercedes Benz 230, seis Unimog y hasta “Mortero” viajó a Malvinas. “Mortero” era el perrito mascota de la unidad que los acompañaba en los ejercicios desde cachorro. Cuando llegaron a Puerto Argentino, anduvo husmeando todo por ahí desconociendo el lugar, en Bahía Fox se adaptó bien. Viajó en avión y en helicóptero, andaba con ellos por todos lados.

Lo esperaba el viento y la brisa helada en Puerto Argentino. Un poco desorientado, pero con mucho ánimo, se trasladó con su unidad al costado de un caserío y ahí hicieron noche. No podía todavía imaginarse una guerra, tampoco que él sería parte de la historia. Sabía que el olor a muerte ya estaba



rondando, las primeras víctimas habían sido el capitán Giachino y un cabo. Mario escuchó que eran de la Marina.

— ¿Dónde te parece que nos van a mandar? —Le preguntaba un compañero esa noche.

Trataban de hablar de cualquier cosa para no pensar, pero siempre terminaban hablando de lo mismo.

Todo había sucedido demasiado rápido. “¡Tener que enfrentarme a los ingleses!” pensaba Mario y respiró hondo. El aire se le congelaba en la garganta. La llovizna amenazaba con no parar. ¿Tendría que disparar? ¡Ellos también iban a disparar! Quiso hacerle creer a la mente que solo era un ejercicio militar. Comprendió que de nada servía fantasear con la idea de encontrarse frente al enemigo. No tardaría en darse cuenta de que todo se complicaría.

Estuvo unos días cerca del caserío en Puerto Argentino reconociendo el lugar. Parado sobre una lomada veía el mar y decía sonriendo: “¡Qué hermoso es!” No podía creer que estaba en las islas, rodeado de una pradera verde y enorme, de pasto corto.

— ¡Parece una cancha de golf! —decía en el almuerzo asombrado a sus compañeros.

Hablaba con tanta intensidad que contagiaba a los demás. Tenía los borceguíes cargados de lodo. Con el entusiasmo de conocer se había metido en partes muy fangosas. Los escasos árboles que había estaban cerca de las casas, que eran de techos bajos, la mayoría de madera. Después todo era inhóspito, solo mucho ganado ovino.

Desde el campamento, veía a algún kelper cerca del caserío trabajando en su huerta. A pesar de ser un lugar despoblado, plantaban algunas cosas para su consumo.

— La tierra es muy rica, —Mario trataba de que sus soldados no pensarán en la guerra— tiene mucho mineral y turba, es negra y casi siempre húmeda.

Agarró un puñado y le quedaron las manos negras, igual que la ropa.



Mientras el helicóptero lo trasladaba a Bahía Fox, presentía que la calma no iba a durar. Las pocas casas en el borde del estrecho San Carlos, pasaban frente a sus ojos y se mezclaban en las lomadas con el verde y las ovejas. ¡Esa Semana Santa fue tan diferente! Ya empezaba a cubrir el aire la sombra de la guerra. El helicóptero que los trasladaba aterrizó en la Gran Malvina, cerca del 9 de abril.

Gran Malvina casi no tiene habitantes, allí todo es montaña y riscos, solo hay alguna cabañita donde los kelpers pasan el día cuando llevan las ovejas a pastorear, su montaña más alta tiene 700 metros. ¡No es un lugar fácil para vivir! En el sur de la isla en temporada de verano habitan las aves marinas en los acantilados. En el oeste hay playas arenosas con aguas limpias y dunas onduladas, la zona más ancha de esas playas es de cuatro metros, con pastos altos, buenos para el pastoreo. Creemos que subían a las ovejas en los lanchones para cruzar el estrecho San Carlos, del otro lado les abrían las puertas y las soltaban. Después debían andar medio escalando los cerros para juntarlas y llevarlas de vuelta a la Isla Soledad.

Desde el comienzo no le gustó la orden de tratar a los kelpers como ciudadanos argentinos.

— ¿No te das cuenta? —le decía una noche a Adolfo Rojo, su compañero de guardia— ¡Informan a los ingleses por radio de nuestros movimientos!

Habiendo nacido en una ciudad del interior el país, a Mario eso le molestaba, conocía de solidaridad y horas compartidas, pero no de traición. Una tarde vio llegar al chileno Juan y de a poco se hizo costumbre que se acercara a conversar con el grupo, era agradable, Juan le contó que hacía tiempo vivía en las islas con su familia.

— ¡También Juan pasa información al enemigo! —le susurró a su compañero. No había luna esa noche del 12 de abril. En el caserío las pocas luces se habían apagado, lloviznaba y la oscuridad era total. Se puede pensar que solo el frío y el rugir de las olas perturbaban la calma.

La rutina militar en Bahía Fox no era diferente de la de otras partes de las islas, cuando llegaron ya estaba instalada la Compañía 9 de Sarmiento, Chubut, ellos habían preparado el campo minado y el terreno para que pudieran transitar.



Visto en el mapa, una lengua de mar separaba a la Compañía 9 del Regimiento de infantería 8.

En las mañanas de sol, Mario miraba el azul en el cielo y en el mar hasta que le dolían los ojos. En los pocos atardeceres sin lluvia, intentaba describir para sus adentros los colores que tomaba el cielo, no quería olvidarlos.

— Con palabras no puedo —le decía un día, años después a un amigo.

La misión era ubicarse entre cuatrocientos y seiscientos metros detrás de la primera y segunda sección, formando una seguridad perimétrica, evitando el desembarco de los ingleses por ese lugar. Instalaron los cuatro morteros, Mario era el jefe del mortero uno, lo colocó casi sobre la avenida de aproximación, que era el camino por donde podía aparecer el enemigo.

— Siempre a muchos metros de distancia de la primera y segunda línea —le indicó el jefe— puede descolarse un proyectil y caer sobre la tropa.

Había preparado su posición sabiendo muy bien esto.

Empezó a cavar el pozo con el soldado Tobares. Un morocho grandote, acostumbrado más al cansancio del campo en su Córdoba natal, que a los entretelones de una guerra.

— Pero fue un soldado ejemplar —decía Mario con admiración— ¡El tipo en Malvinas fue un gran soldado!

A los veinte centímetros empezó a aparecer la piedra laja, entonces empezaron a cavar buscando la manera de colocar el trotyl, le ponían un estopín y una mecha lenta. ¡Corrían a refugiarse antes de la explosión! Esta apenas hacía un poco más grande el pozo. Trabajaron varias horas con paciencia, cubiertos del polvo que producían las voladuras, mojados por la incesante llovizna.

— No, usted no va a estar acá— su jefe le marcó un nuevo cambio de posición— va a estar allá.

Le dio pena tanto trabajo.

— ¡Acá es mucho más blando el terreno! —gritó Tobares al empezar a cavar.



Junto con sus seis soldados, Tobares, Enrici, Alfonso, Molina, Valenzuela y Hoch, terminó de preparar su posición, cansado y hambriento. Construyeron un pozo de un metro cincuenta de diámetro, redondo, puede haber tenido un metro más o menos de profundidad.

- Como el mortero es de tiro curvo —les había dicho— no nos hace falta ver al enemigo.
- Nos falta la rastrera, pero por hoy terminamos.

En esos primeros días de abril amanecía temprano y la temperatura no pasaba los seis grados, con la idea de que la llovizna parara un poco, esperaron para abrir un estrecho pasillo por donde se arrastrarían los días de combate.

- Empecemos a cavar a dos metros de la posición —ordenó al día siguiente.

Todavía faltaba hacer el pozo para el preparador, que es el que organiza la munición y otras rastreras para enterrar las municiones, debían estar protegidas de las bombas.

Después de varios días de trabajo, más o menos a las cuatro de la tarde del 15 de abril, tenían todo preparado.

- Acá es donde Dios quiere que estemos —dijo en la noche mientras cenaban.

Mario tenía seis soldados a su cargo, cinco estaban siempre con él y uno se quedaba en la zona de reunión de la Compañía, descansaba y cuidaba las cosas del grupo. Así se iban rotando, él solo bajaba algunas veces, cuando salían todos del pozo o tenía que ir a recibir órdenes de sus superiores.

El mortero 81 es un arma que tira a los 360 grados, con una placa base que en el medio tiene un alveolo y ahí se asienta el tubo cañón. Tiene dos bípodos regulables, uno que se regula en dirección y otro con una manivela que va dando la altura. Lleva un aparato de puntería a la izquierda, que lo maneja el apuntador y dos niveles, uno en altura y otro en dirección, con tres tipos de proyectiles, el normal, el de gran capacidad y el iluminante. Sabemos que este último se larga después de cinco disparos, iluminando el campo de combate. De



esta manera el combatiente que está en primera línea puede ver lo que sucede a su alrededor.

Durante el día preparaba los jalones, para ir marcando el rumbo de los disparos. Una vez coordinados, el apuntador salía con dos varas rojas de madera y de acuerdo con los grados, iban colocando el jalón.

— Recuerden que el enemigo está a más de tres mil metros de nuestro lugar —le señaló en una reunión su superior.

En efecto Mario sabía a qué distancia estaban los ingleses, pero no los veía. Por eso tenía que ser muy preciso al fijar la posición del mortero.

Cada día salía del pozo con la esperanza de ver el sol, pero los días pasaban y seguía nublado, la llovizna no paraba. Se estaba acostumbrando al frío húmedo y al viento, a tener los pies helados, la ropa mojada.

Cansado de la lluvia y el frío, una mañana Alfonso le decía:

— ¿Por qué no hacemos una excavación en la pared de la rastrera para resguardarnos un poco?

— ¡Muy buena idea! —le dijo al soldado.

Prepararon una chimenea, como la tierra era blanda no les costó perforarla. Pasaron un caño que encontraron, hicieron un pequeño fogón y le fueron poniendo pancitos de turba para calentarse y cocinar.

Juan, el chileno les había enseñado que la turba se cortaba en pancitos, como un ladrillo.

— Tú lo dejas secar y eso es combustible —le decía— lo prendes fuego y lo vas poniendo en la estufa.

Mantén cálido el pozo. Los kelpers calentaban con eso sus casas, tenían calderas y guardados en el depósito los panes de turba que secaban durante el verano. ¡La tierra también es útil como combustible!

Con este aporte el pozo quedó bastante confortable, pero poco después se tuvieron que mudar. ¡Se les inundaba permanente! Fueron al pozo donde estaban los cajones de municiones, aunque allí también había mucha humedad



y se llenaba de agua. No tenían otra opción, colocaron turba debajo, arriba pusieron los cajones de municiones y dormían sobre los cajones.

Algunas veces bajaba con su grupo a la tarde un ratito, al puesto comando, a respirar un poco de ambiente seco, a la noche ya estaban de vuelta en la posición.

Nadie podría imaginar cómo vivían dentro del pozo, casi no se bañaban, el agua era tan dura que no podían sacarse el jabón del cuerpo, el cabello les quedaba tieso. Como ya dijimos eran cinco, uno quedaba en el puesto, los demás dormitaban sobre los cajones de municiones. Cada uno tenía su bolsa cama y su frazada. El que hacía guardia era el encargado de sacar el agua del pozo. El agua afloraba donde estuvieran, era difícil encontrar una posición sin agua.

¡Hay que estar ahí!

A veces no dormían en toda la noche, otras dormían durante el día. Una madrugada mientras hacía guardia, Mario trataba de recordar cuándo había sido la última vez que había podido dormir un poco.

Todo servía para sacar el agua del pozo, tenían una regadera de plástico que habían tomado de los kelpers y el jarro de tomar el mate.

“Íbamos y la tirábamos afuera... Íbamos y la tirábamos afuera... Íbamos y la tirábamos afuera...”. Una tarde, muchos años después, repasaba en la mente la frase como tantas veces repitió la acción.

Con la angustia que le provocaba la situación, miraba a su alrededor y se sentía en una pesadilla ¡Vivía en el agua! Se consolaba pensando que tenía botas de goma, pero no le servían demasiado, igual se humedecían. Tampoco podía utilizarlas para correr.

Unos días antes del 1 de mayo su jefe, el Subteniente Javier Guzmán le dijo:

— Cabo Primero Agüero ¡Vamos a tener más ayuda! ¡Se nos une la Compañía de Comando, con los cañones 105!

Estos cañones tenían un tiro directo de 9000 metros, por los radares veían al enemigo y disparaban. En los días anteriores al inicio de los bombardeos, junto a los muchachos de la Compañía de Ingenieros 9, habían hecho cañones de



simulacro, se habían buscado troncos, ruedas viejas. Suponemos que husmearon por todos los alrededores, donde había basura de los kelpers y la adaptaron con la forma de cañones. ¿Podemos imaginar qué pasó con eso? ¿El enemigo habrá caído en la trampa? Los británicos habían hecho bien su trabajo de espionaje, tenían fotografías de la zona y vieron la cantidad de cañones. O eso imaginaron ellos. Una noche, no sabemos la fecha precisa, comenzó el bombardeo. ¡Era la primera vez que los ingleses tiraban en Bahía Fox! Cayeron bombas por acá, por allá, más cerca, más lejos, el ruido era ensordecedor, si decimos que cien proyectiles cayeron, creemos estar faltando a la verdad, decimos cien para no exagerar. Largaban cada treinta disparos una luz de bengala. ¡No se imaginan! Tenía una visión de un kilómetro y medio el iluminante que tiraban. ¡El objetivo era bombardear a estos falsos cañones!

Al principio hacían seguridad por secciones, dos morteros de turno y los otros descansaban. Eso fue una semana, después todos vivían en la posición. Los ataques eran permanentes. Había un soldado corneta, un cordobés, uno de los pocos músicos que fue a Malvinas, él tocaba las alertas, según el tipo de alerta sabía si atacaba la marina o la aviación.

Los primeros días de combate fueron difíciles, después Mario se acostumbró al ruido y a la cercanía de las bombas. En las mañanas recorría las posiciones para ver lo que había caído. La curiosidad y la incertidumbre le ganaban al miedo, siempre había tirado en ejercicios, pero nunca le habían disparado. Se daba cuenta de la cantidad de proyectiles lanzados por las columnas de humo que aparecían en el campo.

Después del ataque a Puerto Argentino, un día de mayo, en que no habían dormido en toda la noche a causa de los bombardeos, llamó Abraham por radio. Luis Abraham era el operador de un radar Rasit, de origen francés. Parecía que las palabras querían abarcar el momento tenso que estaba viviendo y mostrarlo de una manera inusual.

— ¡Me saqué el prode, me saqué el prode! —se reía.

El nerviosismo que se vivía del otro lado de la radio no era comprendido por Mario y sus compañeros.

— ¿A este que le pasó? —decía Vicente.



Habían estado juntos en la escuela militar y Mario conocía su profesionalismo, por eso no entendía.

— ¡Tengo trece puntos en la pantalla! ¡Tengo trece fragatas! ¡Tengo trece puntos en la pantalla! ¡Jajaja! — Estaba atacado por los nervios y el miedo.

Podría haber respondido: “No puedo creer que diga eso”, pero se quedó en silencio pensando: “¡Esas fragatas vienen a atacarnos a nosotros y a la Compañía de Ingenieros! ¡Y este tipo todavía tiene ganas de hacer chistes!”.

— ¡Es muy bueno! —les había comentado días antes a sus soldados— Capta como ninguno el sonido del desplazamiento de una vaca, de un camión o de un buque.

Sabían que los ataques iban a ser casi de continuo desde las fragatas, por eso Luis estaba muy atento, en el mar conocía hasta los movimientos de las algas.

El primer bombardeo habrá caído a quinientos metros más o menos de su posición, sintió el cimbronazo y ordenó a su gente que se quedara tranquila.

— ¡Esa bomba —gritó Mario para que no se perdiera su voz— cayó cerca de la posición de mi compadre Gonzales!

Las bombas estallaban y los aviones pasaban muy bajos. Gonzáles era un entrerriano que tenía a su cargo una Max 7,62 que servía de apoyo a un grupo de tiradores. Efectivamente el proyectil cayó a un metro y medio de su posición.

Fueron a verlo con otro de sus compadres, el sanjuanino Rojo.

— ¿Compadre, a ver —quiso saber Mario— cuénteme qué le pasó?

Mirando a los dos amigos, con la ropa y la cara muy sucia les relató:

— Compadre, yo la verdad no sé, cuando escuché la primera explosión ¡Al pozo! Lo único que sé es que llegó un momento en que me sacudía la cara porque se me llenó de tierra, después de eso no supe nada más, no sentí nada más. Me quedé ahí, con mis soldados, esperando que todo terminara, imaginando el fin.

A esta altura de la guerra ¿qué pasaría con el miedo? ¿Mario sentiría la angustia de que cayera una bomba dentro del pozo?



Bahía Fox en el oeste tiene una vista sublime. ¿Qué pensaría ese día, a fines de mayo, cuando el sol se estaba escondiendo? Eran las 16,45. Miró hacia las lomadas en el alto y vio los colores del arcoíris en el cielo, atravesaban el espacio y se ubicaban en la lengua de mar. ¡Los reflejos se extendieron por todo el océano hasta perderse en el horizonte! El atardecer marcaba la silueta de las lomas con un rojo amarronado que nunca olvidará.

Pero volvamos a la pregunta sobre el miedo. El miedo no tiene jerarquía. El miedo está. Puede ser un soldado, un cabo, un sargento, puede ser capitán o general y tener miedo. El miedo existe y todo el mundo lo tiene. Mario llegó a sentirlo. Una noche oscura estaba en la primera línea, de guardia en el pozo del centro de dirección de fuego. El frío era insoportable. Como a las dos de la mañana armaron un fueguito adentro del pozo. De afuera el resplandor no se veía, pero la humareda era importante. ¡Esos setenta y cinco días en Malvinas vivió con el olor a humo pasado hasta en los huesos! A las cuatro de la mañana sonó el teléfono de campaña. Era el jefe de la tercera sección, el teniente Orozco, quien le informaba que había ruidos de morteros de helicópteros Sea King.

- ¡Prepárese Agüero que tenemos aparentemente un helidesembarco!
- le dijo el teniente Orozco.

Venían teóricamente de la lengüita de mar de la que ya hemos hablado, justamente la zona límite de la tercera sección.

¿Qué es lo primero que hizo Mario? Ordenó tomar posición, debían moverse al escuchar fuego de ametralladora.

Sacó la gente del pozo y la distribuyó, tres a la derecha, dos a la izquierda y él al medio, con armas livianas, con fusil. Supo que era un helicóptero inglés por el ruido, es diferente al de los helicópteros argentinos. El asunto es que allí, esa noche, Mario sintió miedo. Sus compañeros de las posiciones de atrás estaban con las Oerlikon, unos cañones de 20 milímetros antiaéreos. Empezaron a abrir fuego con proyectiles trazantes, una munición que tiene puntas de color rojo, al tirarla se sabe dónde va el proyectil.

Un pequeño punto rojo que brillaba en la oscuridad lo sacó de sus cabales.



- ¡Soldado cómo va a estar fumando! —Agarró del pecho al combatiente y lo sacudió fuerte.
- Mi Cabo Primero —dijo asustado Walter— yo no estoy fumando.
- ¡Y eso qué es! —le gritó fuera de sí.
- Son los trazantes mi Cabo Primero. —Los ojos le brillaron al soldado y su boca se relajó por un segundo en la oscura noche, pero no se atrevió a decir nada más.
- Ah, perdón —dijo Mario avergonzado.

Estaba tan nervioso que no se había dado cuenta de que la propia tropa estaba tirando con proyectiles trazantes, vio el fogonazo y rápidamente su mente imaginó que uno de sus soldados estaba fumando.

El miedo muchas veces hace ver o imaginar cosas, fue un tiroteo terrible, venía de la parte de abajo, a su grupo no le ordenaron abrir fuego ni él ordenó fuego libre. La tercera sección sí hizo fuego con sus fusiles y las armas antiaéreas, el combate duró apenas unos minutos, era un solo helicóptero que según le dijeron después, había sido abatido. Nunca lo confirmó, pero la historia y los diarios británicos dicen que ese día cayó un helicóptero en la zona. Mario a pesar de no haber disparado con su fusil tuvo miedo, las piernas le tiritaban por todos lados, estuvo muy cerca la posibilidad de tener un encuentro de frente con el enemigo y pensaba: “Acá tengo que tirarle a un ser humano”. No era un entrenamiento o una cacería, tenía que tirar, estar preparado. “Es él o yo”, dijo para sus adentros tratando de convencerse. Supo guardarse su miedo y sus pensamientos. ¿Quién no ha tenido miedo alguna vez? En especial cuando se está cerca de la muerte y en medio de un combate. Como cada uno de los soldados, en lo profundo de sus entrañas vivía sobresalto, pero él era el jefe, no podía mostrar a sus soldados esa conmoción que le apretaba el pecho. Después conversando con su grupo, todos manifestaron que se habían sentido igual.

Realmente tuvo seis soldados increíbles, muchos hablaban de que los soldados que fueron a la guerra eran unos niños, el asegura que sus soldados eran verdaderos hombres. “¡Hombres con todas las palabras!” Repetía a menudo. Mario llevaba cuatro años en la fuerza, ese agosto cumpliría 22 años, tenía un soldado que le decían Cabezón Molina, de 20, los demás estaban entre los 18 y los 19 años.



En la noche tenían prohibido desplazarse por cuestiones de seguridad. Las noches en Malvinas son oscuras o son claras, no hay término medio. Es igual en los días de guerra. Cuando había estrellas, a cincuenta metros se veía una persona y cuando el cielo estaba cubierto, a un metro no se veía nada.

Mario tenía muchos problemas de garganta en ese tiempo. Un día en que no podía tomar ni agua, se replegó a la enfermería que estaba detrás de las primeras líneas, en el puesto comando, lo dejaron dos días internado. Sus soldados, que habían quedado a cargo del jefe de mortero reemplazante, el cabezón Molina, se fugaban en la noche, cuando no se veía ni a un metro, para llevarle jugo de naranja. ¡Las pocas naranjas que recibían! ¡Ellos las exprimían y le llevaban el jugo a la enfermería!

— No, mi Cabo Primero algo tiene que comer —le dijo Molina cuando Mario intentó enojarse por la desobediencia.

Eso es impagable. ¡La naturaleza del ser humano! Nunca olvidó ese gesto, con el tiempo la amistad se fue fortaleciendo. Podemos tener una idea de cómo pasaban las horas antes del primero de mayo, viendo las acciones de un día cualquiera. Comían como se come en las guerras, al principio dos comidas al día y después una vez a las cuatro de la tarde. El encargado de Compañía, el principal Báez un correntino de baja estatura y delgado, había hecho un pozo en la ladera de una loma y allí metía de culata el camión de la comida, mientras los soldados la repartían el controlaba cada movimiento.

— ¡Venga para acá! — le dijo al soldado que repartía las manzanas.
— Ordene, mi principal. —el soldado tenía en la mano una manzana de pequeño volumen.
— ¿Usted se cree que el soldado que está en el pozo se va a comer esa manzanita? ¡Cámbiela!

Estaba atento a la calidad y la cantidad de lo que llevaban. Iban hasta el camión a buscar la comida, con los cilindros envueltos en la manta, para que el brillo no delatara la posición. Comían todos los días en el pozo, el tema era cuando venía sopa de cordero, era grasosa y con la baja temperatura, antes de llegar al pozo ya tenía una capa de grasa. La ponían en el fuego para que se derritiera, pero se enfriaba de nuevo.



Después comenzó la guerra y pasaron hambre. Una mañana miraba entretenido a sus soldados que trataban de matar una avutarda para cocinarla. Las ovejas pasaban cerca de las trincheras, pero no podían capturarlas. Pasaban largos ratos observando a las avutardas que se juntaban a comer en bandadas, eran unos pájaros bastante bobos y curiosos, entonces les tiraban piedritas hasta que alguna caía atontada, las otras se juntaban para ver qué había pasado y les tiraban una lluvia de piedra hasta que caían tres o cuatro. ¡Tenían que hervirlas tres días más o menos para poder comerlas! ¡Eran durísimas! La carne cocida se volvía azul, igual que la sangre.

Un día Mario le dice al soldado Walter Alfonso: “¿Te animás a acompañarme y le robamos unos nabos de la huerta a los kelpers?”. Se fueron los dos en silencio, mientras sacaban los nabos vieron un gallinero con unas gallinas hermosas.

- ¿Qué le parece, mi Cabo Primero, si nos comemos una gallina?
- ¡No! —le dijo Mario, no estaba muy convencido.

Alfonso insistió hasta que lo autorizó. ¡Tenía tantas ganas de comer gallina!

- Bueno —dijo Alfonso— yo tengo un machete.

Era un sable de 1909 bastante largo. Los kelpers tenían casitas bien preparadas para las gallinas, eran de madera, muy bien hechas. Alfonso entró y Mario se quedó vigilando mientras escuchaba desde afuera el revuelo y el aleteo de las gallinas, hasta que por ahí se escuchó un grito humano.

- ¡Ay...! —escuchó Mario. — ¿Qué pasó? ¡Alfonso, Alfonso! —habló en voz baja y un poco angustiado pensando que habían descubierto a su soldado.
- Ahí voy, mi Cabo Primero —murmuró.

Salió con el dedo ensangrentado, se había pegado un machetazo en el dedo ¡pero salió con dos gallinas! Cuando llegaron a la posición metieron las gallinas a hervir en un tacho. Estaban en esa tarea cuando cayó su compadre González, que continuaba en la posición a algunos metros de la suya. Ya era de noche.

- Te vengo a visitar, compadre.
- Bueno, pasá, pasá —le digo Mario.



- ¿Qué estás cocinando, gallina, pollo, qué es?
- No, no, es una avutarda —ni a él le quería contar Mario la aventura de esa tarde.
- Che, ¡qué rico aroma que tiene! —dijo su compadre disfrutando el aroma que salía del tarro — yo las cocino y el olor es distinto.
- Y no sé... qué sé yo... tenés que elegir bien la avutarda, fijate las de cuello negro. —Miró con picardía a los soldados que estaban un poco más allá y no paraban de reírse. Años después le contó a su amigo la aventura.

La noche estaba muy fría y como siempre, lloviznaba. Algunos soldados, buscando un poco de calor y tranquilidad se habían refugiado en una casa de madera, tomada a un kelpers. De pronto una bomba descargó toda su furia contra la construcción. Creemos que en esa casa había una radio y ese era el objetivo de los ingleses que largaron cientos de bombas hasta dar en el blanco, la mayoría corrió a refugiarse entre las rocas, un oficial de la Compañía de Ingenieros 9, estaba en la casa de madera donde cayó el proyectil. Saltó una astilla y entró en su glúteo.

- Ese fue uno de los primeros heridos —recordó Mario.

Todos los días hacia la tardecita, veía a lo lejos a algún kelper con su rebaño de ovejas, Mario no dejaba de asombrarse al ver cómo los perros llevaban a las ovejas que iban tipo cuña invertida, una oveja adelante y de ahí para atrás, los perros las llevaban por el camino y el kelper en una Honda 350 iba detrás, controlando. No podían acercarse, los separaba un campo minado.

Cerca de las cuatro de la tarde, alcanzaron a reconocer al tractor con el carro que les traía la comida, lo vieron detrás de una cortina de lluvia intensa. Venía por la senda pedregosa, donde las piedras dejan espacio solo para que el barro y la humedad convivan con ellas. El chofer intentaba mantenerse en el camino, pero todo estaba muy resbaladizo y no logró dominarlo. ¿Qué experimentará el hombre en esos momentos, en que arriesga la vida para llevar comida a una unidad? Sintieron la explosión y comprendieron que había pisado una mina antitanque. Le arrancó una pierna. Cuando lo estaban operando no resistió y murió de un paro cardiorrespiratorio. Era el Cabo Juan Wodrik, un conductor motorista que murió por un descuido, en un momento impensado.



Un día en que vivían momentos de paz y el silencio buscaba penetrar en los corazones de aquellos hombres, ocurrió otra desgracia. Había algunos grupos que salían a realizar reconocimientos, caminaban tres o cuatro días por el frente buscando información. Aquella tarde, una de esas patrullas estaba explorando una cabaña que parecía sospechosa.

— Lo primero que hice —contaba el subteniente Díaz— fue salir corriendo al sentir la explosión y ahí nomás me di cuenta de que no era un ataque, la casa se había prendido fuego y mis muchachos no pudieron salir. ¡Murieron calcinados!

¡Seguro que el subteniente se impresionó cuando logró acercarse!

Muchos años después Mario contaba: “Cuando estoy en una formación y se hace el minuto de silencio, no lo puedo evitar, me traslado a esa pradera verde y veo las fosas de los compañeros que quedaron allá. Para cualquiera que estuvo en un conflicto bélico es el momento más doloroso. Creo que es el homenaje más grande que debemos hacerle a nuestros caídos, el respeto hacia ellos. ¡Ojalá no sea en vano toda la sangre que se derramó en el mar, en el aire y en tierra!”.

Mario aprendió en la guerra que no tenía que salvarse solo, lo más importante era cuidar a los que estaban a su derecha y a su izquierda. Cultivó sentimientos de humildad y de paciencia en el trato con sus soldados, muchas veces un soldado le enseñó cosas que no había visto en los libros.

— Creo que aprendí muy bien lo que es la solidaridad —decía Mario en esos tiempos.

El 22 de abril, dieciséis días después de su partida, en Comodoro Rivadavia, habían nacido los mellizos. Mario sin saber la causa, ese día, estuvo inquieto y muy nervioso, se desesperaba al no tener noticias de Elsa. ¡No sabía si los bebés ya estaban con su madre! Había mandado correspondencia con un compañero que la llevaba por vía aérea y estaba seguro de que su esposa la había recibido y sabía de sus primeras experiencias en las islas.

Cuando el 8 de mayo lo llamaron del caserío porque había llegado una carta para él, bajó corriendo, seguro que eran noticias del nacimiento de los mellizos.



Le entregaron un sobre personalizado, de un tal José Castro de la provincia de Córdoba, se extrañó porque en Córdoba no tenía parientes ni amigos. El esperaba noticias de su familia, pero nunca de un José Castro.

Mario pensaba mientras abría el sobre: “¿Quién será este hombre?” La carta venía a su nombre. Cuando llegaba correspondencia que mandaban de las escuelas o de algún lugar solo decía “soldado argentino” o “mi soldado” o “querido soldado”. ¡También era reconfortante recibir todas esas cartas! Abre el sobre y saca una nota de la revista *Tal Cual*, con ansiedad desdobra la nota y ante sus ojos aparece una foto de Elsa con los mellizos, uno en cada brazo. Fue tremendo para él enterarse de esa manera.

Volvió llorando a su posición, con la angustia de no saber si conocería a sus hijos. No pudo sacarse esa idea de la cabeza durante semanas, por ahí cuando sentía que no podía más, les mentía a los soldados: “Quédense tranquilos que ya vengo”.

- ¿A dónde va, mi Cabo Primero? —le preguntaba alguno preocupado.
- Voy hasta el puesto comando a recibir órdenes.

¿Y qué hacía Mario? Se sentaba detrás de una piedra muy grande que había alejada del pozo, lloraba un rato largo y ahí le pegaba patadas, cabezazos a ese pedazo de roca, para poder sacar toda la angustia que sentía en el pecho. Una vez que se recuperaba, volvía a dónde estaban los soldados.

- ¿Y cómo le fue mi cabo primero?
- No... bien, bien —decía Mario.

Jamás sus soldados le vieron correr una lágrima.

Aún guarda ese recorte como uno de sus grandes tesoros junto con otro que le mandó días después un compañero, era del diario *El Patagónico* donde le hicieron una entrevista a Elsa y ella contaba un poco la historia, tenía la misma foto que en la revista.

Con los soldados trataba de que, en los momentos de compartir una charla, no se hablara demasiado de los afectos, podía ser doloroso, algunos no tenían padre o madre y Mario buscaba evitar que se pusieran tristes.



Mientras tanto la guerra avanzaba, los ataques eran cada vez más fuertes. Los grupos instalados en Bahía Fox sufrieron mucho bombardeo aéreo y naval, era innegable que el plan de los ingleses consistía en no dejarlos descansar, los ataques eran por ejemplo el lunes y miércoles, a la noche, después de las doce. Eran metódicos, Mario sabía el horario, sabía que era cada dos días, sabía que iban a ser a la madrugada para no dejarlos dormir, para hacer hostigamiento, para desgastarlos, porque esa era la misión, desgastarlos.

Ellos no podían tirar porque la fragata estaba a dieciséis kilómetros y los cañones de 105mm tenían nueve kilómetros de alcance. Debían esperar a que la fragata se acercara, que seguramente no lo iba a hacer. Entonces lo único que le quedaba, era meterse como los topos bajo tierra con sus soldados. ¡Los últimos días era tremendo como tiraban! Muchas veces tuvo que ordenar que dejaran la posición y salieran para ocupar otra posición secundaria. En medio de ese desastre llegó personal de la unidad a inspeccionar la sección, llegaron con la orden de inspeccionar todo el armamento, se asombraron del mantenimiento de las armas.

— Felicito a la sección apoyo, la cual integra el Cabo Primero Agüero Mario —dijo el segundo jefe del regimiento— ¡tanta humedad y ustedes han logrado que no se herrumbre el material! ¡Como premio los autorizo a comerse una oveja!

Los autorizaron a comer una oveja a gusto y *piachere*, lo que sí, no la podían matar con disparo, tenía que ser con arma blanca.

¡La alegría que tenían esos hombres! Cuando les dijeron: “¡el premio es una oveja!” uno de los soldados ya estaba arriba de ella. Eran las doce del mediodía y el subteniente Guzmán jefe de sección, estaba haciendo el puré en un fuentón, creemos que con otro soldado y un suboficial. La escena se tornó agradable y hogareña, revolvían el puré entre risas y anécdotas.

Pero Mario estaba atento a su gente, preocupado por esa relajación.

— ¡Atentos con el armamento! —les ordenó a sus soldados—. ¡Cuidado donde lo dejan, pongan el casco en el piso y arriba el arma!



Y en eso, toca el soldado corneta alerta gris, que como hemos dicho más arriba, era ataque aéreo. Cuando escucharon la alerta gris todos se colocaron el casco, corrieron adentro del pozo y prepararon el fusil para disparar contra el avión en el momento que les ordenara, los que estaban haciendo el puré abandonaron todo y se refugiaron también.

Había dos soldaditos Valenzuela y Hoch, que habían hecho una sopita en su marmita y estaban sentados en el descampado tomándola. Disfrutaban tanto ese sabroso caldo calentito y recién preparado, que no se preocuparon por el inminente bombardeo. De repente se escuchó el ruido del avión y las ráfagas de disparos pasaban por arriba de su posición, un segundo avión le empezó a tirar a un barco argentino que estaba cerca de la zona. Hoch y Valenzuela, no solo no se metieron al pozo, sino que además de tomar la sopa, señalaban como un espectáculo los disparos que caían y decían:

— ¡Che, mirá, mirá, mirá cómo tiran, mirá cómo tiran!

Eran los cañones de los aviones Harrier.

¡Todos metidos en el pozo, con el casco puesto y las armas listas y ellos, además de no abandonar la sopa, observaban como si fuera un espectáculo! El fuego del avión y los disparos dejaron el lugar cubierto de humo y juego.

— ¡Nooo! ¡Los voy a matar! —gritó Mario fuera de sí.

Los agarró de la ropa y los llevó al pozo como si fueran niños, creemos que les tiró la sopa. Ya había pasado el bombardeo, de todas maneras, ya era tarde.

Hasta tal punto uno se hace parte del juego de la guerra, que en los últimos días todos se animaban a ver dónde caían las bombas y decían: “Che, mirá, ya están cayendo cerca”. Contaban los segundos de cuando se escuchaba la explosión en la boca de la fragata hasta que caía, entonces ellos sabían el movimiento del proyectil, lo que no sabían, era el lugar donde iba a caer hasta que se movía la tierra. ¡Era tremendo!

— Gracias a Dios a mí no me cayó ninguna cerca. —Contaba a su familia tiempo después.

Cerca, le llamaba Mario, a que nunca detonó una bomba a menos de un metro de su posición, caían más adelante, en las primeras líneas. Siempre en una



guerra se busca destruir las armas de mayor poder, como los morteros, por eso muchos bombardeos iban dirigidos a su unidad, que estaba de apoyo, detrás de la primera línea y cubiertos por el fuego de la Compañía de Ingenieros 9.

— ¡Si cae una bomba a un metro mío, no creo que sobreviva! — Ese pensamiento aparecía en su mente cada día, durante la guerra.

Los incendios dejaban el lugar iluminado después de cada bombardeo, eran momentos de un silencio absurdo, donde no sabían si en alguna de las posiciones había gente herida o muerta. Decimos silencio absurdo porque no era real, la voz de los cañones no se callaba nunca. Una guerra le quita al hombre la posibilidad de conservar la vida, por eso aparece el miedo y se alteran los pensamientos y el carácter de los protagonistas. ¿Qué hacían con los heridos? se comentará el lector. ¿Dónde los llevaban? Transportaban las camillas a pie, desde el lugar donde había caído, hasta el puesto de socorro de la unidad, recorriendo un terreno que hacía muy difícil la marcha. En los primeros días de batalla, si era grave, venía el helicóptero y lo evacuaba, parece que a medida que la guerra iba siendo más cruda, llamémoslo así, la logística se iba cortando de a poco, a Bahía Fox, le designaron una sección de socorro donde sólo se podía hospitalizar a treinta heridos. Los británicos estaban tomando el control y eso impedía realizar vuelos. La Fuerza Aérea realizaba misiones al ras del mar y hacía su tarea de una manera admirable.

— ¡Esos pilotos eran verdaderos suicidas! — comentaba un almirante británico refiriéndose a los pilotos de los aviones argentinos.

Se conocen las cartas que envió a su padre este almirante que murió en combate: “Los argentinos tenían bien claro por qué iban a Malvinas, nosotros cumplíamos órdenes”. En otra carta le contaba a su esposa: “Es increíble ver a los pilotos argentinos, aparecen de la nada”.

Los ingleses dicen que en la historia nunca han sufrido tanto como con la Fuerza Aérea Argentina. Cuenta un general británico que: “En San Carlos hicimos la primera cabeza de playa, y allí la Fuerza Aérea nos atacó, averiando muchas fragatas” y lloró mientras relataba esto: “Nunca había visto gente prenderse fuego y nunca, nunca, nunca a pesar de los años, había visto sufrir a los soldados británicos”.



Se puede notar en muchos testimonios de los ingleses, que sentían admiración por el coraje y el amor a la patria de los soldados argentinos, pero eso solo no alcanzó.

En las posiciones además de los pozos, estaban las letrinas, que casi siempre eran tambores de doscientos litros cortados al medio. Estaban algo alejados y escondidos de la mirada de los demás, buscando un poco de intimidad.

Un día, Rojo, uno de los soldados de Mario, se había alejado del lugar a fumar con otro compañero, cuando escuchó la alarma de ataque aéreo tiró el cigarrillo y salió corriendo hacia su posición. ¡Nuevamente el bombardeo los dejaba sin aire, sin rumbo! Con todo el nerviosismo y velocidad que merecía la situación, Rojo se tiró al suelo para protegerse de los proyectiles que comenzaron a caer por todos lados, sin darse cuenta de que estaba a muy pocos pasos de la letrina y cayó dentro de ella. ¡Todavía hoy recuerdan sus compañeros cómo salió de ese lugar y cómo se rieron de él!

III

El 14 de junio a la tarde les llega la orden de capitulación. El día anterior había comenzado en España el mundial de fútbol donde Argentina, campeón mundial perdía contra Bélgica. Ese día a la noche cayó un contingente británico a parlamentar con el jefe de unidad y les ordenaron entregar las armas. Se sabe que no fue una rendición sino una capitulación que es como decir: “Bueno yo me voy, pero esto es mío”. No es una rendición donde se dice: “Esto ahora es mío”. Fue lo que pactaron a través de la vía diplomática ambos países. Seguían en pie los derechos soberanos sobre las Islas Malvinas.

La dureza de la guerra no les había endurecido el corazón ni los sentimientos, cada uno con rabia y dolor rompió su arma, como formando parte de una ceremonia a la que se sentían obligados. ¡Todos lloraban sintiéndose vencidos! El día 15 los tomaron prisioneros y a ‘Mortero’ el perro también. Cuando arriaron la bandera argentina, comprendieron que parte de su vida se quedaría para siempre en las islas.



— Ese fue el momento más triste —decía Mario— ¡salir del lugar viendo flamear otra bandera!

¡Esa bandera que los acompañó durante setenta y cuatro días flameando victoriosa en las islas, algún día iba a estar en un museo! ¡Como todas las banderas de guerra!

Muchos años después, ya en Tupungato le tocó escoltar la bandera de guerra que está en el museo del Regimiento 11. Mario sintió que no podía contener la emoción. La acompañó a recorrer toda la formación, despidiéndose como corresponde de los soldados de la unidad que le rendían honores. Mientras caminaba pensaba en aquella otra bandera, la que, con los ojos mojados por las lágrimas, tuvieron que bajar del mástil el 14 de junio de 1982.

¿Qué pasó con la bandera de la unidad? ¿Quedó en manos de los ingleses? No, porque la imaginación y el valor del grupo salvaron ese testimonio de guerra. ¡Esa bandera no fue tocada por el enemigo! Fue descosida con mucho cuidado por el sastre, el Sargento Ayudante Ceballos y el Teniente Primero Giglio. No sabemos si alguien más participó de tan delicada misión. Descocieron un costado de los duvet y fueron escondiendo dentro de él las partes de la bandera. ¡Así la pasaron frente al enemigo! Al volver al continente volvieron a armarla. Pocas banderas de guerra cayeron en manos del enemigo.

Es extraño para Mario pensar que fue parte de la historia argentina. Cuando lo imagina, se le agolpan las emociones, los sufrimientos. ¡Tantas situaciones vividas en ese tiempo!

Su cuerpo se estremece entero. Con el tiempo, los sentimientos fueron arraigándose en su vida cada vez más. ¡Con cuánto respeto recuerda a sus soldados! ¡Que le llevaran el jugo de naranja aquellos días cuando estaba internado, parece una pavada! ¡Pero es uno de sus recuerdos inolvidables! Porque no fue sencillo para ellos escaparse en la noche y llevárselo. Su mirada se oscurece cuando recuerda todo lo que perdió en ese tiempo. “¡No estar con los hijos!” dice melancólico. No disfrutó el nacimiento de los mellizos y eso aún le duele.

El 15 de junio a la mañana los llevaron en helicóptero y en grupos. Llegaron hasta unos lanchones, como los de la Segunda Guerra Mundial. Se bajó el



portón y subieron en silencio. Cada uno con la mirada abatida por la derrota, pero con la alegría en el corazón por volver al continente. Los llevaron a la fragata y los dejaron allí, tuvieron que esperar largo rato para que los ubicaran, antes pasaron otro control. El primero fue en la noche, casi a la madrugada, con el frío y el fastidio que les producía la situación, los habían llevado en medio de la llovizna a un corral de ovejas y ahí, controlaron que no tuvieran cuchillos o tenedores, les dejaron nada más que la cuchara. Las armas, destruidas, ya las habían entregado.

— Lo único que me dieron —recordaba Mario— fue el recorte del diario donde salía Elsa y los mellizos.

Llegaron cerca de las ocho al estrecho San Carlos, en una noche oscura y silenciosa. El lanchón se apretó al Nordland Hulk, un barco inmenso que era para transporte de personal y subieron todos. Lo primero que hizo Mario, igual que los dos mil soldados que estaban allí, fue llenar con sus datos unos papeles para la Cruz Roja Internacional.

Sintió un sentimiento de esperanza que lo llenaba de alegría.

— ¡Bueno, por fin a casa! —dijo mirando al soldado Walter Alfonso.

Los ojos se le cargaron de tristeza al recordar todo lo pasado. Los muertos que dejaron en Malvinas, los que volvían heridos. Se acordó del Teniente Primero Kalinskiski, que quedó trabajando en las islas, los ingleses lo dejaron treinta días para hacer limpieza del sector y levantar las minas del campo. Era una cláusula, el personal que las colocó tenía que desactivarlas. Mario sabía que Kalinskiski los vio partir convencido de que ese mes sería interminable. Todo esto borró la sonrisa de su boca hasta que se encontró con algunos compañeros de promoción, que estaban destinados a otras unidades.

— ¡Cinco años sin vernos! —le dijo al Cabo Primero Fernando Scicchitano del Regimiento 1 de Patricios.

Había otro compañero de Mendoza que no recordamos el nombre. También el Cabo Primero Brancello, del arma de comunicación, estaba prisionero en ese barco. Se abrazaron y lloraron por el encuentro y por estar con vida.



— ¡Mirá dónde estamos! —dijo Brancello a los gritos. Empezaron a contarse cosas no solo de la guerra, sino de los cinco años sin verse, hablaron fuerte y se rieron mucho. Un soldado inglés gritó en su idioma: “¡Silencio! ¡Siéntense!” Se sentaron juntos en el piso hasta que se hizo el control y les designaron los camarotes, después ya no los volvió a ver.

Les dieron de comer. En un momento miró a Hoch y le pareció que ya lo había visto en la fila para retirar la comida. Miró con más atención durante un rato. ¡Pasó siete veces por la cola para comer el guiso que habían hecho los ingleses! ¡Hacía tanto que no comían un guiso! El encargado de compañía, Báez, lo llamó y le pegó una ajustada.

— ¡Ese es de su grupo —le dijo— es una vergüenza que se haya colado así!

— Mi principal —se disculpaba Mario—qué quiere que le haga.

— ¡Pero es que estamos dando mal aspecto! —decía.

¡Lo retó mal el principal! Pero él no le dijo nada a Hoch.

Al llegar al camarote Mario lo miró con la conciencia de ser un prisionero de guerra, creemos era el número 1242. Había dos camas y un baño, el compartimiento tenía tres metros por dos. Se miraron los cuatro. ¡Dos tenían que resignarse a dormir en el suelo!

Cada doce horas, con la precisión inglesa llegaba la comida, a las cinco en punto golpeaban la puerta y le entregaban un sachet de leche para dos, un sándwich y un huevo duro, de a poco fueron aumentando las raciones.

— Todos los días la misma comida —le dijo a su compañero de encierro.

Hablaba mirando las paredes del camarote, ningún recuerdo se había adherido en ellas a pesar de los años.

Le habían confiscado el chocolate que tenía y los cigarrillos.

— ¿Cómo irá el partido? —ya relajado y a pesar del encierro, Mario quería noticias del mundial.

Sabía que ese viernes 18 de junio Argentina jugaba con Hungría en Alicante.

— ¡Gol de Bertoni! —le gritaron desde el pasillo.



Era un británico que sabía que Mario, igual que la mayoría, estaba desesperado por saber del partido, llevaban casi media hora jugando.

- ¡Gol de Maradona! —el inglés estaba eufórico. En esos momentos no había rivalidad. Después hubo un silencio, donde imaginó que seguía ganado la Argentina.
- ¡Gol de Maradona, a los cincuenta y siete!
- ¡Gol de Ardiles a los sesenta!

Se abrazaron llorando los cuatro en el camarote, sentían que ese triunfo estaba dedicado a ellos. Durante tres días el Nordland Hulk navegó en ruta, tranquilo, por las frías aguas argentinas del Atlántico, Mario no sabía hacia donde los llevaban. Desde su camarote no veía agua, no veía el cielo, no veía nada. El encierro empezaba a asfixiarlo. No podía salir.

- ¡Atención a todos los prisioneros! —dijo una voz inglesa con no muy buen español por el auto parlante. — ¡Mañana llegaremos a Puerto Madryn!

Mario respiró aliviado, había escuchado que algunas unidades habían sido trasladadas a Uruguay y otras a una isla africana, esos tres días le había aumentado la ansiedad por conocer a Malvina Soledad y a Néstor Ariel, sentía una picazón en la garganta, que por momentos no lo dejaba respirar. ¿Cómo estaría Mario Damián? ¡Tanto tiempo sin verlo! Sentía su cuerpecito cálido apretado contra su corazón, escuchaba su voccecita llamándolo: “Papi, papi ¿dónde estás?”.

- Estamos a minutos de Puerto Madryn —dijo un oficial a las cuatro de la mañana. Les habían dado la orden de sentarse en fila y en silencio como cuando subieron. Había un inglés, que usaba una boina fucsia, ellos le decían la guardia escocesa creo y en eso apareció Mortero. ¡Se volvió loco de alegría al verlos!
- ¡Mortero, Mortero! —lo llamó el inglés golpeándose la pierna. ¿Y qué hizo Mortero? Fue donde estaba, lo olfateó ¡y le orinó el pantalón! El grito de los soldados se juntó en una exclamación de triunfo, todos aplaudían al perro, fue como retar al enemigo de manera pacífica. El inglés se largó a



reír también, un poco intimidado por la situación, hasta que Funes agarró al perro y se encargó de su traslado.

Al llegar a la cubierta del Nordland Hulk le dieron a cada uno los chocolates y cigarrillos que les habían confiscado. Mario miró a su alrededor respirando el aire del continente. ¡Recién allí tomó conciencia de la dimensión del barco! Desde su encierro no había imaginado lo grande que era, ni tampoco al subir en San Carlos donde estaba con frío y nervioso. Tenían que bajar por una tabla ancha. ¡A diez metros estaba el asfalto! Todo se movía, el barco, el agua, la tabla.

— ¡Lo único que falta es que me caiga acá y me estrelle contra el asfalto!— pensó asustado.

Parece que sintió más miedo en ese momento que en Malvinas.

¡No había visto nunca tanta alegría junta como cuando empezaron a subir a los colectivos para ir a la base naval de Trelew! Allí almorzaron y Mario siguió su camino hacia Comodoro Rivadavia. ¡Iba parado en el estribo del colectivo, con la emoción y la alegría desbordando su cara! Los ojos no dejaban de mirar el paisaje, las casas, el mar, el cielo. ¡Todo era diferente! ¡Su corazón latía diferente! Llegaron a las nueve de la noche. Antes de que el colectivo parara ya escuchó el sonido tan familiar y querido de la banda. Los ojos se le salían de órbita y le caían lágrimas sin que él se diera cuenta. Le temblaron las piernas cuando sintió que estaban tocando la canción del regimiento.

IV

¿Cómo siguió la vida de Mario después de Malvinas?

Estuvo un año más en Comodoro y lo destinaron a Junín de los Andes, al Regimiento de Infantería de Montaña 26. Durante seis años vio crecer a sus hijos entre los cerros y lagos de la Patagonia, cerca del pueblo mapuche, con un clima muy distinto del de Comodoro. El río Chimehuín y el volcán Lanín pasaron a ser parte de su paisaje cotidiano. Los cerros cargados de pinos y la gente tranquila y acogedora lo ayudaron a olvidar un poco los momentos difíciles.



Sabemos que las heridas que marcan la historia de los hombres pueden curarse, pero jamás se cierran. Su próximo destino fue en Buenos Aires, lo enviaron en 1989 al Colegio Militar de la Nación, donde llegan los cadetes a formarse. En esa época nació Flavia, su hija menor, allí estuvo cuatro años y se fue seis meses a Croacia, con las Fuerzas de Paz de las Naciones Unidas. En ese lugar en 1993, once años después de Malvinas, pudo conocer a los gurkhas, que son de Nepal.

— ¡Son tan raros los nepaleses! —le escribiría a Elsa desde Croacia.

Mario en Croacia conducía un jeep y fue el encargado de trasladar al General Gómez Sabaini, que en esa época había ido a visitar las tropas argentinas. El general quiso recorrer toda la zona, así Mario estuvo con los nigerianos y los jordanos, por último, hicieron la visita al batallón nepalés. “¿Alguno de estos habrá estado en Malvinas?”, pensaba mientras observaba como se presentaban, con guardia de honor, ante el general argentino que los miraba con la rigidez que debe tener una formación. Ellos pegaban saltos, gritaban, cruzaban el fusil para un lado, para el otro, hasta que al final se quedaban quietos y en silencio. El que estaba de servicio, se pintaba la frente con un punto rojo.

Al batallón argentino le pasaba revista un sargento inglés, poco tiempo después sacó una orden del día en la UNPROFOR, las fuerzas de paz de las Naciones Unidas, con una felicitación al batallón del ejército argentino, por su mantenimiento. ¡Un sargento inglés!

— Fue muy lindo ver —contaba Mario— que todas las naciones trabajaban de manera común.

Pero volvamos a Buenos Aires, hacía tiempo que Mario pensaba en volver a Mendoza, quería ir al Regimiento de Infantería 11 en Tupungato, había pedido el traslado, pero su destino era Uspallata. Esa tarde habló con Walter San Martín, un cordobés compañero de formación y le dijo que quería ir a Tupungato, no conocía el lugar, sólo había visto el cartel en la ruta.

— Mirá, esa unidad es un poco difícil, hay que ver. —Le dijo su compañero.

— Si no me puedo ir a Tupungato, a Junín de los Andes de vuelta.

— Bueno, ya veremos. Vení a verme el 20 de noviembre.



No fue, porque pensó: “Así como yo le hablé, deben hablarle un montón”. Cosa que no está bien pedir ese tipo de favores, pero bueno, no había otra forma. Se encontraron de nuevo a principios de diciembre, jugando al fútbol en el Círculo de Suboficiales

- ¡Negro, cómo andás! —le dijo Walter San Martín.
- ¡Curso, cómo andás! —repitió Mario.

Los compañeros de promoción se decían curso entre ellos.

- Bueno ¿preparaste la mudanza?
- ¿Cómo la mudanza?
- Andá preparando todo porque te vas a Mendoza. ¡Y a Tupungato!
- ¡Qué bueno! ¡A Tupungato! — dijo Mario.

La ansiedad del viaje empezó a recorrer su cuerpo.

Los niños disfrutaban mucho Mendoza cuando iban de visita, a casa de sus abuelos y vivir en Tupungato los llenó de alegría y de expectativas.

¡Hacía más de veinte años que se había ido de Mendoza! Antes de llegar, ya empezó a respirar el calorcito que se siente cuando uno vuelve a su lugar.

- Dios me da la oportunidad ahora de estar cerca de mis padres —contó una tarde Mario a su visitante.

Sus padres viven actualmente en Tupungato.

V

En el año 1977 había un muchacho en San Luis que después de morir su madre juntó sus pocas cosas y se fue a Mendoza. Llegó a la finca donde el padre de Mario era encargado a pedir trabajo. Don Pedro observó al joven, flaquito y muy menudito. Llevaba un pantalón azul y una remera negra con dibujos en el pecho, tendría unos diez y seis años, pero representaba menos.

- ¿Cómo te llamás?



— Soy Luis y vengo de San Francisco del Monte de Oro —dijo con una voz que la edad aún no desarrollaba.

— No, sos muy chico, este trabajo es muy pesado para vos —le dijo don Pedro mirándolo con pena— pero de todas maneras vení dentro de diez o quince días.

Un día estaba en la cancha de fútbol y Mario vio que un adolescente se acercaba a su papá.

— ¡Cómo le va, don Agüero! —dijo el muchacho de nombre Luis— ¿Se acuerda de mí?

— ¡Sí! ¿Cómo te va, cómo andás?

— Bien, por favor mire yo necesito trabajar.

— Pero mirá que es muy pesado.

— Bueno, no importa, pero yo necesito del trabajo, imagínese estoy solo.

Su papá se sintió muy conmovido por la necesidad que estaba pasando Luis. Sin familia, en una provincia desconocida y le dio el trabajo.

— Bueno, vení mañana, mañana tempranito te venís, pero vas a empezar a hacer cosas livianas, sos muy chico. ¿Vos trabajaste alguna vez?

— Sí, en algunas cosas —dijo con timidez.

Luis empezó a trabajar con mucha responsabilidad. Don Pedro no solo lo contrató, también le dio una casa, él con su trabajo fue comprando las pocas cosas que necesitaba para vivir, una cocina, una cama. La casa brillaba.

Una tarde, tomando unos mates debajo de un árbol, don Pedro le preguntó qué quería hacer, qué le gustaría ser en la vida. Lo veía con ganas de progresar.

— Yo quiero ir a donde está el Mario —le dijo Luis— pero no tengo los medios, no sé cómo hacer. Seguro me piden referencias y no tengo ni papá ni mamá.

— ¿Y vos estás seguro? —preguntó don Agüero

— Sí, es lo que más quiero en la vida.

— Bueno yo te voy a ayudar, vamos a ir al juez, vamos a hacer todos los papeles como corresponde y vas a estar a cargo mío.

— ¿Pero está seguro, don Pedro?



Fueron, hicieron todos los trámites y el juez le dio la tenencia. En julio Mario tenía vacaciones en la escuela y cuando llegó sus padres reunieron a los tres hermanos y les preguntaron si querían que Luis viviera con ellos. Ninguno dudó en decir que sí, ni la hermana que en ese entonces tenía 12 años, ese mismo día fueron todos a buscarlo. Prepararon la cama y todas sus cosas en la habitación de Mario y Damián. La casa se llenó de risas esa noche, todos sentían la felicidad de tener a una persona como Luis en la familia. Mario lo había sentido como un hermano desde que lo conoció.

Su mamá tenía la costumbre de ir a la habitación de los hijos a deseárselos un buen descanso, esa primera noche, Damián, que se destacaba por sus travesuras, había trazado un plan.

- ¡Mamá, papá! —gritó guiñándole un ojo a Mario.
- Levantá la almohada de la cama de Luis —tuvo que mirar para otro lado para que no descubrieran su risa.
- ¿Pero, por qué? —preguntó asombrada.
- ¡Vos levantá, levantá mamá por favor, levantá!

Un poco asustada por tanta insistencia, María Isabel levantó la almohada y se encontró con el brillo de cinco cuchillos, colocados en fila. Luis se quería morir, no le salían las palabras para explicar que él no tenía nada que ver. ¡Mientras los hermanos se morían de la risa en la cama de al lado!

Luis fue militar y también estuvo en Malvinas, el 29 de mayo cayó prisionero en Darwin. ¡Pasó su cumpleaños en el barco que lo transportaba al continente! La guerra lo dejó un poco afectado. Lo retiraron con el grado de Cabo Primero, en 1986. Se recibió de maestro y trabaja en Río Negro, junto a su esposa que también es docente.

Mario arraigó definitivamente su vida al suelo tupungatino, terminó de criar a sus hijos en la tierra donde había nacido Pedro Agüero. Cuando sus padres fueron mayores, los llevó a vivir con él.

Sus hijos varones siguieron la carrera militar. Néstor fue destinado al mismo regimiento de Comodoro Rivadavia donde se inició Mario.



— Se me paraliza el corazón —contaba Néstor— cada vez que veo el nombre de mi papá en los cuadros del regimiento.

Creemos que lo único que busca un veterano de guerra, más allá de todo lo que le pueden dar como excombatiente, es el respeto por los caídos en Malvinas.

Una profesora de historia, Porota Chaca, nombró una vez a los veteranos de Tupungato: “Los Héroes contemporáneos”. Mario es uno de ellos.

“El Negro”, como todos lo llaman, se retiró el 29 de febrero de 2012 como Sargento Ayudante, pasando a la reserva como subteniente. Inmediatamente comenzó a trabajar en la Municipalidad de Tupungato, como Director General de Servicios y luego como Jefe de Ceremonial y Protocolo.

Fue locutor oficial de la Embajada Argentina en la república de Chile en el Bicentenario de la Patria y ese mismo año, hizo la locución de la Fiesta Nacional de la Vendimia, en la Vía Blanca y en el Carrusel de la ciudad de Mendoza. Hoy tiene como hobby ser locutor de radio.

En el año en que escribimos este libro, fue elegido representante nacional de la provincia de Mendoza, por la Asociación de Cuyo de Veteranos de Guerra (ACUVEMA).



Mario Agüero, al centro, cuarto desde la derecha



JOSÉ RAÚL ALTAMIRANDA

La pasión de un hombre que sabe de guerra

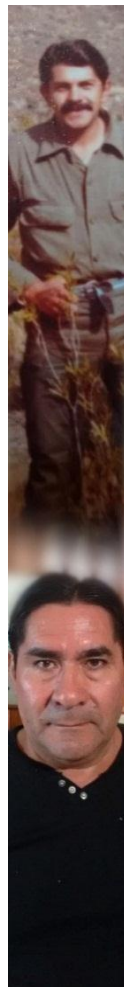
“Un momento de viento evaporó un poco la neblina y saliendo de la nebulosa fantasmal, vieron que esa lucecita era una fragata, más allá descubrieron otra. ¡La madrugada del 21 de mayo, dieciséis fragatas entraron al estrecho!”.

I

En un día caluroso del verano de 1981, el 10 de diciembre, un hombre, una mujer a punto de dar a luz y dos niños, bajaron del colectivo en Curuzú Cuatiá. Se notaba en el rostro cansado de ella, la incomodidad del largo camino recorrido, ese hombre era José Altamiranda con su familia. Había decidido viajar después de Navidad: “Preparo la casa y me quedo allá hasta que nazca el bebé y Griselda pueda trasladarse con los niños”, esa era su idea. Volver a Tupungato a buscarlos cuando Víctor, su tercer hijo naciera, pero el médico había dicho que si Griselda no viajaba en diciembre, tendría que esperar hasta marzo. Corrientes era muy caluroso y el cambio de clima podía afectar a la criatura.

— Yo me voy con vos, José, me voy con vos —le decía Griselda una tarde.

Estaba sofocada por el calor y por los ocho meses de embarazo.



Griselda nunca se había separado de su marido, lo conoció poco tiempo después que él comenzara su carrera militar, en Tupungato. A los ocho meses se casaron, ella también había nacido en ese lugar.

José entró a la escuela militar en marzo de 1973, el año en que el pueblo votó por primera vez, después de mucho tiempo. Durante cuatro meses fue presidente Héctor Cámpora, quien renunció para permitir nuevas elecciones sin prescripciones. Perón había regresado luego de dieciocho años de exilio el 20 de junio, fecha recordada como la Masacre de Ezeiza y en octubre asumió la conducción del gobierno argentino. Antes de cumplir un año como presidente murió y ocupó el cargo su esposa y vicepresidenta Isabel Martínez. Fue una administración marcada por grandes conflictos, financieros y partidarios y finalizó con un golpe militar en marzo de 1976.

II

¿Cómo serían los sueños de este hombre que llegó al mundo un 16 de julio de 1955? Había nacido en Tupungato, sus padres también. ¿Sentiría que la carrera militar era la vocación y el camino para su vida?

Tenía siete hermanos, murieron los dos más chicos, uno a los siete meses de nacer cuando José llevaba veinte primaveras vividas y hace unos años una hermana falleció de lupus, su hermano mayor es policía y sus hermanas docentes.

— ¡Tengo a mis padres vivos! —Se nota el cariño que siente por ellos.

Su papá con 89 años y su mamá con 84 sobrellevan los problemas de salud propios de la edad, los dos se movilizan en andador con rueditas. Viven frente al cementerio de Tupungato desde hace unos meses, con una hermana de José.

— Hay que asistirlos y cuidarlos —nos contaba una tarde— Antes nos turnábamos, un día cada hijo. Pasábamos el día y la noche con ellos. Ahora los visito a diario, pero están más tranquilos con mi hermana.



José fue a la escuela primaria “Juan Bautista Alberdi” del distrito El Peral. Vivían cerca del camping municipal, en la antigua finca Inés, donde su papá era administrador, prácticamente él nació en ese lugar. Un niño seguro fantasea con la idea de pasar toda la vida donde vivió su infancia, con sus amigos y con los mismos cerros rodeando el paisaje. No siempre ocurre así, la familia Altamiranda se mudó a la zona de San Pablo, al sur de Greco, también a administrar una finca, la de Díaz Valentín y José cambió sus sueños y su ritmo de vida. Cuando terminó el secundario quería ir a la facultad a estudiar Derecho, pero su hermano mayor estaba en Buenos Aires formándose en una universidad y la economía de la casa no alcanzaba para los dos. Entonces acordaron con su papá que José trabajaría unos años. El proyecto era que su hermano se recibiera o se estabilizara y el empezaría la facultad.

Es fácil imaginar la vida sencilla y feliz de José en San Pablo. Allí la cordillera parece meterse en los ojos y quedarse fija para siempre en la memoria. Quien conoce estos paisajes tupungatinos nunca más los puede sacar de su recuerdo. Allí el coirón parece apartarse de las piedras del camino y se queda mansamente en la orilla jugando con el viento. Allí los árboles en otoño bañan de dorado hasta el alma de los que pasan caminado o a caballo. Allí las nubes y el cielo se iluminan con la luz de las estrellas. En ese lugar, José trabajaba con su padre.

Cuando vivían en la finca Inés empezó el nivel medio en la única escuela secundaria de Tupungato. Cambiarse a San Pablo trajo su complicación. El establecimiento quedaba a más de veinte kilómetros y a su papá no le daban los tiempos para llevarlo y traerlo, pero no quería que su hijo se quedara sin estudio. Sabía que José era muy responsable y después de pensarlo mucho, decidió darle el rastrojero para que fuera todos los días a estudiar. Confiaba en él, a los doce años le había enseñado a manejar el tractor de la finca, sabía que era muy cuidadoso.

José había sido abanderado en la primaria y también en el secundario, nunca fue un sacrificio para él ayudar a su papá y estudiar. Tampoco viajar tanto para llegar a la escuela. Aún hoy el camino para llegar a San Pablo es de tierra. ¡Imaginamos hace cuarenta años! ¡Sería casi una huella!

Este joven tractorista tenía la ilusión de salir del campo, veía a la gente que allí no progresaba y pensaba: “Si yo me quedo acá voy a terminar igual”. No quería



para su vida una casa precaria, una situación económica apretada, modesta. No quería eso. Poco tiempo después de terminar el secundario se le presentó la oportunidad de ingresar al ejército. Su papá, que ya se había acostumbrado a tenerlo en la finca, no estaba de acuerdo, José era su mano derecha, lo ayudaba en todo. También tenían una despensa en la zona de San Pablo, bastante importante para su época, era la única en el lugar y proveían de mercadería a las minas de Bobadilla y a otras minas de talco en la cordillera. José, aparte de trabajar con el tractor, hacía el reparto de mercadería a las minas, pero su mirada estaba puesta en otro tipo de vida.

Le gustaba la música, con algunos compañeros con los que cursaba el secundario y unos amigos militares, formaron un conjunto musical, José era percusionista. También participaba del grupo Días, un militar que en la actualidad tiene un grupo de mariachis en Tupungato.

Solía ir a visitar a sus amigos al regimiento, siempre les contaba su sueño de ser médico o abogado. Aspiración que cada vez estaba más lejos, de a poco se fue convenciendo que seguiría la carrera militar.

En Buenos Aires, cuando empieza la instrucción, se encuentra con otros tupungatinos. Todos compartían una historia semejante, se conocieron en la escuela militar y empezaron a tejer una buena amistad. Al terminar la preparación cada uno exponía cuales eran las razones para pedir su destino, José solicitó el Regimiento 11 de Infantería, quería estar cerca de la familia. La suerte lo acompañó y volvió a Tupungato, también sus amigos.

Tuvo que aprender a formar su carácter de mando. Se enfrentó con soldados que tenían su misma edad. ¡Y ya eran veteranos dentro del regimiento!

— Cuando a un militar le descubren el lado frágil —decía José al invitado aquel día— pierde el mando y ya no es nadie.

Muy rápido necesitó modelar su personalidad, casi recién llegado a su destino lo enviaron a Tucumán. ¡Con apenas 20 años! Mientras iba en camino sentía el ímpetu de su sangre joven y pensaba: “¡Estuve preparándome para hacer algo acorde a mi profesión!”.



¡Su primera misión! La subversión, el proceso de reorganización nacional como la llamaron en su momento.

— Era complicado —contaba José aquella calurosa tarde de verano— no sabíamos quién era el enemigo. Pero fue un buen aprendizaje, me enseñó mucho.

Después de esa experiencia volvió al regimiento de Tupungato.

1976 fue una época de muchos disturbios. Se corrían rumores de un posible golpe militar, pero nadie sabía con precisión lo que pasaría. Tampoco adentro del regimiento. José vivía tan desinformado como el resto, recibía muy poca notificación de sus superiores. Esa semana, comenzando el otoño, sin explicaciones, le habían ordenado un cuidado especial. El 23 de marzo a la tarde, todo el regimiento quedó acuartelado. ¡Nadie sospechaba lo que iba a suceder horas más tarde! Luego se supo que el jefe de operaciones había tenido una reunión, donde le informaron que el ejército se haría cargo de la presidencia. Ellos, entre otros objetivos, debían controlar las intendencias del tercer distrito electoral, Luján, Godoy Cruz y Tupungato. Después se les agregó Rivadavia y San Martín. José iba en el grupo que tomó la Municipalidad de Tupungato, a las doce de la noche el 24 de marzo de 1976.

— Fue una práctica interesante —solía decir — a pesar de la edad y el poco tiempo que llevaba en el ejército, creo que hice bien mi trabajo.

— Esa noche, todo se desarrolló con normalidad —José sin duda sabía lo que decía— también estuve en Cuadro Nacional, haciendo operativos y tampoco hubo ningún abuso. El ciudadano fue muy colaborador.

III

Mientras recordamos sus inicios como militar, volvamos a aquel caluroso y húmedo diez de diciembre en el litoral argentino. José y su familia bajaron del colectivo y tomaron el tren hasta Mercedes, cuando llegaron, él llevaba en brazos a Érica que se apretaba fuerte contra su pecho, estaba asustada. Era de noche y todo tenía un aire fantasmal, las luces amarillas y el ambiente brumoso



de la costa del Paraná, era un choque para los ojos de la niña que estaba acostumbrada al paisaje y a los cerros de Tupungato. Nelson iba dormido en los brazos de su madre. Con Érica alzada y la valija en la otra mano, entró al hotel Plaza a buscar alojamiento. En la estación habían subido a un taxi y el taxista le recomendó el lugar, fue muy amable. Al despedirse le dijo:

— Yo lo vengo a buscar temprano y lo llevo hasta el cuartel.

En la mañana siguiente, antes de llevarlo al regimiento, el correntino lo llevó a conocer la ciudad. Orgulloso le mostraba los edificios donde la historia y el tiempo parecían detenidas en una postal. José al mirar esa región del país tan diferente a Mendoza, se dio cuenta que también allí la gente era cálida y hospitalaria. ¡Agradeció a Dios haber elegido ese destino para su carrera! Las tradiciones aparecían en cada esquina, en cada persona con la que se cruzaba.

Se imaginó con Griselda y los niños disfrutando tanta belleza. Mercedes no ha cambiado mucho desde 1981 hasta nuestros días.

Esperaba al jefe en una oficina contigua y mientras se observaba para estar seguro de su aspecto. Había cuidado de manera muy especial su vestimenta. ¡Estaba impecable! El pelo negro, muy corto y bien peinado. Con sus ojos marrones, casi negros, que no se quedaban quietos, observaba todo a su alrededor. Los zapatos más brillantes que nunca. Ninguna arruga en el uniforme. ¡Nada mostraba los mil quinientos kilómetros que había recorrido para llegar! El jefe después de saludarlo le preguntó:

— ¿Por qué llega con tanto tiempo de antelación?

— Por un problema de embarazo de mi señora —le explicó.

Le presentó todos los papeles y la documentación médica.

— Bueno —le dijo— entonces en vez de presentarse el tres de enero a trabajar, preséntese el quince. Le voy a dar más días.

— También quisiera saber que casa me van a destinar.

— No — afirmó con una sonrisa— la casa ya la tiene, es más, está el camión descargando los muebles, llegó anoche. Nos vemos el quince, cualquier cosa que necesite, vehículo, dinero, me avisa.



Su padrino de casamiento, Tito Fuligna tenía un camión y le había llevado la mudanza. El taxi dejó a José y a su familia en la casa del barrio que estaba dentro del cuartel. Los que tenían niños en edad escolar, tenían casa en el centro del pueblo, los suyos aún eran pequeños. En aquella tarde de diciembre José aprendió de solidaridad y amistad. Al descender del taxi vio algunos vecinos bajando sus muebles del camión, unos acomodaban el cuarto de estar, otros el dormitorio, las mujeres ordenaban las cosas más pequeñas, los recibieron con mucha alegría, como se debe recibir a un hermano. Al principio a Griselda le incomodaba tantas atenciones, después se acostumbró, fue una experiencia donde comprendieron la importancia de la amistad. ¡Cuando se tiene lejos a la familia la vida se comparte con los amigos! Había puesto el regimiento de Mercedes como un lugar más de los cinco que tenía que proponer, pero nunca se imaginó un lugar con tanto encanto. ¡Les costó irse de Mercedes!

Al día siguiente, cuando terminaron de acomodarse fueron a visitar a un ginecólogo.

- Me voy a pasar la Navidad a una estancia —le dijo a Griselda el médico después de revisarla— está a treinta kilómetros, el veinticuatro, antes de irme paso por tu casa y te vuelvo a revisar.
- Sí. —contestaron los dos.
- ¡Qué va a ir! —Dijeron al salir del consultorio.

¡No se lo cree nadie! ¿Verdad? “¡Qué va a ir el doctor! ¡Qué se va a acordar, recién nos conoce!”. Pensaban mientras volvían. ¡Y el 24 a las doce del mediodía llegó el doctor Vázquez a la casa número 10 de la calle 1 del barrio militar!

- ¿Pensaron que no iba a venir? —les decía con una sonrisa esa tarde.

¡El calor y la humedad tenían a Griselda muy fatigada!

- Y... no. —Dijeron con una sonrisa.
- Y bueno... los mendocinos son así de desconfiados —el médico les inspiró mucha confianza.

Entablaron una buena amistad con el doctor Vázquez, la revisó y dijo que a más tardar el cinco de enero nacería el bebé.



— Pasó Navidad y Año Nuevo tranquila que yo cuando llegue de la estancia, paso y te vuelvo a revisar —le dijo al despedirse.

No llegó al día cinco, el tres de enero cuando comenzaron las contracciones se fueron a la clínica.

— El doctor está en la estancia —le dijo la enfermera y le dio la dirección de su casa. ¡No debe haber sido fácil para José! No tenía vehículo, Nelson y Érica eran muy pequeños y además estaban los nervios naturales de saber que el bebé pujaba por salir. Una enfermera lo miró y comprendió la situación, se ofreció para ayudarlo y se quedó con los niños, mientras José buscaba al médico.

— Ya le llamo por radio —le dijo la madre—le aviso que vaya urgente a la clínica.

Cuando volvió, el médico estaba entrando, venía con botas y ropa de campo. Lo único que hizo fue ponerse la bata, los guantes y recibió en sus manos a Víctor. ¡Su primer hijo correntino! María Cristina también nació en Mercedes y la atendió el mismo doctor.

Como había quedado con su jefe, el quince de enero se presentó a trabajar. Mientras José estuvo en el regimiento de Tupungato, comenzó a interesarse por el sistema de radios con el que se maneja un ejército. Hizo turnos en el centro de comunicaciones y se empezó a preparar. ¿Era una necesidad de conocer algo nuevo? ¿Por qué este militar que había elegido estar dentro de la infantería, una fuerza de combate a pie, que utiliza armas portátiles y están preparados para emplear todo tipo de medios de transporte en un conflicto, estaba tan interesado en el área de la comunicación? Él pensaba que el jefe de una fracción del ejército debe conocer de comunicaciones, de palabras de encubrimiento, de equipos de radio. ¡Le apasionaba todo el sistema que manejaba el ejército para comunicarse!

Me llamaron la atención —contaría tiempo después—dos militares tupungatinos, Corso y García, muy conocidos en la zona. Me enseñaron mucho, en los descansos iba al sistema de comunicación para investigar y aprender.

Un regimiento tiene que buscar la forma y hacer los enlaces para estar comunicado con el comando. Tiene que preparar su equipo para que las



comunicaciones no fallen. También hacer el contacto con el que maneja el sistema de la fuerza aérea. Tiene que saber todas las coordinaciones de los grupos de artillería. Un ejército siempre está preparado para que en una eventual o futura o posible guerra, todos manejen los mismos códigos y un encargado tiene que cumplir ese objetivo. Saber realizar una proyección hacia las distintas armas, aviación, caballería, ingeniería, que cada uno sea útil en su lugar y en cada necesidad.

¡José nunca imaginó que en Mercedes lo pondrían como encargado de todo el sistema de comunicaciones! ¡Una responsabilidad muy grande! Se sintió obligado a buscar bibliografía, estudiar, consultar con gente que sabía y así armó su mesa de trabajo.

Tuvo que administrar los sistemas para que todo el regimiento estuviera conectado, además prever los contactos con el nivel superior. ¡Sintió una gran responsabilidad!

Cualquiera que esté lejos de los padres y los hermanos, necesita tener noticias de ellos. Era una época en que las redes de comunicación no habían colmado los espacios como ahora, solo existía el correo y muy pocos tenían teléfono fijo. Corrientes no era diferente de otras provincias. En las primeras semanas de actividad en Mercedes, José con los conocimientos que llevaba y lo que estaba aprendiendo, formó un Radio Club. Necesitaba sentirse más cerca de la familia y de los amigos y que los compañeros que estaban lejos de su hogar también pudieran comunicarse. En sus momentos libres hablaba con Cecilio Ñañez, que era un radio aficionado de Tupungato muy conocido de su suegro, le avisaba al papá de Griselda y conversaban largos ratos. Así se mantenían en contacto, Cecilio además le traía noticias de sus padres. Griselda habló con su papá en varias oportunidades.

IV

Nos gustaría llevar al lector nuevamente a sus primeros años como militar. Estaba en Tupungato, en el Regimiento 11 de Infantería General Las Heras.



Sabía que había elegido una carrera cuyo objetivo era la guerra -para eso se preparó- José sentía que en la atmósfera militar estaba todo lo que buscaba en la vida. Cerca de la familia y sus amigos, no podía pretender un mejor futuro, lejos habían quedado sus sueños de ser abogado. Quince meses después de establecerse en la comunidad tupungatina, en junio, conocería a Griselda y un 2 de febrero se casaban por civil y como se acostumbraba en esa época, dos días después por la iglesia católica.

A fines del setenta y ocho, cuando Érica, su primera hija, cumplía cuatro meses, surgió el conflicto por el Canal de Beagle. Lo enviaron a Covunco, en el centro de la provincia de Neuquén, a varios kilómetros de Zapala.

Hubo una época en que la línea de trenes San Martín, pasaba cerca de La Sidrera, en Tunuyán. ¡Ya el tiempo se ha encargado de destruir esa vieja estación! Se iba por calle Pellegrini y al salir del centro, se entraba por una calle de tierra hacia el norte. A menos de un kilómetro estaba la estación de tren. Allí subió el Regimiento 11 de Infantería General Las Heras rumbo a Neuquén, en medio de la preocupación sobre una posible guerra con el país hermano. Los camiones, ganados, mulas y demás cosas habían subido en Zapata.

¿Las comunidades sureñas conocerían lo que estaba pasando en la frontera? ¿Comprenderían qué era ese movimiento militar que veían en esos días? ¡Debe haber sido un espectáculo fuerte para la vista, ver bajar del tren un regimiento de casi mil almas en Zapala!

Las costumbres de esas personas, habituadas a vivir un ritmo diferente, se alteró.

Sabemos que de allí partieron a Covunco y que de repente la cordillerana se llenó de voces y movimiento. Cuando llegaron, lo primero que hicieron fue el vivac, la zona de carpas. Cada soldado armó su carpa personal y un grupo se encargó en el área comando, de las carpas de logística que son las que llevan la organización de oficina, donde están las anotaciones mortuorias, los cajones, las bolsas de plástico. Todo está muy bien organizado cuando se prepara una guerra, nada queda al azar en la organización de un conflicto. Imaginamos que cada situación es importante, también en las responsabilidades y tareas de las personas, mientras algunos solo ven la parte objetiva, los que están a cargo de



una sección, tienen que cuidar a cada soldado de manera personal. ¿Será diferente la mirada de quien conduce un grupo, a la de quien está para ser conducido?

Aparte habían acondicionado un campo para pista de aterrizaje, tenían aviones, tanques, mucho armamento. ¡Cualquiera de la inteligencia chilena que mirara esa estructura, sabía que Chile no podría ganar una guerra! ¡Era terrorífico para ellos! Se encontraba toda la frontera cuidada. Donde había un posible paso, aunque fuera dificultoso, estaba el ejército argentino dispuesto al ataque. El plan, cuando se diera la orden, era avanzar por la frontera, se calculaba que en veinticuatro horas lograrían invadir toda la defensa chilena.

¡Creemos que ese relato era auténtico! Fue muy importante el movimiento que se hizo. ¡Pensemos que en Covunco, en la parte donde se encontraba José había aviones de combate! Tal vez conozcan, los que intentan leer este libro, que en Villa Reynolds, en la provincia de San Luis, pasando por la ruta siete como quien va a Córdoba, hay un tramo de ruta muy ancha. ¡Esa era una pista de aterrizaje alternativa!

¡Se le hizo eterno el mes y medio que estuvo en Covunco a José! Sentía frío, imaginaba que su familia estaría angustiada, no sabían demasiado lo que ocurría en el sur. Le preocupaba Griselda, que tenía que afrontar el difícil aprendizaje de ser mamá sola y se desesperaba. ¡Por qué tuvo que alejarse justo en ese tiempo! ¡Recién empezaba a conocer el gozo de ser padre!

Las organizaciones militares acá y en cualquier parte del mundo son similares, si bien han cambiado algún nombre o la cantidad de integrantes de los grupos, todo sigue igual que en la época de los romanos. Ellos les decían las centurias y el jefe era el centurión, ahora son compañías. Una unidad mínima de combate, antes y ahora es de nueve personas, el jefe de ese grupo es el de menor grado y en total son diez. Un jefe con nueve tiradores que dependen de otro jefe, que a su vez tiene cuatro grupos a cargo, o sea cuarenta, más él y el furriel, que es el secretario que hace toda la parte administrativa. Así se conforman secciones de 42 personas. Todo lo que realiza ese grupo tiene que quedar documentado, no hay nada al azar ni nada que no se documente.



Sabemos que el ejército chileno tenía serios problemas logísticos, sufrían falta de alimentos, de sanidad, de vestimenta y los soldados argentinos los abastecían en lo que podían. Estaban a pasos de la frontera, muy cerca del regimiento enemigo. Si bien era verano, el aire patagónico es muy diferente del de las zonas centrales. ¡En los cerros era terrible! ¡Con esos fríos cómo no ayudarlos! ¡Era una cuestión humanitaria! ¡Estando tan cerca! A veces llegaban con una bandera blanca y les contaban que se había enfermado un compañero y no tenían cómo curarlo. En ocasiones se arrimaban simplemente porque tenían hambre.

José y sus compañeros comentaban:

— ¡Son de nuestra misma edad!

Y los soldados argentinos les brindaban todo el apoyo que necesitaban. ¡Hasta se armaban algunos partidos de fútbol! A veces jugaban a las cartas y los chilenos les decían:

— Si ustedes atacan, pasen nomás, nosotros no vamos a contestar.

En todo lugar es complicado hacerse amigo del enemigo, pero ellos sabían que los argentinos eran superiores, solo este ejemplo le damos al lector para que lo entienda: la manera en que se manejaba el tema de las municiones en cada ejército. Mientras que de este lado de la cordillera se usaba un solo calibre en las armas, ellos tenían varios tamaños. ¡En esos grupos de nueve soldados había distintos tipos de munición! Esto afectaba a todos, porque de esa manera en una guerra, el que se queda sin balas no tiene a quien pedirle.

— Ahora, cuando suelo pasar a Chile —decía José— veo los regimientos donde tengo algunos conocidos y es otra cosa, están muy bien equipados, son muy profesionales.

A las once de la noche del veintiuno de diciembre, su grupo ya estaba desplazado en la línea de partida, esperando la orden de ataque. ¡Era el comienzo de su primera misión armada! ¡Acantonados y preparados! Los ataques comenzarían a la una de la mañana del día veintidós.

— ¡Gracias a Dios no se llegó a combatir! —nos contaría José treinta y nueve años después.



A fines de diciembre comenzó el desarme, con el respiro de todos. Ese tema en una zona de posible conflicto siempre demora un tiempo. Hay que desmontar las estructuras, desarmar todo un regimiento. Suponemos que, en el año 1978, con menos medios de los que tenemos ahora, desarmar las carpas del vivac, controlar las armas y todo el material, debe haber sido un proceso lento.

El desarme demoró un tiempo, cerca de dos meses, casi al finalizar febrero llegaron los últimos. El Regimiento General Las Heras se había desplazado completo hacia el sur, solo quedó una parte muy reducida, los retirados y soldados de baja, que fueron nuevamente convocados para hacerse cargo de las guardias y mantener el funcionamiento.

Imaginamos que el gasto realizado en esa época fue muy grande, una guerra no es gratis, cuando se empiezan a dar las órdenes de movilización, hay que pensar en millones y millones de pesos. Una guerra es muy costosa.

Era el mes de enero y por aquellos días corría la voz que empezarían a dar las primeras licencias para volver a Tupungato, a José el corazón se le aceleró cuando lo escuchó. Necesitaba volver, saber cómo estaban Griselda y Érica. Ese día, casi en la frontera con Chile, en la parte central de la cordillera neuquina, le brillaron los ojos cuando lo nombraron entre los primeros en irse.

Se volvieron a dedo con Callo, un compañero. Después de caminar un buen rato, sintieron el ruido de un camión y desde el medio de la calle le hicieron señas. El camionero ofreció llevarlos hasta San Rafael, en Mendoza, iba a buscar harina, pero la desgracia quiso que se rompiera a mitad del camino y tuvieron que seguir caminando. ¡Caminaron como nunca en sus vidas! Iban en silencio, casi hasta podríamos decir sin pensamientos, el calor y el cansancio los había agotado. Otro camión que también iba a San Rafael los llevó. Viajaron en la carrocería varias horas, entre damajuanas de vino. El camionero se desvió un poco de su destino y los dejó en la salida del departamento, bajaron preocupados por una tormenta que se estaba formando. Para los que no conocen el carácter de las tormentas sanrafaelinas, podemos decirles que son muy violentas, que destruyen todo a su paso, sembrados, árboles, techos, autos. ¡Todo destruyen las terribles tormentas de piedra! Cruzaron la ruta con la esperanza de que la tempestad no descargara su furia en esos momentos. Era de día, pero el espesor de las nubes no dejaba pasar la luz, se sentían envueltos



en un paisaje donde los relámpagos iluminaban el horizonte en todas direcciones, la tierra temblaba cada vez que el cielo rugía. En ese momento paró una camioneta y les ofreció llevarlos hasta Zapata. La tormenta quedó atrás.

— Desde acá va a ser más fácil —decía José a su amigo.

Y tenía razón, paró un tapicero de Tupungato de apellido Lucero que en el camino les contó que enseñaba boxeo. Acercó a José hasta la casa de su suegro, allí estaba Griselda.

El calor penetraba hasta en la mente la tarde en que construimos esta historia. Griselda atenta escuchaba el relato de su marido. La miramos con la intención de preguntarle si sabía que José ese día venía en camino y ella nos dijo:

— No. En realidad, de todas las salidas que José tuvo, yo nunca sabía cuándo volvía, no tenía como comunicarme con él. Cuando estuvo en Malvinas, no supe nada seguro hasta que bajó del tren.

V

Volvamos al inicio de esta historia, el lector recordará que José había llegado a Mercedes con su familia y aprovechando sus conocimientos en comunicaciones había formado un Radio Club, su jefe era un hombre joven, sanjuanino, el teniente Ortega. Todos los días le pedía que lo comunicara con su padre.

La vida era muy tranquila en Mercedes, Griselda y los niños estaban contentos y eso lo llenaba de felicidad.

Llevaba solo dos meses en ese regimiento, estaba cómodo y trabajaba en lo que le gustaba, pero a mediados de marzo, su vida, como la de tantos soldados, daría un vuelco que lo marcaría para siempre. En esa época comenzaron los preparativos en el tema de la guerra de Malvinas, podemos deducir que, si José estaba en el área de comunicaciones, estaba enterado de todo lo que pasaba.

— Mirá —le había dicho Ortega un día— está previsto hacer una invasión a las Islas Malvinas, pero es un secreto absoluto, vos tenés que saberlo porque manejas la comunicación.



¡No se lo podía decir ni a su esposa!

¡Debe ser difícil esta situación en una pareja! Por más compañerismo y confianza, hay cosas que son secretas y el militar tiene que aprender a mentir.

- ¿Es verdad todo lo que se dice? —le preguntaba Griselda.
- No, flaca, no, no —decía siempre él— quedate tranquila.

Se quedaba en silencio, y esos silencios, muchas veces convertidos en negación de la verdad a José le hacían daño. Cuando pudo decirle a su esposa que se iba su corazón respiró aliviado.

- Flaca, me voy.

José es muy tranquilo para hablar, piensa cada palabra, no cambia el tono de voz ni la expresión, pero cuando nos cuenta ese momento, su voz se vuelve ronca, como con remordimiento por no habérselo podido decir antes.

Ella lo intuía, siempre supo que las mujeres que se casan con un militar tienen que saber afrontar momentos difíciles.

Cuando un país se prepara para invadir un lugar, todo está cronometrado y organizado, se debe hablar el mismo idioma y tener igual grado de responsabilidad. Uno que no cumpla el orden de las cosas y la misión fracasa, un grupo puede ser derrotado por la irresponsabilidad de una persona. José preparó con su equipo de comunicaciones todo lo necesario, los soldados no sabían lo que ocurría, los grupos electrógenos estaban listos para ser cargados. Todo dispuesto, todo con su cartelería, organizado lo que iba en cada cajón. Los radares preparados. Todo dispuesto pero nadie sabía que el ejército se estaba preparando para una guerra.

Empezaron a sospechar que algo pasaba porque se formó otra compañía, llegó gente movilizada de un regimiento cercano y se dijo que iban a realizar ejercicios.

Les dieron la orden de preparar las armas y el veintinueve de marzo todo el regimiento estaba listo para partir. Les habían informado que tenían que estar en las islas el día de la invasión, al final mandaron a la marina. El dos de abril se ordenó acuartelamiento, debían estar organizados con la mochila y todo el equipo para salir en cuanto recibieran la orden. Se marcharon de Mercedes el



ocho de abril a la mañana, una semana después. Su posición sería cubrir la frontera con Chile en Río Mayo, seguía abierta la hipótesis de un conflicto con el país vecino. Fueron en tren hasta Paraná y de Paraná en avión hasta Comodoro Rivadavia. Todos los vehículos, camiones y demás, salieron directamente en tren, una vez que se encontraron con las unidades fueron a Caleta Olivia.

Durante el viaje instruían a los soldados cada uno en el área que le correspondía. Por ejemplo, los grupos de infantería veían técnicas de combate, después cuando llegaban a tierra se hacía una práctica de lo que se había enseñado, nomenclatura del fusil y todo lo que compete a una acción armada. José instruía a los grupos en el uso de los sistemas de comunicación, por si quedaba fuera de combate el operador de radio, un soldado cualquiera tenía que saber cómo usar la radio.

Estaban al tanto de lo que pasaba y se preparaban tranquilos, sabiendo que ellos no iban a la guerra. Cuando llegaron a Caleta Olivia se alojaron en un polideportivo municipal, pero no hubo tiempo para el descanso, todo era instrucción y reacondicionamiento de equipo. Había un polígono cerca de la costa y llevaban a los soldados allí a practicar tiro, ponían bollas en el mar y les enseñaban a tirar a los soldados más nuevos.

Mientras ocurría todo esto se escucharon en los medios muchas barbaridades, José afirma que los fusiles eran nuevos, que llevaban mecánicos armeros, que las armas funcionaban bien, que las municiones sobraban. También está convencido de que hubo errores de logística, no se tomaron precauciones ni caminos alternativos para la provisión. Esa fue una falla, sabemos que mucha gente se ve sobrepasada por la responsabilidad de una misión, pero cuando intervienen vidas humanas, esas cosas no deberían ocurrir.

Estuvieron más de una semana en Caleta Olivia, hasta que llegaron los vehículos junto con la orden de embarcar para ir a ocupar Río Mayo, la frontera donde están las minas de carbón, zinc, oro y plomo que debía ser cubierta con el regimiento de Mercedes. Eran mil quinientas cincuenta personas, entre ellos iba gente de caballería, de la que ya hemos hablado, un regimiento que está muy cerca de Mercedes, de esa unidad fueron sesenta personas, los demás



quedaron en Corrientes. Llevaban cañones antiaéreos y armas de importancia, iban en apoyo del ejército donde trabajaba José.

Ordenaron embarcar y el jefe de operaciones los reunió en el playón del polideportivo, les explico a dónde iban para que todos los soldados, oficiales y suboficiales supieran que misión le correspondía a cada uno. Para José era fácil, tenía que instalar las comunicaciones telefónicas y radiales a los distintos grupos, establecer la frecuencia con el escalón superior y quedarse a tomar mate tranquilo. Llegó el momento de la partida y marchó la columna de más de mil quinientas personas rumbo a Río Mayo. El jefe iba en un jeep haciendo cabeza de columna y José en el último camión con todo el equipo de comunicación, había repartido equipos de radio a distintos vehículos, si pasaba algún accidente o desperfecto mecánico se conocería de inmediato. Cuando llevaban veinte kilómetros de camino, apareció detrás de la columna un patrullero de policía, venía de Caleta Olivia tocando la sirena y haciendo señas, el conductor donde iba José detuvo el camión. Se arrimó el policía corriendo.

— Traigo una orden —le dijo a José— ¡que la columna se detenga!

Y le pasó un papel, José buscó la tablilla que correspondía a ese día y llamó por radio a toda la columna para que se detuviera la marcha, era una orden del comando de brigada.

— ¿Qué pasa? —le preguntó el jefe.

— ¡Llegó un mensaje cifrado! —Le dijo—. Estoy detenido descifrando el mensaje. ¡Cuando lo tenga claro se lo trasmito en otro canal!

El mensaje decía: “Dirigirse al aeropuerto de Comodoro Rivadavia para embarcarse en aviones para ocupar la zona de Darwin y Ganso Verde en Malvinas, prestos para el combate”.

— ¡Y vamos a la guerra! — le dijo a su compañero cuando lo terminó.

— ¡Vamos a la guerra! —le contestó entusiasmado el chofer del camión.

Llamó al jefe.

— Pase a otro canal —le dijo.

El jefe se pasó al canal privado y José le leyó el mensaje.



— Bueno, manténgase en el lugar, nosotros vamos rotando. —Fue su respuesta.

Se quedó estacionado mientras la columna empezó a girar, la cabeza le daba vueltas. ¡Ese día comprendió que se estaba acercando al escenario de la guerra! Cuando la caravana llegó a la altura del camión de José, el jefe bajó del jeep y se acercó muy preocupado.

— A ver, mostrame —le dijo.

— Acá está. —Se lo pasó.

— Bueno, cuando llegemos a Comodoro Rivadavia —dijo— vos te vas primero conmigo para entablar las comunicaciones.

Llegaron al aeropuerto y ya estaban los aviones de Aerolíneas Argentinas preparados, les habían sacado todos los asientos para poder llevar más soldados. Empezaron a embarcar y partieron a las islas. Solo se llevaron diez camiones y un jeep, tenían la información de que los caminos no eran muy aptos para los camiones. Los tanques tampoco podían circular, por eso la caballería llevó muy pocos tanques. ¡Y era así! ¡El terreno muy cenagoso! ¡Y la turba! Si pisaban en grandes extensiones, era como caminar sobre un colchón. Había mucha humedad.

Llegaron a las cuatro de la tarde del doce de abril, habían salido dos horas antes de Comodoro Rivadavia, José se dio cuenta que la diferencia de luz era grande entre el continente y las islas. En Malvinas estaba oscureciendo.

¡Lo emocionó el espectáculo que alcanzaba a ver por la ventanilla del avión! El horizonte se unía en una ráfaga de colores sublimes con el mar. Sería difícil explicar la sensación de José en ese momento, se agitó su cuerpo al ver que en ese atardecer el cielo se fundía con el océano, el sol estaba muy cerca del horizonte, se enredaba con nubes amarillas y blancas, los grises empezaban a cambiar de color. Con rapidez algunos matices subieron al espacio celeste y otros bajaron, penetrando la profundidad del mar, todo estallaba en naranjas, rojos y violetas. Las nubes parecía que habían utilizado la perspectiva de un pintor, eran apenas una línea en la lejanía, a medida que se hacían más grandes, subían hacia el cielo y se perdían detrás del avión. Esos minutos le dejaron los ojos cargados de emoción. Aterrizaron y José sintió que la magia había



terminado, el cielo estaba gris y el aire cubierto de una helada llovizna. Lo envolvió la tristeza cuando comprendió que ese lugar, iba a ser contaminado por el sonido de las bombas, que los gritos de dolor de argentinos y de ingleses se unirían en un mismo espacio. Se dio cuenta que se vería quebrantada la armonía de las islas.

¡Ese momento único que acababa de vivir lo guardaría para siempre! Muy rápido comprendió que los días eran casi siempre nublados y las noches, que empezaban a las cinco de la tarde, eran eternas.

Armaron las carpas cerca del mar, entre los riscos, fuera de las pistas del aeropuerto. El viento llevaba el agua de las olas permanente sobre las carpas, al día siguiente ocuparon unos terrenos cercanos a Puerto Argentino, subiendo un cerro, suponemos que en el monte Dos Hermanas. ¡Fue muy fugaz el paso por Puerto Argentino del regimiento de Mercedes! ¡Hacía un frío terrible! Los soldados estaban asustados, los suboficiales con un poco de miedo. También José sentía ese temblor que cuando atrapa a un hombre, no lo deja pensar ni reaccionar, pero trataba de infundirles ánimo a sus soldados, sabía que la gente en ese estado no servía, muchos lloraban pensando en la familia que habían dejado. El miedo no conoce de rangos ni de edades. José vio el miedo en soldados, en suboficiales con más grado que él y también en oficiales. Algunos entraban en estado de pánico y abandonaban sus responsabilidades con los soldados.

— No pasa nada —les decía José a sus soldados— todavía no comienza la guerra, tenemos que prepararnos lo mejor posible y pensar en positivo.

Mientras todo se disponía para el enfrentamiento, José y su compañía alcanzaron a estar un día en Monte Dos Hermanas y al siguiente, muy temprano, los embarcaron en los Chinooks rumbo a su destino. Imaginamos que eso ocurría el 14 de abril. El 7 de ese mes había llegado el primer Chinook a Puerto Argentino, le habían añadido tres ametralladoras y realizado un camuflaje táctico verde oliva y marrón. Con la pintura apenas seca, comenzó su viaje hacia Río Gallegos, allí le instalaron tanques suplementarios de combustible, para incrementar su autonomía. Sabemos que el 13 y 14 de abril llegaron otros tres helicópteros Chinook y los cuatro fueron transferidos a la



base Cóndor, ubicada en Pradera del Ganso, desde allí participaron en apoyo del Ejército, de la Fuerza Aérea y de la Armada.

Estos helicópteros tienen dos hélices grandes y pueden alcanzar una velocidad máxima de 315 kilómetros por hora, tienen una gran potencia, son más rápidos que los utilitarios y que los de ataque. Se utilizan para transportar tropas, artillería o vehículos acorazados. Sin verlos podemos imaginar el tamaño. ¡Capaces de transportar cien personas! Por supuesto todos parados y a presión. Así llegó José a Darwin.

Puerto Darwin y Ganso Verde son dos localidades muy cercanas, tres kilómetros y medio las separan, pero el camino es tan malo que se puede tardar cerca de una hora en llegar desde un punto al otro. Darwin en el siglo XIX fue habitado por gauchos que llegaron desde el continente argentino. Dejaron como señal un corral y un galpón que aún existen en el lugar. Es también la tierra de los soldados que quedaron para siempre enterrados en ese suelo. En esa época era un poblado de quince casas.

En Ganso Verde o Pradera del Ganso o Goose Green, como queramos llamar a esta población, Inglaterra en 1911 abrió una fábrica de conservas de carne, tuvo un gran éxito durante nueve años debido a la Primera Guerra Mundial. Absorbió gran parte de los excedentes de ovejas, pero durante la posguerra, la fábrica sufrió graves pérdidas y cerró en 1921. Las latas de carne eran de marca "*Malvinera*". Unos años después, construyeron allí un enorme establecimiento para la esquila de ovejas. En 1979, más de cien mil ovejas fueron esquiladas en Pradera del Ganso.

Sabemos que en ese lugar se desarrolló la primera batalla terrestre del conflicto, estaba muy cerca de San Carlos, el lugar donde desembarcaron los británicos. Todavía hoy, la región continúa fuertemente minada, eso ha reducido la población y cada vez hay menos residentes en el lugar.

Las dos zonas ya habían sido ocupadas por la Compañía "C" del Regimiento de Infantería N° 25, mediante una operación helitransportada. Sin hallar oposición, toda la población, más de un centenar de isleños, fueron evacuados de sus casas y quedaron retenidos en la iglesia de Ganso Verde que fue dividida, en una parte



estaban las mujeres y los niños y en la otra los varones. En pocos días más de 1200 soldados argentinos ocuparon los alrededores de Darwin.

Cuando le preguntamos a José si los kelpers se habían resistido a quedar prisioneros nos dijo:

- No, no, no, toda la gente ya sabía que era una guerra, fueron sin ningún problema, se llevaron su ropa y otras cositas y cerraron sus casas. Armaron como una olla popular, nosotros le arrimábamos las provisiones y demás.

Lo destinaron a colocar el sistema de comunicaciones en un galpón, cuando ingresó al lugar, vio que había municiones de mortero y tachos de doscientos litros con combustible para los aviones y los helicópteros. Era un galpón muy grande, que suponemos utilizaban los kelpers para la esquila de las ovejas. Se dio cuenta de que allí con el sistema de comunicaciones no puede estar, tiene que manejar radios frecuencias y cualquier chispazo haría volar el lugar.

No podía permanecer ahí con el equipo de comunicaciones y pidió una carpa térmica, en lo posible.

- No, vamos a ocupar una de las casas — le dijo su jefe.

Le pidieron autorización al dueño. El hombre fue, hizo un inventario de todo lo que había y el estado en que lo dejaba. Lo único que ocuparon fue el patio de invierno, la cocina y el baño, nada más. En el patio de invierno, que era muy amplio, tenían el equipo de comunicaciones, también lo usaron de dormitorio. José llevó a los soldados allí. Su grupo era de treinta y cinco personas, pero no todos estaban en el interior de la casa. Había grupos en los puestos de guardia y en los pozos de zorro. Hicieron un búnker para abandonar la casa, en caso de un bombardeo masivo llevarían todo a ese espacio. Una vez instalados los equipos, les dio las comunicaciones telefónicas a todas las compañías y a las avanzadas de combate.

La casa tenía una cocina económica que funcionaba con turba, ya hemos hablado de la turba, es parecida a la chepica, la cosechaban en el verano, la cortaban en cuadraditos y la apilaban, toda esa tierra tiene mucho petróleo. Ponían un papelito, un cascote de turba y se prendía haciendo una llama hermosa, tenían bien calefaccionado. Dos de sus soldados sabían cocinar y



además de las comidas comunes que les enviaban, horneaban pan y preparaban cordero.

En ese lugar los siglos formaron una geografía diferente, el mar fue invadiendo los antiguos valles y el tiempo desgastando las costas malvinenses, formando entradas profundas con desprendimientos en todas direcciones, la temperatura en ese frío invernal estaba siempre cerca de los diez grados bajo cero, a veces José veía hielos flotantes sobre el agua, que aparecían velados entre la niebla, pero nunca llegaban a la costa, quedaban varados en lugares donde el océano no es profundo.

Villegas siempre cuenta que andaba en la ambulancia por lugares como ese, José alaba el espíritu de entrega de Villegas, porque no cualquiera es capaz de jugarse así, de meterse en los campos minados, con bombardeos permanentes para ir a buscar un herido o llevar comida. Sabemos que se admiran mutuamente, José lo admira por su trayectoria, por lo que hizo, igual que a Saavedra, cada uno ha participado de diferente manera y se ha jugado la vida.

La noche del último día de abril, era una noche igual que todas, algunos hacían guardia y los que estaban en las carpas descansaban. José dormía en la casa cuando de repente sintió la alarma. ¡Pasó el avión y como un relámpago cayó la bomba! José entre dormido se digo: “¿Qué pasa?”. Vio que estaba todo oscuro y se dio vuelta para seguir durmiendo ¡Entonces escuchó otras explosiones! ¡Estaban bombardeando la pista de aterrizaje! ¡Bombardeaban alrededor de las carpas! ¡Bombardeaban todo! Esa noche la compañía entera tuvo que reaccionar muy rápido.

Las esquirlas afectaron las carpas y murieron soldados. Los de artillería antiaérea derribaron dos aviones, con la mala suerte que uno cayó sobre algunas carpas y las incendió al instante, además la explosión y el combustible prendió fuego a las que estaban cerca. ¡Hubo muchos soldados quemados, muchos heridos!

Ahí empezó la triste realidad. Salieron todos al bunker a preparar los fusiles para hacer un fuego reunido contra el enemigo. Los aviones para largar las bombas y esquivarles a los radares tenían que volar muy bajo, los soldados con mucho ingenio aprovechaban esos momentos y les tiraban con los fusiles. En la pista



ardían aviones. Algunos tambores de combustible que explotaron habían matado a los soldados que estaban cerca, unos suboficiales que estaban a cargo de un grupo entraron en shock al ver a sus soldados muertos con esas características. Fueron dos pasadas de bombardeo, se retiraron cuando les derribaron los dos aviones. ¡Ese fue el bautismo de guerra de José y de todos en Malvinas! Esa noche bombardearon Darwin y Puerto Argentino. ¡Y de allí no paró! Al principio bombardeaban las afueras, no querían hacer daño al poblado y una de las tácticas argentinas había sido armar los vivacs de los soldados alrededor de las casas, para quitarles zona de acción directa. En el aeropuerto de Puerto Argentino fue distinto, porque era campo, entonces ellos rompieron todo.

Un día en que estaba haciendo instalaciones telefónicas con los soldados, alejado de su posición, vio a un oficial salir de su carpa al amanecer. ¡Eran las nueve de la mañana y el sol aun no aparecía! El hombre se notaba cansado, los bombardeos navales eran constantes ¡Durante todo el día! Los buques estaban a sesenta kilómetros y los más cercanos a cuarenta, pero igual no les daban respiro. El hombre era el jefe de una compañía, el Teniente Primero Manresa, con quien se encontró años después en el regimiento de Tupungato. Esa mañana el teniente le contó que a su unidad no le llegaban las provisiones de alimento. José pidió refuerzos y se volvió el Cabo Primero Romero a buscar víveres a Darwin. Romero era quien seguía a José en el mando del grupo.

Los kelpers todos los días carneaban dos corderos, cortaban un pedazo y se lo daban a los perros. Eran todos doberman que cuidaban las ovejas y ellos los alimentaban muy bien, los pastores las guiaban con motos en duro. Nunca les tocaron las cosas a los kelpers, pero sí, medio que les robaban los corderos a los perros, en vez de darle dos partes, le daban una y la otra se la comían ellos. Empezaron a enviarle también cordero a Manresa.

— ¡Y así lo conocí a Manresa! —decía aquella tarde José— le di el apoyo logístico que no le podía llegar por caminos normales.

Aprendieron a poner las redes en el mar con la marea baja. La marea subía y cuando volvía a bajar, tenían en la red unos cuantos peces. Siempre había comida preparada en su grupo. Aparte le cocinaban a la compañía de Manresa que estaba a unos cuatro kilómetros, cuando podían, hacían el viajecito y le



llevaban alimentos. Hasta ellos no llegaba el camión de abastecimiento, porque el único camino que había estaba destruido, lo demás era todo cenagoso. Los ingleses bombardeaban los caminos para que no les llegaran víveres ni atención médica.

En esos días empezó a darse cuenta de que los ingleses interceptaban las comunicaciones, mandaba en clave una coordenada y en ese lugar bombardeaban. Un día estaba conversando con Romero, que era correntino como la mayoría de sus soldados.

— Che, chamigo —le decía aquella noche Romero— ¿y si transmitimos en guaraní?

A José no se le había ocurrido. Se comunicó con el comando que estaba en Puerto Argentino y le dijo que a partir de ese momento iban a transmitir en guaraní, sin palabras de encubrimiento ni nada. Todo en guaraní para la tercera brigada compuesta por siete regimientos. Estaban el regimiento 12 y el 4, Sanidad Militar de Curuzú Cuatiá, Artillería de Paso de los libres y otros que no recordamos en este momento, Villegas y Caballero también formaban parte de la brigada. A Villegas lo conoció un día que había ido a Puerto Argentino, a buscar material en el helicóptero y se arrimó al hospital para curarse algunas heridas, que no eran graves. Villegas llegó con un herido en el camión, Raúl Mondaca, un militar amigo suyo con quien José había comenzado su carrera en Tupungato. Le causó gracia cuando vio a Mondaca bajar del camión. ¡Era un cascote de gasoil y tierra! Lo había agarrado la onda expansiva de una bomba, venía todo desfigurado. Lo miró y de los mismos nervios se empezó a reír. Así lo conoció a Villegas, que no entendía por qué se reía José, ese mismo día pasó por el comando y conoció a Indolfo Caballero, no conversaron mucho. Los diálogos en esas situaciones deben ser muy limitados, el pensamiento de todos, seguro está fijo en un mismo destino, salvar la vida. Caballero es otro de los veteranos de guerra que vive en Tupungato desde hace muchos años.

La onda expansiva de un proyectil se produce por la velocidad con que viaja, el aire es empujado por el objeto y deja un vacío, al cruzar tan rápido el espacio no le da tiempo a ese vacío de rellenarse y adaptarse, se crea un efecto de empuje como si fuera una ola del mar. La presión y la temperatura cambian de manera brusca. ¡Es muy violenta la transformación que se siente físicamente!



Cuando la onda expansiva alcanza a un individuo, la presión de sus tejidos aumenta, reventándolos. Se genera en un punto y desde allí se desplaza en todas direcciones, en el suelo pierde un poco su fuerza, conviene arrojarlo al suelo, que es la parte menos afectada.

Siempre los bombardeos rompían las líneas telefónicas y las antenas, un día estaba colocando una antena a doscientos metros de donde tenía la radio, cuando José sintió la alarma y ordenó:

— ¡Evacuar, evacuar, evacuar!

Cuando llegó junto a los soldados los contó y faltaba uno.

— ¿Dónde está? —preguntó a los demás.

El soldado se había quedado asustado en el bunker, volvió a buscarlo, había entrado en un estado de crisis, estaba aturdido, no reaccionaba.

— ¡Qué te pasa! —le gritó sacudiéndolo— ¡Vení, vamos, vamos!

Lo levantó y cuando salen del bunker un proyectil explotó a veinte metros de ellos, la onda expansiva fue tan potente que el núcleo que se formó lo atrapó de lleno y José cayó entre esquirlas, pedazos de roca, maderas y todo lo que había cerca, no soltó el fusil, pero no le sirvió más porque se enterró cuarenta centímetros en la tierra, quedó inutilizado y doblado. Mientras caía se sentía flotar con todo lo que había alrededor del bunker, se dio cuenta que lo había absorbido la energía de la explosión. Son segundos, donde hasta el silencio se apaga, después cae con furia, llevándose todas las esquirlas que se fragmentan en millares de pedacitos. Lo protegió la pared del bunker que era de turba, hierro y madera. Ahí no le entraba nada, estaba bien hecha. Varias esquirlas lo alcanzaron y le hicieron algunas heridas. Hasta no hace muchos años aun le dolía el hombro.



VI

No se sabía en qué lugar iban a desembarcar los ingleses, en la Gran Malvina era imposible, se suponía que irían directamente por mar abierto para entrar en Darwin o Ganso Verde. ¡Había tres mil personas en ese lugar! También pensaban que el plan era desembarcar en Puerto Argentino, por eso eran las dos zonas más cuidadas. Siempre se filtra información en una guerra, en ambos bandos, por espionaje o por inteligencia se sabían algunos de los planes enemigos. La hipótesis menos justificada era un desembarco en el estrecho de San Carlos. ¡Y allí es donde desembarcaron! Pensaban que no llegarían por el estrecho porque no tenían campo de acción.

El 10 de mayo a José le informaron por radio que una fragata inglesa, había hundido al ARA Isla de los Estados en el estrecho de San Carlos. Esto mostró que la zona estaba sin protección, el día 14 le ordenaron ir a ese sector para establecer una defensa, ya que se sospechaba un posible desembarco. Ese día llegaban a Buenos Aires los 189 argentinos capturados en las Georgias. Entre ellos, los trabajadores que generaron el enfrentamiento, si el lector recuerda, todo había comenzado el 19 de marzo con la llegada a las islas del empresario argentino Constantino Davidoff.

De Pradera del Ganso salieron treinta y siete personas. Además, llegaron a San Carlos un grupo del Regimiento 8 de Comodoro Rivadavia, otro de la Compañía C del Regimiento de Infantería 25 y la sección de apoyo del Regimiento de Infantería 12. Llevaban dos cañones de 105 mm sin retroceso, un mortero de 81 milímetros y dos ametralladoras MAG, una 12.7, que es una ametralladora de gran calibre y también sirve como antiaérea, tiene una munición larga de 10 cm. Iban al mando del Teniente Primero Carlos Daniel Esteban. ¡En total 62 hombres para cuidar el estrecho! Transportaban una cantidad importante de armas y municiones. José fue con el sistema de comunicaciones y una ametralladora de apoyo. Los diferentes grupos que fueron a ocupar esa posición tenían la misma misión, dar la temprana alarma si veían movimientos extraños o preparativos de desembarco.

Es difícil mantener la calma cuando alguien está en un escenario de guerra y sabe que su vida peligra, más cuando ya ha visto morir gente conocida. La



sección de exploración del Regimiento 12 estaba a cargo de un sub teniente que tenía mucho miedo, era muy jovencito, el tiempo que estuvieron en San Carlos, el Sargento Rodríguez tuvo que hacerse cargo del grupo. El subteniente estaba tan asustado que no podía ni siquiera coordinar las palabras.

En el caserío había muy pocas viviendas, nada más que seis y un frigorífico. El grupo retuvo a los kelpers que vivían o trabajan en San Carlos y los llevaron a ese establecimiento, podían cocinar, pero no salir del lugar, no querían que de alguna manera les avisaran a los ingleses. Un soldado se vestía con sus ropas y salía todos los días a darle de comer a los perros y a las ovejas, otro hacía algún movimiento con los tractores, la idea era que las actividades se mantuvieran normales. Sabían que los vigilaban con los satélites y con espías infiltrados entre los lugareños. Al este del establecimiento se encontraban las montañas Sussex, de muy baja altura que interrumpían el camino hacia Darwin.

José en los días que estuvo en San Carlos, no tenía tiempo de pensar que estaba muy expuesto y que podía morir. No se obsesionaba con la idea de no volver a ver a su familia, tenía muchas cosas para decidir, su grupo era muy chico, pero las actividades eran las mismas. Le correspondía cuidar la salud física y mental de los soldados, pensar en la parte sanitaria, en la comida, en la logística, revisar siempre el armamento, las municiones, darles tareas para que no estén pensando en sus familiares o en la muerte. Varias veces al día les ordenaba:

- ¡Limpieza de armamentos!
- ¡Eh, para qué! —decían todos— ¡La limpiamos a las once de la mañana!

No estaban sucias, pero necesitaban tener alguna actividad. Le daba ciertas misiones cortitas a cada uno para que no pensarán “¡A qué hora me atacan!”.

José también los mantenía ocupados en la central telefónica, todos sabían cómo manejar cada aparato. Entonces el que no estaba limpiando el equipo, estaba controlando el radar, el que no controlaba el radar estaba transmitiendo por radio, el que no, estaba cocinando. Era una forma de tenerlos activos y no con la mente en lo que puede suceder, un soldado con el ánimo quebrado o mal físicamente no sirve.

Esos días todo cambió en el paisaje desolado del estrecho, a pesar de la cautela con que se movían los soldados para no ser interceptados por el enemigo.



Prepararon las posiciones en una ladera próxima a la playa y pusieron las carpas entre los riscos, cerca de dos brazos de agua que penetran en la costa, allí hay poca profundidad y las playas son suaves. “¡Son perfectas para una operación de desembarco!”, pensaba una mañana José. Ellos estaban en un buen lugar. ¡Muy bien escondidos! ¡Era difícil que los descubrieran! Con esas palabras dando vueltas en la mente se dirigió a su carpa a preparar el área de comunicaciones. ¡Qué diferentes fueron esos días de los que había pasado en Ganso Verde! ¡Allá estaban calefaccionados, tenían comida caliente, se bañaban todos los días! Pero en el estrecho el tiempo era eterno, miraba el paisaje invernal desolado y el silencio le producía un vacío en el estómago. Habían organizado guardias de una hora cada uno, sin distinción de rango, el frío le endurecía la piel a tal extremo que por momentos se volvía azul por la falta de circulación.

Ese día, el veintiuno de mayo, José sentía tiesos por el frío los músculos de la nariz, las mejillas, el mentón, las orejas. Congelados los dedos de las manos y de los pies. Terminó la guardia con el deseo ingenuo de tomar algo caliente, de arrimarse a un fuego.

¡No podía hacer nada de eso!

Le entregó su imaginaria al soldado que lo seguía en la guardia, o sea, lo despertó para que lo revelara. Se sacó el corraje, la campera y se acostó, sabiendo que no iba a dormirse encendió un cigarrillo metido en la bolsa cama tratando de calentar el cuerpo. Dormían vestidos. Eran cerca de las ocho de la mañana, faltaba aún para que amaneciera. Estaba muy oscuro, la neblina típica del mar no dejaba ver ni las carpas cercanas.

- ¡Chamigo, chamigo! —lo llamó asustado el soldado.
- ¿Qué pasa? —le dijo.

Todavía no se terminaba el cigarrillo.

- ¡Veo una luz en el mar!
- ¿Una luz?

Mientras le preguntaba dejó la bolsa cama y se puso el abrigo. Salió de la carpa y en la oscuridad no podía ver al soldado.



- ¿Dónde estás vos? —dijo por lo bajo.
- Acá, pero ahora no veo nada.
- Buscate un visor nocturno.

Entonces trae el visor y José empieza a buscar en el mar algún indicio de que algo estaba mal. Pero no veía nada raro. Y de repente ¡una lucecita roja!

- ¡Despertá a todos —dijo José— que tomen posición!

Casi de inmediato llegó el Teniente Primero Esteban.

- ¿Qué pasa? —dijo sospechando la respuesta.
- ¡Me parece que están entrando fragatas!

Un momento de viento evaporó un poco la neblina y saliendo de la nebulosa fantasmal, vieron que esa lucecita era una fragata, más allá descubrieron otra. ¡La madrugada del 21 de mayo, dieciséis fragatas entraron al estrecho! Se quedaron frente al establecimiento de San Carlos donde hay un pequeño puerto, a dos kilómetros de donde habían colocado las carpas los soldados argentinos. En minutos todas las secciones estaban en sus lugares de combate, ya tenían reglados los tiros. Decimos reglar cuando el arma está preparada apuntando a la distancia, al centro del objetivo. La débil luz del amanecer mostraba los rostros tensos de estos oficiales que debían decidir si se enfrentaban con sesenta hombres a los soldados que venían en las fragatas o salían del lugar rumbo a Darwin para dar aviso al comando.

- ¡Hay que avisar a Puerto Argentino! —le dijo Esteban con voz tensa.

José sabía que era imposible una comunicación radial, la misma emisión electromagnética mostraría de donde estaban emitiendo.

- ¡No, mi teniente! ¡Si yo aprieto ahora la tecla del micro teléfono nos detectan y no quedamos ninguno!

Empezaron a desembarcar cuando aclaró. ¡Cinco mil hombres bajaron de las fragatas! Salieron algunos helicópteros a hacer un reconocimiento aéreo. En el estrecho todo seguía su ritmo habitual, los soldados que hacían de paisanos, salieron a hacer la actividad diaria, soltaron las ovejas, le dieron de comer a los perros, mientras otro manejaba el tractor y volvía al lugar como si no hubiese visto las fragatas. A los soldados argentinos, los ingleses no podían verlos,



tenían todo muy bien camuflado. Después de la inspección aterrizaron los helicópteros en la fragata y vieron como bajaron los lanchones de desembarco, arrancaron los motores y empezaron a llenarlos de soldados. ¿Qué hacer frente a una situación tan complicada? ¿Los dejarían desembarcar y se irían en silencio?

El Teniente Primero Esteban sabía que era el de mayor jerarquía, tenía que pensar rápido y decidir qué hacían, un estremecimiento guerrero le recorrió el cuerpo. El Sargento Rodríguez como adivinando los pensamientos del teniente le dijo:

- Yo tengo todas mis armas preparadas. ¡Mis soldados y yo nos quedamos a combatir!
- ¿Usted se queda con su equipo? —le pregunta Esteban a José.
- ¡Sí, yo me quedo!

Para él había sido fácil la decisión jeran tres los soldados a su cargo! Cada sección ya estaba en su posición y ya habían tomado la decisión.

- ¡Bien —dijo Esteban— todos nos quedamos!

Miró al Sargento Rodríguez y le dijo:

- Vos que tenés mejor visibilidad desde tu lugar, ordená cuándo hay que hacer fuego.

La relación era por demás insólita ¡sesenta y dos argentinos contra cinco mil ingleses!

Cuando empezaron a maniobrar los lanchones con la gente, Rodríguez ordenó fuego y José de inmediato se puso en contacto con Puerto Argentino, dio las coordenadas de combate y pidió el refuerzo de la aviación.

Toda la operación había sido realizada con tanta cautela que fue una sorpresa para los ingleses y los gurkhas. En ese primer momento hundieron varios lanchones que intentaban llegar a tierra y dos fragatas. ¡Los soldados parecían maquinas cargando los proyectiles! ¡Fueron muy rápidos y valientes! Despegaron algunos helicópteros, la 12.7 empezó a tirarles y derribó a tres helicópteros.



Apenas llegó el apoyo aéreo hundieron otra fragata. Sabemos que, en ese grupo de aviones, iba el alférez tupungatino Leonardo Carmona, pero antes de llegar al estrecho bombardeó una fragata y sin armamento volvió a la base. Tardaban tres horas y media en completar la operación aérea.

— ¡Fue terrible! —recordaba José aquella tarde mientras nos contaba lo que vivió— ¡Es como si uno estuviera en el cine viendo una película de guerra!

¡Una situación así es difícil de sostener! Empezaron a llegar muchos helicópteros ingleses que desembarcaban a la gente para contraatacar por diferentes lados, entonces se ordenó la retirada. Solamente Dios puede explicar el milagro de que ningún soldado argentino muriera esa mañana. ¡Podrían haber muerto todos! Hubo algunos heridos que quedaron prisioneros y otros, a los que el coraje ya no les dio más y dijeron «Yo me quedo, me rindo».

Antes de retirarse colocaron granadas al cañón para inutilizarlo y a los morteros les desarmaron los aparatos de puntería y los arrojaron al mar. Cuando se ordena retirada en una batalla, nadie más tira, se inutilizan las armas pesadas, que quedan en el campo de combate y se cargan las personales, fusil y pistola. Salir de allí era como un laberinto, todas las salidas estaban cerradas, fue un desbande, tenían batalla por todos lados. ¡Cada uno corría por donde podía! Aprovechando que los aviones argentinos iban y venían apoyando la retirada.

Con la desesperación de alejarse del enemigo, José no sentía el peso que cargaba. ¡Por momentos estaba tan perdido, que no se encontraba ni con su alma! Iba transmitiendo todo lo que ocurría, llevaba el equipo de comunicaciones en la espalda, más el fusil y sus cosas. ¡Anduvieron varios metros por el mar, entre los riscos! ¡Con el agua hasta la cintura! Un soldado en ese momento solo piensa en salvar su vida, la adrenalina calienta el interior y la meta es una sola. Por momentos, el viento le traía los gritos de los ingleses que se iban desparramando por todos lados y los buscaban. Cada vez que escuchaban acercarse un helicóptero se escondían detrás de alguna roca. Iban en silencio, a la deriva, con la mente en blanco, orientándose por el mar, aunque la mayoría de las veces se les perdía de vista. La mañana estaba cubierta de nubes, no tenían brújula, ni mapas, ni cartillas topográficas, todo había quedado en las carpas.



— Ese fue el desarrollo del combate en San Carlos —José cuenta emocionado.

No sabemos cómo llegó el Teniente Primero Esteban a Puerto Argentino, en el caos de la retirada los grupos se separaron. El Sargento Rodríguez, el Cabo Figueroa, José y un grupo de soldados, permanecieron juntos. El Cabo Torres estaba herido, no era grave, pero si seguía avanzando en esas condiciones, su herida se iba a complicar. Torres escuchó a sus compañeros que le pedían que se entregara y sus ojos se llenaron de lágrimas, apenas despegó los labios morados por el frío y el dolor y les dijo:

- ¡No quiero quedarme! ¡Yo sigo con ustedes!
- No, quedáte —le insistieron todos— va a ser muy difícil que llegemos a Puerto Argentino y no lo vas a soportar.
- ¡Yo me quedo con el cabo! —dijo uno de sus soldados.
- ¡Yo también! —dijo otro soldado— además no me siento con ánimo para seguir.

Torres aceptó, sabía que podía perjudicar a todo el grupo. Se quedaron y se entregaron, fue preferible dejarlos antes de que perdiera más sangre.

Cuando los ingleses los toman prisioneros, los llevan al mismo establecimiento donde los argentinos habían ubicado a los lugareños. ¡Armaron el campo de prisioneros el mismo día que desembarcaron! Para los que fueron tomados prisioneros el 21 de mayo, ese día terminó la guerra. Conocemos que les dieron asistencia médica a los heridos y los trataron con mucho respeto.

Mientras José nos está contando el desembarco inglés, entró su nieta al comedor y con su media lengua le dijo:

- Papi, mi mamá me retó.
- Bueno, ya voy y la reto yo.

Ahí sí, endulzó la voz y su cara cambió de expresión por unos segundos. Los nietos son su equilibrio, cuando su pensamiento no puede escaparse de la guerra, ellos lo albergan en sus pequeños corazones.

Mientras tanto José y el grupo seguían deambulando entre las lomas, las piedras y la turba. Eran diez, José, Rodríguez, Figueroa, seis soldados y el sub



teniente, que aún estaba bloqueado, no reaccionaba, prácticamente lo llevaban de la mano. A las tres de la tarde José utilizó por última vez el equipo de comunicaciones y se quedó sin baterías. Caminaron hasta que se hizo la noche, tenían hambre y el cuerpo agotado. Desde el día anterior que no comían, todo se mezclaba en la mente de José. ¡Desde hacía unas horas estaba viviendo un infierno! La llegada de las fragatas, el desembarco, la tensión de la batalla, la retirada atropellada. Iban a tientas en la oscuridad de la noche hasta que descubrieron un camino y al final una tenue luz. Era la casa de una familia de pastores, los recibieron y la señora les preparó comida.

Mientras ella cocinaba, revisaron las habitaciones, casi todas las casas tienen equipo de radio, es el único medio para comunicarse, son lugares muy desiertos, con pocos caminos y mucha distancia de un puesto a otro. Las viviendas de las familias de pastores están muy bien equipadas, la mayoría se agrupan alrededor de algún galpón, dedicado a la esquila de ovejas, cada estancia tiene todo lo necesario y viajan principalmente por mar o con helicópteros, hay muy pocos caminos terrestres. Casi todos los cascos de estas estancias están situados cerca de la costa. Además del clima y de los difíciles terrenos, deben enfrentarse con el aislamiento y con la separación del mundo que casi los desconoce. Un mundo que parece no existir cuando uno está en las islas.

La casa donde llegó José y su grupo estaba bastante separada del casco de la estancia, el subteniente, recuperado de su ataque de pánico, les dijo que sabía hablar inglés, fue de gran utilidad poder comprender lo que decían y lo que les ofrecían.

José puso el equipo de radio en su frecuencia y se comunicó con los superiores, dio el parte avisando que estaban regresando. Mientras, el subteniente les preguntaba en qué lugar de la isla se encontraban, el hombre les ofreció un tractor para poder llegar a Puerto Argentino. El subteniente traducía y José transmitía todo por radio, avisó que llegarían en un tractor. Después de usarlo, inutilizó el equipo para que no informaran de su paradero.

Tenían la ropa empapada, había llovido todo el día, aprovecharon y la secaron un poco mientras cenaban, José cargó un rato las baterías de su radio. El kelper sacó un paquete de cigarrillos y les ofreció. ¡Fueron muy amables! ¡Muy buena



gente! Les hizo un planito por donde tenían que ir, cuál era el camino más seguro. Después de cenar se despidieron agradeciendo la hospitalidad de estos buenos samaritanos. José transmitía dando las novedades del viaje, pasaron por los puestos de combate del Regimiento 4. ¡Después supo que allí estaba Villegas! Iban con las luces prendidas, aunque en el puesto sabían que pasaría el grupo en un tractor de los kelpers. Ni bien llegaron a Puerto Argentino, se presentaron al comando y dieron el relato de lo ocurrido, completando los partes que José había mandado desde las transmisiones. Acondicionaron los equipos y los llevaron al hospital para una revisión médica, estuvieron muy poco tiempo. Volvieron a Ganso Verde en helicóptero.

¡Más de uno debe haber creído que estos soldados exageraban cuando decían que se habían enfrentado a cinco mil ingleses! ¿Cómo van a luchar sesenta y dos personas, matar a tantos ingleses y no morir ninguno? Sabemos que las crónicas de la guerra les dio la razón. La realidad, como ocurre tantas veces, superó a la ficción. ¡Si esta escena la vemos en una película, decimos que nunca puede ser real!

¡Donde sí murió mucha gente fue en Darwin y Ganso Verde!

José relajó un poco su cuerpo y su mente cuando se encontró con la gente que había dejado en Ganso Verde, sus soldados le pasaron las novedades de lo que hicieron ese tiempo. La expresión de su rostro mostraba preocupación. ¡Sabía que los ingleses estaban ya en la isla! ¡Él los había visto!

Al llegar a la sección los mandaron a llamar de Darwin, los estaba esperando el jefe del regimiento, tuvieron que relatar todo lo vivido nuevamente con lujo de detalles.

VII

El 25 de mayo llegó una orden del Comando de Brigada avisando que se prepararan porque al otro día, comenzarían la marcha a pie hacia San Carlos y tomarían nuevamente el lugar.



En su mente José revivió cada momento del desembarco inglés y comprendió que esto iba a ser mucho más difícil, partía todo el regimiento. Realizarían una marcha a pie de aproximación a San Carlos para tratar de recuperar el puerto y entablarían combate allí.

— ¡Solo va a quedar una compañía de la fuerza aérea a cargo de la seguridad y de la custodia del material! —había dicho esa noche el jefe del regimiento.

Todo el sistema de comunicación quedó en el bunker, uno de sus soldados permaneció allí como operador, transmitiendo lo que le apuntaba el jefe del regimiento. José como el resto se fue a combatir.

Salieron el veintiséis de mayo, aproximadamente a las veintiuna horas ¡Y el veintisiete, se encontraron los dos grupos!

¡A la una de la mañana!

¡A campo traviesa!

Ninguno de los ejércitos tenía una posición. ¡No esperaban encontrarse! ¿Cuál habrá sido la primera idea que cruzó por la mente de ingleses y argentinos al descubrirse en pleno campo? Recién llevaban cuatro horas caminando en la oscuridad y en el frío de la noche, unos avanzaban hacia San Carlos y los otros hacia Darwin. ¡Los dos con la intención de sorprender al enemigo! ¡Los dos calculando llegar cerca de las nueve o diez de la mañana! Veinticuatro kilómetros de distancia separaban los dos puertos. ¡Y se encontraron a mitad de camino! Primero fue la sacudida del encuentro, después llegó el combate. ¡Un batalla muy cruenta donde se llegó a luchar cuerpo a cuerpo! ¡Cuando se acabaron las municiones, con cuchillo!

Un combate se divide en larga distancia o lejana, media distancia o corta con fusil y ametralladora y después cuerpo a cuerpo donde se lucha con pistola, cuchillo o con cualquier elemento contundente que el soldado tenga para defenderse. En ese enfrentamiento tenían infantería pura, fusiles, ametralladoras, revólveres y cuchillos. Y los ingleses manejaban las mismas armas, la organización de un ejército es igual en cualquier lugar, algunos pueden tener más tecnología, pero en definitiva todo es igual.



Fue un combate feroz, no era una batalla planeada. En toda guerra, como existen los cobardes, también existen los héroes, en Malvinas ocurrieron muchos actos de cobardía, pero también existió la entrega de soldados valerosos. Hubo un momento, en medio de esa terrible noche, en que debían desplazarse para tomar un resguardo más seguro, buscar un pozo o refugiarse detrás de algún risco, el momento era complicado. Por un lado, la noche y la lluvia y por el otro, la otra lluvia, la de las balas, que el grueso del grupo no podía atravesar. Al soldado Mendoza le sobraba valor, tenía la ametralladora y la manejaba tipo Rambo. Seguro el lector imaginará la escena, el fuego enemigo los acechaba, desde sus posiciones era difícil llegar a los ingleses. ¡Debían encontrar un refugio! En un gesto de compromiso y entrega total hacia el otro, sin medir las consecuencias, Mendoza salió de su posición, de su resguardo, mientras otro soldado cargaba el arma, se paró con la ametralladora en la cintura y empezó a abrir fuego sobre los ingleses, que al tener una cortina de balas no podían asomarse y dejaron de disparar. Eso les dio tiempo a José y a sus compañeros para correr a refugiarse, pero no alcanzaron a darle a él la cubierta necesaria, tiraron un misil y el soldado Mendoza quedó allí, desapareció prácticamente. El sapo Rodríguez también fue un valeroso soldado, le decían “sapito” porque tenía la carita como un sapito, era un menchito peticito, menchito llamaban a los oriundos de Corrientes, también murió heroicamente en esa noche interminable.

El soldado correntino fue muy corajudo, muy arriesgado, si era cuestión de cuchillo, ellos no tenían problema, los manejaban con una habilidad increíble. ¡Dignos de admiración! ¡José no podía quedarse atrás! Entendía que dirigía un grupo y tenía que sentir el mismo coraje que sus soldados, tenía que arriesgarse como ellos. ¿Será que todo ser humano que debe dar órdenes, tiene que tener esos sentimientos? ¿Pensarían esos valientes en la propia muerte? Las horas de gritos, dolor, fuego y explosiones fueron demasiadas.

José no se quedaba quieto en ningún lugar, cada hora cambiaba de posición.

— ¡Vas a desgastar a la tropa! —le decía un compañero.

Su actitud de ir moviéndose en el terreno era porque le escapaba a los bombardeos, sabemos que donde la bomba cae, hace desastres, por más estrategia que se tenga. Si se quedaban quietos el enemigo los encontraba. Muy



diferentes son los enfrentamientos de fusil, como un juego de ajedrez el más rápido, el más vivo en hacer su táctica, gana.

En un momento de mucha intensidad en el combate discutió con un sargento del Regimiento 8 por ocupar un lugar. Los dos llegaron con la idea de conquistar la misma posición, José era cabo primero y el otro un sargento que aplicó su antigüedad.

- ¡Este lugar lo acondicioné yo con mis soldados hace un rato! —José no se quería ir.
- No, chamigo, dejálo —le había dicho el soldado que estaba con él— no peles por el lugar.

El correntino lo tutea a uno siempre, para él no hay grado, para él siempre es “che”.

- Bueno, vamos —le dijo.

Ordenó otro cambio de posiciones. Como a las dos horas bombardearon la zona donde se había ubicado el sargento. Los mataron a todos, estaban a una distancia más o menos de quinientos metros.

Minutos antes había caído un proyectil delante del lugar ocupado por el Sargento García.

- Ese tiro le salió demasiado corto a los ingleses —le dijo a Romero.
- ¡Mirá si hubiéramos estado ahí! —exclamó el suboficial.
- Los ingleses van a corregir la puntería. ¡Si García no se apura los van a matar!

No alcanzó a decir esto que otra bomba, con la dirección corregida, cayó sobre la posición por la que José había peleado un rato antes. El procedimiento con el que se manejaba José era lógico, cuando llegaba un tiro corto o se iban a otro lugar o corrían hacia el pozo que había dejado la bomba, José sabía que no iba a caer otro proyectil allí. Y nosotros sabemos que eso es cierto, se dice que de un millón de proyectiles que se tiran, solo uno puede caer en el mismo lugar.

Conocemos que mucha gente quedó trastornada. ¡Llegar a una situación límite destruye el ánimo de cualquiera! No en el momento, porque en esas horas la mente está en blanco, solo se busca sobrevivir y no dejar avanzar al enemigo.



José está convencido que ha vivido situaciones que no recuerda, sí sabe, que siempre buscó proteger a sus soldados. Siente orgullo cuando habla. ¡Se cuidaron mutuamente! El coraje y la integridad de ellos lo obligaron y lo ayudaron a hacer las cosas bien. No tenía tiempo de pensar que en Corrientes estaba Griselda con sus tres hijos, que en Tupungato estaban sus padres. No pensaba en todos los proyectos que tal vez no podría cumplir.

Todo esto hace que quien va a una guerra nunca vuelva igual, aparte de las perturbaciones que producen estas situaciones, el hombre se embrutece, le cambia el carácter, pierde la sonrisa. Para volver a tener una vida familiar tranquila tiene que realizar largos tratamientos, sin ayuda es muy difícil que pueda sobrellevar el peso de una guerra. A muchos, la guerra los transforma en el lugar de combate, como el subteniente del que ya hemos hablado, que pronto se encontró que tenía que comer sentado en el piso o dormir en un rincón, como un perro, sintiendo las bombas que todo el tiempo le oprimían el cerebro, eso lo trastornó psicológicamente. Conocemos que cuando llegaron de vuelta al regimiento de Corrientes, se presentó y pidió la baja en forma inmediata. Llegaron un veinte de julio y el veintiuno el subteniente se fue a despedir, ya de civil, con su maleta preparada. ¡No todos los hombres sirven para la guerra!

Volvamos al lugar de combate, a esa noche del veintisiete donde se desarrolló la más larga y cruenta batalla de la guerra de Malvinas. ¡Lucharon treinta y seis horas! ¡Casi dos días sin comer! Combatiendo permanente. Creemos que Dios ha preparado el organismo del hombre tan sabiamente, que en esas situaciones límite, un soldado no tiene hambre, no tiene necesidades fisiológicas. ¡José pasó más de veinticuatro horas sin tomar agua y no sintió sed!

Esa noche, cuando los soldados argentinos avanzaban para sorprender a los ingleses en el estrecho San Carlos, ya la inteligencia británica algo sabía del movimiento enemigo. Primero pasó un avión y soltó proyectiles iluminantes, los buques con sus cañones también largaron sus bombas, el campo se iluminó. ¡Los dos ejércitos pudieron verse a la distancia, vieron el campo de batalla! Una visión fantasmal, azulada quedó en el lugar, los focos de los iluminantes al descender proyectaban las sombras de lo que alumbraba. ¡Los combates más rudos, más violentos, más crudos se desarrollaron de noche!



— ¡Gracias a Dios que no me mataron ningún soldado —eso sí lo tiene muy claro— porque el único que recibió heridas fui yo!

El veintiocho de mayo lo hirieron con un cuchillo, era de noche y se habían enfrentado en un combate cuerpo a cuerpo. ¡Todo eran gritos en los dos grupos! Puede borrarse la memoria en el hombre, José puede borrar el recuerdo de los sucesos que vivió, los momentos difíciles que tuvo que afrontar. Pero la cicatriz no se borra nunca, queda como testigo del dolor que causó la herida.

José veía la figura enemiga y ordenaba disparar, en ese momento en su mente ya tenía que ir decidiendo los movimientos para la próxima orden. Había que ser rápido y estar atento al fuego enemigo, hacia mover a los soldados mientras el cielo seguía iluminado. La luz duraba más o menos veinte minutos, cuando se apagaba, el combate disminuía. ¡Deben ser veinte minutos aterradores, interminables! Después quedaba un tiempo con una quietud, con un silencio, ¡tan temible como el sonido de batalla!

De esa manera en la oscuridad, se iban acercando los dos regimientos. En un combate tan largo como el de Ganso Verde, la lucha no es permanente.

En el silencio se avanzaba, se aprovechaba a los camilleros, a los enfermeros, se recorría en forma rápida el campo, preguntando por heridos y muertos y se evacuaban los heridos. Ya hemos dicho que en una guerra se ve de todo. ¡También estaban los que se hacían los heridos! ¡Pasa en todos los ejércitos!

Terminada la actividad de control y de indicaciones volvía la carga de proyectiles iluminantes. ¡A veces estaban tan cerca que José podía ver a los ingleses arrodillados detrás de algún risco! Veía sus fusiles apuntando a algún grupo hasta que salían de su posición y corriendo se arrojaban sobre ellos, con cuchillos. Casi siempre eran los gurkhas quienes buscaban la pelea cuerpo a cuerpo. Cuando el campo se oscurecía nuevamente, se retiraban para volver al ataque al iluminarse el lugar. ¡Y así durante toda la noche! ¡Combatiendo cuerpo a cuerpo! Por momentos ambos ejércitos se retiraban y se volvían a armar los combates lejanos. ¡Otra vez, todo comenzaba de nuevo!

Los ingleses iban empleando las reservas, suplantando a los heridos y a los muertos, los argentinos hacían lo mismo. Varias veces al largar un proyectil



iluminante, ninguno de los dos atacaba, nadie se movía, aprovechaban de ambos lados a trabajar con algo de luz y los jefes reorganizaban un poco las tropas. Se pasaba lista para ver quien faltaba de los grupos y se daban las coordenadas de los próximos movimientos.

— ¡Soldados! —gritaba José— ¡A la derecha hay una piedra grande, cuando se apague la luz vamos para allá!

Se reagrupaban, se reabastecían y contraatacaban. ¡Una y otra vez! ¡Casi sin descanso! Terminó la noche y con las luces del día la batalla tomó más fuerza. ¡El espectáculo era aterrador!

Llegó un momento en que el jefe del regimiento ordenó repliegue, empezaron a ceder terreno y llegaron casi al caserío de Ganso Verde. José dentro del desgaste físico y mental en el que se encontraba, veía con dolor como iban retrocediendo, mientras que el enemigo avanzaba. Pensaba que pronto vendrían refuerzos por el mar, pero nunca llegaron. La Fuerza Aérea tampoco podía ayudarles, estaban muy cerca los dos regimientos, no podían bombardear. Sí, pasaban haciendo ráfagas con la ametralladora. Los aviones ingleses no salieron, sabemos que tenían temor de las antiaéreas argentinas que estaban en Darwin y en Ganso Verde. Esas armas no se podían trasladar, funcionaban con electricidad. Cada una tiene un grupo electrógeno, el tirador aprieta un botón y la bala sale muy rápido por la fuerza del motor, tiene en la punta un display que da en el blanco, el tirador debe ser muy bien entrenado para poder manejarla. La munición es gruesa y muy explosiva, donde golpea estalla y daña toda la zona.

Llegaron retrocediendo al caserío de Darwin, el veintiocho de mayo ya oscureciendo, ahí los ingleses no se animaron a entrar. Los argentinos tenían bien cubiertas las casas, entonces ya empezó un combate a mediana distancia con fusiles y algunos misiles, ellos detectaban un lugar donde había un grupo de soldados y largaban un misil, pero mayormente ninguno daba en el blanco, tiraban muy al ras de tierra, entonces el misil *panceaba*, tocaba una elevación, se iba y explotaba arriba. ¡Gracias a Dios el terreno era muy accidentado!

Era casi de noche cuando el lugar se empezó a llenar de silencio, por allí se escuchaba tímidamente un tiro, por allá otro, o una ráfaga muy cortita de



ametralladora, cada diez, quince minutos. Ocurrió que dos sargentos no se habían replegado con los demás cuando el jefe dio la orden, se habían demorado y al avanzar se dieron cuenta que estaban con los soldados ingleses encima, ellos dos con su grupo, quedaron prisioneros ahí. Los ingleses mandaron a los sargentos con una intimidación, invitando al jefe, el Teniente Coronel Piaggi, a parlamentar sobre la rendición. Venían hablando fuerte y cantando el himno con una banderita para que no le dispararan sus propios compañeros.

- ¡Alto, ¡quién vive! —Les preguntaron— ¡Alto, ¡quién vive! — preguntaron una vez más.
- ¿Qué pasó? — les preguntó el coronel Piaggi.
- Nosotros nos quedamos aislados mi coronel— contestó uno de ellos.
- ¿Por qué no se replegaron con el regimiento?

Dieron su explicación y le entregaron la intimidación de rendición. Piaggi leyó el papel, reunió a todos los jefes de secciones y les explicó la situación.

- Hay dos sargentos primeros —les dijo— que han quedado aferrados con sus grupos.

Los soldados estaban prisioneros y los sargentos tenían que volver.

- Hay que hacer rápidamente —les ordenó— un recuento de munición, proyectiles de mortero, el estado anímico de la tropa, a ver si podemos aguantar un día más de combate.

Hicieron el recuento de municiones. ¡En la sección de José no juntaron ni trescientos tiros! ¡Una miseria! Y así todos. Los morteros estaban sin municiones. ¡Ya no tenían nada!

- Bueno, no nos queda otra que rendirnos —dijo el jefe— Vamos a aprovechar para evitar mayores bajas, heridos y demás.
- Díganle que en una hora voy para allá —fue su respuesta.

Iba a parlamentar con el General Moore, el jefe inglés.

- Hasta acá llegamos —dijo antes de partir—. Estén atentos, con las armas preparadas.



Quedaron cada uno en su posición y salió el jefe con una custodia, volvió a las cuatro de la mañana y llamó a los jefes de fracción.

— Bueno, nos vamos a rendir —confirmó.

Era el veintinueve de mayo, irónicamente el día del Ejército Argentino.

— En la pista de aterrizaje se hará la formación —informó el Teniente Coronel Piaggi—en la cual yo voy a entregar el mando de la tropa al General Moore. También voy a entregar mi arma y mi sable.

El teniente coronel les ordenó que quedara un centinela por fracción y que el resto se fuera a descansar. Cada jefe de grupo reunió a sus soldados y les dijo que la guerra para ellos llegaba hasta allí. ¿Qué sentimientos se habrán alojado en esas mentes? ¿Renacería la esperanza de volver al continente? ¿O tal vez la desilusión de saber que se rendían sería más fuerte que el cansancio y el hambre? Seguro el dolor de los treinta y siete argentinos que quedaron como testimonio en aquella batalla les sigue oprimiendo el corazón. Los rostros manchados de sangre, de barro de dolor mostraban el agotamiento de esas treinta y tres horas furiosas que tuvieron que vivir.

VIII

Hoy Ganso Verde, convertida de nuevo en Goose Green, no muestra los pasos que se dieron aquellos días, la guerra quedó muy atrás. Cuando llega la primavera todo es verde, es la postal de una campiña soñada. Aparecen algunas nubes, pero el sol brilla radiante, las ovejas pastan tranquilas, todo volvió a la normalidad, pero el recuerdo de lo vivido quedó marcado en las personas que fueron testigos de lo que ocurrió en esas horas tan violentas. Todo siguió su ritmo, sólo falta en el paisaje el edificio de una escuela destruida por la guerra.

A las ocho de la mañana cada sección estaba en movimiento. José desayunaba un mate cocido con pan. ¡El primer alimento después de tantas horas! Miraba los rostros endurecidos y aún llenos de coraje de los soldados que tomaban su mate cocido con la cabeza gacha y la mirada perdida. Cada uno preparó su equipo y en silencio partieron al aeropuerto de Darwin, el lugar acordado para



la rendición. ¡En el lugar no había nadie! ¡Parecía que estaban solos en la isla! José pensaba que al llegar estarían los ingleses esperándolos, pero no se veían en ninguna parte.

Les ordenó a sus soldados que descansaran, una calma lúgubre surgía de cada rincón del aeropuerto. Cuando ya todas las secciones habían llegado, apareció Piaggi y mandó inutilizar los fusiles, sacaron las partes principales del fusil y se formaron frente al teniente coronel. Apareció un soldado enemigo con un equipo de radio, miró desde cierta distancia y habló por su frecuencia, recién allí llegó el General Moore acompañado por dos militares. El Teniente Coronel Piaggi presentó a la tropa que se rendía y le entregó su sable y la pistola. Un inglés les ordenó que dejaran los cascos y los fusiles. Con un silencio que no solo penetraba el alma sino hasta la tierra, cada soldado fue dejando su casco y su fusil en el centro de la pista. El dolor y los recuerdos se iban apilando, parecía que sepultaban cada momento vivido. ¿Cuál habrá sido el pensamiento de José esa mañana? ¿Sentirían que enterraban lo vivido? La historia nos dice que nunca dejaron enterradas sus experiencias, después de tantos años, todavía las heridas en el corazón siguen abiertas y los recuerdos siguen doliendo.

Apareció un grupo de no más de veinte soldados. Trasladaron a todos al galpón de esquila que había en Ganso Verde. Los ingleses entraron al lugar, lo limpiaron un poco, lo desinfectaron y lo convirtieron en un campo de prisioneros. José y los demás se quedaron ese tiempo en un corral, cada uno llevaba su equipo personal, hacía mucho frío, de a ratos caminaban o saltaban, sentían que se les paralizaban las extremidades. ¡Hasta los órganos internos parecían congelados! Miraba los rostros de algunos soldados ¡Tan infantiles y a la vez tan serios, con tanto dolor! Le parecía que la frialdad del momento por el que estaban pasando, cobraba más protagonismo que el clima. Se acercaba la noche cuando al fin los hicieron ingresar al galpón, les dieron un sector a cada fracción y José se acomodó con sus soldados donde pudo. ¡Al menos allí no hacía frío! Entraron una cocina, víveres con todo lo necesario y dejaron una guardia de ingleses y nepaleses para cuidarlos.

Siete días estuvieron prisioneros en Ganso Verde, mientras la guerra continuaba y el enemigo cada vez estaba más cerca del objetivo final. En los



lugares donde aún se combatía ya sabían de la cruenta batalla de Ganso Verde, antes de ir a pactar la rendición, el Teniente Coronel Piaggi lo informó por radio.

Los días fueron pasando ¡y ellos allí encerrados! ¡Mientras que afuera continuaba el rugido de las batallas! Cada uno pasaba las horas como mejor podía, los cocineros de cada sección cocinaban, los médicos ingleses pasaban con los médicos argentinos y revisaban el estado de salud de la tropa, curaban las heridas, en fin, hacían todo lo necesario sanitariamente. Los observadores de la Cruz Roja Internacional y de las Naciones Unidas cuidaban que todo se desarrollara bajo las normas internacionales. Se elevó una lista de los prisioneros a pedido de la Cruz Roja y empezó a correr el fantasma de que iban a interrogar y a torturar a los que tenían algún grado y habían sido jefes de grupo. ¡Varios se sacaban las insignias! José no se la quitó. ¡Si ya estaba jugado! ¡Ya estaba allí!

Lo que sucedió fue que llevaron a los jefes de fracción a un interrogatorio, cuando lo llevaron a él, había dos personas y le preguntaron el nombre, el grado que tenía, la fracción que había comandado y si sabía de algún movimiento del ejército. Fue sincero, desconocía lo que hacía el resto, después lo llevaron de nuevo al galpón.

Cuando la sangre se empezó a enfriar, cada soldado fue mostrando sus sentimientos. Había gente decepcionada, enojada, otros respiraron con tranquilidad. ¡Debe ser difícil ver herido el amor propio y no pensar que es un fracaso! José no lo veía como un fracaso, pero sentía que se había formado para defender la soberanía y no lo había logrado. En su mente resonaban las palabras del jefe inglés Moore:

— Dos horas más —había dicho— y nosotros no hubiéramos resistido.

Aquella mañana les había hablado personalmente y felicitó la valentía de todos los soldados, estaba sorprendido por el coraje con que lucharon. ¡Dos horas más de combate y el final habría sido otro! Pero los argentinos ya no tenían municiones, si la lucha seguía, hubiera sido una matanza. Fue el combate más cruento que hubo en Malvinas.

Después de estar una semana encerrados en el galpón, los trasladaron a San Carlos en un Chinook inglés. ¡Los pusieron en un corral al aire libre, con quince



centímetros de nieve! José miraba el cielo con la esperanza de ver el sol y sentir un poco de calor, pero todo era gris. Pasaban las horas y el frío no lo dejaba respirar. ¡El viento helado congelaba las lágrimas que intentaban salir de sus ojos! José en su inconsciente pedía que los mataran a todos de un tiro. ¡Era inaguantable lo que estaba viviendo! Repetía en voz alta: «Esto es un verdadero campo de concentración.» Aparte no era él solo, tenía que tratar de consolar a los soldados que desesperados de hambre y entumecidos ya casi no podían moverse.

Mientras estuvieron prisioneros en Ganso Verde estaban abrigados, no tenían fuego, pero estaban bajo un techo. ¡Eran muchísimos! El mismo calor humano hacía cálido el lugar. Tenían sus equipos, las bolsas camas, las mantas, usaban de colchón bolsas llenas de lana que tenían los kelpers en el galpón, comían bien. ¡Más de una vez el cocinero les preparó arroz con leche a las tres de la tarde! Les preparaba guisos, mate cocido, café con leche, galletas y por ahí, conseguían harina y con varios voluntarios se ponían a amasar, hacían pan y tortas fritas. Mientras estuvieron prisioneros en Ganso Verde no hubo inconvenientes. ¡El tema fue cuando llegaron a San Carlos! ¡Dejarlos al aire libre en ese corral, con un frío insoportable fue un acto inhumano!

— ¡Métanme un tiro! — decía un soldado.

¡Y no era el único!

Algunos pudieron sacar las mantas de las mochilas, pero no les permitieron sacar mucho equipo, hicieron un círculo y a los más débiles los taparon con las mantas, intentaban hacer alguna actividad para distraerse. ¡Estuvieron todo el día en esa situación! Ya era de noche cuando empezaron a sacarlos en grupos. José comprendió que otra vez los llevaban a una revisión de la Cruz Roja y las Naciones Unidas. Le hicieron sacar la ropa mojada y entrar a unas cámaras calefaccionadas, le dieron una colchoneta y una manta. Junto con sus compañeros pudieron descansar, tirados en el piso de la cámara, ahí encerrados. Cerca de las once de la noche les dieron de comer, los llevaron a otra cámara gigante y les dieron medio litro de leche, dos paquetitos de galletas, una comida espesa, tipo sopa con avena, queso y dos cigarrillos. Al otro día les sirvieron desayuno, leche, tortas, medio litro de yogur y cigarrillos.



IX

Después del desayuno empezaron a embarcarlos en el buque Nordland. Alguien dijo que los llevaban a una isla, camino al África.

Sabemos que allí llevaron a algunos militares, pero desconocemos la causa. Del Regimiento 12 donde estaba José, subieron a res a otro buque. José y cerca de quinientos prisioneros estuvieron dos días navegando, se decía que los que iban en el Nordland viajaban también hacia la isla Ascensión, algunas tratativas con cancillería hicieron cambiar el rumbo y llegaron a Montevideo. Tenían que ser entregados en un país neutral, la guerra todavía no terminaba, llegaron el doce de junio. ¿Qué sentirían al pensar que todavía los soldados continuaban combatiendo?

José estaba anímicamente muy mal. La sensación era la misma que el día de la rendición.

— Yo voy de regreso y los demás siguen luchando. —Pensaba José.

El escenario en Malvinas no había cambiado.

Mientras estaba combatiendo, en el continente Griselda no sabía nada de él, con un grupo de mujeres iba a diario a la guardia o a la jefatura del regimiento a pedir noticias.

— Todo está bien —les decían— hay algunas acciones militares, pero en el regimiento está todo bien.

La guerra psicológica de los ingleses no solo fue con el bombardeo constante en las islas, también utilizaban la información para asustar a los familiares en el continente. Había una emisora, radio Carve de Uruguay, donde los ingleses emitían sus comunicados de guerra.

— El veintisiete de mayo a las seis de la mañana —decía un locutor de la radio— va a ver bombardeo naval en la zona de Ganso Verde y Darwin.

¡Esas familias escucharon por radio que el regimiento que estaba emplazado en Darwin y Ganso Verde había sido arrasado! Cuando fueron a preguntar al regimiento, le dijo la persona que las atendió:



- Miren, por ahora nosotros no tenemos noticias de ellos. No les podemos decir si están vivos, muertos o heridos. Es cuestión de esperar, cualquier novedad se les va a informar.
- Sí, pero radio Carve... —empezó a decir una de las mujeres.
- Nosotros tenemos la misma información que tienen ustedes —dijo cortante— así que no es cuestión de preocuparse.

Las familias estaban desesperadas. Nadie les daba información.

Una vez llegados a Montevideo, los subieron en unos barcos chicos, de turismo, hasta Puerto Madero y en colectivo hasta la escuela Cabral, ahí se quedaron recibiendo asistencia psicológica y psiquiátrica. Tuvieron entrevistas con la gente de inteligencia, para hacer los relatos de los lugares donde habían combatido, interrogaron a los soldados sobre el comportamiento de cada jefe de sección. Ese era el momento para hacer denuncias de personas con rango militar, que no actuaron dentro de las normativas de las leyes militares y demás.

Después no sabemos dónde los llevaron, iban como escondidos en colectivos. ¡El mismo ejército se avergonzaba de los que habían vuelto de la guerra! Les entregaron equipo de combate y armamento nuevos y fueron en tren de vuelta a Corrientes cuando la guerra en Malvinas aún no terminaba.

Iban llegando a Mercedes y José trataba de ver a Griselda entre la multitud. ¡No podía contener la emoción y la ansiedad cuando la vio! ¡Ella parada en el andén lo buscaba sin saber si llegaba en ese tren! Griselda distinguió su figura desde lejos, pero entre tanta gente no podía pasar. Los familiares de todos los soldados estaban allí. Ella nunca quiso volverse a Mendoza, su hermana había viajado para acompañarla y ayudarle con los niños. Sabía que si no estaba en el regimiento no iba a tener noticias de José.

Corrieron los dos a encontrarse.

- ¿Y Víctor? ¿dónde está? —le preguntó.

Recordará el lector que Víctor había nacido en enero, ya tenía cinco meses.

¡Con los nervios no lo conoció! Su mente lo siguió imaginando un bebé pequeño en ese tiempo. ¡Y ya era un bebote muy gordo!



A veces cuando en la relación de padre e hijo se produce un alejamiento, queda una herida y es muy difícil sanarla, en especial cuando ese hijo es pequeño, siente el desamparo.

Decimos eso porque Víctor siempre recurre a su madre cuando tiene un problema o necesita algo. Debe sentir una sensación de abandono por parte del padre.

El otro hijo, Nelson, tuvo problemas de salud cuando José se fue. Tenía dos años y una calesita de jardín, se subía en ella y esperaba verlo llegar en el colectivo. ¡Todo el tiempo! Con los días, imaginó que lo había abandonado.

Comprendemos la tristeza de muchos el día en que llegaron. Varias madres y esposas esperaron inútilmente ver bajar a sus seres queridos. ¡Cómo deben mezclarse los sentimientos! ¡Después de tantos días juntas, rogando por la vida de los soldados, muchas solo recibieron una medalla y una bandera! ¡Nadie sabía quiénes bajarían del tren!

Todos los soldados con los que fue a Malvinas regresaron con José, eso lo ayudó a no pensar en abandonar el ejército. Todos volvieron cambiados, más fríos, más distantes. A la semana siguiente los soldados se fueron a sus lugares de origen. José y su familia siguieron en Mercedes cuatro años más.

Era infante, pero siguió trabajando en comunicaciones, pasó la mayor parte de su carrera en esa tarea, cuando volvió a Tupungato estuvo dieciocho años encargado del área.

Sin pensarlo le salió el pase a Tupungato nuevamente. La notificación inicial era que lo mandaban a Buenos Aires. No quería, pensaba en los niños y prefería un destino más cercano a Tupungato.

Una mañana había sonado el teléfono y José contestó.

- Teniente Coronel Echevest — le dicen del otro lado.
- Sargento Primero Altamiranda. — Respondió.
- Justamente con vos quería hablar. Te sale el pase a Buenos Aires, al siete.

— ¡Nooo! —le dijo— ¡No puede hacer algo! O me quedo en Mercedes o algún otro destino, pero a Buenos Aires no quiero ir.



- ¿Y a dónde querés ir?
- A Uspallata o San Juan, cualquiera de los dos, cerca de Tupungato — contestó José.
- Bueno, voy a ver qué hago.

El teniente coronel volvió como a los diez días.

- Mirá, hice todo lo posible —le dice— ¡Te vas a Tupungato! ¡De vuelta a tus pagos!

Volvió a Tupungato y no se movió más de ese regimiento, la vida siguió su curso. Lentamente fueron sanando algunas heridas que dejaron las marcas en la piel y en el corazón de José.

X

Casi diez años después estaba en el campo de instrucción y se acercó un soldado a saludarlo.

- ¿Qué andás haciendo con un cuaderno? —Le preguntó.
- Estoy anotando voluntarios para una guerra — contestó el soldado.
- ¿Cuántos tenés inscriptos?
- No, ninguno, he recorrido todo el cuartel —le dijo— y nadie se ha anotado.
- ¿Dónde es? —de verdad se interesó José.
- En Yugoslavia, llegó un mensaje de operaciones pidiendo voluntarios para formar un batallón.
- Bueno, anotame a mí —ni siquiera lo pensó demasiado.

El soldado pasó por el taller donde estaba Villegas y le preguntó lo mismo.

- ¿Tenés muchos anotados? —preguntó Villegas.
- No, Altamiranda nada más.
- ¿Va el negro? Bueno, anotame.

En otro lugar estaba Arrieta.



— Anotame, yo voy con ellos —y también se anotó.

Estuvieron un año allá. Sabemos que toda guerra es difícil, aunque pertenecían a las fuerzas de paz, lo mismo los serbios los atacaban. ¡Querían invadir a toda costa Croacia! Ellos estaban emplazados en territorio croata. Interactuaban con los nepaleses y los canadienses. El jefe de toda el área era un general jordano. También compartían el lugar con otros países. Los finlandeses se ocupaban de la parte de ingeniería, construían puentes, armaban los containers para vivir, los grupos electrógenos, las plantas potabilizadoras de agua. Los franceses se encargaban de la parte logística y el resto, Argentina, Nepal, Canadá, Colombia, Italia y Hungría, pertenecían a la infantería.

En la sección donde estaba José, durante una semana realizaban controles de ruta, debían evitar el ingreso de armamento, otra semana estaban de guardia en la base, a la semana siguiente hacían mantenimiento y luego una semana de franco. La semana de franco podían cambiarla y quedarse en un grupo de reserva, su tarea era estar atentos por si los necesitaban en algún lugar de urgencia. En ese grupo, algunas veces hacían patrullajes en zonas boscosas, oscuras y silenciosas, para evitar filtraciones enemigas.

Dentro de la sección, trabajaban de manera casi independiente del resto, eran nueve personas que pertenecían a una sección de cuarenta y ocho. Algunas veces tuvieron que realizar trabajos tipo guerrillas, para desarticular las penetraciones de los serbios. Por ejemplo, en el río Sara, un veintitrés de diciembre fueron a desarticular una invasión y tuvieron un enfrentamiento.

Durante tres meses cambió los francos por trabajo, juntó veintiún días y volvió a Tupungato, María Cristina, su hija más chica, tenía una Nefrosis Renal, había estado muy mal antes de que José se fuera, después que él se fue, tuvo una recaída que se prolongó demasiado. Estaba grave. Cada vez que podía se comunicaba por radio con Cecilio Ñañez y así se mantenía al tanto de la salud de su hija, además llamaba casi todas las semanas a Griselda, que trabajaba en la municipalidad, más las cartas que se escribían permanente.

— ¡Estar comunicado era otra cosa! No sufrimos como en Malvinas. —Se le escuchó decir.



Al final no estuvo cerca ni de Arrieta ni de Villegas, cuando llegaron a Croacia los enviaron a compañías diferentes. Se hizo muy amigo de tres argentinos, juntaron otros meses de licencia, alquilaron un auto y se fueron a conocer un poco Europa, fueron a España, Italia, Suecia, Suiza, Alemania, Checoslovaquia, Rumania, Hungría, parte de Turquía y Rusia. Como hablaba muy poco inglés, se compró un diccionario para poder comunicarse, pero casi siempre encontraban a alguien que hablaba español.

Sus amigos eran los compañeros de trabajo. A José le tocó ser el segundo de un salteño, jefe de la sección, el otro era de Santiago del Estero, estaba en el regimiento de Uspallata y el tercero, era el navegante del grupo. En aquella época se estaban empezando a utilizar los aparatos de posicionamiento satelital. La cartografía de la zona es muy distinta a la conocida en la Argentina, acá son cuadrículas y allá hexagonales, a este soldado se le complicaba entender las coordenadas hexagonales, pero al poco tiempo ya las manejaba. El grupo de José recibía directamente mandatos de las Naciones Unidas, casi podríamos decir que eran misiones, trabajaban semiaislados. José contó que ese fue un gran aprendizaje también.

Todo momento deja una enseñanza en la vida de un hombre, señala el fin de algo y el comienzo de la siguiente etapa con más experiencia. Tucumán, Beagle y Malvinas lo ayudaron para la misión en Yugoslavia, cada una le aportó un gran crecimiento a su carrera militar.

XI

Cuando en 1986 llegó a Tupungato desde Corrientes, residió con Griselda y los hijos seis meses en el barrio militar hasta que le entregaron una casa en el barrio Los Almendros, allí vivía cuando se fue a Croacia.

Al volver José buscó la manera de cumplir con su sueño adolescente, ser abogado. Lo primero que hizo fue comprarse un auto, un Torino usado, le habían pagado muy bien la misión en las Fuerzas de Paz, pero había gastado mucho dinero en la enfermedad de María Cristina.



Ese año se inscribió en la Universidad Nacional de Cuyo y comenzó a estudiar Derecho. La propuesta era buena, porque era semipresencial, iba tres veces por semana, un día a la mañana, uno a la tarde y otro a la noche, en las materias diurnas lo acompañaba María Cristina. Era la más chiquita y la llevaba para no molestar a alguien que se la cuidara. Griselda trabajaba y los otros niños iban a la escuela. ¡La imaginamos sentadita a su lado en la facultad! ¿Cuál fue el motivo por el cual José no se recibió de abogado? La situación económica de esa época no era muy buena, los niños crecieron y empezaron a tener otras necesidades. Todo se complicó y tuvo que abandonar. Tiempo después se le presentó la oportunidad de estudiar algo relacionado con la medicina, otro de los sueños que José tenía en su adolescencia, hizo el intento un par de meses y no pudo ser tampoco.

XII

El nuevo siglo ya estaba en marcha y la vida de José continuaba con la normalidad que caracteriza a un pueblo de montaña. Su actividad dentro del Regimiento de Infantería 11 General Las Heras, estaba en armonía con la tranquilidad de su hogar. Interrumpida muchas veces por las cicatrices que cargaba en su memoria. Esas partículas de su vida están siempre presentes. ¡Un fuego que no se apaga nunca! ¡Que se alimenta cada día de sus pensamientos! Todo el que padeció una guerra tiene dos opciones en la vida, dejar que los recuerdos maten su alma y destruyan su cuerpo o luchar contra ellos, para que se queden en el lugar donde tienen que estar, en un rincón, bien lejos de la memoria. Tuvo que convivir muchos años con la fragilidad de esa presencia nociva que buscaba dañarlo y destruirlo.

José Altamiranda físicamente no tiene la postura ni los ademanes de un militar, tampoco lleva el pelo con el clásico corte castrense, pero cuando habla, cada palabra que dice muestra que conoce a la perfección la institución donde trabajó toda su vida. José ama y respeta profundamente todo lo referido al ejército.



Impacta en este hombre su claridad para relatar los traumáticos episodios que vivió, los relata con frialdad y mucha fuerza. Por momentos intenta colocarse una cubierta, como si estuviera contando lo que le sucedió a otro, es su manera de protegerse, sabe que, como todo excombatiente, es vulnerable y su mente puede llevarlo lejos del camino de la serenidad. Es muy elocuente cuando asegura que en los momentos más difíciles que tuvo que afrontar en la guerra de Malvinas, no pensaba en su propia vida ni en su familia, no despertaba rumiando que pasaría con los suyos si él moría. Siempre tuvo presente el cuidado de sus soldados, en esos momentos donde la vida se juntaba hasta el límite con la muerte, su preocupación sólo estaba en ellos, en ponerlos a salvo. Su orgullo se hace visible cada vez qué cuenta que no perdió a ninguno.

La unidad militar con asiento en Tupungato se caracteriza por su gran actividad montañesa, Mendoza tiene un ámbito geográfico muy particular, con campos de instrucción en distintos puntos de su cordillera. Las escaladas de este regimiento al cerro Aconcagua y a la gran cantidad de cerros con una altura superior a 5000 metros, es muy reconocida y valorada. Su historia forma parte de la historia argentina, nació en Rosario y participó de la gesta libertadora de San Martín, es la única unidad de montaña del país que luchó en la cordillera. Su historia está sembrada de grandes sucesos, en 1813 se formó un cuerpo de auxiliares y llevando como segundo jefe al Sargento Mayor Las Heras cruzaron la cordillera, tres años antes que se conformara el Ejército Libertador para ir en apoyo de las tropas chilenas. Dentro del Ejército de los Andes como Regimiento 11 de Infantería, participó hasta 1820 en numerosas batallas de Argentina, Chile y Perú, al mando del entonces Coronel Las Heras. Su banda militar Talcahuano es histórica y luce con orgullo el uniforme de los granaderos de San Martín.

XIII

En los últimos diez años de actividad dentro del regimiento un día lo llama el jefe, Teniente Coronel Pelegrina. José estaba preocupado. “¿Qué pasó?”, se preguntaba mientras iba a su oficina.



- Se retira González —le dice— y hemos pensado en usted para que se haga cargo de la obra social.
- Pero yo no sé nada de eso. —Fue la respuesta de José.
- Y bueno, va a tener que aprender.
- ¿Y cuándo me tengo que hacer cargo? —Preguntó
- Ahora. Ya. — le dijo el jefe.

Se retiraba el encargado de la obra social del ejército que correspondía a Tupungato, al parecer habían ofrecido el cargo a varios, pero ninguno aceptó. A José le gustó el cambio.

González le entregó el material y le explicó algunas cosas antes de irse. Pasó varios días estudiando, buscando en los archivos, investigando las actividades de la mutual, no se quedó quieto y pidió instrucción en el hospital donde funcionaba el IOSE. Había que autorizar operaciones, análisis, tomografías, ecografías, se dio cuenta que para todo eso necesitaba conocimientos de medicina. También viajó a Córdoba a buscar asesoramiento, al poco tiempo consiguió la potestad de auditar directamente, se agilizó mucho la mutual. ¡Pero trabajaba demasiado! Como también atendía a los retirados y había algunos muy viejitos, José hacía que fueran a su casa para evitarles el trastorno de llegar al regimiento. ¡A veces trabajaba más en la casa que en el cuartel! A cualquier hora llegaba alguien a contarle que venía del hospital, que lo tenían que operar, que necesitaba la ambulancia. La ambulancia también la consiguió José. ¡Tenía bien montada la obra social! Se retiró hace seis años.

Con Griselda tienen un almacén en la casa, van y vienen cuidando nietos y ayudando a los hijos. A José se le llenan los ojos de ternura cuando habla de sus nietos o cuando mira a su mujer, Griselda estuvo acompañándonos aquella tarde, como lo acompañó toda la vida.

- ¡Tengo veintidós nietos! — nos cuenta orgulloso.

Tiene cinco hijos, Érica, Nelson, Víctor, María Cristina y Nahuel.

- ¡Somos una familia muy prolífera! — comentó riendo.

Érica tiene cinco varones, Nelson siete con uno que va a nacer. María Cristina que, según los médicos, por su enfermedad, no podría tener hijos, tiene tres



varones, Víctor tiene cuatro y la chiquitita que se durmió en sus brazos es hija de Nahuel, él está separado, pero José busca todos los días a la niña.

— ¡Estamos enamorados de la gorda! —decía con una sonrisa mirándola dormir en sus brazos.

Sabemos que Nahuel tiene dos niños más que no llevan su apellido y los padres de la muchacha no se los dejan ver. José no quiere hacer el ADN ni otros trámites judiciales para no traumatizar a los niños. A él le basta con saber que son sus nietos, lo siente así.

— ¡Algún día se van a arrimar! —Dijo con seguridad y esperanza.

Piensa que el ejemplo es la mejor manera de enseñar y educar. Se nota un hombre inquieto, su mirada está atenta al negocio, a la calle, a todo lo que pasa a su alrededor. Los hijos y los nietos entran y salen de la casa como escoltando sus recuerdos. Los más pequeños llegan y se sientan en su falda, él los abraza, los besa y se van a jugar.

Esa tarde mientras hablaba, la más chiquita apareció con su mamadera, se acomodó en los brazos de José y en una postura que muestra la costumbre, se quedó dormida tomando la leche.

El relato de la batalla de Ganso Verde sirvió como escenario y canción de cuna, para que la niña tomara su leche y se durmiera confiada en los brazos de su abuelo.





José Raúl Altamiranda, a la izquierda



JOSÉ LUIS BARZOLA

Con los ojos y el corazón en Malvinas

“Siempre tenía la misma sensación! Bajaba por la escalera hacia la puerta que lo llevaba a las profundidades del barco, con la resignación a cuestas. Estaba seguro ¡No volvería a sentir el calor del sol ni de su familia!”

A veces el destino del hombre cambia de repente. Un solo hecho lo marca y quiebra lo que esperaba de la vida. José Luis Barzola era hijo de Luis, un cordobés que también tuvo que ceder a lo que el destino tenía pensado para él. Se decía que Luis salió de su provincia para cumplir con el servicio militar en algún regimiento de Mendoza, aunque no se sabe cuál. Lo que nos importa es que este hecho cambió su rumbo y él se quedó en la provincia.

Isabel, su madre, cuando era joven vivía en San Luis, murieron sus padres y no sabemos si el destino la llamó, sólo conocemos que también llegó a trabajar a Mendoza. ¡Seguro fue una época muy difícil, tan joven y sin padres! Allí conoció a Luis y la pareja eligió Maipú para vivir los primeros años de casados, donde nacieron algunos de los hijos. Entre ellos José Luis. Unos años después buscaron otro destino. ¿Qué habrá llevado a don Barzola a disponer que la vida de la familia continuara en Tupungato? Ignoramos si fue por la situación económica, por los hijos que llegaban o por la necesidad de encontrar un lugar en el mundo. Lo importante en esta historia es que fueron a vivir al Valle de Uco.

El hecho es que José Luis que había nacido un 12 de junio de 1962, a los cinco años conoció el lugar donde viviría hasta hoy, se



instalaron en Villa Bastías, cerca del arroyo Anchayuyo que cruza la calle principal, antes de llegar a la finca Tomasseti. Había allí una casita humilde, añeja de sabores, de colores, de pigmentos color tierra. Estaba rodeada de viña y frutales. La casa ya no está, la voltearon como se hace siempre con las cosas viejas. Cuando a nadie le importa mantener la memoria que se aferra a los adobes, cuando nadie sigue anidando y tejiendo una historia en ella, las paredes y los recuerdos se derrumban. Pocos años vivieron allí, se cambiaron muy cerca, frente a la cancha de Villa Bastías y la familia cumplió su destino. Doce hijos fueron los que Isabel engendró en su vientre, dedicó su vida a criarlos, mientras don Luis trabajaba la viña. Villa Bastías era una comunidad rural con poca gente y muchos cerezos, viñedos, manzanos y nogales, el trabajo no faltaba nunca. Cuando le tocó a José Luis el tiempo escolar, fue como todos sus hermanos y vecinos a la escuela Tomás Silvestre.

— Me acuerdo que doña Telma Reinoso era la directora y la maestra — decía en su relato José Luis.

La niñez pasó muy rápido y apenas terminó los años de primaria, se dedicó a trabajar la tierra con su padre y hermanos.

— ¡No había otra! — decía con voz resignada— Éramos muchos y no se podía seguir estudiando.

En esa época tuvo que rendirse al destino. Sabía que en pocos años le tocaría el servicio militar y la ilusión de salir sorteado con un número bajo, que le permitiera estar en un regimiento cerca de su familia, hacía que esperara con entusiasmo ese día. Eran tiempos donde la providencia, decidía en un sorteo el lugar en el que los jóvenes argentinos prestarían el servicio obligatorio. ¡Su número fue el 999!

— ¡Adonde iré a parar! — pensó José Luis, casi convencido de que con ese número su rumbo lo llevaría hacia el mar. ¡Seguro le tocaría la marina!

La notificación le llegó con mucha anticipación, esto le producía sobresaltos y pesadillas en las noches. Una emoción mezclada en algún rincón de su corazón con el orgullo, lo transformaba. Trabajaba la viña con la necesidad de que los meses pasaran rápidos. ¿Cuáles habrán sido los sentimientos de este joven cuando supo que su destino estaba a mil doscientos kilómetros de su casa?



Poder conocer el mar y viajar a bordo de un barco era un sueño que nunca se había atrevido a contar. “¡Voy a formar parte del grupo de marineros de la Armada Argentina!” Se decía para sus adentros José Luis una tarde en que volvía cubierto de tierra y sudor de arar la viña. Tuvo que pasar una revisión y después de varios meses, lo llamaron directamente para incorporarse. Se fue solo, en colectivo hasta la terminal de la provincia y de allí caminó hacia la calle Perú, donde estaba la estación de trenes. ¡Le costó muchísimo poder ubicarse y llegar! No conocía la ciudad de Mendoza, solo el camino para llegar a Maipú donde tenía familiares.

Estuvo tres meses en La Plata realizando la instrucción militar. Un domingo, que era el día de visitas, empezaron a llegar los parientes y amigos de sus compañeros. José Luis para no sentir la soledad salió a realizar la limpieza. ¡Cuando lo vio venir! ¡Parecía que había visto a Dios! Era Roberto, el marido de su tía Elsa, el hombre aquella tarde al despedirse, le dejó un croquis para que en los días de licencia fuera a visitarlos. Vivían en Maschwits, en el partido de Escobar a más de cien kilómetros de La Plata. El primer fin de semana libre se enfrentó a la gran ciudad, tomó un tren seguido de un colectivo y finalmente llegó. Salió a las diez de la mañana y a las seis de la tarde estaba con su tía. Tenía tres días libres y trataba de no pensar en el problema que sería la vuelta, José Luis sentía que tanta gente, tantos autos lo ahogaban. No conocía otra vida más que la del trabajo y el calor familiar.

Estaba en la Infantería de Marina. Nos parece que quien estaba también en ese lugar era Rogelio Méndez, de quien hablaremos más adelante, él estuvo en el desembarco de Malvinas. Seguro iba en alguno de los barcos que zarparon con el portaaviones. Después de la instrucción destinaron a José Luis a Bahía Blanca, a la base Belgrano y allí pasó a ser marinero del portaaviones ARA 25 de mayo. No sabemos por qué la mayoría quedó en tierra, en unas islas cercanas, donde practicaban desembarco y otras actividades y él fue destinado al mar.

Sería imposible tratar de describir la cara de asombro de José Luis cuando llegó a Puerto Belgrano y vio el portaaviones. Nunca imaginó ver algo tan grande. “¡Más de una cuadra de largo!” decía siempre cuando alguien escuchaba sus relatos. Se imaginaba lo que sería ver desde un avión algo tan imponente.

— ¡Dios! ¡Dónde vine a parar! — no podía explicar lo que sentía.



Lo que aumenta la soledad es estar tan lejos del lugar donde uno creció y vivió, donde no solo está la familia sino también los compañeros de trabajo, los vecinos. José Luis en La Plata había entablado algunas amistades, pero en Puerto Belgrano lo acompañaban nada más que sus pensamientos y sus recuerdos. Conocemos el carácter de José Luis y sabemos que le costaba relacionarse. Cuando alguien es tímido, el encuentro con el otro cuesta mucho más. La mayoría de sus compañeros eran de Buenos Aires y de Santa Fe, después de unos días se hizo amigo de varios de ellos. Llevaban ya un tiempo en el barco y le enseñaron todo lo que tenía que aprender.

— Son muy buenas personas —dijo cuando le preguntaron por sus compañeros.

Le tocó ser foguista en las profundidades del portaaviones. Cuando el barco estaba en movimiento funcionaba por las calderas y ese era su trabajo, encenderlas con gasoil y después pasarlas a petróleo. En su zona había dos calderas que cuando salían los aviones funcionaban a toda máquina, él tenía que darle más presión para aumentar la velocidad y la potencia. El suboficial les daba la orden y José Luis con los otros tres marineros que estaban de turno, manejaban las válvulas. Aprendió rápido, hacía su trabajo con entusiasmo, realizaba muy bien su función de foguista. Cuando estaban en el puerto le tocaba hacer limpieza y arreglar rupturas o deterioro de cables y tuberías submarinas. La corrosión y la presencia de algas eran problemas permanentes.

La rutina del barco fue siendo parte de la vida diaria, salían a hacer instrucción al mar de continuo y volvían al puerto. En los días libres muy pocas veces salió a conocer la ciudad. José Luis siempre fue una persona introvertida, impresionaba por su humildad y sencillez. En los ojos le pestañeaba la melancolía, chocaba con el brillo de las experiencias que iba acumulando. Con sus pocos años tenía el aspecto de un muchacho tímido, al que las emociones no lo lastimaban, sin embargo, llevaba muy adentro sus nervios, inseguridades y miedos. Así vivía, sin grandes sobresaltos, extrañando sus afectos, en esa zona del sur de Buenos Aires, tan lejos de Tupungato.

Unos días antes del 2 de abril llegaron de navegar y les ordenaron cargar víveres, armas y combustible. Hacía más de seis meses que estaba en el lugar y ya había aprendido a conocer los movimientos del barco, pero ese día no



entendió qué pasaba. El ARA 25 de mayo salió nuevamente de Puerto Belgrano. Los pilotos de aviones muy pocas veces formaban parte de las salidas de instrucciones, ese día estaban todos, cargaban armamento, misiles, bombas. Sintió en su interior que de nuevo el destino le cambiaría el rumbo. No podía explicárselo ni siquiera a su mente, todo era confuso. El portaaviones puso rumbo hacia las islas. ¡Nadie sabía que el 2 de abril era el día indicado para la “Operación Rosario”! Continuaron haciendo las actividades de rutina dentro del portaaviones. El 1 de abril les colocaron una inyección a todos, una jeringa enorme con una sustancia que desconocían. Suponemos que se trataba de un tranquilizante. Después un oficial los reunió y les dijo lo que estaba sucediendo, que iban a tomar Malvinas. De las islas José Luis no tenía mucho conocimiento, porque, a decir verdad, cuando hizo la escuela primaria poco y nada le enseñaron sobre ellas, sólo que eran argentinas porque están en territorio argentino. La imagen de una guerra era lo más alejado que tenía de su mente en ese entonces. No tenía idea de lo que era un conflicto bélico. Tampoco había visto muchas películas, no tenían televisión en su casa, eran pocos los que podían tenerlo. La guerra para él era lo que escuchaba de los inmigrantes que habían llegado escapando de Europa ¡De qué manera iba a aprender José Luis en Malvinas lo que es una guerra! Lo hemos escuchado decir: “Las tomaron porque era indiscutible que las iban a tomar, eran pocos los ingleses. Los argentinos eran muchos más. El problema fue después. Los intereses eran mayores”.

No iban solos, toda la flota navegaba rumbo al sur argentino. El portaaviones iba en el medio y el ARA Santísima Trinidad y el ARA Hércules lo escoltaban, tenían la misión de protegerlo y atrás iba toda la marina. Más allá del momento complicado, debe ser un gran espectáculo ver desplazarse máquinas tan colosales, el mar seguro enmudeció su furia para dejar paso el estruendo, a la fuerza de las máquinas y al coraje de los hombres. El portaaviones tenía una base arriba y dos ascensores que llegaban a los hangares, por esa plataforma bajaban y subían los aviones. También servía para cargar el armamento. Todo era gigantesco en el portaaviones, el hangar medía ciento treinta y cinco metros de largo y más de quince de ancho, era muy alto, José Luis imaginaba esa altura como la de una casa de dos pisos, allí también trabajaban los mecánicos. Ni siquiera se notaba que tan enorme navío llevaba más de mil quinientos



tripulantes, todo lo vivía con el asombro diario. A cada momento iba descubriendo algo nuevo o algo en lo que no había reparado. Esas cosas lo hacían sentir más pequeño y desconocedor del mundo.

Lo que nos importa acá es que en pocos días la tranquilidad de la rutina se transformó. Un ir y venir de oficiales, suboficiales dando órdenes y contra órdenes inundó los espacios. Los marineros obedecían sin entender muy bien lo que pasaba. Esta máquina gigantesca llevaba dos tipos de aviones, los A-4Q, que eran de guerra y los antisubmarinos, los Tracker 2-A5-24, que detectaban no solo a los submarinos sino a cualquier cosa que se moviera en el mar. Habían salido de Puerto Belgrano con un cielo de pocas nubes, pero al ir avanzando, el gris transformó todo. Cielo y agua cambiaron de color como iba cambiando el ánimo de los tripulantes del barco.

El 2 de abril ya estaban en las cercanías de las islas, ese día salieron aviones de continuo y los tripulantes del portaaviones se enteraron casi en el momento que la Argentina había tomado las islas, estuvieron dos o tres días en el norte del archipiélago y volvieron a Puerto Belgrano, con la mayoría de los buques, solo algunos quedaron en Malvinas. Parece que también usaron el ARA 25 de mayo para transportar víveres, porque en el puerto cargaban y cargaban y cargaban. Cuando llegó la información de que la flota inglesa avanzaba rumbo a Malvinas, los buques de la defensa argentina comenzaron su marcha por el Atlántico Sur y volvieron a las islas buscando defender las aguas del territorio. Llegaron a la zona de combate antes de que el poderío británico apareciera. Desde ese día ya no existieron las doce horas de guardia por doce de descanso. En los tiempos en que la guerra no los tapaba con su sombra mortífera, pasaba las horas de descanso en el camarote que compartía con otros diez marineros. ¡Terminaron contándose sus vidas, vivieron una hermosa amistad!

— Son muy buena gente —decía José Luis a su visitante.

¡Lejos quedaron los días en que la guerra no destrozaba la mente y el ánimo de los marineros! Desde ese momento, José Luis empezó a vivir prácticamente en su puesto.

Uno de sus compañeros, Oscar Roberto Romero, escribía siempre en un cuaderno, él lo veía porque trabajaban juntos, pero nunca se imaginó que con



los años escribiría un libro del que José Luis formaría parte. Tampoco podía pensar en ese clima tan hostil que treinta años después, se juntarían todos en Punta Alta.

Volvamos a los primeros días del acometimiento que atravesó la historia argentina y que forma parte de los conflictos bélicos del mundo. Dentro del portaaviones se observaba un nerviosismo generalizado que fue en aumento a medida que se complicaban los combates. ¡Seguro fue muy difícil vivir la guerra encerrado en el fondo del buque! Los que trabajaban en cubierta podían respirar el aire puro, descubrir el color del mar y del cielo, veían los aviones aterrizar o despegar, observaban las bombas surcando el cielo y explotando en el agua, muchas veces muy cerca del portaaviones. Pero eso no sucedía en la profundidad, donde solo el agua con su fría y amenazante noche rodeaba los pensamientos de nuestro foguista. Siempre el encierro produce una ansiedad donde el miedo no puede ocultarse. El cuerpo de José Luis se acostumbró a estar en una alteración que parecía no tener fin, a cada rato llegaba la orden de combate y corría a su función.

Y así pasaban los días, esperando. Veían en los radares los movimientos de los aviones y barcos enemigos y no sabían si los encontrarían y alguna bomba daría en el blanco. Tiene que haber sido complicado estar en su situación, como hemos dicho, José Luis estaba en el fondo del buque, en las máquinas, salir rápido del lugar era imposible. ¡Imposible! Cada vez que tocaba la alarma de combate, hacía de cuenta que no pasaba nada y preparaba unos mates. No sabemos qué ocurría en su mente en esos momentos, pero seguro que siempre esperaba lo peor. En los primeros días de guerra, buscó pensar en un escape rápido en caso de que una bomba cayera sobre el sector de máquinas. Intentó encontrar la manera de hacerlo, pero no se podían realizar todos los movimientos con la rapidez que exigía un ataque. ¿Cómo salir de ese encierro? No dudamos de cómo se sentía, tengamos en cuenta que había una puerta de treinta centímetros de espesor, para abrirla debía girar una enorme rueda, después pasaba a un compartimiento pequeño de poco más de un metro, donde había otra puerta con el mismo sistema. Como podemos ver ¡era muy difícil salir rápido de ahí! Según donde impactara el torpedo era quienes podían salvarse. Pensar en la cordillera y en los viñedos con sus callejones bañados de luz y sol, parecía un sueño, pero lo mantenía con la esperanza de volver. Su



mente por momentos se bloqueaba y no recordaba lo peligroso que era salir de ese lugar si caía una bomba.

— ¡Deben ser, fácil, como quince pisos, lo que tenemos arriba! —decía siempre a sus compañeros.

Sabemos que son pisos bajos, de dos metros o menos, de allí se llegaba a la cubierta de vuelo donde estaban las balsas preparadas para ser arrojadas al mar, en caso de emergencia. Más adelante la historia se encargaría de darle la razón a José Luis, días después de plantearse en su mente los contratiempos de una posible salida de emergencia, el Conqueror lanzaría sus armas contra el Belgrano.

— ¡El portaaviones debe verse tan pequeño desde el aire! —pensaba una tarde en cubierta rodeado de agua. El paisaje impresionaba.

Mientras tanto la angustia aumentaba cada día, tenían que estar muy atentos porque un submarino nuclear intentaba sin descanso descubrir el lugar donde se encontraban. ¿Qué hacía el submarino inglés siempre en espera del portaaviones? ¿Por qué acechaba entre las olas ese enorme conjunto de metal? ¿Sería el temor por los aviones argentinos lo que motivaba a los ingleses? ¿Tal vez pensaban que, así como avanzaba lento, rompiendo el dibujo del mar a su paso, arruinaría también su tan armada estrategia? José Luis al igual que toda la tripulación se enteró tiempo después que los buscaba decidido a hundirlo, varias veces, sin saberlo, escaparon de los radares enemigos. Desde que empezó la guerra no habían vuelto a puerto, si bien estaban siempre en movimiento, navegaban alrededor de ciertas millas y paraban solo para arreglar algún desperfecto. Viajaban buscando que los submarinos enemigos no los detectaran, los aviones argentinos operaban desde el portaaviones y cuando no estaban en el aire, el barco podía salir de la profundidad para ir cerca de la costa, en aguas menos profundas, donde los radares ingleses y sus municiones no pudieran alcanzarlos y que los submarinos, sumergidos en la profundidad del mar, no pudieran acercarse.

En la mañana del 2 de mayo José Luis subió a la pista para poder respirar aire fresco ¡El calor de las máquinas era sofocante! Por momentos lo dejaba sin respiración. ¡Cómo se aprecia la vida simple cuando las sensaciones son tan



extremas! Los que trabajaban en la cubierta de vuelo, vivían en un clima de nieve, viento, lluvia, neblina, en cambio él imaginaba haber descendido al mismísimo infierno. Subió con la curiosidad, al estar cerca de la costa, de descubrir algún mamífero marino, todo era silencio esa mañana, como si la naturaleza estuviera anunciando la pérdida de los tripulantes del Belgrano. Sabemos que los animales marinos y las aves vienen del continente antártico entre octubre y marzo, él no lo sabía en esos momentos.

Mientras tanto el Conqueror ya había detectado al Belgrano y estaba esperando órdenes para atacarlo. Recibió el impacto de dos torpedos MK 8, el primero impactó en el medio del buque, matando a doscientos setenta y cuatro tripulantes, la segunda explosión fue apenas unos momentos después, impactó en la proa. Los que alcanzaron a subirse a los botes vieron como el barco comenzó a hundirse, el Belgrano emprendió su descenso hasta desaparecer totalmente en las heladas aguas del Atlántico Sur. ¡Trescientos veinte tres héroes duermen para siempre cerca de los restos del barco! ¡Es tan grande el mar! ¡Imposible saber que pasa en sus profundidades! Las palabras hacían un remolino en la mente de José Luis. Ese día no podía ni siquiera formar una frase en su pensamiento.

Aquí es necesario hacer una reflexión. Muchos de los sueños que él tenía desde su niñez, fueron mutilados por una guerra que parecía no tener fin. Conocer el mar era uno de ellos. Si aún hoy lo invitan a veranear en el mar, él dice: “¡No por Dios, no lo puedo ni ver!”. Estas son las cosas que quedan guardadas en el interior de alguien que pasa por una guerra. La existencia de cada sensación vive inalterable en el recuerdo ¡Cómo se debe valorar la vida cuando se está tan cerca de la muerte!

Volvamos a nuestra historia, veamos qué pasaba por el corazón de José Luis. Se resignó a su destino después de los primeros días. En el lugar donde antes existía el miedo a que su vida terminara cuando estaba empezando a vivirla, colocó el esfuerzo en realizar bien su trabajo y no pensar demasiado en el futuro. Ya hemos dicho que bajaba a su puesto de combate y hacía de cuenta que no pasaba nada. El dolor que le dejó marcas fueron las pocas cartas que recibió de su madre. En ese entonces las noticias de la guerra, en Tupungato, se escuchaban casi siempre por las radios chilenas y varias veces dieron por



hundido al portaaviones. La impotencia de no poder avisar a su familia que eso era una mentira desintegraba las pocas esperanzas que tenía de salir con vida. Era difícil enviar noticias o recibirlas, dependían de un avión o helicóptero que saliera hacia el continente. En el portaaviones tenían radio y podían ver televisión a cierta hora. Así se informaban de lo que pasaba o de lo que el gobierno decía que pasaba. Había una enorme diferencia entre la realidad y lo que escuchaban en las noticias. Imaginamos el agotamiento en la mente de estos jóvenes limitados al encierro del buque. José Luis temblaba de coraje, tanto, que temía que le explotaran las entrañas. Vivía la impotencia de querer hacer más por la patria, pero su destino le pedía que se contentara con lo que había dispuesto para él. Comprendemos que en esos momentos la necesidad de hacer otras cosas lo invadía. ¡Era tanto el coraje que podía destruir lo que fuera! Así se fue formando el carácter de todos los que estaban en medio del mar, cerca de la guerra, pero sin poder tocarla. No dudamos que han sentido miedo, pero les sobraba rabia y espíritu de combate. José Luis hubiese querido tener un arma y poder desahogarse.

Las tormentas de lluvia chocaban con el casco del barco, barrían la pista y alteraban el temperamento de los que tenían que luchar a diario contra ellas, él, estando en su lugar de trabajo o descansando en el camarote las presentía, pero no las veía. Se enteraba por los comentarios de sus compañeros. Durante la guerra siempre estuvieron alrededor de la zona de exclusión total, que cubría un radio de 200 millas náuticas, buscando no crear algún conflicto con el enemigo.

Nunca vio Puerto Argentino, no conoció la pequeña ciudad con sus edificios históricos a lo largo de la orilla del mar, eso lo dejó con un sabor amargo. La sensación de vacío aumentaba cuando contemplaba la profundidad azul del océano que lo rodeaba. A veces tan calmo y otras tan turbulento y oscuro que José Luis se sentía en medio de una vorágine de olas y viento.

— Allá el mar no es tan violento como en la península — nos decía aquella cálida tarde tupungatina mientras su mente se quedaba en los recuerdos de la guerra.

Sabemos que, en los meses anteriores, los marineros del portaaviones habían hecho su instrucción navegando hasta Península Valdez. ¡Allí supo lo que era



estar dentro de una tormenta! Podemos imaginar cómo sentía la furia del viento, cómo los oleajes impregnaban sus sentidos, ¡Esas olas podían medir hasta quince metros cuando el mar se enfurecía! Movían la enorme masa de tantas toneladas del portaaviones como si fuera un barquito de papel. José Luis navegaba feliz en los tiempos en que la guerra no existía ni en sus pensamientos. Una mañana había subido a cubierta, cuando la tormenta parecía querer devorar todo a su alrededor, una corbeta pequeña se veía luchando a lo lejos y entre las olas, navegaban con rumbo a Puerto Deseado. Se imaginó el procedimiento, seguro la tripulación de la corbeta había cerrado todos los compartimientos y se resguardaban en la parte baja del barco. José Luis desde el medio de la pista del portaaviones, la observaba aferrado a una columna, veía como se hundía por completo y al rato salía victoriosa. ¡Parecía ser ella quien dominaba la tormenta!

— ¡No te imaginás lo bravo que es allá! ¡Impresionante! Yo nunca había imaginado algo así. — Repetía una y otra vez.

Volvamos a Malvinas, que José Luis y sus compañeros de cabina de máquinas, estaban totalmente aislados, era un dato persistente en su diario vivir. Todo lo que sucedía en las islas afuera del portaaviones y muchas veces dentro de él, lo sabía por las comunicaciones que llegaban por radio. Vivía con la impotencia de saberse un elemento importante y a la vez sentirse ausente del momento que vivía el país. ¡Se imaginaba estar en los aviones, sobre el mar, luchando! Si le hubieran dado a elegir en la guerra, estamos convencidos de que hubiese preferido tener un arma y defenderse. Allí sus hormonas podrían generar sustancias que justificaran los nervios en el peligro de ser derribado. Pero sabemos que el miedo es parte del hombre y llega en cualquier situación. En las profundidades de la nave, sin aire fresco y con un ambiente contaminado por los días y las horas cargadas de angustia, se sentía inquieto. Sabía que no podía defenderse con nada si bombardeaban el portaaviones. ¡Con qué se iba a defender! Sólo tenía que esperar. Había dos caras con las que se enfrentaba a diario. Volver al continente o morir. Al pasar los años se dio cuenta de todo lo que había padecido en esos setenta y dos días. Parece que cuando el hombre se pone más viejo, empieza a valorar lo que vivió.



Le angustiaba la presencia de la muerte tan cercana. “Si me pasa algo tan lejos de mi casa”. A veces un pensamiento como este va desgastando el interior de las personas y deja marcas que enferman el cuerpo y el alma. Allí encerrado en esa inmensidad de acero, agua y lluvia, no sabía nada de nada y nadie sabía nada de él. “¿A quién le importo?”, pensaba en sus días de desolación. Y él mismo se respondía: “A nadie, solo a mi familia”.

Esa tarde había dejado de llover, pero el cielo y el mar conservaban el gris de la tristeza, José Luis subió a cubierta buscando que el aire helado absorbiera sus emociones.

- ¡Cómo quisiera sentir la brisa otoñal de los atardeceres de Tupungato!
- lo dijo murmurando, con vergüenza de ser oído.

Su pensamiento surcó el cielo cubierto de neblina, en ese momento escuchó el ruido de un Tracker que se preparaba para aterrizar. Quiso estar en el lugar del piloto, viendo todo con la mirada del aviador. Imaginó ver desde el avión los portaaviones entre las olas, debe ser como una mancha que empieza a aparecer ante los ojos y va dejando una estela blanca de espuma sobre el mar. El avión se enfocó de manera impecable hacia la pista. José Luis sintió todo el orgullo que podía sentir un hombre por pertenecer a la tripulación del ARA 25 de Mayo. ¡Parecía un pájaro volando entre las nubes! Estos sucesos son maravillosos cuando se pueden vivir en paz, pero terribles en momentos de guerra, porque mientras un avión vuelve a su lugar, pueden aparecer los misiles enemigos. Todo eso pensaba nuestro amigo, mientras su mirada estaba atenta a las maniobras que realizaba. Segundos antes de tocar la pista, el piloto debía usar el gancho de aterrizaje, una cuerda sujeta a la cubierta que frena el descenso. No pudo realizar la operación y el avión se elevó nuevamente, quiso dar la vuelta para un segundo intento, falló en la maniobra y cayó al mar. Fue todo tan rápido que el piloto no pudo eyectarse. José Luis solo observaba los movimientos, pero los pilotos de los helicópteros estaban como siempre, atentos a lo que sucedía. Antes de que cayera al agua ya habían iniciado el despegue con un equipo de buzos que se largaron de cierta altura y lo rescataron con vida. José Luis con la cara adormecida por el frío, acechaba entre la niebla cada movimiento. Dejó hablar a sus emociones y sintió lágrimas agradecidas rodar por sus mejillas. ¡Tanto coraje por rescatar de un destino



terrible un alma que estaba dispuesta a dar la vida por su patria! Había escuchado relatos que muchos pilotos se habían eyectado y cuando caían al mar eran rescatados. ¡Pero esa tarde fue testigo! Esa tarde comprendió el valor que tiene la vida de los hermanos. ¡Y la importancia de arriesgar la propia por salvar a otro!

A veces los sucesos ocurren cuando el destino busca encontrarse con aquellos que quieren cambiar el rumbo de los hechos, si los buzos no hubieran actuado con rapidez, esa vida no se salvaba.

Cada vez que José Luis subía a cubierta, volvía a su lugar de trabajo con la angustia de imaginar que no iba a salir más de ese lugar. ¿Puede el hombre, cambiar su modo de pensar, puede perder la esperanza? ¿Puede el destino dominar la mente, hasta el punto de no encontrar una chispa que encienda el alma? ¿Existe una salida que saque a un ser humano de esa realidad tan oscura? Son sentimientos que el hombre no puede cambiar. ¡Pero él siempre tenía la misma sensación! Bajaba por la escalera hacia la puerta que lo llevaba a las profundidades del barco, con la resignación a cuestas. Estaba seguro ¡No volvería a sentir el calor de sol ni de su familia! En esa profundidad sin saber realmente lo que pasaba en la superficie, imaginaba los ruidos, los movimientos y no podía tener esperanzas de salir con vida. Sentía como que era invisible para el mundo, estaba allí para cumplir una misión, nada más. ¡Tiene que haber sido muy difícil habitar en el fondo del portaaviones, en lo profundo, y pensar en no salir herido! Las oscuridades siempre dejan huellas, trazan un antes y un después. ¡Vivía bajo el agua y vivía la guerra desde allí! Aún hoy se atreve a emocionarse cuando recuerda las horas interminables dentro de la caldera. Podemos imaginar su impotencia. ¡Se sentía escondido allá abajo escuchando pasar muy cerca los torpedos! Cuando los radares detectaban un posible ataque de aviones enemigos, salían los Douglas A-4Q al encuentro. Conocía muy bien los pasos de un avión antes de alzar vuelo, si despegaban, era porque el peligro venía a enfrentarlos.

Sabemos que los ingleses hundieron algunas corbetas. El destino y la vigilia de los tripulantes hicieron que no naufragara ninguno de los buques que escoltaban al portaaviones. Supieron defenderse, estaban bien armados, usaban misiles para los barcos, les disparaban a los aviones y también a los



submarinos. Eran muy sofisticados. Mucho más modernos que el Belgrano, aquel era un buque de la Segunda Guerra Mundial, también más modernos que el mismo portaaviones. El 25 de mayo había sido botado al mar en 1943. Los escoltas del portaaviones usaban armas nuevas. Los submarinos argentinos también eran viejos, pero cumplían su misión. En cambio, los ingleses tenían toda la tecnología naval. Un submarino fue el que hundió al Belgrano.

Suponemos que cuando terminó la guerra se calmó todo el escándalo que sacudía el mar. Suponemos que los animales marinos pudieron nadar libres nuevamente y salir de los lugares donde se habían refugiado. Cuando terminó el sonido de bombas y de motores de aviones, ¿se habrá quietado el mar? ¿Habrá imaginado José Luis que el conflicto llegaba a su fin? No lo sabemos. Por algunas de las cosas que hemos dicho, podríamos decir que, al enmudecer el mar, el cielo respetó su silencio y apareció la calma. Creemos que fue así, los bombarderos que quedaban dejaron de elevar su imagen amenazante y se guardaron en silencio. Para que un avión despegara, tenían que darle más presión a las máquinas para que saliera al medio de la catapulta. El avión se acomoda sobre unos rieles y la catapulta lo expulsa para que tome velocidad, para eso ellos, desde el sector de máquinas daban más presión. Para aterrizar, ya lo hemos señalado, tiene la pista y el gancho de aterrizaje. Cuando un avión estaba en movimiento, todo el portaaviones escuchaba los ruidos y participaba de la actividad.

Ese ruido de la llegada o salida de aviones era diferente al de los bloques de hielo que hay en el mar. ¡Cuando golpeaban el casco, todo se estremecía! Eran hielos que se desprendían de un gran témpano y pasaban a la deriva, atropellando todo lo que encontraban a su paso. “¡Mamá! ¡Qué pasó acá!” solía decir José Luis, muchas veces lo sorprendía el golpe en sus ratos de descanso. Ya hemos dicho cuánto le gustaba salir a cubierta y respirar esa inmensidad que une al cielo y al mar y aunque no veía el horizonte, a veces alcanzaba a divisar la enorme mole de hielo. Admiraba esa belleza blanca que viajaba libre entre los embates del agua, imaginaba las olas paralizadas por el hielo al tocar sus paredes de cristal. Algunos erraban tan livianos que rozaban al barco y apenas se agitaba el agua, él no lo notaba. Pero otros eran tan grandes, que cuando el mar estaba calmo y tropezaban contra ellos, José Luis en la profundidad del portaaviones, pensaba que los había alcanzado una bomba.



En el portaaviones se vivió de manera diferente la rendición. Los tripulantes del ARA 25 de Mayo se enteraron al llegar al continente de que Argentina se había rendido. Al día siguiente, el 15 de junio, el navío partió rumbo a Puerto Belgrano sin informar a su tripulación. ¡Al llegar supieron la noticia! Una sombra de impotencia y desilusión cubrió a las mil quinientas almas que habían subido al barco, setenta y cuatro días atrás sin conocer cuál era el destino que les esperaba. Recién al llegar al continente José Luis se dio cuenta de lo que había sido la guerra. En el mismo puerto, muy cerca del portaaviones, ancló el rompehielos Almirante Irizar, que en los últimos días de la guerra había cumplido la función de buque hospital de la Cruz Roja. Allí comprendió que él no había vivido la guerra. ¡Los que vieron el rostro grotesco y terrible del dolor y de la muerte vivieron la guerra! ¡Eso le dejó un sabor más amargo todavía!

Como ya dijimos, saber que habían perdido la posibilidad de recuperar las islas fue muy triste, pero encontrarse con la realidad, encontrarse con la soledad de un puerto vacío, donde nadie estaba esperando que llegaran, fue más triste aún. Su mente estaba preparada para recibir la soledad, pero esperaba el abrazo que estuvo ausente. Había muchos militares que vivían en la ciudad y venían con la esperanza de ver a sus esposas o padres. El puerto estaba vacío, parecía que el buque no había arribado. José Luis recordó cuando llegaron a cargar provisiones después de la toma de las islas. ¡Tanta gente se acercó a recibirlos, aplaudiendo, cantando, agitando pañuelos! Con la derrota, el dolor agrandó la soledad, José Luis sentía que el puerto vacío, con su silencio, reprobaba su actuación y la de todos los militares argentinos. ¡Una semana estuvieron dentro del portaaviones sin poder salir! Las familias llegaron de Buenos Aires y Santa Fe a buscar a sus hijos y ellos pudieron ir a sus casas unos días. José Luis, como muchos otros, tuvo que adaptarse a la realidad. Vivían lejos, nadie los esperaba, sus familias no sabían siquiera que estaban vivos. Se conformó con ir a Punta Alta y mandar una carta a sus padres. Los favorecidos por el destino habrán llamado por teléfono, pero entre sus parientes nadie tenía teléfono. Ni siquiera un vecino. Mandó una carta avisando que estaba todo bien ¡Los tiempos eran tan diferentes en Villa Bastías hace tres décadas y media! Entre el pasado y la época actual existe un mundo de comunicaciones que en esa época no se vislumbraba. ¡Desde su casa tenían que caminar cuatro kilómetros para ir a buscar una carta al correo! Se imaginaba a su padre todos



los días esperando una noticia suya. Don Luis nunca fue a la escuela, aprendió de números y de matemática como muchos en esos tiempos, nada más que para que los patrones no lo pasaran por arriba. Una vez estando en Malvinas su padre le mandó una carta. ¡Nunca se va a olvidar la emoción que sintió! ¡El papel se gastó de tanto leerla! ¡Y de soportar tantas lágrimas! No se entendían las letras. Nunca supo cómo perdió esa carta. Suponemos que, con la emoción, el día en que le dieron la baja la extravió junto con fotos y recuerdos de sus compañeros. Quisiera tenerla y poder guardarla para siempre.

Antes de continuar, miremos un instante el pueblo de Punta Alta, José Luis, dentro de su desolación casi no lo conoció. Su única necesidad era mandar la carta a sus padres. Pasó por el centenario Bar Central, del que algunos compañeros le habían hablado, casi sin mirarlo, llegó a la plaza y sin pensarlo entró a la iglesia Nuestra Señora de Luján. ¡Cuánta necesidad de Dios sienten los hombres cuando están en peligro! ¡Con que afán agradecen el estar vivos y enteros!

La lentitud de los días y de la espera se hizo eterna. Después de unos días de descanso, todo fue normal en el portaaviones. La rutina de siempre. No volvió a su casa hasta que le dieron de baja. Durante el tiempo en la marina, solo había ido a Mendoza para Año Nuevo, tres meses antes de la guerra.

En aquellos largos dos años, lejos de su lugar, una sola vez recibió una encomienda. Su hermano Kuki, que desde muy chico había salido de la casa paterna para conseguir un trabajo mejor que el de trabajar la tierra, juntó plata y le mandó una caja con cosas. ¡La única que recibió en dos años! A algunos de sus compañeros, mientras estaban en Puerto Belgrano, las familias les mandaban provisiones todas las semanas y como eran muy amigos las compartían con él. José Luis también compartió esa caja.

Al llegar aquí hagamos un recorrido de cómo fue su regreso. Sabemos que todo Villa Bastías estuvo de fiesta en el club de futbol, en la cancha. La espera de la familia, que no sabía cuándo llegaba fue interminable. Los vecinos que preguntaban. El llanto de todos. Los abrazos. El orgullo de que uno de los suyos había estado en Malvinas. No sabemos la fecha de su llegada, pero podemos asegurar que llegó un jueves, pasado el mediodía. El colectivo salió de Bahía Blanca y fue por las rutas del sur argentino. ¡Le parecieron eternas las horas



hasta llegar a Tunuyán! Llegó con hambre y cansado, esperó un buen rato que saliera “la Mitre” a Tupungato.

Cruzó con su bolsita a cuestras “La Villa”, sintiendo una soledad que lo destruía por dentro. Todo era silencio aquella siesta, solo se sentía el ruido de sus zapatos golpeando entre las piedras.

Comenzó a caminar los cuatro kilómetros por la calle empedrada hasta su casa. Cargaba no solo cosas materiales, además del bolso cargaba una mochila de recuerdos, angustias, miedos, soledades. Llevaba los ojos bajos, la ropa prolija, el pelo corto. No volvió el mismo José Luis que se fue dos años atrás. La guerra había moldeado su manera de ver la vida. ¡Quería llegar! La verdad, no sabía lo que quería hacer. Sentía sentimientos extraños, contradictorios, por momentos mientras caminaba, no sabía dónde había estado. Quería imaginar que venía de un día cualquiera en “La Villa”. Que esos dos años no existieron. Que la guerra de Malvinas no había sido real. Sentía como que había entrado en un tubo y no podía salir. Al fin divisó su casa ¡y ya no le importó si todo era un sueño o realidad!

Pensó que a su madre al verlo le iba a dar un ataque. No dejaba de abrazarlo, de mirarlo, de darle gracias a Dios porque estaba vivo y entero, de reírse, de volver a abrazarlo, de besarlo. Los hombres tienen fama de ser muy duros, en especial aquellos que se dedican a las tareas del campo, don Luis parecía un hombre duro ¡Pero era más blando que la madre! Se largó a llorar apenas lo vio, no podía contenerse. Nunca un hombre es menos hombre porque derrame una lágrima y si es de emoción, las lágrimas salen agradecidas y alivianan el corazón. Imaginemos cómo tenía el alma José Luis. Muchas cosas atraviesan la cabeza de quien ha vivido una guerra. Pasó el tiempo y seguía pensando en todo lo que había vivido, hasta que, como todo en la vida, los recuerdos empezaron a ser eso, solo recuerdos. ¡Dolorosos, pero solo recuerdos! Siendo conocedores de su manera de ser, podemos afirmar que trató de olvidar para no dañar su alma. Cuando los años se llevaron su juventud y llegó la madurez, empezó a razonar las cosas que había vivido, comprendió que hay situaciones por las que pasa un ser humano que jamás se olvidan.

Volvamos al día de la llegada, Villa Bastías vivió con alegría el regreso de su hijo. Apenas llegó, familia y amigos comenzaron a preparar todo. Desde la casa de



los Barzola hasta la cancha había una distancia de cien metros. ¡Ese día, todos colaboraron! Iban y venían llevando mesas, comida, bebidas. Cuando la gente está alegre y siente ganas de festejar es fácil unirse y compartir ¡Dos días seguro duró la fiesta! Pero llegó el lunes y había que salir a trabajar. ¡Eso le costó bastante! ¡Se había puesto muy flojo José Luis! Se había desacostumbrado. Y bueno, tuvo que adaptarme otra vez al lugar al que pertenecía. A la vida que él había elegido. Cuando lo dieron de baja le dieron también las millas navegadas, con eso podía entrar a trabajar en un buque mercante. Pero su decisión era volver, sentía que Tupungato con su paisaje cordillerano lo llamaba y la tierra sedienta de brazos fuertes lo esperaba para cultivarla. También sus tíos querían que se quedara con ellos en Buenos Aires, pero tampoco aceptó. Comprendía que lo aguardaba el trabajo duro de la tierra, pero no cambió su decisión, ni se arrepintió nunca de haberla tomado. Para él no hay otro lugar como Tupungato.

Tenía veinte años cuando volvió. Unos años después, a su padre le entregaron una casa en el barrio San José y toda la familia se mudó. Allí conoció a Elina. Cuando se casaron se fueron a vivir al barrio Presidencia, a una vivienda que pertenece a su esposa.

— El lugar donde vivimos es de Elina, yo no tengo casa —dice con un poco de tristeza.

La pareja tiene tres hijos, dos varones y una mujer, los dos varones casados, el mayor tiene dos hijos y el menor, un niño, su hija aún vive con ellos. Está por recibirse y en cuanto lo haga piensa casarse. Los nietos lo llenan de risas y alegrías, están mucho en su casa.

Hubo un antes y un después de Malvinas, en su vida y en su relación con la muerte. En un accidente de trabajo falleció su hermano Kuki. Habiendo estado cerca de esa agonía terrible en la guerra, nunca pensó que un hermano suyo podría irse tan joven, pero sucedió. La muerte de su padre, muchos años después, fue un momento muy difícil, sabía que iba a pasar, pero no tan rápido. Fueron cosas que lo cambiaron mucho. Los Barzola son muy numerosos y muy familiares.

“La vida continúa y hay que valorarla siempre, uno sabe que en algún momento se termina, sólo Dios sabe cuándo viene la muerte, pero mientras no llegue, la



vida sigue y hay que hacer lo mejor por los hijos, por la familia, por la esposa”. Son palabras de José Luis, dichas con una voz quebrada por los recuerdos.

Pero que hubo un cambio en su vida, después de Malvinas, de la muerte de su hermano y de su padre, estamos seguros. Aunque pasen situaciones dolorosas, el hombre tiene que adaptarse y continuar la lucha. José Luis sabe que, si no está bien afecta a los demás, a Elina, a los hijos. Ellos no tienen nada que ver con lo que siente, con lo que le pasa. ¡La soledad es la única que conoce los corazones angustiados! Hay momentos en la vida en que sentimos que solo está Dios y el dolor. A él le ocurre muchas veces, siente el dolor de la guerra como un fantasma que lo perseguirá mientras dure su existencia. Entonces hace lo que ha hecho siempre, se va a un lugar solitario de su casa y llora. Descarga la pesadez de su corazón y alivia la carga de su espalda. Pero no delante de ellos. ¿Será que con los años uno siente más las cosas que ha vivido? ¡Mientras más viejos somos, más sensible nos ponemos!

Su familia lo acompañó toda la vida. Elina estuvo siempre a su lado para contenerlo, es su gran pilar.

— ¡Mis hijos son re malvineros! —decía a sus amigos cuando se juntaron en Punta Alta a los treinta años de Malvinas— ¡Los tres!

Pudimos confirmarlo, dos de sus hijos tienen tatuadas las islas con el nombre de su padre y para los actos se hacen camperas, remeras, con alguna referencia a las islas. Su nieta mayor, de diez años, tiene una remera que dice: “Mi abuelo es mi héroe”. Estas cosas lo llenan de orgullo, porque, en definitiva, aunque una guerra sea inútil, deja en el corazón y en la memoria marcadas las huellas del valor y la entrega.

— Es más — les decía a los veteranos en aquel encuentro inolvidable— me llena de orgullo que ellos sean malvineros y que tengan presente estas cosas en sus vidas.

Pensamos que lo ayuda a no caer. En la vida de muchos argentinos está tallada la historia de estos hombres, la memoria no se pierde.

Un día, en Punta Alta, antes de Malvinas se encontró con Benítez un militar que estaba en esa zona, hermano de Olegario Benítez, vecino y amigo en Villa



Bastías de su familia de toda la vida. Cuando se reconocieron, el militar le dijo que contara con él para lo que necesitara. Días atrás llamó alguien a su puerta, intrigado por la insignia de Malvinas del auto de José Luis. Era él, se reconocieron. Benítez le contó que había estado en el Belgrano cuando lo hundieron. ¡Debe ser una gran historia la suya! Por problemas de salud lo habían enviado a una oficina.

José Luis al irse a vivir al barrio, comenzó a trabajar de albañil y sigue trabajando con el mismo constructor desde hace muchos años. A pesar de la pensión que recibe del estado, nunca pensó en dejar de trabajar.

Hasta donde llegará la personalidad sencilla, tímida, abrazada apenas por el orgullo de ser un Veterano de Malvinas, que José Luis recién hace pocos años, aceptó ir a los actos de homenaje. Su hijo Mauro que fue soldado en el regimiento de Tupungato, recibía los premios. Finalmente lo convencieron y empezó a participar. Recordamos que su primer encuentro con el grupo de ex combatientes fue en las vísperas de un 2 de abril, en el acto que se hace a las doce de la noche, en la plaza Héroes de Malvinas, donde existe un monumento con el nombre de todos los tupungatinos que estuvieron en la guerra.

- Son muy buenas personas —relata siempre José Luis.
- El primero en acercarse a mí fue Villegas —recuerda su timidez de ese momento— No conocía a nadie.
- Y así empecé a participar y no me arrepiento porque son muy buena gente.

Tampoco se arrepiente de haber vivido la guerra de Malvinas. Cuando le preguntamos si hubiera otra guerra y pudiera decidir: “¿Iría?” Y respondió: “¡Con más gusto iría ahora! Y si es por Malvinas ¡Con más gusto!”.





José Luis Barzola



LEONARDO CARMONA

Vivir la guerra desde el aire

“La adrenalina fue tremenda durante las horas que duró la misión, cuando bajó del avión recién se relajó. Esa noche en su habitación sintió que acababa de rendir su tesis. ¡La tesis de su carrera había sido la guerra!”.

I

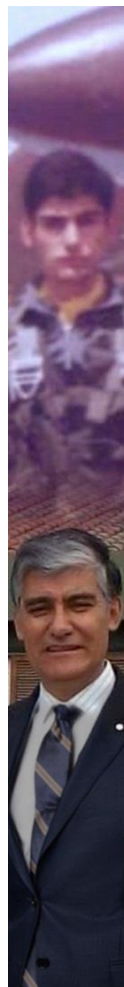
El parte meteorológico de ese 1 de mayo de 1982 indicaba un día lluvioso y con una capa de nubes que dificultarían la operación de los aviones de combate.

Los pilotos argentinos tenían bien clara la orden:

— ¡No vamos a atacar si no lo hacen los ingleses!

A las 19,30 del 30 de abril, habían despegado de la isla Ascensión, dos bombarderos cargados, cada uno, con veintiún bombas, el destino era el aeropuerto de Isla Soledad. El piloto inglés encendió el radar de bombardeo cincuenta millas antes. La alerta comenzó a sonar cada 10 segundos, indicando que habían sido captados por el radar argentino. Veinte minutos después, once aviones siguieron la misma ruta.

Podemos decir que el plan se cumplió, el ataque se realizó a las 04:40 de la madrugada, pero sólo una bomba impactó en la pista. No lograron neutralizar el aeropuerto.



El comando de la Fuerza Aérea supuso que se producirían otros ataques y antes del amanecer ordenó a las Bases Aéreas del Sur, que se pusieran en alerta las secciones armadas con misiles aire-aire y cañones.

— ¡Esperen órdenes y estén preparados para entrar en acción! —Habían ordenado desde el comando.

Leonardo Carmona dormía cuando sintió la alarma, corrió hasta el Grupo Aéreo y en minutos estaba preparado para recibir la orden de despegue. A partir de ahí comenzó a recibir órdenes fragmentarias, con los detalles de cómo se proyectaba la misión. Cuando escuchó la información, sintió que penetraba al espacio que señala la diferencia entre un ejercicio y una guerra. ¡La tensión era total! ¡Ante un cambio de situación, la misión podía variar en un lapso de minutos! ¡Hasta ese día la guerra había sido solo de palabras!

Antes del amanecer, habían ordenado a las BAM Río Gallegos, Río Grande y San Julián que se pusieran en alerta, esperando órdenes para entrar en acción. ¡Ese día se realizaron cincuenta y ocho salidas de combate!

Las instrucciones eran precisas, indicaban dónde atacar, cuántos aviones, cómo atacar. Leonardo iba conociendo todos los detalles a medida que la operación avanzaba, le preocupaba el tiempo que disponían cuando estuvieran en el aire.

A la 06:40 de esa madrugada, el rugir de los motores se escuchó en todo Río Gallegos. A esa hora despegaron dos Mirage III. ¡Ellos abrieron el camino del bautismo de fuego de la Fuerza Aérea Argentina! ¡Había comenzado la guerra!

Todo el día estuvo en alerta, esperando el momento de entrar en acción. ¡Finalmente el 1 de mayo de 1982 a las 16:00, le tocó el turno de despegar! Caminó por la plataforma frente a la hilera de aviones, estaban alineados uno al lado del otro. ¡Parecían saber que se preparaban para el combate! Leonardo desfiló en silencio, con el casco bajo el brazo, su cuerpo menudo iba con pasos seguros, largos y medidos. Sus grandes ojos marrones sobresalían de la cara fina y alargada. Al pasar saludó a sus compañeros con voz suave, pero con un tono que indicaba que sabía mandar. Todos quedaron ubicados frente a sus aviones.

Iba escoltado por su personal. ¡Ellos siempre acompañan a los pilotos hasta el momento de despegue! Los mecánicos realizaron la última revisión y los pilotos



se formaron cada uno frente a su avión. Todos levantaron el pulgar deseándose buena suerte, Leonardo subió a su avión y levantó la escotilla con decisión, cada movimiento formaba parte de la rutina diaria. Se acomodó en el asiento esperando que su equipo encendiera el motor con el arrancador externo. Cuando el mecánico le dio la señal de que todo estaba bien, colocó la palanca en posición para que el avión quedara regulando, controló los relojes y les hizo seña al grupo que estaba atento a lo que hacía. El mecánico desconectó el arrancador que había utilizado para enviar aire al motor y Leonardo le dio potencia. Un señalero lo guio para que girara y se colocara en el carril que le correspondía detrás de sus compañeros de vuelo. Aceleró y comenzó a carretear por la pista. En pocos minutos estaba en el aire, adelante iba el Capitán Carballo, a los costados el teniente Rinke y el Primer Teniente Chacón, él cerraba la escuadra. ¡Empezaba su bautismo de fuego!

¡En ese momento era solamente él, su instinto y su pericia para volar! ¡Pero por sobre todo la suerte! Tenía muy claro que no podía enfrentarse a los Harrier en una lucha frontal. La misión era atacar un objetivo naval, cada avión llevaba tres bombas retardadas por paracaídas y cañones en los costados. Leonardo tenía la mirada fija en las indicaciones de los relojes. El día seguía lluvioso. En poco rato oscurecería.

Observó cómo se reabastecían en el aire sus compañeros, era una tarea sencilla, practicada muchas veces, pero que necesitaba de una precisión muy grande. Volaban sobre las nubes, el cielo estaba impecable a esa altura. Sabía que todo estaba calculado, cuando estuvieron en posición, el Hércules alargó su manguera y se conectó al A4. Terminadas las maniobras para reabastecerse, los dos aviones se separaron y Leonardo siguió en vuelo rasante hacia Malvinas, al llegar al sur de bahía Enriqueta, entre Puerto Argentino y la isla Bougainville, el Capitán Carballo lanzó sus bombas contra un buque y no reparó que se trataba del ELMA Formosa, un buque argentino, por suerte no dio en el blanco. La escuadrilla volvió a Río Gallegos sin completar la misión.

Eran las 19:30 cuando Leonardo aterrizó. La noche estaba muy oscura y la llovizna continuaba, bajó del avión exhausto, tenía las manos mojadas y la nuca empapada de sudor. La adrenalina fue tremenda durante las horas que duró la



misión, cuando bajó del avión recién se relajó. Esa noche en su habitación sintió que acababa de rendir su tesis. ¡La tesis de su carrera había sido la guerra!

II

Los ojos de Leonardo miraron las paredes del aula con nostalgia, era su último día de primaria en la escuela Domingo Lucas Bombal. Caminó por el callejón solitario y ardiente del verano, pensando en la infancia que dejaba atrás. Ese año, como todos los anteriores eran pocos los alumnos que egresaban. No había tenido muchos amigos en la infancia, no había demasiadas casas en el lugar, pero sí fue una época cargada de buenos momentos. ¡Las travesuras se sucedían una tras otra! Él y su familia vivían al lado del castillo, a menos de un kilómetro de la escuela que está rodeada de viñas y frutales. Enfrente, del otro lado de la calle, había un pequeño cerro ¡pasaba horas jugando allí con sus compañeros! Era feliz con lo más simple, sin televisión, ni internet, ni teléfono. ¡Difícil apartar de sus retinas las imágenes que lleva guardadas!

Había nacido en Ancón, un lugar de San José, distrito tupungatino de la provincia de Mendoza un 11 de marzo de 1959. En esa zona la cordillera parece que se va a escapar del cuadro de algún pintor.

— Para ir no tenés que llegar al centro de Tupungato —le contaría años más tarde a un amigo—llegás a San José, doblás a la derecha ¡y toda la cordillera se te viene encima!

Una mañana a finales del invierno, se despertó pensando en los pocos meses que le quedaban para terminar la escuela primaria, algo en su interior le revelaba que Ancón ya no formaría parte de su vida. La primavera quería empezar a asomarse, miró por la ventana y vio que el día había amanecido cubierto de nieve. Leonardo tenía que levantarse, pero se acomodó en la cama y siguió durmiendo, sabía que no se podía llegar a la escuela en esas condiciones. Se despertó tarde, seguía nevando, el patio de su casa tenía más de treinta centímetros de nieve. Las ramas de los árboles, desprevénidas, no podían soportar el peso y se quebraban.



Apenas dejó de nevar salió de la casa. Caminaba por el callejón entre dos hileras de castaños, mientras observaba con delicia, cómo se le hundían los pies en la nieve. Las liebres dejaban sus madrigueras buscando pasto tierno y en la lejanía se escuchaba el sonido de las escopetas. Muchos hombres iban de cacería en esos días. Cuando se encontró con sus amigos jugaron en la nieve hasta caer rendidos de frío y de risa. Después se fue a visitar a su padre al trabajo, Juan era encargado de la bodega de la estancia Bombal. ¡Leonardo amaba el parque que rodeaba la bodega y el castillo! ¡Tan perfecto! Mucho tiempo después supo que lo había diseñado Carlos Thays, el arquitecto francés que diseñó el parque San Martín en Mendoza. Los pinos, con la carga de nieve, parecían más verdes en el marco del cielo celeste, la cordillera brillaba, impecable y las flores del jardín, vestidas de blanco, dejaban asomar sus colores entre el hielo que empezaba a derretirse. ¡Imposible pasar la niñez en un lugar mejor! Podía quedarse horas admirando la belleza del castillo, aún hoy no puede imaginar una casa tan enorme. ¡Dos mil cuatrocientos ochenta metros de superficie, donde la familia Bombal sólo pasaba las vacaciones!

Leonardo miraba imaginando que ese lugar había salido de un cuento, que estaba allí desde siempre. ¡Ya en esa época era antiguo! Habían construido el castillo en 1933. Aún permanece inmune al paso del tiempo, se levanta erguido junto a la bodega.

Cuando sintió que su madre lo llamaba se fue corriendo. Era el último año en la escuela primaria y a pesar de todo lo que tenía en ese lugar, hacía días que sentía la necesidad de irse a estudiar a otro lado, donde tuviera más opciones. El único secundario de Tupungato era en ese entonces, el colegio Domingo Faustino Sarmiento y no le brindaba lo que buscaba. A la villa cabecera del departamento le faltaban muchos años para ser ciudad, varias calles eran de tierra y si bien el centro mostraba el encanto de un pueblo de frontera, con algunos negocios y gente amable que compartía las tardes conversando en las veredas, Leonardo necesitaba algo más.

Su hermana María Luisa, diez años mayor que él, había estudiado en Mendoza, se recibió de maestra y comenzó dando clases en una escuela rural en Las Carreras. ¡Otro lugar de Tupungato donde el encanto de sus paisajes se confunde con la simpleza de la gente! Después de esa experiencia se quedó



trabajando en la capital de la provincia. Su hermano José, ‘Pepe’ para todos, había nacido seis años antes que él, siempre estuvo adherido a Tupungato, es el único de la familia que aún vive allí. Leonardo estaba convencido que su vida transcurriría muy lejos del lugar que lo vio nacer.

La tarde estaba rebotante de pájaros y de flores cuando habló de sus sueños, padre e hijo conversaban sentados bajo la sombra de un gran árbol, Pepe aún no llegaba del secundario y su madre estaba ocupada en el jardín.

— Vos elegí lo que quieras —le había dicho Juan.

Leonardo sintió que esas palabras le aliviaron la carga.

Juan conocía muy bien a su hijo y sabía que era exigente en todo lo que emprendía. Necesitaba estudiar donde le exigieran mucho y estaba dispuesto a ayudarlo.

Hizo el primer año en Tunuyán, en una escuela técnica agraria, pero no le gustó el colegio, entonces puso la mirada en el Instituto Murialdo, una escuela religiosa de Guaymallen, estaba convencido de que eso era lo que buscaba. La familia tenía una casa en Dorrego, pero recién la habitaron cuando don Carmona dejó de trabajar en la bodega. Para que Leonardo siguiera los estudios en Murialdo, su papá habló con una hermana y arreglaron que viviera con ellos. Sus tíos eran muy mayores y no pudo adaptarse a ese ritmo de vida. ¡Era difícil poder convivir sin ocasionarles problemas! Finalmente, cuando terminó el año tuvo que volver a Tupungato y completar el secundario en el colegio Domingo Faustino Sarmiento.

III

Esa mañana el café con masas en el bar “Los Vascos” en Río Gallegos, le supo amargo, le habían informado que un Harriet había derribado uno de los aviones de su escuadrón. Miró por la ventana, el viento eterno golpeaba con fuerza los árboles. Los pocos transeúntes pasaban envueltos en bufandas, silenciosos. Para los habitantes del lugar todo era muy triste, miraban los aviones despegar cada día, con la angustia de saber que casi siempre, no volvían todos.



El clima de Río Gallegos es muy parecido al de las islas, en invierno amanece después de las nueve y a las diecisiete está oscuro.

¡Sintió un escalofrío pensando que podría haber sido su avión! Los Harrier aparecían por cualquier lado, en segundos los tenían enganchados en su radar y una vez que largaban el misil, no había posibilidad de defensa.

La espera lo llenaba de ansiedad, cuando no estaba en alerta, salía de la base tratando de relajarse un poco, los nervios lo invadían. Conocía todo lo que pasaba en las islas, y las noticias de cómo se desarrollaba la guerra no lo ayudaban. En el bar se juntaba con otros militares y con amigos que había hecho en la ciudad, eran muy agradables. Conversaban y compartían un café con el mismo nerviosismo. Fueron tiempos en que nadie hablaba ni de fútbol, ni de ninguna otra cosa, ¡sólo de la guerra! ¡Tenían mucho miedo! ¡La amenaza inglesa de bombardear la ciudad era innegable! Estaban convencidos de que si los ingleses los atacaban sería de noche.

Los primeros días de abril de ese 1982 la Defensa Civil organizó a los vecinos de la capital de Santa Cruz, los jefes de manzanas recorrían las casas y les indicaban qué hacer en caso de un bombardeo. En las escuelas se realizaban todos los días planes de evacuación. Los riogalleguenses durante las noches, cubrían las ventanas con frazadas o con diarios. Convenía tener la ciudad a oscuras, no podían salir de sus casas después de las cinco de la tarde y si había una urgencia, la orden era circular con las luces de sus vehículos apagadas.

¡Tantas cosas vivieron los pueblos del sur del país mientras Argentina, celebraba cada noticia que escuchaba! ¡Sin conocer que no todo lo que decían era verdad! ¿Se puede acaso pensar que una guerra sólo afecta a los que luchan? Un ejército se prepara para la guerra. Pero un pueblo no.

¡Todos los días despegaban aviones! ¡El movimiento era intenso, los habitantes vivían sobrepasados de angustias!

Mientras duró el conflicto la rutina fue la misma, Leonardo se levantaba en la base, a las siete de la mañana y después de recibir las informaciones y novedades, cada equipo controlaba su avión. Se quedaba en la base hasta que terminaba la actividad, si no estaba de alerta, se iba al bar ya mencionado antes, a distenderse un rato.



Podemos decir que vivió los momentos en el territorio de manera muy distinta de los que estuvieron en las islas. No pasó frío, no pasó hambre, tampoco tuvo situaciones tan difíciles como es ver caer a un compañero en plena batalla. Debe ser muy distinto contemplar cómo explota un avión desde la cabina y tener la esperanza de que el piloto haya podido eyectarse, que mirar como cae un amigo que lucha a la par. Pero como ya hemos dicho en otra parte de este libro ¡ninguna de las tareas que les tocó realizar a estos hombres fue fácil!

Pocas veces llamó por teléfono a su familia, les contaba que estaba bien y algunas cosas sencillas, nada más. El desconocimiento de todo el mundo con respecto a lo que sucedía, también afectaba a su familia. ¡Nadie estaba muy al tanto! ¿Es posible imaginar que mucha gente estaba más preocupada por el mundial de fútbol, que por lo que ocurría en Malvinas? El 13 de junio, la Argentina perdía con Bélgica el partido inaugural del mundial en España, una gran parte de argentinos experimentó con dolor la derrota. Mientras los pueblos del sur vivían cada minuto del último día de combate en las islas con un gran temor. Sabían que la rendición era inminente, pero ignoraban lo que ocurriría después. ¡Eso los tenía muy preocupados!

IV

Había llegado a Córdoba con 16 años, el 11 de marzo cumpliría los 17.

— ¡Si andas bien, vas a ser el más chico de tu promoción! —Le dijo el personal encargado cuando le recibió los papeles.

Era una mañana cordobesa cargada de olores y colores veraniegos, salió a la calle pensando en las palabras del suboficial. No le preocupaban, desde niño vivió entre gente mayor. Ese fue siempre el epílogo de su vida y se sentía satisfecho. Leonardo sabía acomodarse en cada lugar y en cada situación.

Estuvo cuatro años en la Escuela de Aviación Militar, casi a seis kilómetros de la capital cordobesa, los días se pasaban muy rápido entre el estudio y el adiestramiento. Estaba acostumbrado a vivir lejos de la familia y no sintió la distancia ni la ausencia. Las actividades dentro de la escuela le exigían muchas



horas de dedicación. Además, nunca fue una persona de extrañar demasiado los afectos.

— Ahora debo decidir —pensaba esa mañana Leonardo, mientras abotonaba su chaqueta y se colocaba la gorra— si quiero estar en el escalafón general, ser técnico o estar en el aire.

En los escalafones dentro de la Fuerza Aérea, están los técnicos, que son los ingenieros aeronáuticos, en el general la artillería y todas las cuestiones logísticas y en el aire lo más buscado, que era ser piloto. ¡Todos los que entraban aspiraban a ser pilotos! Leonardo se sentía preparado, quería estar en esa categoría.

En su interior ya hacía tiempo que había decidido. ¡Desde que era niño quería volar!

¡Creía que había tomado la mejor decisión de su vida! En el cuarto año, hizo el curso de aviador de manera paralela con la parte teórica. ¡En 1979 terminó su formación como cadete y se convirtió en alférez de la Fuerza Aérea!

Pensó que al ser piloto la competencia había terminado, pero tuvo que seguir trabajando fuerte para tener un buen promedio. Hay diferentes secciones dentro de los aviadores, están los de caza, los de transporte y los de helicópteros, también se compite por el tipo de aviones, los más modernos, los más caros. ¡Cuando al fin terminaron los años de desafíos, Leonardo no podía creer encontrarse de nuevo en Mendoza! ¡Estaba en la escuela de caza para los aviadores de combate! ¡Estaba en la IV Brigada Aérea Los Tamarindos!

Sintió el aire montañoso apenas pisó suelo mendocino. ¡Otra vez, como en su adolescencia, se dio cuenta de que eso era lo que había estado buscando! Allí aprendió las técnicas y tareas propias para atacar objetivos militares en tierra. Después de la parte teórica, fue adquiriendo experiencia con el instructor de vuelo. Leonardo estudió cómo realizar ataques en superficie o en el aire contra otra aeronave, con la confianza de quien sabe lo que hace. Al finalizar el curso se convirtió en un piloto de caza y bombardeo. El año en Mendoza pasó muy rápido. La aviación no le dejaba mucho tiempo, pero buscaba los espacios para visitar a su familia.



Cuando esa mañana de febrero de 1981, el avión despegó, como acariciando la pista del aeropuerto de la IV Brigada Aérea de Mendoza, sintió que había alcanzado la meta. ¡Estar entre los aviadores de combate era un sueño cumplido! Estaban los Mirage V y III, el Pucará IA-58 y el A-4B Skyhawk. ¡Esa era su meta, el A-4B Skyhawk! ¡Ese era el avión que quería volar! ¡Comenzaba su carrera como piloto! ¡Ahora tenía que ir a Villa Reynolds en San Luis, asiento de la V Brigada!

Ese día, volando a Villa Reynolds, recordaba la primera vez que subió a un avión, en la línea recta de su boca se dibujó una sonrisa mientras con ojos inquietos revisaba los relojes del avión. Respiró profundo, en la mente su pensamiento viajaba hacia aquel momento. ¡No fue una buena experiencia! ¡Con qué ansiedad lo había esperado! En sus cortos años, sólo había volado con la imaginación. Al subir al avión creyó que sentiría la emoción que veía en los pilotos de las películas. Sin embargo, en la pequeña cabina del avión estaba solo, con más interrogantes que respuestas, todo era nuevo. A partir de allí entró en la vorágine de la aviación. Los días pasaron y Leonardo estudiaba, rendía, realizaba vuelos, que también eran evaluados. «Fue una época con grandes desafíos» pensaba Leonardo, mientras atravesaba el cielo mendocino rumbo a Córdoba. Reconocemos que no le costó acomodar su ritmo al de la escuela, pero el tiempo de preparación había llegado a su final.

Por eso su satisfacción mientras volaba a su segundo destino, en Villa Reynolds. ¡Lo acaban de habilitar como piloto operativo! ¿Imaginaría en esos momentos que poco después, volaría en un avión hacia la guerra? ¿Cuál será el pensamiento de un aviador que se prepara para combatir? ¿En su deseo de volar, existirá la posibilidad de un enfrentamiento real?

Cuando lo enviaron a Malvinas sintió que no había alcanzado a relajarse, hacía poco más de un año que estaba en Villa Reynolds, todo era una continuidad. Se sabía con experiencia para volar un A-4B Skyhawk, aunque era un avión mucho más grande que los que había volado antes.



V

Ese 21 de mayo sintió la alarma y supo que los ingleses habían desembarcado, el ruido en la pista era ensordecedor, apagaba los gritos y las órdenes que cambiaban a cada momento. ¡Había llegado por aire el aviso de que el enemigo estaba desembarcando en el estrecho San Carlos! Era el lugar menos protegido. ¡Sólo había un grupo de soldados argentinos allí! La aviación respondió al momento apenas llegó la información por radio. Leonardo preparó su avión pensando en los soldados que estaban defendiendo la zona y esperaban el apoyo de los aviones. Aguardó con impaciencia.

A las 11:30 llegó la orden de despegar. El estruendo de los motores se confundió con sus pensamientos, suavemente enfiló la nariz del avión hacia el infinito, las nubes se corrieron y le permitieron ver un cielo donde el celeste le daba la bienvenida. Divisó los inmensos campos desiertos de Río Gallegos. Ante sus ojos estaba el mar, la sombra de las nubes lo oscurecía, desde la altura parecía sereno, incapaz de generar tantas batallas y destruir tantas vidas. Cuando empezó a descender vio las colinas, los campos amarillos de turba, las ovejas pastando, los riscos que con formas graciosas formaban la costa. Alcanzó a distinguir el estrecho, una gran cantidad de nubes lo envolvía, Leonardo estaba preparado para penetrarlas y volar por debajo de ellas. A lo lejos en el horizonte, el cielo se confundía con el mar. Sus ojos no dejaban de mirar la pantalla, estaba atento a la presencia de un Harrier, sabía que sus radares los detectaban con facilidad. ¿Qué hicieron entonces estos hombres, a los que no sólo les sobraba bravura sino también ingenio? Tenían un sistema para que no los descubriera el enemigo. ¡Volaban a muy baja altura!

Leonardo, unos 200 kilómetros antes de llegar a las islas, había colocado el rumbo final y se pegó lo más que pudo al Atlántico descendiendo a 10 metros. ¡Casi al ras del mar! Volaba a tan baja altura que el parabrisas se le llenaba de sal y le dificultaba la visión.

Los tenientes Rinke y Chacón habían tenido que regresar, continuó él y el Capitán Carballo, cuando ingresaban al estrecho se encontró con la silueta de una fragata en la bahía.



Realizó una maniobra y el avión subió el ala derecha hasta quedar de manera vertical, era mediodía y Leonardo se sintió como dibujado dentro de un cúmulo de nubes, las atravesó ansioso por llegar a su objetivo. El avión giraba en el aire con una destreza increíble, durante unos minutos voló a 800 kilómetros por hora. ¡En esos casi 40 kilómetros finales, quedaba totalmente expuesto a que las fragatas inglesas lo descubrieran! Ellos tenían piquetes de radares arriba de los buques y con eso le indicaban a los Harrier donde estaban. Sabía que unos minutos antes de llegar al blanco, los barcos y los aviones enemigos, comenzarían a dispararle sin contemplaciones.

Leonardo voló a través de una lluvia de disparos ¡de todas las formas y colores! hasta llegar al objetivo y lanzar las bombas. Ese era el momento más importante de la misión. Todo el esfuerzo y la preparación quedaban resumidos en su habilidad para lanzar el armamento. ¡Tenía una sola oportunidad!

Al ras de la tierra hizo varias piruetas en el aire para que no lo descubriera el enemigo y se elevó. Examinó la mira y su puntería ¡y lanzó las bombas! Con el grito de ¡Viva la Patria! apretó el pulsador y trató de no pensar en nada, sabía muy bien, ¡si un Harrier lo detectaba, no tenía posibilidad de volver! En el momento en que Leonardo lanzó su cargamento, el Capitán Carballo, por temor a que fuera un buque propio, le ordenó no realizar el ataque. Ya era tarde.

Sabemos que la bomba atravesó el casco de la embarcación enemiga y cayó al mar.

¿Qué pensará un piloto en esos momentos? ¿Cuál será la sensación del alma? ¿Creerá que se le despega del cuerpo? Leonardo en esos minutos donde quedó expuesto a las defensas inglesas, no sintió miedo. Con la respiración entrecortada se enfocó en tener éxito y en sobrevivir. ¡No había tiempo para el miedo ni para pensar en otra cosa! Se sentía como un jugador en la cancha, donde todos aplauden, pero la jugada es del que hace el juego. O se gana o se pierde. No hay opciones. ¡La diferencia era que no estaba en una cancha! ¡Lo que ganaba o perdía era la propia vida!

No llegó al lugar donde estaban desembarcando los ingleses, ya no tenía sentido seguir adelante sin tener más bombas. ¡Los momentos de acción de un cazabombardero son sólo minutos! Volvió a la base y el capitán continuó hacia



el estrecho. A las tres horas y media del despegue, Leonardo estaba aterrizando en Río Gallegos.

VI

Cuando era pequeño, su entusiasmo por los aviones lo había llevado a sentir admiración por un primo aviador ¿Habría imaginado en ese entonces, que combatiría en una guerra? Un militar nunca sabe si va a entrar en acción, pero se prepara para eso. Todo el tiempo en Córdoba y en Mendoza realizó adiestramientos y ataques a objetivos. Leonardo sabía las técnicas, había estudiado todo sobre bombardeos. Las bombas, las espoletas, que tipo de bombas, como tirarlas. Cada vez que pasaba a diferentes jerarquías de aviones, los armamentos y las instrucciones eran más importantes. ¡Cuando se dio cuenta que estaba adiestrado para lo que fuera, ya estaba en medio de la guerra! ¡Fue como hacer un adiestramiento más! Tenía muchas horas de vuelo, a pesar de su edad había pasado por momentos difíciles. ¡Aun en tiempos de paz, la parte combativa de la aviación tiene muchos riesgos! Por eso se trabaja mucho en equipo y el grupo se une. Los pilotos forman una escuadrilla de aviones donde cada uno tiene una función. ¡Todos forman un equipo junto al personal de tierra!

Esa mañana del dos de abril de 1982, Leonardo estaba con su grupo, trabajando como un día cualquiera. Había escuchado algunos rumores, pero nadie sabía nada en concreto. Los reunieron y oficialmente les informaron que se habían tomado las islas. Leonardo tenía 23 años, mientras el oficial hablaba, tuvo la certeza que partía a Malvinas, sabía que los A4 eran pocos y los únicos pilotos habilitados para volarlos eran ellos. Nadie puede elevar ese avión de un día para el otro, se necesita un instructor y una cantidad de horas de vuelo para estar habilitado. ¡No había otra! Estaba en Villa Reynolds, en el grupo 5 de caza y ese día se convertiría en parte de la columna vertebral de la Fuerza Aérea. Él sabía muy bien eso desde antes de la guerra, era uno de los lugares más importantes que tenía la fuerza, cuando pasara algo, sería a ellos a los primeros que



elegirían. ¡Los mejores promedios, los más capacitados estaban allí! Como algo natural, comenzó a prepararse.

Con la familia hablaba muy poco por teléfono. Como se hablaba antes. Sus padres nunca supieron la dimensión del riesgo que podía tener, él les decía algunas cosas, pero sabían muy poco. Seguro que su madre, lo presentía por una cuestión de madre, pero no imaginaba todo lo que él estaba pasando. María nunca quiso que Leonardo fuese piloto, sin saber nada de aviación, intuía que era peligroso. Sus hermanos estaban un poco más enterados, pero tampoco conocían mucho la Fuerza Aérea. Al principio Leonardo les decía:

— Mirá nos estamos preparando. Nadie sabe lo que va a pasar.

¡Y decía la verdad! Partió a mediados de mes, para terminar el adiestramiento en el lugar, la preparación siempre se realizaba sobre objetivos materiales terrestres. Sabemos que la Fuerza Aérea ataca sobre tierra y la Armada sobre agua, ellos tenían que prepararse para atacar a buques y eso nunca lo habían practicado. Podía ser un problema, por eso se fueron antes que llegaran los barcos ingleses, para ejercitarse en Río Gallegos sobre un buque que estaba escorado en la ría.

¡Los alrededores de la ciudad quedaron envueltos en los sonidos de la guerra antes que empezara! ¡El estruendo de los motores rompió con la paz del lugar!

Leonardo veía el buque desde el aire, hacía la aproximación al ras del mar, simulando un ataque y volvía a la base. ¡Durante varios días realizaron los ejercicios! También hizo un par de vuelos a Malvinas, estudió el trayecto, calculó cuanto tiempo le llevaba. Efectuó un reconocimiento de lo que se iba a hacer, mientras la guerra se ponía en marcha.

Nunca aterrizó en Malvinas, estuvo siempre en Río Gallegos, su grupo formaba parte de los “mimados” de la Fuerza Aérea, además los A4 no podían aterrizar en Malvinas por el tamaño de la pista, no daba el largo que necesitaban para despegar. Son aviones pesados que van cargados con combustible, con bombas y todo lo demás.



Si no hacía abastecimiento en vuelo, el combustible le alcanzaba para sobrevolar entre cinco y ocho minutos las islas, estaba muy al límite, tener más combustible le daba la ampliación necesaria para manejarse con más libertad.

Leonardo sabía que cada vuelo era un peligro de muerte, no había tranquilidad aun antes del primero de mayo, pero teniendo solucionado el tema del combustible, había una preocupación menos. Podía hacer algún tipo de maniobras y alejarse más sin problemas de abastecimiento. Los aviones salían de la base aérea de Río Gallegos, atacaban y volvían al continente. En el grupo de Leonardo eran veintitrés pilotos. ¡Diez fueron derribados, uno solo se pudo salvar! ¡El resto murió por impacto directo o porque cayó al mar! Él estaba entre los seis pilotos más jóvenes, compartía la escuadrilla con los que tenían más experiencia, aunque en esa situación comenzaron a experimentar todos al mismo tiempo. ¡Nadie tenía experiencia de guerra!

Los A4 tienen un solo motor y un asiento eyectable. Es un avión grande relativamente, aunque lo maneja una sola persona. Leonardo tenía la destreza suficiente para pilotearlo, realizar las comunicaciones, los lanzamientos, estar atento a los radares y todo lo demás. El problema más importante que tenían eran los kilómetros que debían volar desde el territorio a las islas. ¡Había casi ochocientos kilómetros de ida y ochocientos kilómetros de vuelta! ¡Todo sobre el mar! ¿Sabía Leonardo que cualquier inconveniente caería en el mar? ¿Sabía que el tiempo de supervivencia no era mayor de treinta minutos? Era muy difícil sobrevivir. ¿Lo atormentaría esa situación como a los demás pilotos? En la paz volaba sobre el territorio sabiendo que si tenía un problema se eyectaba y caía en tierra, pero en el océano no. ¿Quién puede pensar, viendo un avión en el aire, que esos vuelos no estaban mezclados con sentimientos angustiantes? ¿El enemigo se imaginaría las tácticas que utilizarían los argentinos? ¿Qué hizo que estos hombres obtuvieran para la Fuerza Aérea un reconocimiento internacional? Los aviones no eran tan sofisticados, pero lograron con habilidad, hacer incursiones que aún hoy, siguen sorprendiendo al mundo. El enemigo que llegó en aquella época, con la seguridad de derrotar en pocos días al que consideraban invasor, reconsideraron que el recuperar Malvinas no sería sencillo. ¡La Fuerza Aérea le ocasionó enormes daños a la flota inglesa! Los pilotos argentinos siempre dicen con orgullo que perdieron la guerra, pero la



batalla aérea la ganaron. ¡Los daños que le hicieron fueron muchísimos! Estuvieron volando prácticamente hasta la finalización de la guerra.

Les queda saber que fueron reconocidos, hicieron las cosas que sabían, habían sido muy bien adiestrados. Creemos que cumplieron porque los habían formado para eso. Llegaron a la guerra totalmente desprendidos de las cuestiones políticas, ellos estaban pura y exclusivamente en la parte operativa. La responsabilidad será de quienes conducían en ese momento las fuerzas y no de los que se enfrentaron con el enemigo, que, en definitiva, siempre están más abajo.

VII

Ese día amaneció con bancos de nieblas y nubes bajas, hubo un leve mejoramiento, pero a la tarde comenzó a reducirse la visibilidad. Leonardo se elevó y se reunió en vertical con la escuadra, empezaron la travesía del océano. Cuando se rompió el cerco radioeléctrico le avisaron que estaba a diez minutos de las islas, agudizó la mirada, las sombras de las nubes que se proyectaban en el mar le impedían ver la costa y las primeras colinas.

Iba atento a la voz del compañero, que, desde la base, le apuntaba cómo y dónde debía moverse. Los Harrier ingleses estaban equipados con misiles y podían encontrarlos en sus pantallas a muchas millas de distancia. Si los detectaban, lanzaban los misiles y no había posibilidad de salvarse. Su avión era un cazabombardero, era el que mejor se adaptaba para combatir contra objetivos en la tierra o en el mar, pero una vez que lanzaba su carga quedaba sin armas para defenderse. Leonardo sabía muy bien que el combate en el aire con un Harrier era imposible.

- ¡Está siendo atacado! —le apuntó el jefe de radares desde Malvinas.
- ¡Aborte la misión!

Realizó las maniobras necesarias y logró evitarlos. Sabía que el enemigo buscaba que no llegara al blanco, Leonardo conocía eso y llevaba el avión haciendo maniobras para un lado y para otro, tratando de que no lo



interceptarán, si quedaba en la mira lo derribaban. Si lograba escapar, los dos grupos ganaban, el enemigo cumplía con su tarea de que él no descargara su cargamento y Leonardo salvaba la vida.

Pocos aviones fueron derribados por los barcos ingleses, la mayoría desde los Harrier ¡No era fácil escapar de sus radares! Los aviadores argentinos muchas veces no los veían y ellos largaban su misil sin dejar posibilidad a defenderse.

VIII

Sabemos que el 8 de junio, la guerra entraba en su agonía final, mientras tanto el enemigo realizaba maniobras de desembarco en Bahía Agradable. La operación era muy grande y no la pudieron ocultar. Llegó al continente la información de que algo estaba pasando.

Era un barco logístico británico que se aventuró a efectuar el desembarco sin las suficientes medidas de seguridad, pusieron pocos bombarderos para vigilar el área. Los argentinos hicieron una maniobra enviando una cuadrilla de aparatos muy ligeros y que realmente no eran los que iban a atacar. Entraron por el norte y todas sus patrullas aéreas de combate se fueron a interceptarlos, mientras ellos hicieron la aproximación por el sur de la isla.

Los cuatro A-4B Skyhawk con el indicativo "Dogo", habían partido de Río Gallegos con diferencias de horario, Leonardo despegó a las 11:30, el Capitán Carballo tuvo que regresar por fallas, quedó con sus compañeros, después de reabastecerse se les unieron otros dos aviones formando una escuadrilla de cinco. Estaban en la parte sur de Puerto Argentino y no divisaban ningún barco, hasta que uno de los pilotos observó el blanco a su derecha, el jefe les ordenó posicionarse para comenzar el ataque. Aún no habían sido descubiertos por el enemigo. Faltaba dos minutos para llegar al objetivo y Leonardo ve un misil tierra-aire que cruza por delante y pasa por debajo de su avión. En ese momento no pensó en las consecuencias que podría haber tenido. Frente a él estaban los dos barcos, el Sir Galaham y a muy poca distancia el Sir Tristram.



Leonardo era el segundo avión que debía atacar, primero lo hizo Chacón dando en el blanco. ¡La explosión fue en el nivel medio de la embarcación! Hasta allí todo había salido bien, pero cuando tuvo en la mira al Sir Galahad y disparó, las bombas no salieron, solamente pudo disparar los cañones de 20 mm que impactaron en el barco. Todo fue cuestión de segundos, pasó entre los mástiles del buque en medio del fuego antiaéreo. Sintió que había fracasado. Detrás de él venía el tercer avión, su carga cruzó por arriba de la embarcación y explotó en la costa, donde gran cantidad de personal y material fueron afectados. Los otros dos aviones se dirigieron al Sir Tristram y causaron también la destrucción del navío.

Comenzaron a tirarles misiles desde tierra, pero la escuadrilla se alejó entera. ¡La misión había sido un éxito!

Cuando regresaba, Leonardo además de volver con el peso de las bombas que no logró lanzar, observó que se había desprendido uno de los relojes más importantes. ¡El instrumento que poseía todas las indicaciones del motor no le mostraba nada! Leonardo tuvo que poner toda su atención en el sonido del motor y volar controlando el avión con su oído. Pensó en volver a las islas, volar hasta que se consumiera el combustible y eyectarse. La otra solución era continuar hacia el continente atravesando los casi ochocientos kilómetros de mar, esperando que el motor no tuviera problemas. ¡No podría efectuar ninguna corrección sin indicación!

¡Esos segundos de indecisión podían hacer la diferencia entre la vida y la muerte! ¡Cómo latiría su corazón! Son instantes donde el hombre se ve sujeto a la providencia y a su instinto. En esos momentos está solo. Arriba, la inmensidad del cielo. Abajo el frío y profundo mar. El sonido del motor, el silencio y la soledad de la cabina, lo hicieron regresar al continente. Llegó quince minutos después que el resto, sin inconvenientes. Mientras él estaba aún en el aire, la Fuerza Aérea dio la orden de rematar el lugar y ese fue un grave error, porque cuando fue la segunda escuadrilla, ellos los estaban esperando y allí tres pilotos perdieron la vida.

Conocemos que muchos de esos pilotos habían pedido salir en la primera escuadrilla, luego a las dos horas, cuando volaron al mismo sitio estaban felices. Nunca imaginaron que tres de ellos no regresarían.



Seis días después, todo acabaría.

La mañana del 14 de junio Leonardo estaba en el grupo aéreo, esperando por nuevas misiones. ¡Allí se enteró que los soldados argentinos se habían replegado y que Menéndez había firmado la rendición! ¡Ya no tenía que salir más a volar!

Sintió bronca, sabía que les habían causado mucho daño a los ingleses. ¡Se encontraban tan cerca! Todos en la base querían evitar la rendición. ¿Estaban tan seguros de que podían provocar que los ingleses desistieran? ¿Qué habría pasado si la guerra continuaba y entraban otros países? ¿Cuál sería el final de esta historia? ¡Seguro mucho más sangrienta de lo que fue! ¡Los muertos se contarían por miles y las heridas serían mucho más profundas!

¡Pero la muerte de tantos compañeros le dolía en el alma!

Como siempre pasa en los seres humanos, un sentimiento peleaba con el otro, buscaba aferrarse a sus pensamientos y encontrar el mejor camino. El otro sentimiento era el alivio. ¡Saber que ya no iban a estar expuestos lo relajó! ¡Pero a qué precio! ¡Habían perdido la guerra!

— ¡Ya no voy a estar más realizando los ataques! —se dijo Leonardo con un suspiro.

Sintió que ese suspiro era muy egoísta. Creyó que su responsabilidad era ganar la guerra, que eran ellos y no otros, los que debían hacerlo. La tristeza le llegó hasta las entrañas. ¡A pesar de tantas victorias conseguidas por la Fuerza Aérea tuvieron que dejar las islas!

Conocemos la historia, ¡sabemos que la aviación argentina, es reconocida a nivel mundial, por la labor realizada en Malvinas!

Ya casi han pasado treinta y seis años y es otra la situación de la Fuerza Aérea. Antes los pilotos estaban muy bien adiestrados, se volaba muchísimo, aunque los aviones no eran muy modernos, hoy la situación cambió, prácticamente no hay aviones. ¡En aquella época la Fuerza Aérea Argentina era la más importante de América del Sur!



IX

Cada escuadrilla atacaba en lugares diferentes de las islas, cada uno tenía misiones específicas, estudiadas y pensadas durante largas horas de trabajo. A Leonardo nunca le tocó atacar un portaviones, pero el 30 de mayo una escuadrilla de la Fuerza Aérea atacó un portaviones con los A4 de Mendoza, donde participaron los Super Etendard de la Armada y los Hércules C130 ¡Ellos atacaron al portaaviones “Invencible”!

— Un ataque que los ingleses nunca aceptaron —comentó en una charla de café— ¡pero nosotros sabemos perfectamente cómo fue esa misión! ¡Nadie nos contó, realmente fue así!

¡Más de doscientos aviones volaron los cielos sureños en esos meses! ¡Se perdieron más de cincuenta! Debemos tener en cuenta que había aviones de transporte, logísticos, helicópteros. Hubo muchos que no eran de la Fuerza Aérea, sino de empresas privadas, que fueron piloteados por personal de la aviación argentina para hacer reconocimiento.

— ¡Hay que sumar esos aviones! —decía aquella mañana en un restaurant, un día cálido de diciembre en Tupungato.

Como podemos ver toda la capacidad que tenía la Fuerza Aérea, estuvo puesta en el manejo de la guerra. ¡Completamente todo!

X

Después de Malvinas el adiestramiento continuó siendo el mismo, volar siempre tiene igual riesgo en la paz y en la guerra. El piloto sigue volando prácticamente todos los días. La diferencia son los minutos en que el avión está en la línea del enemigo y puede hacer impacto contra él.

Leonardo volvió a Villa Reynolds con la actividad normal. ¡Siempre había que estar preparados! La vida en la base siguió su ritmo, sólo quedó afectada por cuestiones de ego. ¡En algunos había crecido demasiado! Haber estado en la



guerra, con la experiencia que eso significaba, dentro de una fuerza tan verticalista, hacía que muchos se sintieran fuera de lugar.

Los pilotos de Malvinas habían vivido una experiencia única, la Fuerza Aérea tuvo su bautismo de fuego. Por primera vez en la historia argentina entró en combate. ¡Es un antecedente extraño! Leonardo lo vivía sintiendo orgullo de haber sido protagonista. Esto a veces provocaba rivalidad con los oficiales de mayor jerarquía que no habían participado en la guerra. Después se fue dando de a poco el encuentro, primero hubo un tiempo de desmalvinización dentro de la fuerza. Luego se dieron cuenta de que a los aviadores que combatieron, simplemente les tocó ir, nadie lo buscó. Todo es parte de la leyenda de las Fuerzas Aéreas, los pilotos veteranos de Malvinas son la historia viviente. Tienen el privilegio de haber sido testigos y de poder contar lo que vivieron.

En cada acto que realizan, se conmemoran las batallas realizadas. En algunos de los casos con ellos presentes, los años van pasando y la historia se repite y se trasmite cada vez con más energía. A la institución le hace muy bien, porque tiene un antecedente muy cercano. Los jóvenes hablan con ellos y eso lleva el espíritu de los grupos para adelante.

Siguen estudiando los errores que se cometieron, la forma en que se podría haber mejorado, todo sirve como ejemplo.

Cuando fue a la guerra, Leonardo era soltero y todavía no tenía intención de formar una familia. Al volver, regresó a la normalidad en su trabajo, siguió con su vida de siempre, no hubo un cambio decisivo. Creemos que los que más pudieron sentirse afectados, fueron aquellos que ya tenían una familia formada, que tenían hijos y tuvieron que ir a la guerra. El jefe de escuadrilla de Leonardo de 30 años tenía niños chicos, a él sí seguro lo afectó, estaba más presionado con el tema de la guerra. Leonardo sólo tenía a su familia en Mendoza, pero con sus 23 años no estaba muy pendiente de ella. Se había ido muy joven y llevaba una vida totalmente distinta a la que se vivía en el tranquilo valle tupungatino. No tenía grandes compromisos, se sentía feliz con su libertad.

Su esposa María Luz es de Villa Mercedes, la conoció un tiempo después de la guerra. Se pusieron de novios, se casaron y formaron una familia. Tienen dos



hijos, una mujer, María Noelia, que vive en Capital Federal y es licenciada en Ciencias Políticas y un varón, Francisco, que estudia música.

Vive en Villa Mercedes, sus hermanos y sobrinos viven en Mendoza, en Villa Mercedes solo tiene al hermano de su esposa, sus padres y suegros ya han fallecido.

— Mi familia no es muy grande —dijo apurando la taza de café—. Mis hijos son solteros, aún no tengo nietos.

Leonardo se retiró en el año 2012 como brigadier, el grado más alto de la Fuerza Aérea. Cuando llegó de Malvinas estuvo seis años en Villa Reynolds, volvió a ese lugar en el año 2010, como jefe de la V Brigada Aérea. Estuvo doce años en Capital Federal y doce en Mendoza, donde fue instructor de la Escuela de Caza. Allí tuvo que instruir a alumnos en situaciones muy comprometidas. En esa época volaba tres o cuatro veces diarias, era parte de la instrucción normal de la fuerza o sea que la adrenalina la vivió por todos lados. También tiene muchas horas de vuelo con los aviones nuevos, los IA-63 Pampa.

En estos días no hay tantos aviones, vuelan los aviadores más jóvenes, que son los que tienen que volar. Él voló hasta 2005. ¡Muchos años! También voló aviones chicos. Hay muchas cosas para hacer dentro de la Fuerza Aérea, que no sea exactamente volar, hay otras responsabilidades, otros cargos.

María Luz tenía unos terrenos en Villa Mercedes y se establecieron allí. A pesar de estar retirado, Leonardo hoy no se queda quieto, es el jefe de una delegación del Instituto de Ayuda Financiera, una caja específica de las Fuerzas Armadas. En lugar de que tengan que ir a Buenos Aires a realizar trámites, los realizan en su oficina.

También tiene un emprendimiento agropecuario. Su día lo divide en dos actividades completamente diferentes, la oficina y el campo. Con María Luz están bastante atareados.

No siente que la guerra lo haya afectado, él no vivió el combate cuerpo a cuerpo, el hambre, el frío. Pero no le gusta mucho hablar de Malvinas. ¡No le gusta! Busca imaginar que es un recuerdo perdido y olvidado en el tiempo. Tampoco le gustan los actos, intenta hacer una vida totalmente alejada de esos



recuerdos. ¡Es muy difícil! En Villa Mercedes siempre lo llaman para estar en algún acto y eso hace que sienta que su obligación es mantener viva la memoria.

“Tengo que dar un discurso y vuelven los recuerdos, en realidad, trato de evitarlo, no sé si hago bien o mal, pero es mi manera de no dañarme”, dijo con el último sorbo de café. Aún tiene la costumbre de observar todo a su alrededor. Con una mirada inquieta parece tratar de descubrir algo fuera de orden. Su abultada cabellera con el tiempo se ha vuelto gris.

Para los que no estuvimos en Malvinas, ellos son testigos vivientes, necesitamos sus testimonios y ellos necesitan cerrar las heridas, el hecho de no querer hablar no significa olvidar, el que olvida no valora su propia historia, está destinado al fracaso, pero hombres como Leonardo no olvidan su paso por la historia.

Creemos que la mejor manera de terminar este relato es con sus mismas palabras:

“Porque siempre uno vive tragos amargos, por eso no tengo mucha disposición para contar. Alejarme de situaciones que me recuerden lo vivido es la forma en que yo lo supero. Aunque no sé si es superarlo o no poder enfrentarlo. A algunos compañeros míos les gusta, necesitan hacerlo, participan más, se encargan de estar en un lado y en otro.

Cuando se vive una vida tan extremada como la mía, tanto en la guerra como en la aviación en general, después se necesita de esa carga emocional, es como que las demás cosas no son importantes. Tengo muchísimas horas de vuelo y una vida muy agitada. Cuando yo me dije: ‘Bueno, vuelo éste y se terminó, no vuelo más’, creo que me salvé por decirlo de alguna forma. Ahora trato de no saber nada de todo ese paquete, de la adrenalina con que viví tantos años cada vez que me subía a un avión. ¡Y lo vivía todos los días! Entonces dije hasta acá llego.

Intento disfrutar la vida, como una persona absolutamente normal, sin ningún tipo de recuerdos que me atormenten. Me gustan los aviones, pero no soy fanático. Si me preguntan: ‘¿Se subiría a volar un avión?’ ¡Sí, claro que lo haría!



Trato de no pensar en la guerra, aunque todos los años hay cosas que me la recuerdan, pero ya está, ya pasó. Fue una etapa importantísima, trascendental pero ya está, quiero optar por otras cosas y estar tranquilo”.



Leonardo Carmona, segundo desde la izquierda



JUAN CARLOS CHAMBI

Una vida atravesada por la guerra

“Juan Carlos colocó al soldado Folls en una manta y lentamente partieron como en una procesión, una línea roja en la nieve quedó como signo de la brutalidad de aquel combate. ¡Nunca olvidará esa mañana!”.

Eran los primeros días de agosto de un sábado a la tarde. Juan Carlos Chambi abrió la puerta despacio, su artritis lo hacía moverse con mucha dificultad. Vivía en la calle Roca, en el departamento de Tupungato.

— También tengo diabetes— contó invitando a pasar al viajero por un pasillo que terminaba en el patio. Entraron a la cocina.

Era morocho, de ojos pequeños, bastante desmejorado en su aspecto físico. Aunque parecía tranquilo, todo indicaba en él que había sufrido mucho. Suponemos que la vida lo endureció.

— Estoy muy enfermo —decía— ya no puedo trabajar.

Conmovía su historia de vida más que su historia en Malvinas.

— Desde hace seis años —dijo con los ojos llenos de lágrimas— cargo el dolor de la muerte de Cristian Mauricio, el segundo de mis hijos, que murió de cáncer a los veintiún años.



La muerte de un hijo es lo más duro que tiene que padecer el ser humano. Seguro en el frente de batalla Juan Carlos pensaba en la sangre joven derramada, en tantos cordones separados a la fuerza del vientre materno. Esos jóvenes de la guerra murieron casi con la misma edad de Cristian. Entonces el dolor encaja, el dolor es igual, la falta es la misma en todos los padres. Nunca olvidará a su hijo. ¡Como tampoco a los soldados que murieron! Él padeció la enfermedad de su hijo sabiendo que fue acompañando cada paso hasta el fin. ¡A los padres de Malvinas se les partió el corazón cuando despidieron a los suyos! Sintieron el miedo a la ausencia definitiva. ¡Sabían que iban a una guerra y que podían no volver a verlos! ¡El dolor fue amasando en ellos un camino de tristeza! ¡Esos padres también querían acompañar y proteger a sus hijos!

Hay sensaciones muy difíciles de entender, tristezas incomparables, pero acá no hay diferencia, la muerte nos iguala a todos. Su mamá también había muerto joven.

María Angélica, su esposa, estaba sentada frente a él cebando unos mates.

— Me voy al cementerio —dijo buscando las llaves del auto y ocultando el rostro— me llevo a Pamela.

Era su hija más chica, se llevó también a sus dos nietos. Juan Carlos la miró alejarse.

— Siempre estuvo a mi lado —dijo con una sonrisa triste— en las buenas y en las malas.

Los ojos se le llenaron de lágrimas, la guerra le había dejado el hábito de emocionarse por todo. María Angélica, junto con sus ocho hijos la peleó también.

Sentía que la familia lo quería realmente. Los mellizos Lucas y Marcos andaban dando vuelta por la casa como conteniéndolo en ese momento de recuerdos tan difíciles.

Era muy medido para hablar, vivió situaciones complicadas durante la guerra.

— No sé si voy a decirle todo lo que pasé en Malvinas—dijo.

Pestañeaba como si quisiera alejar las imágenes de su cabeza.



— Vivo con la guerra metida en mis huesos —se estremeció al decirlo.

Cuando hablaba de Malvinas sus ojos se oscurecían. Contó cosas que otros no contaron, de los ingleses, sobre todo.

— No los quiero —dijo con cierto resentimiento.

Nos mostró orgulloso una bandera inglesa, se la sacó a un cadáver el día de la rendición y la ocultó para que no se la quitaran.

— Algún día la voy a llevar a un museo.

Cuando volvió de las islas pensó que iba a recibir ayuda económica, venía de una familia trabajadora pero muy modesta, la situación no cambió cuando formó su propia familia, después de un tiempo trabajando en las chacras del Regimiento 11 de Tupungato, se instaló en la finca Suarez camino al Cordón del Plata. También estuvo en Dubois, La Arboleda, El Zampal, en Luján, por todos lados anduvo buscando suerte.

Juan Carlos se sintió olvidado por la sociedad, por el estado y por la política.

— Siempre necesité ayuda económica y nunca la conseguí.

Estuvo muy solo luchando para tratar de tener algo, fue un protagonista de la historia que no pudo realizarse en la vida.

— No voy a dejarle ni siquiera una casa a mi familia —lo dijo con voz de desaliento.

— Por mi enfermedad hay días en que no puedo caminar ni manejar — sentía admiración por los otros veteranos de guerra de Tupungato— ellos me buscan, me llevan a las reuniones y a los actos.

Daba la sensación de ser una persona que dejó toda su fuerza en el campo de batalla y se resignó a su mala suerte. La esperanza con los años se había ido apagando.

Nació en el distrito La Arboleda, en una familia humilde, que trabajaba la tierra. Su padre, Jacinto, se vino de Bolivia a los 15 años y su madre, Nelly Páez, había nacido en Tupungato, y muerto muy joven.



Siempre tuvo el sueño de ser militar. En la escuela o en su casa se imaginaba vestido con la ropa de soldado.

— ¡Voy a desfilas con ellos cuando sea grande! —se repetía cada año al verlos marchar en las fiestas patrias.

En esa época una propaganda militar se escuchaba en todas las radios, invitaba y entusiasmaba a los jóvenes argentinos a inscribirse y rendir para entrar en el ejército. Cuando tuvo la edad, Juan Carlos no lo dudó, se inscribió, rindió y entró en el ejército.

Sabemos que egresó en 1979, fueron compañeros de curso con Marcial Saavedra, los dos llegaron a la escuela militar desde Tupungato, pero se conocieron en Buenos Aires, Saavedra había sido soldado, después hizo el curso de nivelación, ingresó a la escuela y estuvieron juntos en segundo año. Cuando se recibieron quedaron en la misma brigada, pero en diferentes unidades. Saavedra en el 7 y a Juan Carlos le tocó trabajar en el Regimiento de Infantería Mecanizado 3 de La Tablada.

En ese regimiento se preparaban algunos de los grupos comandos, una sección especial dentro de las brigadas. Estos soldados, cuando hay un conflicto, se juntan con otros comandos y forman una compañía. Sabemos que están muy bien instruidos, son paracaidistas, buzos tácticos, saben defensa personal. Saben instalar una emboscada, un viaje anfibio nocturno, trabajan de maneas extrema en cualquier situación. A Juan Carlos en una práctica lo seleccionaron para colaborar como enemigo de los comandos cursantes. Allí conoció a Aldo Rico, también al Sargento Cisneros, un catamarqueño comando al que le decían el "Perro". ¡Fue uno de los grandes héroes de Malvinas! Murió combatiendo en las islas.

Una mañana le llegó la orden de trasladarse a Ezeiza, su misión era preparar el vivac con todo lo necesario para recibir a los soldados de la clase 63 que se acababan de incorporar. Tenía que preparar las carpas con todo lo necesario, comedores, baños, lugares de reunión, era mucho trabajo, el jefe de ese escuadrón adelantado era el Capitán López. Juan Carlos les dijo a sus soldados que se apuraran para poder irse unos días de franco. Eran días donde él también disfrutaba porque ellos lo invitaban a sus casas. Habían hecho un buen equipo



y siempre salían juntos. Él sabía que en situaciones difíciles esos muchachos se jugarían por él. Cuando volvía, traía algo de comer a los soldados que se quedaban de guardia. Después de cumplir con la tarea, volvieron a la Tablada.

A los pocos días, el dos de abril, Juan Carlos con algunos de sus soldados estaba haciendo un operativo de ruta. Notaba un comportamiento extraño en las personas que viajaban hacia los distintos puntos de la ciudad. Con gestos simpáticos sacaban la mano por la ventanilla, los saludaban, les sonreían. No comprendía ese cambio tan repentino en la actitud de la gente y continuó trabajando. Todavía no era medio día cuando recibió la orden de volver al regimiento. En el camino las actitudes extrañas continuaron.

— ¡Ayer querían hacer un golpe de estado y hoy nos dan cigarrillos! —le decía a su compañero.

Un taxista comenzó a tocarles bocina y puso sobre el vidrio del parabrisas, la página de un diario que en grande decía: “2 de abril, recuperación de las Islas Malvinas”.

Viajó a Malvinas por vía aérea el 10 de abril a las 22 horas. Partió desde El Palomar amontonado como todos en el piso de un Boeing. Hicieron una escala en Río Gallegos, creemos que para reabastecerse de combustible y continuaron el viaje en el mismo avión. Llegaron a Malvinas antes de que saliera el sol, eran las nueve de la mañana, al moverse para bajar sintió el cuerpo acalambreado, se dio cuenta que llevaba muchas horas sin moverse, seguro estuvieron en tierra más de lo previsto y con los nervios no lo notó. En el avión podemos imaginar todo tipo de conductas, casi nadie durmió esa noche, la mente de los soldados vivía en un revuelo permanente desde el día en que les dijeron que iban a Malvinas, algunos conversaban, otros hablaban poco, cada uno llevaba un sueño muy parecido, conocer las islas y vivir una experiencia que nunca olvidarían. Cuando el avión aterrizó y abrieron la puerta se enfrentaron con una bocanada de aire y la lluvia helada. El silencio se rompió con el sonido de los motores, el gris del cielo se unió al gris de la pista y la estepa se perdió en la neblina.

Juan Carlos tenía el espíritu muy alto, sabía que iba a combatir, que era parte de un ejercicio y tenía claro que podía no volver. De todas maneras, la muerte



no dominó nunca su espíritu. Cuando pisó la tierra de las Islas Malvinas, tenía la sensación de que no estaba en Argentina, no se sentía en su país, pero todo su ser se estremeció de orgullo. ¿Cuál habrá sido la opinión de Juan Carlos con respecto a las islas antes de la guerra? ¿Habría imaginado que Argentina alguna vez pelearía por ellas? Él jamás había salido del continente, tampoco sabía inglés. ¡Se sentía extranjero en su patria! ¡Hasta qué se aferró a la tierra y pensó ser uno solo con ella! Desde ese día, Juan Carlos era uno con el suelo de Malvinas.

Se ubicaron frente a la playa, ya por esos días salió un comunicado informando que el lugar se llamaría Puerto Argentino y no Port Stanley. Instalaron las carpas mientras organizaban el vivac y comenzaron a preparar las posiciones, los pozos de zorro y los pozos de mortero. Algunos hicieron reconocimiento de terreno y salieron varias patrullas. Estaban atrás del pueblo, ubicados entre el barrio y el océano. Muchas unidades ya se encontraban repartidas en la isla y otras todavía no llegaban.

En 1833, año de la invasión británica, el gobernador, un teniente inglés, trasladó el caserío de la isla hacia la zona y la nombró como Port Stanley. Diez años después comenzó la construcción del asentamiento y 30 familias de un barrio londinense se establecieron allí, en una de las zonas más húmedas de la Isla Soledad. Está en el sector noreste y es el centro de numerosos caminos que unen el puerto con pequeños poblados dispersos por toda la isla. Desde 1955 tiene una escuela primaria y secundaria, varias tiendas que se abastecen de los buques mercantes y un ayuntamiento que sirve como oficina de correos. El puerto del lugar es extenso y profundo, ideal para el anclaje de los buques.

El barrio tiene una calle principal, recta, que comienza en el mar. La mirada de Juan Carlos buscaba en el horizonte el límite del camino que se perdía detrás de la cuesta de una loma. Por esa calle larga marcharon los soldados a ocupar sus puestos de combate. La misma calle, aunque con otra apariencia, los vio pasar el día de la capitulación. El humo de las chimeneas indicaba la presencia de los kelpers, Juan Carlos no los veía, pero se sentía vigilado.

Como ya dijimos, no había mucho movimiento en ese lugar, sólo dos lecheras, que a diario salían a repartir la leche entre los mismos isleños. Nunca se acercaron a ellas, pero sí se entretenían mirándolas pasar cada mañana.



También había una cordobesa que estaba casada con un inglés y vivía en el pueblo desde hacía muchos años. La cordobesa les contaba que las chicas conversaban de los soldados argentinos.

— Parecen buenas personas —decían— no como los ingleses que son tomadores y abusadores.

La tropa argentina en ese sentido nunca fue así. No entraron a robar ni a molestar a los lugareños. ¡Eso sí, algunas ovejas seguro se perdieron entre las hábiles manos de los soldados!

No podían tener contacto con los kelpers ni comprar en sus negocios, ellos disponían lo necesario para abastecerse hasta que volviera el barco inglés con más provisiones. Como los soldados tenían algo de plata, la cordobesa les hacía el favor de comprarles algunas cosas, cuando se dieron cuenta los isleños la mandaron de vuelta a Córdoba, el marido la siguió, era nacido en la isla, pero se sentía más argentino que inglés. Él sabía que para los británicos eran ciudadanos de segunda y no le gustaba.

También el Capitán López, que fue quien dirigió el entrenamiento en Ezeiza, fue a Malvinas, Juan Carlos lo había encontrado un par de veces, estaba designado como policía militar en Puerto Argentino y andaba de vigía por el pueblo.

— ¿A dónde va, Chambi? —Le preguntó una noche en que Juan Carlos quería salir a caminar un rato, quería ver si reanimaba su cuerpo duro por el frío.

— Voy a cuidar el pueblo —le dijo con un poco de picardía.

— Bueno, mire ¡cuídese!

— ¡Sí, mi capitán, no se preocupe! —se alejó con una sonrisa en los labios.

Los primeros días cuando terminaba las tareas de rutina, se quedaba un buen rato mirando el mar, buscaba algún animal marino, pero solo veía gaviotas tratando de apropiarse de algún pez. “Seguro al sur de la Georgias hay muchos animales”. Se digo para sus adentros, a pesar de la proximidad de la guerra todo estaba tranquilo. La aparente calma duró hasta el día en que los ingleses atacaron el aeropuerto. ¡Esa noche vivió la primera experiencia de un bombardeo! ¡Fue tan grande la explosión que toda la isla se estremeció!



Se hallaba a ocho kilómetros de la zona atacada y recibió la orden de no moverse del lugar. El Cabo Chamb, tuvo la sensación esa noche de que hasta su alma se había sublevado, sospechó que había cambiado para siempre. ¡Cuánto poder interno maneja una guerra! ¡Cómo irrumpe en la vida tranquila de los hombres! Comprendió que comenzaba una nueva historia en la Argentina. No hizo falta que los oficiales le informaran sobre lo que estaba pasando, sabía que debía mantenerse en su posición, estaba en un punto estratégico y se esperaba el desembarco inglés en cualquier momento. Juan Carlos tenía a su cargo un grupo, y como todos, como cualquier ser humano frente a una situación con tanta tensión, sintió miedo esa noche. Desde ese día el cañoneo de los buques no paró hasta el 14 de junio, el silencio quedó interrumpido por el sonido y el horizonte encendido por el resplandor de las bombas durante demasiados días. En medio del desconcierto, Juan Carlos inspeccionó que las armas estuvieran preparadas, todo estaba en condiciones. El enemigo estaba bombardeando el aeropuerto y buscaba un lugar para instalar la cabecera de playa. ¡Sabía que podían desembarcar en Puerto Argentino! En esa madrugada abrió fuego la artillería, los ingleses, al ver la cantidad de fuerzas argentinas desistieron. Después buscarían la Bahía San Carlos para el desembarco, una zona más débil y difícil por su topografía. Conocemos que fue un satélite yanqui el que les pasó la información a los ingleses. El lugar era perfecto, les comunicaron que era una zona muy rocosa y con muy poca tropa argentina. Altamiranda describió en otras páginas de este libro que el enemigo logró realizar su plan a mediados de mayo.

— Seguro que los ingleses pensaban que iba a ser como en la Georgias — decía Juan Carlos aquel sábado a su invitado — donde Argentina se rindió sin resistencia.

Tenía los recuerdos a flor de piel.

Los ingleses llegaron a las Georgias del Sur y se encontraron con una realidad distinta a la que esperaban. En los edificios colgaban banderas blancas, el capitán de corbeta Luis Lagos, a cargo de las islas, había decidido rendirse sin combatir. El 26 de abril de 1982 Astiz, que estaba al frente de un grupo de comandos, firmó el acta de rendición a bordo del buque británico Plymouth. En esos días, Suecia y Francia pedían la extradición del marino por la desaparición



de dos monjas francesas, Léonie Duquet y Alice Domon y de la joven sueca Dagmar Hagelin.

— Acá fue distinto —la voz de Juan Carlos quedó invadida por la satisfacción.

— ¡Acá se combatió! —decía orgulloso— Murieron ingleses y argentinos. Pensaban que la toma de Malvinas iba a ser igual, pero resulta que fue todo lo contrario. ¡Les llevó setenta y tres días llegar a Puerto Argentino!

Días después Juan Carlos salió a realizar los trabajos de rutina con su grupo. Recorrían las posiciones cuando sintió el sonido de un avión que volaba muy bajo, miró el cielo y antes de que el sargento diera la orden, vio que sus soldados ya estaban cuerpo a tierra, en posición de combate haciendo fuego reunido. ¡Fue muy rápido! ¡En segundos el avión estaba sobre él! Sentía las descargas de los fusiles lanzando su llamarada de fuego y trueno en armonía con las descargas de su propio fusil. ¡Parecían provocar al espacio buscando que las almas se agotaran! ¡Tuvo la sensación de que el cuerpo se le partía en dos! Con los años muchas veces se ha preguntado por aquel sentimiento que lo llevó a sentir ese dolor tan extraño recorriendo su cuerpo. ¡Era como que se partía con cada disparo del avión!

Ese día en el cielo se mezclaron las nubes de un atardecer prematuro con las municiones. Los colores se chocaban con las llamaradas que salían de los fusiles que subían y se encontraban de golpe con la estela dejada por los misiles aéreos. No le tiraban a su grupo. ¡Suponemos que ni los vieron! Tiraba hacia adelante, creemos que estaba combatiendo con aviones argentinos, porque lo vieron dar la vuelta sin reparar en la tropa terrestre. Fueron escasos segundos, pero bastaron para que Juan Carlos sintiera esa impresión de saberse partido en dos.

— ¡La panza del avión pasó a pocos metros de mi cabeza! —Todavía hoy no logra creerlo.

Tuvo la fantasía de imaginar que lo podía tocar. ¡Todo pasó tan rápido! ¿Habría vuelto a sentir alguna vez esa sensación en su cuerpo?

Ya casi estaba oscureciendo cuando volvió a la unidad con el grupo, las sensaciones vividas manejaban el pensamiento de los que volvían en silencio.



De lejos presintió que algo pasaba. El mar rugía con violencia y levantaba la espuma del agua que bañaba la costa. El viento le hacía doler los ojos y la neblina no lo dejaba ver con claridad lo que estaba sucediendo.

¡Esa noche encontró a uno de sus soldados estaqueado!

— Qué hace ese soldado allí? —preguntó fuerte.

Ninguno de los que estaban cerca respondió. Un silencio absoluto reinaba en el lugar, interrumpido solo por el sonido de algún cañoneo en la lejanía.

— Cañoli ¿qué te pasó? —dijo acercándose— ¿Por qué te estaquearon?

— ¡Mi cabo! el Teniente Avena me estaqueó.

Después supo que lo había estaqueado en castigo por ir al pueblo a comprar comida. Recordemos que ellos estaban detrás de las casas donde residían la mayoría de los habitantes y tenían prohibido acercarse a sus negocios.

Estaba llovisnando y sólo tenía la camisa puesta, le había sacado la chaquetilla.

— ¡Ay Dios! —Dijo— ¡Cómo te va a tener así!

Juan Carlos sabía bien que hay castigos aplicables dentro de un regimiento, en tiempos de guerra. ¡Pero eran injustos aún en una guerra! Estaba de pie frente al soldado Cañoli, temblaba de rabia, su respiración se volvía desigual por momentos, se acomodó maquinalmente la ropa y sin dejar de mirar al soldado sacó la bayoneta de su fusil. Estaba dejando el FAL en el suelo cuando llegó el Capitán Avena.

— ¡Qué va a hacer, cabo!

— ¡Voy a sacar a mi soldado! —le contestó sin mirarlo.

— ¡Usted está loco! —El teniente estaba fuera de sí— ¡Lo voy a meter preso!

— Si vuelvo con vida, mi teniente, ¡méteme preso! —Juan Carlos estaba indignado— ¡Pero acá hay que cuidar a la tropa! ¡Este soldado le puede salvar la espalda en combate! ¿Qué nos enseñaron ustedes en la escuela? ¿Quién está con la tropa? ¡Nosotros, los cuadros, los suboficiales, no ustedes!



Temblando y como pudo cortó los cordones con la bayoneta. El teniente lo había atado con los cordones de sus propios borceguíes, seguía gritando y amenazándolo, no le importó, quería que quedara bien clara su posición. Los soldados que estaban junto a él observaban en silencio, sentaron a Cañoli y le pusieron su abrigo, mientras Juan Carlos con una pastilla de alcohol y una alcuza calentaba agua en un casco. En esos momentos todos buscaron proteger al soldado. ¡Es allí donde la solidaridad y la misericordia humana muestran su rostro! Tenían una ración de comida en una caja, ¡tan pobre que la comían en minutos! ¡Esa ración tenía que durarles tres días! Venía café y leche, los soldados la cedieron para calentar el cuerpo del compañero a punto de congelación. Mientras tanto, otros buscaron unas mantas y estrujaron el agua con más dedicación que todas las noches. Se las pusieron arriba para abrigarlo.

Entre todos lo sacaron de ese momento tan terrible. Una vez, pasados los años, Juan Carlos le preguntaría cómo se sentía al recordar ese momento.

— Déjalo así, Chambi —dice siempre— no quiero tocar el tema.

Sabemos que la vida no trató muy bien la salud del ex soldado Cañoli, está en silla de ruedas y con un tratamiento muy fuerte para los dolores. Sigue siendo entusiasta como en los días de la guerra. Sabe que pronto partirá de esta tierra y está escribiendo un libro con los testimonios de todo el grupo, el contado en estas páginas por Juan Carlos forma parte de él.

La guerra continuó su camino y después del desembarco de los ingleses, su jefe de compañía recibió la orden de movilizarse a San Carlos, pero como en toda batalla donde la urgencia hace que se corrijan las instrucciones señaladas, cambiaron la orden, les dijeron que iban como apoyo del Regimiento 7. Los días pasaban y finalmente recibieron otra contraorden y toda la compañía fue al Monte Tumbledown. La sección de Juan Carlos estaba formada por dos morteros 81 y dos ametralladoras Mag 7-62, preparados para apoyar a la infantería. Cuesta recordar el día exacto por la agitación que se vivía. ¿Fue el 10 o el 11 de junio? Imaginamos la confusión de aquellos encargados de grupo, que no podían organizarse al no saber cuál era su destino.

Lo que queda en la mente son los gestos, los actos de personas nobles, que buscan el bien de aquellos seres que están rodeados de un ambiente de



combate. El gesto del que les hablamos fue el del Capitán Zunino, el jefe de compañía. Cuando llegó el momento de partir le repartió un cigarro a cada soldado y también a los cuadros. Les habló como un padre puede hablarle a su hijo en un momento tan difícil, con los ojos llenos de lágrimas le dio un abrazo a cada uno. ¡Como imaginando que alguno no volvería!

Comenzaron el avance con las primeras luces del día 12 de junio, buscando la posición del Batallón de Infantería de Marina 5, al que finalmente servirían de apoyo. Sabían que los guardias escoceses y las unidades gurkhas estaban atacando la zona, buscando que las tropas argentinas se replegaran. Llegó con sus soldados a Sapper Hill por una especie de barranco, siempre avanzando. Allí prepararon una posición. Sapper Hill es un monte de 138 metros de altura que está a 6 kilómetros de Puerto Argentino, en dirección al sur. En esa colina, aún permanece un corral construido por los gauchos que la habitaron en 1840, un ícono que marca la presencia de este país en la historia de la isla. Juan Carlos apenas si lo miró ese día, ahora piensa en la importancia de esas piedras.

Una vez preparada la posición continuaron viaje hacia el este, alejándose un poco más del mar y de Puerto Argentino, llegaron a la cresta larga y delgada del monte Tumbledown y se colocaron en la parte más alta, Juan Carlos se paró sobre el monte y contempló el terreno. ¡Era difícil caminar entre las rocas y la turba seca y helada! Los 258 metros de altura del monte, le permitían ver cómo el mar se adentraba entre las rocas formando lenguas de agua, donde las olas, como juguetes del viento estallaban furiosas. El Batallón de Infantería de Marina 5 estaba hacia abajo, en el mismo monte, a la derecha de ellos. En el atardecer tuvo la seguridad de que los ingleses atacarían. ¡No le quedaban dudas, eran superiores en cantidad de soldados! Se sabe que el que ataca, es porque sobrepasa las fuerzas del enemigo, era indudable que avanzarían al ponerse el sol, buscando que no descubrieran la dimensión del ataque. Juan Carlos no estaba equivocado ¡fue uno de los combates más intensos que hubo en Malvinas!

El día anterior los soldados del Batallón de Infantería 5 y de otras unidades que quedaron aisladas, habían descubierto un depósito de alimentos cerca de su posición. ¡Cuando se dieron cuenta que adentro había comida se abalanzaron sobre el lugar! Abrieron la puerta del cobertizo y entraron todos juntos a los



empujones. ¡Eso era un saqueo! A los codazos y a los pisotones fueron llevándose todo lo que encontraron.

— ¡Voy a ver si dejaron algo! —les dijo Juan Carlos a sus soldados—
¡Ustedes quédense acá!

Encontró un tarro de leche, unos fideos y una salsa, fue lo único que pudo sacar. Prepararon el paquete de fideos y comió con sus soldados detrás de unos riscos empinados, donde al enemigo le costaría descubrirlos. Alcanzó un poquito para cada uno, ocupados en saborear los fideos con un poco de salsa y nada de sabor, no vieron venir un proyectil naval que cayó a unos cinco metros. ¡Hizo un pozo muy grande! ¡Y ellos seguían comiendo los fideos hervidos! Largo rato quedó la polvareda flotando y la turba ardiendo, los soldados se reían.

— Si yo les cuento a mi familia, mi cabo —dijo un soldado— que estoy comiendo fideos bajo un cañoneo naval, no me lo van a creer.

Y era muy cierto, solamente aquellos que viven una experiencia fuerte, pueden descubrir que de continuo la ficción es superada por una situación donde el límite humano se roza con la muerte.

A Juan Carlos le daban todos los días una pastilla amarilla que parecían vitaminas, nunca preguntó que era. Se las pasaba al soldado Folls, el más débil de todos, cuidaba mucho a sus soldados, se sentía un poco padre y hermano de ellos.

Ese día avanzaron a primera línea sabiendo que en el frente iba a complicarse mucho más la situación. ¡Todos exhalaban coraje por cada poro de la piel! Se sentían preparados para enfrentarse con el enemigo. Estaba oscureciendo y había empezado a nevar cuando se encontraron con un grupo de la Compañía 7. Ya casi sin municiones, se venían replegando con hambre y muchos heridos. ¡Estaban peor que ellos! El espacio quedó cargado de tristeza cuando el grupo pasó a su lado.

En la semioscuridad del día que se acababa, le pareció ver a Saavedra, venía sólo, mucho más atrás que sus compañeros. ¡Le costó reconocerlo! Llevaba los ojos dirigidos a un vacío tan profundo que lo asustó. ¡Se notaba que había vivido momentos terribles!



— ¡Saavedra! —No lo escuchó. Gritó con más fuerza— ¡Saavedra!

Saavedra se dio vuelta y lo miró sin verlo, con la vista perdida, en un segundo de lucidez lo reconoció y se abrazaron emocionados. Todo fue muy rápido, Saavedra le pasó unos cargadores, pero estaban vacíos, le murmuró algo que no entendió y siguió adelante para alcanzar al grupo. Juan Carlos lo miró alejarse sin pensar que al día siguiente ellos también comenzarían el repliegue. Se habían abrazado porque ese era el saludo de los “curso”.

El sonido de los bombardeos que provenían de cualquier lugar de la isla alteraba el espacio. ¡Ya no había silencio en ninguna parte! Los soldados, escondidos detrás de algunas rocas, aguardaban en la oscuridad de la noche. Se había terminado la tarde sobre el monte cuando sintieron que el ataque se acercaba. ¡No tardó en comenzar! Juan Carlos veía el fuego salir de los morteros, las chispas encendían el aire al rozar el acero. ¡Pensó que dejaría la vida peleando! ¡Eso lo llenó de coraje!

Las bombas surcaban el espacio hasta que las perdía de vista, ellas buscaban su objetivo. El cielo, con su espeso gris oscuro apenas dejaba vislumbrar alguna estrella. Sólo se veía el fuego de las armas que atravesaba el universo y amenazaba en convertir en hielo la noche. La nieve caía con debilidad y persistencia formando un manto blanco. Finalmente, una explosión de rojos se perdía en la tierra rocosa y fría. ¡Cuántos proyectiles hallaron esa noche su lugar en los cuerpos que anhelaban la vida!

¡Demasiadas rocas en el monte! ¡Demasiada soledad hundida en las heridas de la piel y de la carne que el tiempo intenta inútilmente curar! Porque las marcas que dejan no podrán borrarse, aunque se pretenda.

Ahí estaba Juan Carlos, abriendo fuego, defendiendo el monte.

¡En pleno combate se rompió el ajuste del mortero!

— ¡Vamos a tener que hacer un trípode humano! —gritó con resolución.

Folls fue el primero en ofrecerse, se arrodilló en la tierra y le pusieron el mortero en la espalda, buscando que su cara estuviera alejada del tubo cañón. Tenía que evitar que los oídos se dañaran con la explosión, después de varios disparos lo



reemplazaron. ¡Así se fueron turnando toda la noche! ¡En la agitación de la batalla no pensaban en el peligro! ¡La oscuridad parecía no tener fin!

Juan Carlos sentía en su interior la sangre alborotada llenándolo de coraje.

El enemigo no daba descanso, estaban apoyando a una compañía, su jefe de sección envió a un mensajero para averiguar dónde estaban. ¡La compañía ya se había replegado! ¿Cuándo se habían ido? Nunca lo supieron, ellos siguieron resistiendo, la orden era no retirarse, tampoco querían hacerlo, esos soldados estaban instruidos, mal o bien, habían sido preparados para la lucha.

— ¡Fueron grandes soldados! —Se le escucha decir siempre— ¡Ellos combatieron con mucho valor!

Sabemos que cuando se está dentro de una batalla el miedo se vence. Un soldado en la lucha no está pensando que se va a enfrentar con un proyectil, una granada o una esquirra. Juan Carlos miraba el cielo y veía cómo las trazantes pasaban por arriba suyo. Nunca sintió la necesidad de acovacharse, él sólo tiraba.

— ¡Chambi, hágase cargo de la Mac que está a su derecha! —dijo a los gritos el encargado de sección— ¡Yo me hago cargo del mortero!

Faltaban una o dos horas para que aclarara. Agarró la Mag y comenzó a abrir fuego en abanico, el enemigo tenía visores y él no. Eso no fue problema porque comenzó a tirarle a las luces que salían de las explosiones y cuando alguna bengala alumbraba, les tiraba a las siluetas enemigas que se iluminaban por unos segundos.

Se iba cambiando de posición, se corría a la derecha, a la izquierda o al medio con la MAG y sus soldados. Era la única manera de que no descubrieran dónde estaba el nido de ametralladora. El Cabo Chambi puso en práctica muchas de las técnicas que estudió en tiempos de paz. Otras las aprendió en combate. Es en la acción donde el hombre experimenta lo fundamental para la existencia.

El tiempo que existe en el límite de la vida y la muerte en una batalla, tal vez dure segundos o minutos. Esa noche cuando la tormenta de bombas y estallidos parecía que no acababa nunca, Juan Carlos presintió el peligro antes de verlo. Se lanzó hacia la izquierda y cayó a tierra con la MAG aferrada a sus manos,



viendo cómo los proyectiles pasaban sobre su cabeza y se clavaban entre las rocas, muy cerca de él. Mientras caía vio un soldado que se tiraba para el lado contrario, las municiones lo alcanzaron, lo hirieron en la pierna, pero siguió combatiendo.

La noche era un espacio eterno donde el silencio y la luz parecían haberse perdido para siempre, con un rojo que también parecía eterno, el combate mostraba su cara en el cielo y en la tierra. ¡No se callaba nunca! Ya casi estaba amaneciendo cuando hirieron a otro soldado y a dos sargentos. ¡Pensó que todos iban a morir! Nunca supo quién auxilió esa noche a los heridos. Sabemos que a uno le cortaron la pierna y el otro tenía un impacto directo en la espalda y en el vientre, gracias a Dios los dos están vivos.

— ¿Qué sentiste cuando recibiste el disparo en la pierna? —le preguntó una tarde cuando estaban prisioneros en el Camberra.

— Un golpe —le contestó— después mucho dolor y ya no supe más nada.

Se hizo de día y comenzaron a quedarse sin municiones. Cuando comenzó el combate les había dicho a sus soldados que fueran intercambiando el tiempo de las trazantes, recordemos que servían para observar la trayectoria del disparo, ver si se está disparando muy abajo o muy arriba. La trazante indica la dirección y el tirador la corrige.

— ¡Soldado vamos a largar las trazantes de manera irregular! —se le ocurrió decir— una vez cuenta quince, otras tres, otras cinco.

Al desordenarlo buscaba confundir, que el enemigo no descubriera su posición.

— ¡Eso fue idea mía, no me lo había dicho mi jefe de sección, ni nadie! — ¡La voz se le llena de orgullo cuando lo cuenta!

Con las primeras luces del día sus ojos abarcaron la crudeza del combate, pudo ver con claridad a los muertos y a los heridos. ¡Con qué conocimiento hablan los que dicen que en Tumbledown se combatió como si se estuviera en el mismo infierno! Fue el peor de los lugares, la más oscura pesadilla ¡Treinta dos argentinos murieron en esa batalla!

¡Los ingleses los habían derrotado! Juan Carlos y su gente continuaban en el monte Tumbledown. El enemigo iba rodeando el cerro, estaban haciendo un



cierre a su alrededor. Cerca de las diez de la mañana comenzaron el repliegue, primero hacia Sapper Hill y luego a Puerto Argentino. Mientras se replegaban, los ingleses tiraban en la zona, los iban batiendo con la artillería de campaña, con los morteros, con la artillería naval, con los helicópteros.

Decidir la retirada no debe haber sido fácil para el jefe de sección, nadie quería irse, sabían que era cederle terreno al enemigo, pero sin municiones y con tantos heridos no podían hacer nada. Iban de retirada cuando el soldado Folls se acercó a Juan Carlos.

— ¡Mi cabo se me trabó el FAL! —le dijo preocupado.

Juan Carlos quiso destrabarlo, pero no pudo.

— Folls, terciate el FAL —le ordenó— cuando lleguemos lo llevamos a un mecánico armero.

— ¡Sí, mi cabo!

— Me adelanto al grupo porque los soldados van solos —gritó Juan Carlos con paso rápido.

Solo unos segundos después, el tiempo que una persona tarda en caminar cuatro metros, sintió un proyectil detrás y la onda expansiva lo tiró hacia adelante. En medio del humo y del fuego ve a alguien tirado cerca de él y lo primero que piensa es que la bomba cayó donde estaba Folls, pero descubre que es el encargado de sección. Hay varios heridos. ¡Los soldados gritan, lloran! Le piden que los ayude.

— Mi cabo, por mi madre. ¡Ayúdeme, mi cabo! —escuchaba gritos por todos lados.

El humo y el fuego no lo dejaban ver, estaba tan aturdido por lo que había pasado que no podía pensar. ¡No sabía qué hacer! ¡Tenía que levantarse! Estaba lleno de barro y de sangre. Palpó su cuerpo y lo sintió entero. Cerca de él vio al sargento herido, pensó en sacarlo a él y volver por los soldados. Lo dejó detrás de unas rocas, volvió, cargó un soldado herido como pudo y cuando se alejaba del lugar ¡otro proyectil! ¡Otra onda expansiva los tira a los dos hacia adelante! Mientras se van derrumbando algo cae delante de ellos, pero no quiere mirar. Pierde por unos momentos el conocimiento y cuando reacciona siente el ardor



de una quemadura en el pecho, la sensación es como de espinas pequeñas clavadas en la piel, se mira y tiene el torso rojo. Tenía la costumbre de llevar la camisa abierta, siempre tenía calor, esa madrugada con el fuego, la pólvora y las corridas casi no había sentido el frío. ¡Ni se había dado cuenta de que nevaba! Pensó que le había caído una esquirla, se imaginó lo peor. ¡Esos puntos rojos que veía le ardían muchísimo! No quería tocarse, tenía la piel caliente. Cuando se tranquilizó comprendió que solo había sido pólvora, no estaba lastimado. Se levantó agradeciendo que el soldado que llevaba en los brazos estuviera con vida, mientras veía llegar angustiada a su jefe de sección.

- ¡Chambi, Chambi! —le dice el teniente Dobredik.
- ¡Mi teniente! —dijo Chambi.
- Quedó fuera de combate un soldado de su grupo. ¡El soldado Folls!

Juan Carlos se acercó al lugar donde estalló el proyectil, miraba al soldado sin creer que lo que estaba pasando fuera realidad, al ver que estaba mutilado, se dio cuenta de que eso fue lo que había volado delante suyo y que no se atrevió a mirar. Sintió un dolor fuerte en el pecho. Se quedó de pie con la mirada clavada en Folls. ¡Estaba desgonzado! Lo que vio le desgarró el corazón. La helada matutina congeló hasta su estómago.

- ¡Atrás de él derribaron al soldado Cao también! —le dijo su jefe después que Juan Carlos se recuperó.

El soldado Cao era de su sección, pero se hallaba bajo las órdenes del sargento Vargas. ¡Sabemos que estaban retrocediendo! ¡Que ya casi no tenían municiones! ¡Sabemos que la furia enemiga no les daba tregua! Habían batallado bajo el frío de una noche interminable. Con el avance británico se recrudeció la lucha, creemos que por cada seis o siete tiros que Juan Carlos disparó esa noche, ellos le devolvían cincuenta ¡Solo unas horas combatieron! ¡Pero cuánto significado tienen esas horas en la historia de un hombre!

Casi siempre son los gestos los que hablan cuando las palabras no se puedan pronunciar.

En aquella tarde de mates y recuerdos, la conversación se detuvo y reinó el silencio. La voz de Juan Carlos tembló al recordar su desesperación esa mañana, cuando vio los cuerpos de los compañeros mutilados.



Al comenzar el repliegue, en el pueblo había combates. Los que quedaron hasta el final fueron cerca de treinta hombres, entre cuadros y soldados. Eran muy pocos y estando dispersos en el campo de batalla parecían menos aún.

No se entregaron en el monte Tumbledown, retrocedieron. No se quedaron a que ellos los tomaran prisioneros. Juan Carlos colocó al soldado Folls en una manta y lentamente partieron como en una procesión, una línea roja en la nieve quedó como signo de la brutalidad de aquel combate. ¡Nunca olvidará esa mañana! Tampoco olvidará el olor repugnante que expulsaba el cuerpo. ¡Quedó penetrado en su ropa! ¡En su nariz! Ese olor del ser humano quebrado por la brutalidad de la guerra convivió con él muchos meses. Lo dejaron en el hospital más cerca de la zona, allí estaba también la Cruz Roja Internacional, les dio los datos del soldado y siguieron. ¡Llevaban el paso más lento que el pensamiento! Juan Carlos quería dejar la mente en blanco, el silencio de la muerte le recorría el alma. Continuaron caminando hacia el puesto comando, no sabemos en qué lugar del pueblo estaba, pero podemos decir que los ingleses llegaron detrás de ellos.

Al llegar a la posición donde estuvieron desde el principio, Juan Carlos se alejó, quería estar solo. Quería volver a leer las cartas de su familia, las había dejado escondidas, quería pensar y recordar. Esa mañana lloró, lloró al inmortalizar en su memoria al soldado Folls, lloró por tantos amigos que no volverían. Lloró porque estaba vivo y entero.

Con la vista aferrada al horizonte creyó ver a Folls la noche antes de que partieran al combate, cantando y haciendo chistes. ¡Parecía que se estaba despidiendo! Hundió la mirada en esos recuerdos prometiendo no olvidarse nunca de su soldado. No supo cuánto tiempo estuvo allí, salió de ese recogimiento y al darse vuelta vio a los ingleses, estaban todos. Los vigilaban, pero todavía no les habían quitado las armas, los soldados argentinos andaban con su fusil al hombro, a la tarde los llevaron al aeropuerto, los dejaron a la intemperie, bajo la lluvia. Con pedazos de aluminio y tambores de doscientos litros armaron como pudieron unos techos para resguardarse del agua que no dejaba de caer. Cuando terminaron de preparar el lugar recibieron la orden de caminar hasta Puerto Argentino. ¡Tuvieron que volver bajo una llovizna que a ratos se convertía en escarchilla! A la mitad del trayecto les pidieron el fusil a



todos. Los ingleses a medida que tomaban el arma los cacheteaban. ¡Cómo si no fuera suficiente la humillación de tener que entregar el arma!

El pueblo estaba deshabitado, las casas silenciosas, los techos y las paredes aparecían como una obra fantasmal entre la niebla y la llovizna. En la lejanía se divisaba una columna de humo, testigo mudo de la crueldad con que aquella noche se ofendió a la humanidad y a la naturaleza. Los llevaron a un galpón donde por fin pudieron dormir, al día siguiente los trasladaron. ¡Lo que ocurrió en ese lugar Juan Carlos no lo olvidará y tampoco los soldados! Allí había queso y dulce ¡y para obtenerlo tuvieron que pelear con unos ratones enormes! ¡Sus soldados andaban a las patadas con los roedores para poder comerse un pedazo de queso! Por un momento dejaron la guerra a un costado y se burlaron de ellos mismos. Todos se reían relajados, sintiendo el consuelo de darle algo al estómago. Llevaban días sin comer.

Cuando se hizo la noche, la sombra de la guerra no se había alejado aún de esos rostros endurecidos por el dolor, el hambre y el frío. ¿Imaginarían que el fantasma de la batalla que acababan de perder los acompañaría para siempre? Al estar en un estado tan miserable el ser humano busca un poco de equilibrio para el alma. Ese fue el propósito de un soldado que sacó un grabador de una vidriera y se lo llevó al galpón, no por maldad, quería escuchar un sonido que no fuera el de las bombas. ¡No soportaba el silencio de sus compañeros! Se llevó también un casete para escuchar. ¡Acababan de perder la guerra con los ingleses y escuchaban a los Rolling Stones! Juan Carlos le consiguió unas pilas y el lugar se llenó de música. Allí estaban solo los soldados, los oficiales tenían otro lugar y también los suboficiales.

— Yo no me fui con los cuadros —recordó aquella tarde— no me separé de mis soldados.

Al sentir la música entró el sargento, que ya les había ordenado no salir del galpón, ni tomar algo de los kelpers.

— ¡Me parece que di una orden! —descargó toda su bronca contra el soldado.

— ¡Escúcheme mi sargento —Juan Carlos lo enfrentó—la radio la trajo el soldado y usted no es nadie para quitársela! ¡Y yo le conseguí las pilas!



La intención del sargento fue agarrar a Juan Carlos de la solapa, los ojos le saltaban y hasta el bigote se le sacudía sobre la boca apretada. Toda la compañía se paró. Él siguió afirmado en la pared, tranquilo.

— ¡Mi sargento, para llegar al Cabo Chambi —dijo uno que era la voz de todos— primero pase por nosotros!

Se quedó con ellos hasta que llegaron al continente. ¡Nunca se separaron! Como tampoco nunca se sacó la tira de cabo. Muchos lo hicieron al caer prisioneros, un compañero le dijo que lo hiciera, los ingleses podían tomar alguna actitud diferente con los que mandaban a los soldados.

— No —le contestó Juan Carlos— sufrí mucho para egresar, combatí con la tira de cabo y si tengo que morir voy a morir con la tira de cabo.

No sabemos cuánto tiempo los dejaron en ese galpón, imaginamos que fueron dos o tres días, una mañana los trasladaron al muelle por dentro, por el canal. ¡Los mismos soldados ingleses contra los que habían luchado los llevaban! Había bronca de los dos lados. Fueron momentos muy tensos, los hicieron subir a unos lanchones con rumbo al puerto.

Cuando el lanchón se alejó del muelle, en la mirada de Juan Carlos, quedó la imagen de ese pueblo de casas bajas donde el silencio es más fuerte que el sonido del viento. Sintió dolor al pensar que esas calles no volverían a sentir el sonido de las voces argentinas.

Subieron al Camberra y allí les hicieron sacar toda la ropa, se quedaron con la ropa interior y las medias. Así pasó Juan Carlos el banderín inglés del que ya hemos hablado, en una media, estaba nervioso y rogaba que no le pidieran que se las sacara. Ya había tenido un altercado antes de subir al barco, en un bolsillo llevaba una munición de FAL, la tenía de tapón para el colchón inflable. ¡Nunca la había usado! ¡Nunca durmió en el colchón! Cuando no estaba de guardia, estaba andando, despierto o en el pozo. En otro bolsillo traía una esquirra bastante grande que le había rebotado en el casco y la quiso llevar de recuerdo. Le quitaron las dos cosas y no con buenos modales, primero le dieron una bofetada con una mano y después con la otra. ¡La segunda fue con más ganas! Su primera reacción fue agarrarlo de la ropa y hacer que el inglés se



estremeciera y se asustara, se dio cuenta que era imposible y se quedó callado. ¡A varios les pasó lo mismo!

Pero volvamos a la historia de la bandera, no sabemos cómo se encontró con esa bandera, imaginamos que fue durante el repliegue, en esos momentos su pensamiento no era claro, esa mañana estaba muy confundido y cansado. Entre los días doce y catorce fue un constante ir y venir, de a ratos marchaba sin saber hacia dónde y por momentos corría para salvarse, en alguno de esos momentos debe haber visto al soldado inglés muerto, le sacó el banderín y siguió corriendo.

— Me la traje como trofeo de guerra —nos dijo Juan Carlos.

No solo le sacaron la ropa, también las mantas, el bolsón porta equipo y cuanto cosa les encontraron, contempló con rabia como tiraban sus pertenencias al mar.

— ¡Olvídense que somos bienvenidos como prisioneros! —les dijo por lo bajo a sus soldados

Pero fue todo lo contrario, les pusieron un soldado con una MAG en un costado del pasillo y otro cruzado, esa fue toda la vigilancia. Les dejaron la chaquetilla, el pantalón de combate y los borceguís sin cordones. Los llevaron a unos camarotes preparados para la tropa, donde tenían calefacción y les habían puesto música. La música era tranquila, ¡pero inglesa! y no querían escucharla. Se bañaban las veces que querían.

La custodia no había estado en combate, pertenecían a la corona. Algún inglés contó que no todos llegan a ser de la guardia real, ellos estaban preparados para tratar con prisioneros. Habría sido muy difícil estar custodiados por los mismos con los que se enfrentaron en combate. Podemos decir que los trataron muy bien, comieron muy bien, le daban dos cigarrillos a cada uno por día.

Estaban tan relajados que una noche después de cenar, Juan Carlos y tres de sus soldados se perdieron cuando iban al camarote, en el cruce con otros volvieron a bajar. ¡Cuando se dieron cuenta ya estaban en la cocina de nuevo!

— Mi cabo —dijo uno de los soldados— ¿Y ahora qué vamos a hacer?



— ¡Comer! ¡Vamos a comer dos veces! ¡Qué bueno! —les dijo con cierta picardía.

Y ya que estaban se sentaron y se sirvieron de nuevo.

— Quédense tranquilos —les dijo Chambi mientras comían— van a venir a buscarnos, el inglés viene enseguida a buscarnos.

Se sentaron a comer dispuestos a esperar. Todavía no terminaban cuando lo vieron llegar, Juan Carlos levantó la mano para que advirtiera su presencia. ¿Qué otra cosa podía hacer? Él les sonrió, les hizo un gesto de que comieran tranquilos y se sentó. Cuando terminaron los llevó de vuelta al camarote con una sonrisa. No los trató mal.

Pero el resentimiento de Juan Carlos hacia ellos no cambió en el barco, ni va a cambiar nunca.

— No los quiero —repitió.

Cuando llegaron al continente sintió mucha impotencia y bronca, había soldados argentinos en el puerto haciendo guardia con la Remington, un fusil de la Segunda Guerra Mundial, llegó el Camberra y atracó en Puerto Madryn con todo su poderío como diciendo: «Sos mi prisionero y yo te traigo de vuelta». Eso no le gustó, hubiera preferido que lo llevaran a la isla Ascensión y de ahí que Argentina los buscara.

De Puerto Madryn los llevaron en camión a Trelew, algunos iban fumando en el micro, era tanta la agitación que llevaban acumulada que cuando una braza salió de un cigarrillo y corrió por el camión hacia atrás, imaginaron que era un trazante y se tiraron cuerpo a tierra. ¡Todos hicieron lo mismo! ¡Quedaron amontonados contra el piso del camión! Permanecieron un buen rato en silencio. ¿Habrán presentado que esa sensación los iba a acompañar toda la vida?

Cuando llegaron a Buenos Aires sintió dolor, muchos padres estaban en el patio aguardando a sus hijos.

— A mi seguro nadie me espera — le dijo entristecido a un compañero.

Aunque tenía la ilusión de que estuviera su padre.



Era un sueño, su familia ni siquiera sabía que había vuelto. ¡Juan Carlos tenía tanta necesidad de sentirse abrazado! Le hacía falta apoyarse en el hombro de su padre y llorar, llorar hasta no poder más, pero no había nadie para contenerlo. ¡Nunca imaginó extrañar tanto a su familia!

Esa tarde el viajero fue testigo de cómo los ojos de Juan Carlos se llenaron de lágrimas, su cuerpo comenzó a sacudirse agitado por el llanto, a pesar de los años pasados, sentía aún el sufrimiento que aquellos sentimientos le habían provocado. El silencio llenó de recuerdos el comedor de la casa, mientras su hija lo miraba con ternura.

Creyó terminadas las angustias, pero de inmediato lo mandaron a notificarle a la familia del soldado Folls, que el joven había muerto en combate. El dolor fue grande, la imagen del soldado lo acompañaba siempre. Se lo ordenaron con una frialdad increíble, sin consideración por lo que había vivido.

— Ese día empecé a decidirme —dijo.

En el patio del regimiento ¡tan vacío de afectos! Experimentó de nuevo el dolor. ¡Sintió el frío! ¡El olor a carne quemada por el fuego! ¡La sangre! ¡Los cuerpos sin vida! ¡Los días enteros sin tener qué comer! Todo lo había marcado, tenía recuerdos que sabía no se borrarían jamás. El hambre y el abandono en el que se encontró en aquellas islas habían vaciado sus ilusiones. Ya no estaba seguro de querer seguir con la carrera militar.

El lector recordará que hemos dicho que uno de los días más triste de su vida fue cuando llegó de Malvinas. Cada uno de los soldados, oficiales y suboficiales se fueron a sus casas y él se quedó solo, en la inmensidad del patio de armas. ¡No había nadie!

Tenía que salir a la calle y hacer dedo. Mientras lo pensaba vio acercarse al cabo que estaba de guardia, extrañado por la desolación que lo rodeaba le preguntó:

- ¡Chambi, qué pasó! —
- Nadie me ha venido a buscar —le contestó.
- ¿Y a dónde te vas?
- A la casa de mi padrino. Tiene que haber sabido, pero no habrá podido venir.



— Vení, vamos.

El Cabo Chambi lo siguió como un niño, sin sus soldados cerca le pesaba la soledad.

— Voy a acompañar a Chambi a hacer dedo en la ruta. —Le dijo el cabo al jefe de guardia.

Agarró el FAL y paró un auto.

— ¿A dónde se dirige?

— A Ituzaingó.

— ¡Perfecto! ¡Lleve a mi compañero! Es un combatiente que recién llega de Malvinas.

— ¡Sí, que suba! —dijo el hombre.

Lo llevó hasta la calle Rivadavia, su padrino vivía cerca de la estación. Se asombraron al verlo, le dijeron que no se habían enterado de que había vuelto. Su madrina le preparó dos bifés enormes, comió tanto que al otro día tuvo que ir al médico, no daba más del dolor de estómago, cuando le contó la basura que comían en Malvinas se sorprendió.

— Mirá —le dijo el doctor— el organismo humano es igual que el de los cerdos, tu organismo se acostumbró a la suciedad y al comer comida limpia, te hizo el efecto de un purgante.

A los soldados los tuvieron cinco días en Campo de Mayo, esperando que se repusieran un poco, los alimentaban con muchos cereales, granos de toda clase. De allí se fueron a La Tablada y después de unos días pudieron retornar a sus hogares.

Enfrentar a la familia de Folls lo había marcado, a tal punto que su futuro cambió para siempre. Comenzó a pensar en dejar el ejército y volver a Tupungato. No comprendía por qué tanta frialdad. Sin poder volver a su casa, continuó varios meses en la unidad realizando las tareas de rutina, hasta que al fin le dieron licencia. Después de meses interminables volvió a Tupungato, se fue a dedo desde Buenos Aires. Lo acompañó uno de sus soldados que quería conocer Mendoza, ninguno de los dos tenía plata. A los cuadros les descontaban un fondo patriótico aun estando en Malvinas, Juan Carlos contaba con esa plata



para viajar, pero nunca se la devolvieron. ¡A dedo! ¡Cinco días tardaron! Con su compañero se turnaban en la noche para dormir, media noche cada uno ¡Siempre haciendo guardia! ¡Como buen soldado! Trataban de buscar estaciones de servicio y si no, caminaban toda la noche.

Casi no comieron esos días. ¡Ya estaban acostumbrados! De los sesenta y cuatro días que estuvo en la isla, si comieron diez, es mucho, por eso no se hacían problemas. A veces llegaban a una parrilla y si había un sobrante de algo lo comían y si no había nada, seguían de largo. Viajaron en un camión recolector de residuos, otro trecho en una carretela con un señor que vendía melones y sandías. No tenían idea por dónde estaban, pero ellos viajaban, la cosa era acortar camino. Después paró una camioneta doble cabina, eran petroleros y los llevó varios kilómetros. Cuando se bajaron caminaron un buen trecho hasta que encontraron un camión particular.

— Sí, muchachos —dijo el camionero cuando le preguntaron si los llevaba— los llevo, pero eso sí, van a tener que ir cebando mate.

Juan Carlos puso al soldado a cebar mate, le contaron que venían de Malvinas, el camionero les preguntaba de todo. En esos momentos con la memoria fresca el hombre debe haber traspasado los límites de la imaginación y sentir hasta el aire helado de Malvinas. Charlando y tomando mate llegaron casi sin darse cuenta a San Martín, desde donde el protagonista de esta historia y su amigo siguieron caminando.

Nadie que los viera en la calle podría haberse imaginado que esos dos muchachos cansados, sucios y despeinados, que llegaron con todo el calor de la siesta mendocina venían de la guerra. Pero seguro podrían darse cuenta del aire de libertad que respiraban los dos. Sabemos que después de caminar un rato por la ruta en San Martín los recogió un señor que iba a la feria de Guaymallen y los dejó en la terminal, pero como no tenían plata siguieron caminando hasta Las Heras, a la casa de unos parientes. Allí se encontró con un tío que vivía en Tupungato, en el Cordón del Plata, había ido a Mendoza a comprarse una camioneta para llevar cuadrillas de trabajadores a las fincas.

— No vive más en Dubois. —dijo el tío cuando le preguntó por su padre.



Ahí le contó que se había cambiado al Cordón del Plata, Juan Carlos no conocía dónde vivían. Su madre Nelly había fallecido cuando él tenía veinte años, ella alcanzó a verlo recibido, había estado dos años como aspirante y tres como cabo. La Tablada fue su primer y único destino. Nelly murió antes de que se fuera a Malvinas.

— Viven por la misma calle donde yo vivo, un poco más adentro. —Su tío seguía hablando y Juan Carlos tenía la mente llena de imágenes— Esperáme que yo más tarde me voy.

Se fue en la camioneta con su tío. Era diciembre, ya habían pasado varios meses de Malvinas, su familia sabía que vivía, pero al no tener noticias, su padre pensó que estaba muerto. Le llegó el comentario de que Juan Carlos había caído en Malvinas y como pasaban los meses y él no llegaba, terminó por convencerse de que era verdad. En ese tiempo nunca se comunicó, dio por seguro que su padre sabía que se encontraba bien. No tenían teléfono y cartas ya había escrito muchas en Malvinas. ¡Demasiadas! Estaba convencido de que no las había recibido. Después supo que solo dos cartas llegaron a destino. Él recibió varias de su padre, esa mañana del 14 de junio eran sus cartas las que estaba leyendo antes de que los tomaran prisioneros. Casi todas quedaron para siempre en el hielo malvinense, las palabras se fueron perdiendo entre las rocas duras y filosas de las islas hasta desaparecer definitivamente y quedar solo en la memoria, que nunca olvida las cosas que estremecen el alma.

Los pocos recuerdos que le quedaban están bien guardados, se los dio a su papá y ahora que él no está, los custodia su hermana. Son algunas cartas y los escapularios y rosarios que recibieron en el regimiento, los había traído el papa en su visita a la Argentina.

Llegaron cerca de las doce de la noche, golpeó bien fuerte la puerta, como estaba acostumbrado.

- ¡Quién es! —preguntó don Jacinto, su papá.
- ¡Ejército! ¡Abra! —le dijo bien fuerte.

Un hombre asustado, pálido, bajito de pelo muy negro y ojos oscuros abrió la puerta. Jacinto llevaba marcado en la piel el trabajo duro del campo.



Su familia, después de la alegría del encuentro, de saber que estaba vivo y entero, no quiso saber demasiado de todo lo vivido. Con el tiempo tampoco hablaron con su padre mucho sobre la guerra, quizás por respeto o por pudor no le preguntaban, esperando que la herida se cerrara.

— ¡Mi abuelo también fue combatiente, vengo de herencia! —Juan Carlos siente en su sangre la lucha de su abuelo boliviano.

Él había sido soldado en la Guerra del Pacífico, también llamada Guerra del Salitre. El conflicto que enfrentó a Chile con Bolivia y Perú comenzó en 1879 y duró cuatro años. Fue en el desierto de Atacama y ninguno de los países estaba preparado para la guerra, ni financiera ni militar. Finalmente, Chile tomó posesión de una importante extensión territorial donde se encontraban las oficinas salitreras y Bolivia reconoció la soberanía chilena sobre el territorio de Antofagasta.

Los excesos que ocurrieron en ambos bandos y las atrocidades cometidas hacen recordar que toda guerra es cruel, inhumana.

La guerra había convertido a su abuelo en una persona muy callada, Jacinto le decía que le contaba muy pocas cosas de aquella época. Con los años su carácter fue cambiado, se quedaba horas con la mirada perdida, la mente se le iba.

¡A todos los que vivieron una guerra les pasa lo mismo! A veces alguien le habla a Juan Carlos y él está tan poseído por los recuerdos que mira a su alrededor sin comprender y otra vez termina reviviendo momentos que no se borrarán jamás. ¡Se ve llegando a Puerto Argentino! ¡Cada paso dado en Malvinas resuena en su cabeza! ¡Cada proyectil caído lo revive con la misma intensidad del pasado! ¡Se estremece pensando en el soldado Folls! ¡Todo vuelve a su mente! Con la mirada extraviada se pierde en un mundo de infinitos tormentos y sabe que no saldrá nunca de ese laberinto. Ahora comprende que a su abuelo le pasaba algo muy parecido.

Su padre esa noche fue al gallinero, buscó el pavo más grande, lo carneó y lo prepararon entre todos al horno. Juan Carlos, mientras esperaban que el pavo se cocinara, les contaba cosas a sus hermanos, ellos lo escuchaban casi creyendo que era imposible vivir tanto en menos de dos meses. Jacinto



observaba en silencio. ¡Qué pensaría ese hombre tan reservado! Cuando la comida estuvo lista se sentaron a la mesa. Ya había amanecido. Respiró profundo la paz del hogar y el cariño de la familia.

Estuvo dos años más en el ejército y pidió la baja. Se volvió a Tupungato a trabajar la tierra con su padre, era más feliz así. La ilusión de un futuro distinto, de una vida mejor, quedó frustrada después de Malvinas. En el silencio de su dormitorio muchas veces se despertaba agitado y con miedo. “¿Cómo pude vivir eso? ¿Cómo pude salir?”. Se encontraba sentado en la cama y temblando siempre con las mismas preguntas. ¡Era una pesadilla sin final! Después reconocía que era como nacer de nuevo haber estado bajo un fuego enemigo tan implacable y poder contarlo.

Pasó mucho tiempo y Juan Carlos seguía teniendo esa sensación de estar en Malvinas, las bombas antigranizo para él eran los morteros, era la artillería de campaña. Sufría en las fiestas de fin de año, los petardos lo ponían muy nervioso.

— Eso me hace recordar el último asalto a Puerto Argentino —decía siempre— los combates no terminaban nunca. Los disparos eran continuos hasta que fueron cada vez más intensos, las bombas antigranizo son iguales.

Tupungato tiene una magia en los atardeceres que no se ve en todos lados. Desde el campo mirando el horizonte, puede el hombre quedar aturdido por tanta belleza. En el verano, durante las tormentas, los destellos amarillos y rojizos de los relámpagos encienden el fondo de los cerros. Pero el retumbar de los truenos le recordaba, a este excombatiente, el cañoneo naval que venía avanzando. ¡La presencia de las almas que volvieron y de las que se quedaron allá para siempre le estremecía la mente! Era complicado cuando tenía que ir a largar el agua para regar el tomate a las cuatro de la mañana, cualquier sonido, una luz que de pronto brillara en el cielo más que una estrella lo ponía en guardia, agarraba la sapa como si tuviera el FAL y se tiraba cuerpo a tierra bajo una trinchera de álamos. Con los sentidos vigilantes hurgaba el horizonte, olfateaba la tierra hasta darse cuenta de que no estaba en Malvinas, que solo iba a poner en funcionamiento el pozo para el riego. ¡El instinto es así! Muchas veces el raciocinio del hombre desaparece y él sólo actúa.



Un sábado a la mañana iba con su hermano por un callejón de la finca de Romero organizando lo que harían ese fin de semana. De repente, el aire se llenó de un sonido muy familiar para él y casi al mismo tiempo vieron pasar dos aviones en vuelo rasante. Fue automático, se tiró cuerpo a tierra mientras su hermano no paraba de reírse.

- ¿Qué te pasa? —le dijo— ¿Por qué te tirás así?
- Estoy con esto de Malvinas. No se me va.

El hermano lo miró con tristeza, a veces se olvidaba todo lo que había vivido Juan Carlos, pensaba que si no le preguntaba sería más fácil, pero estas situaciones lo preocupaban.

Juan Carlos nunca sintió que había hecho algo malo como para tener algún trastorno ¡Pero era tan difícil ordenar el pasado con un presente de paz y trabajo! Él pretendía integrarse al mundo. ¿Puede la naturaleza de un hombre cambiar tanto por situaciones vividas en tan poco tiempo? ¿Puede la mente cerrarse de tal manera que no lo deje respirar con libertad? ¡Cuántas preguntas tendría Juan Carlos en su interior! Es probable que ni él supiera que estaban allí. Había demasiada inocencia aún en ese joven que solo quería vivir tranquilo y trabajar con su familia.

Pensaba con mucha frecuencia en los soldados que estuvieron a su cargo, en especial en Folls. Como relámpagos cruzando el horizonte de una noche negra, veía una imagen que atravesaba su alma, esto le hacía pensar que podría haber hecho algo por él. Sabía que debía cuidarlo como un padre o un hermano, en la teoría siempre le enseñó su jefe que la decisión de cada cuadro trataba de la vida o la muerte de los soldados, así lo vivió en Malvinas. ¡Pero no le alcanzó para salvarle la vida al soldado Folls! Si aquella mañana se quedaba con él, hubiese muerto con él, pero la bomba tenía otro receptor.

En esa época, con 24 años, sentía que se había convertido en un hombre con demasiado peso en su mente. Todavía no conocía a su esposa, la conoció al año siguiente y a los veintiséis se casó. Se fueron a vivir un tiempo al lado del RIM 11, en una casa que le prestó un compadre, él por ese entonces hacía las chacras en el regimiento. ¡De alguna manera quedó relacionado por un tiempo al mundo militar! No era fácil alejarse de órdenes, ejercicios y tantas otras cosas.



Cuando escuchó los disparos esa madrugada, se sentó en la cama. Sentía que le faltaba el aire, el sudor caía por sus mejillas como lágrimas, tenía el cuerpo empapado. Se tiró de la cama buscando el FAL.

— ¡Juan Carlos! ¿Te caíste? ¿Qué te pasó? —su mujer no entendía que hacía en cuatro patas en el piso.

— Sí —le digo con vergüenza— me caí.

Pasó mucho tiempo antes de que le contara la verdad a María Angélica.

Se levantó, buscó un vaso de agua y se volvió a acostar. Pero en el sueño siguió buscando su fusil.

No sabía que en el regimiento estaban haciendo cursos de tiradores especiales.

¡Han pasado tantas noches y todavía suele despertarse con la sensación de que ha perdido su fusil!

El día en que llegó a Tupungato se había imaginado que la gente lo iba a estar esperando. ¡Fue ignorado igual que los pocos tupungatinos que combatieron! Parecía que nadie sabía que habían vuelto de la guerra. Al principio le dolía, después se acostumbró a ser un desconocido.

Le gusta con su familia ir al Manzano Histórico, en Tunuyán. Hay lugares que le recuerdan el paisaje de Malvinas, allí respira hondo el aire de esos cerros fortaleciendo el espíritu y dice: “¡Esto me hace imaginar aquello!”. La memoria en lugar de iniciar la bajada cada día sube un escalón más. ¡Y eso que pasaron casi treinta y seis años! La vida cambia a los hombres, los va modelando de acuerdo con cómo manejan su libertad. Pero cuando hay una guerra, cuando hay heridos, cuerpos caídos, cuando el olor a pólvora se mezcla hasta en las porciones de comida, cuando el olor a muerte no respeta ni el cansancio y las explosiones no dan tregua, al final el soldado se rinde esperando la muerte. Allí se produce el cambio más profundo que puede tener el hombre. No solo le pasa a Juan Carlos, muchos de sus compañeros cuentan lo mismo.

Antes se alteraba mucho y la contención de la familia lo ayudó. ¡Cuántos no han tenido la contención familiar! ¡Se habrían evitado tantos suicidios si las familias y el estado los hubiera apoyado!



A veces piensa en el amor de María Angélica y sobre todo en el equilibrio que siempre tuvo. ¡Debe amarlo mucho para sostener ese edificio de imágenes y sonidos que no se separa nunca de él! ¡Y tenerle mucha paciencia! Ella lo acompañó siempre, ahora que está enfermo se encarga de todo.

— Yo me he dejado estar mucho —reconoce Juan Carlos.

María Angélica volvió del cementerio y se sentó junto a su marido y el visitante, los nietos daban vuelta por la casa corriendo y jugando.

— Tengo tres en total el que falta es de mi hijo fallecido —dijo con tristeza— La madre estaba embarazada cuando murió Cristian. Yo sé que es mi nieto, pero ella no nos deja verlo. Quisiera hacerle un ADN y salir de la duda. ¡Pero sería jugar con los sentimientos!

Cuando su hijo se enfermó de cáncer comprendió que había sufrimientos más difíciles de sobrellevar que el de Malvinas. El dolor del hijo lo compartió con la familia, eso lo fortaleció, pero también oscureció cada día de su vida.

Un día, desesperado por la necesidad de tener una casa, se dirigió al Municipio y se encadenó a una columna con la esperanza de obtener ayuda.

— ¡Estoy harto de que me mientan y me ilusionen con promesas que no se cumplen!

Tampoco tuvo resultado con su protesta, sólo su familia lo comprendió y acompañó.

— A nadie le importa el sufrimiento de un ex combatiente —dijo con voz vencida — a nadie le interesa todo lo que sufrí.

Malvina Soledad cebaba mate y escuchaba a su padre como si fuera la primera vez que le relataba la historia. Juan Carlos estaba convencido que para sus hijos y sus nietos era un héroe de la guerra. Ellos sabían muy bien lo que arriesga un hombre dispuesto a dar la vida por su país.

La puesta de sol de a poco había dejado caer su cortina, toda la familia estaba cerca, sus hijos Juan Carlos y Sergio entraban un ratito, lo miraban para confirmar que estuviera bien y salían, su hija María Silvia se quedó un rato detrás de él, escuchándolo y apoyando sus palabras.



Alejarse de esa casa no era alejarse de Juan Carlos y su historia, lo contado quedaría para siempre latiendo en la tarde calurosa y húmeda, el viajero se despidió sabiendo que ninguna palabra se borraría de su memoria, como no se borrará la sangre derramada en Malvinas.



Juan Carlos Chambi, sosteniendo la bandera



CARLOS ALBERTO CHANAMPA

El dolor de las heridas aún abiertas

“De a poco las bombas dejaron de caer, era el veintinueve de mayo como a las diez de la noche, Carlos parado en medio de tanta destrucción, sentía que la quietud era más cruel que el sonido de las bombas. Casi no podía escuchar, sus oídos habían quedado afectados por las estampidas de boca de los cañones”.

— ¡Doña Josefita, doña Josefita! — La voz de Carlos Chanampa se emociona al recordar a su abuela. ¡Y quién en Tupungato no conoció a doña Josefa Ayub! Era un poco la mamá y la madrina de todos en el pueblo.

— Me iba con ella al quiosco todas las mañanas — recuerda— y siempre llegaba alguien angustiado buscando su ayuda.

Carlos, como todos los años, ese verano estaba de vacaciones y con ojos de niño miraba la escena que se repetía casi a diario. ¡Quién no se acercó al quiosco de doña Josefa en esa época!

Época en que la Argentina comenzaba a vivir una larga dictadura, iniciada el 28 de junio de 1966 y que terminó con el regreso a la democracia el 11 de marzo de 1973.

Época en que Tupungato ya era un departamento que progresaba al ritmo de los inmigrantes europeos. Décadas después también llegarían trabajadores bolivianos para quedarse, entre todos fueron dibujando el paisaje cultural tupungatino.



Carlos cada año llegaba al lugar que lo vio nacer con la ilusión de repetir las experiencias de otros tiempos y de pasar los días junto a su abuela. ¡Resulta difícil imaginar ahora la plaza departamental silenciosa o la calle Belgrano con poco tráfico! Pero más difícil aún es entender la generosidad de doña Josefa, ella ayudaba a todo el que se acercaba a su quiosco. ¡Horas se pasaba aconsejando a los que tenían algún problema! Económico o sentimental, siempre encontraban su ayuda.

— ¡Tengo que levantar un cheque! —era la dificultad de muchos— ¿Me presta y mañana se lo devuelvo?

Pero ese mañana no llegaba. ¡Nunca le devolvían la plata!

— ¡Debe haber salvado las papas de varios la viejita en Tupungato! — Carlos lo decía con un orgullo difícil de narrar.

¡Y qué decir de sus famosos ungüentos!

Era tan famosa doña Josefa por su solidaridad como por sus ungüentos, Ñata, su hija, la mamá de Carlos, le ayudaba a preparar ese encerado, que era una receta de pomada árabe. La preparaba con una dedicación de boticaria y se la regalaba a todo el que la necesitaba. Aquel verano del 67 disfrutó como nunca compartiendo los días con su abuela.

— Tengo que pedirle la receta a mi mamá —decía la tarde en que el visitante le preguntó por ella.

— La sabemos hacer todos —continuó—pero mi mamá es la que aún queda conociendo bien la receta.

La persona con la que hablaba lo escuchó observando cada detalle, cada gesto.

Su mamá, Petrona Amada Ayub tiene ochenta y siete años y en Tupungato es conocida como la “Ñata”.

Carlos es capitán retirado, veterano de guerra del arma de artillería. Había nacido en Tupungato un 18 de abril de 1955, en la conocida calle Roca.

— Roca 212, en el mismo cuarto donde nació mi mamá y algunos de mis tíos. —Cuando lo cuenta parece que siente la presencia familiar en el lugar.



La calle Roca es una comunidad de buenas familias, en aquellos tiempos no solo se compartían afectos, también los frutos de la tierra. Si su mamá cosechaba los primeros porotos ya iba a su comadre Gracia a llevarle porotos, si Nicolás Guillén traía de la finca de San Martín duraznos, su madrina llegaba con los primeros duraznos para la Ñatita y los chicos. Un cruce permanente de afectos donde los niños jugaban todo el día en la vereda.

— Cuando los Reyes no llegaban para algunos, lo mismo había juguetes
—recuerda Carlos.

Un año le pasó a él y a sus hermanos. Sus amigos Quito y Roberto Morosini aparecieron muy temprano en la mañana con autitos de plástico para ellos. La mirada se le queda perdida en el callejón de los Sánchez con un reflejo de nostalgia.

Sus primeros años de estudio los había realizado en la Escuela Emilia Herrera de Toro, en el antiguo edificio de la calle Matons que fue declarado patrimonio provincial en 2017 y en estos tiempos se encuentra luchando para salvar sus instalaciones del paso del tiempo y de la mano del hombre.

Se iban caminando a la escuela, cruzaban todas las mañanas por atrás del viejo matadero, con su primo Alberto Ruggeri, Dorita Blanco, Alicia Rubiales y los hermanos Morosini. ¡Fue la parte más linda de su infancia! La época en que saltaban los alambrados y se iban a jugar al fútbol debajo de los nogales, a la siesta. Época donde los vecinos eran los tíos.

¡El vínculo fraterno de los pueblos pequeños!

Su padre Eleuterio Segundo Chanampa era un militar, muy conocido por su labor como profesor de música en el colegio Domingo Faustino Sarmiento y como integrante de la Banda Talcahuano. En esa época le salió el cambio de destino y toda la familia se fue a Entre Ríos donde se desempeñó como director de Banda.

Carlos realizó el último año de la primaria en Rosario del Tala, un lugar ubicado en el corazón de Entre Ríos. Se fue acostumbrando de a poco al paisaje y a la gente. ¡Tan diferente de los habitantes de la villa tupungatina! Volver a Tupungato en los veranos era encontrarse con los sabores y aromas que había



vivido desde que nació. Estar de vacaciones y juntarse con sus entrañables amigos lo llenaba de emoción. Se iba todas las tardes al kiosco de su abuela en la calle Matons y Belgrano, en la esquina de la plaza. Allí doña Josefa estaba en su mundo y él también. Se había ido muy chico, creemos que tenía cerca de 11 años y seguro que en sus pensamientos infantiles estaba la idea de regresar siempre. Regresar al lugar donde el verde de los árboles brillaba cada año de una manera diferente. Regresar al lugar donde el verano explotaba por todos los rincones.

La calle Roca parecía recibirlo jubilosa, esperando verlo pasar jugando con sus amigos.

La persona que lo escuchaba atenta, le preguntó por su abuelo.

— Entre las vidas más importantes de Tupungato lo voy a nombrar a mi abuelo José Ayub —dijo emocionado.

Sabemos que don José tenía su huerta impecable y que vendía almácigos a los finqueros. Siempre trabajó en su emprendimiento personal, una quinta familiar.

— ¡Fue un gran hombre!

Todos sus sentidos se trasladaron a ese lugar mágico, se reencontró con los olores y sabores de la huerta de su abuelo. Un aroma a albaca, cebolla y ajo recién cortado pasó en ese momento por la habitación.

Sus padres también dejaron una huella en la historia del lugar, junto a algunas familias realizaron los trámites para que un colegio católico se estableciera en el departamento. Y así se cumplió el sueño de este grupo de padres y vecinos que querían que hubiese educación religiosa en la villa tupungatina. El colegio Compañía de María, abrió sus puertas a la comunidad un 5 de abril de 1964, trayendo otra posibilidad de estudio para los niños y adolescentes del lugar.

Carlos no alcanzó a disfrutarlo, dos años después de su apertura se fue a vivir a Entre Ríos. Los años pasaron muy rápido y casi sin darse cuenta ingresó al colegio militar. Tupungato se convirtió en el lugar de vacaciones familiares. Con los años empezó a sentirse un poco extraño en su propia tierra, los amigos



estaban en otra cosa, algunos estudiando en la facultad o trabajando, otros ya se habían casado.

La relación con su papá conservaba toda la complicación que tienen los adolescentes con sus progenitores, tal vez agravada por ser Carlos el hijo mayor. Como muchos padres, el profesor Chanampa le exigía demasiado a su primogénito.

Cuando cursaba el cuarto año del secundario decidió irse al Colegio Militar de la Nación.

Se había dado cuenta de que debía marcharse de su casa. Tenía casi diecisiete años y no se imaginaba en la facultad, no sabía con qué medios económicos podría emprender un estudio universitario. Lo más cercano y conocido que tenía era la vida militar.

A pesar de no mantener una relación muy buena con su padre, el Suboficial Mayor Eleuterio Chanampa le dio un muy buen consejo.

— Yo no voy a intervenir en la elección de tu carrera —le dijo aquella noche, cuando Carlos expresó su decisión— pero te sugiero que no seas militar.

— Yo creo que fue el mejor consejo que me dio en la vida. —El curioso espectador lo escuchaba atento— ¡Pero no lo seguí!

En ese momento Carlos no era consciente de que se iba al ejército sin vocación, tampoco tenía claro que quería irse de su casa, no sabía en realidad por qué lo hacía. No encontró ni buscó algo que lo iluminara para decidir su futuro.

¡Entiende ahora, con sesenta y dos años, que su padre supo leer en el fondo de su corazón! ¡Ahora que tiene la experiencia que los años y las heridas le fueron dejando! Ahora que tiene hijos, que tiene una familia, ve las cosas de otra forma y trata de no reproducir modelos, sí, de perfeccionar los modelos que fue conociendo en el camino.

— ¡A pesar de eso debo tener ochenta mil errores! —decía examinando su vida— ¡Pero creo que no me va tan mal!

Cuando se fue del ejército, se fue sin haber de retiro. Era soltero, tenía treinta años y estaba muy, muy, muy mal. Pero él no se daba cuenta. Ningún veterano



de guerra piensa en dejar su trabajo sin buscar un haber de retiro, Carlos estaba mal, con la mente enferma. Tenía “Estrés post traumático de combate”, él no supo de su enfermedad hasta muchos años después, cuando empezó a tratarse psicológicamente.

— El ejército a nosotros no nos asistió —dijo cuando su espectador le preguntó— no nos puso respaldo psicológico, ahora sí estoy en tratamiento.

Al volver de Malvinas estuvo un año más con tropa y cambió de destino, se hizo experto en paracaidismo, hizo el curso deportivo y se convirtió en instructor de paracaidismo. Tenía una especialización muy fina en el tema. Le gustaba sentir la adrenalina en su sangre, la buscaba. Él ya era paracaidista en su preparación, pero le atraía la parte deportiva, los saltos con cuarenta y cinco segundos de caída libre lo llenaban de emoción, había días en que hacía ocho saltos de entre dos mil y tres mil metros de altura.

La primera vez que saltó, le sudaron las manos, sintió cómo le cambiaba la respiración y una risa nerviosa se apoderó de su cara. En esos segundos antes de lanzarse, desde la puerta del avión, miró el cielo, miró la tierra, ¡volvió a mirar el cielo y saltó! Sus primeros segundos en el aire no los recuerda, casi nadie los recuerda. En esos momentos una energía incontenible le atravesó los sentidos. Se reconoció libre, lleno de felicidad abrió los brazos y voló, el aire golpeaba su cuerpo. Un grito profundo salió de su garganta cuando el paracaídas se abrió. Se relajó y se conectó con el espacio sintiendo el vacío. Una ausencia de todo lo material lo envolvió.

Después el paisaje apareció ante sus ojos, miraba embriagado tanta belleza. ¡Igual que lo debe hacer un pájaro en pleno vuelo!

Esta experiencia prolongó su vida en el ejército. Después de Malvinas había pensado en retirarse, pero se quedó cuatro años más, hasta 1987. Cuando hablemos de su participación en combate seguro vamos a comprender su decisión.

— No entendí al ejército de pos guerra —decía aquel 13 de julio en Tupungato donde el invierno ya estaba ocupando su puesto.



Tampoco entendía al país de pos guerra. En las islas había tenido la falsa ilusión que al regresar se iba a capitalizar un poco todo lo vivido.

— Yo no soy ni peronista, ni radical. Soy argentino —decía.

Cuando Carlos tenía veinte años ocurrió el golpe de estado, el 24 de marzo de 1976. Con sus compañeros suponían que en seis meses se llamaría a elecciones. ¡Nunca imaginó lo que pasó, lo que se prolongó y cómo terminó!

Estando en Malvinas pensaba: “Vamos a volver de la guerra y se va a reflexionar sobre los extremos”. Digamos la extrema derecha y la extrema izquierda. Imaginó que todo iba a converger en un centro, que los argentinos harían otro país, un país mejor. Se desilusionó. El ejército no lo contuvo ni a él ni a nadie, los generales que había en ese momento eran más de lo mismo. No se advertían cambios de políticas ni demás. Los veteranos de guerra eran discriminados por una porción del pueblo argentino. No fue fácil conseguir trabajo o ser parte de la sociedad para ellos ¡Y más si era un oficial!

— Yo vengo de abajo —siempre le decía a la gente— vengo de paredes de adobe, de sesenta centímetros de espesor, con revoque de barro y excusado afuera. Después fui oficial del ejército y ahora soy clase media.

Sentía orgullo al contar estas cosas, siempre fue de una clase media sacrificada. ¡Luchó mucho junto a su esposa! Todavía siente bronca porque por ahí lo siguen excluyendo.

— ¡Ah! ¡Pero vos sos militar! ¡Y encima oficial! —le saben decir entre otras cosas.

Le duele ser discriminado, en Malvinas él era muy joven. Un oficial en los comienzos de su carrera no tiene voz ni voto. Cuando Carlos veía que un superior no estaba actuando bien, trataba de explicarle, pero nunca era escuchado. Conocemos que hubo oficiales que no estuvieron a la altura de las circunstancias, pero no se puede castigar a todos por igual. En el pos Malvinas sintió muy fuerte la diferencia que se empezó a generar entre oficiales y soldados.



— Bueno, júzguenlos a ellos y no a todos —se defiende siempre Carlos—
Conversen con mis soldados, a ver si nos merecemos ser todos medidos
con la misma vara.

Seguro tenía razón.

Volvamos a su decisión de querer ser oficial y no suboficial como su padre,
siempre le molestó la discriminación, tema que conocía muy bien por el trato
que vivía al ser hijo de un suboficial.

Una noche, en el verano de 1971, en Rosario del Tala, donde el calor se hacía
presente con fuerza, Carlos se cansó de ver cómo solo llenaban de agua la pileta
de los oficiales para que disfrutaran sus familias. La de los suboficiales estaba
siempre vacía, después de las doce de la noche, cuando todos dormían, se fue
arrastrando en la oscuridad y abrió la llave del agua. ¡A la mañana la pileta
estaba llena! ¡Nadie supo quién había sido!

— Fui rebelde desde pichón —decía riendo— pero no atrevido.

Situaciones como esa lo ayudaron a convencerse de que no iba a ser suboficial.

Estudió en el Colegio Militar de la Nación donde para ingresar se rinde un
examen, aprobó y entró en el año 72. Pasó cuatro años en el colegio y se recibió
de subteniente de artillería, el primer grado de oficial. Fue destinado a Córdoba.

Antes de que se recibiera a su padre lo trasladaron a Corrientes y la madre y los
hermanos de Carlos se fueron a vivir de nuevo a Tupungato.

Desde que empezó su preparación soñaba con entrar en el grupo de
paracaidistas y no podía conseguirlo. Poco tiempo después lo mandaron a
Rosario del Tala, en ese tiempo estaba de novio y el papá de la chica era muy
amigo del comandante de la brigada. Conociendo sus inquietudes le pidió que
lo designara al grupo de paracaidista en Córdoba.

— Carlitos, vas destinado a los paracaidistas de Córdoba —le había dicho
una noche por teléfono— quedate tranquilo que en pocos días te sale el
pase.

¡Nunca imaginó que con esos soldados se iba a preparar para ir a Malvinas!



Carlos es fanático de los caballos desde muy chico, en el regimiento de Rosario del Tala había caballos, él jugaba al polo y estaba muy cómodo en ese lugar, sintió pena al pensar en irse, pero la ilusión de pertenecer al grupo de paracaidista lo llenaba de emoción.

En los años en que Carlos era un niño, en la calle Roca los caballos andaban sueltos por las fincas, los campos cultivados se entremezclaban con los callejones y las acequias de riego, pasando el arroyo, esta calle se une a las del centro tupungatino. Todo respiraba quietud en su etapa de inocencia. En ese lugar, hoy las viejas casonas se mezclan con casas modernas y continúan firmes mostrando su fachada al asfalto que es testigo de los avances. A sus espaldas se encuentran las fincas, allí los potreros se siguen iluminando en los atardeceres mágicos con el marco de la montaña.

¡Los caballos corrían libres en aquellos tiempos por los campos sembrados de frutales!

Una tarde con Paquito Sánchez, su amigo de toda la vida, corrieron un caballo hasta pillarlo. Se perdieron entre los manzanos y duraznos con la simpleza y la alegría de disfrutar la fuerza del viento jugando con ellos. Cuando la tarde empezó a declinar le sacaron la cuerda y lo dejaron en libertad, el caballo corrió y se perdió en el crepúsculo. Cuando llegaron a sus casas aún tenían en el cuerpo la sensación de estar galopando.

Con Paquito compartían el mismo placer de sentirse llevados por el aire sobre el lomo de estos animales. ¡Caballo que entraba a la finca lo enlazaban y sin silla ni riendas lo montaban!

Cuando finalmente en diciembre de 1981, le salió el destino a la IV Brigada de Infantería Aerotransportada, al Grupo de Artillería Pesada 4, se mudó a Córdoba. El cuartel estaba en el Km 9 del camino a la localidad La Calera.

¡Tuvo que volver a hacer el curso de paracaidismo que ya había hecho de cadete! ¡Son las cosas que uno no entiende de los militares!

— Eso se llama superposición de esfuerzo —decía en aquella charla.

Y tenía razón, cuando una persona adquiere una destreza, el cuerpo deja constancia de ello y no es necesario volver a repetirla. Esos entrenamientos son



muy agresivos, destruyen la columna, las rodillas, los tobillos. Ahora, el cuerpo de Carlos le está pasando registro de tanto esfuerzo.

— Con los años te das cuenta —decía— son cursos que, a mi criterio, tienen ciertos principios de entrenamiento ilógicos.

Carlos es alto, delgado, tiene una mirada serena a pesar de que una de las primeras cosas que contó era que sufría de “Estrés post traumático de combate”. Cuando habla se aprieta los brazos como buscando contener todo lo que le molesta y le oprime el corazón.

Llegó a Córdoba y al poco tiempo se produjo el suceso del 2 de abril. Como su brigada era paracaidista le ordenaron armar un equipo de combate de infantería para ser usado, en caso de ser necesario, con lanzamiento de paracaídas sobre las islas. Carlos tenía 27 años y su especialidad era artillería.

Cuando no conocemos de manejos o términos militares es difícil conocer la diferencia. La infantería lucha frente al enemigo con fusil y armas livianas y la artillería es la que le da apoyo de fuego con sus cañones. Él no estaba preparado para ser jefe de un equipo de infantería, pero le habían dado esa orden y tenía que cumplirla.

Había un General Comandante de Cuerpo, Guañabens Perello que lo conocía de cadete, Carlos había tenido de compañero a su hijo.

— ¿Qué hacés, Chanampa, acá, formado como infante? —le había dicho el general.

Son dos cosas muy distintas, es como poner a un nadador a tirar la bala o el disco.

— Acá estamos, mi general —dijo— me han ordenado armar un equipo de combate.

— ¿Y vos entendés de esto?

— ¡No, no entiendo nada! —sonrió al decirlo.

— Bueno, yo me voy a ocupar de que no estés acá.

¡Nos imaginamos su sorpresa! Carlos era un teniente primero. ¡Y él un general de división! Por más que era el padre de un amigo y había estado en su casa varias veces, nunca pensó que lo ayudaría.



— Vos no vas a ir así a Malvinas —agregó el general.

Siguió varios días con la preparación y se olvidó de la conversación. ¡La tarea era desgastante! Todos los días los hacían formar y los jefes pasaban revista. Miraban los fusiles, inspeccionaban a cada soldado de manera minuciosa, buscaban que el conjunto de cosas estuviera en perfectas condiciones.

— ¡Venían a fastidiarnos —recordaba Carlos— porque realmente era un fastidio!

Todavía tiene fresca la memoria cuando recuerda:

— ¡Desde el 2 de abril hasta el 29 de mayo, no creo haber dormido una noche entera!

Un día lo llamaron a la oficina de su jefe.

— Chanampa, le aviso que usted no va a Malvinas como infante. —le dijo el Teniente Coronel Quevedo.

— ¿Cómo? —dijo asombrado Chanampa.

No se acordaba de su conversación con el general.

— Tiene que preparar su batería de artillería, prepare los cañones. ¡Se va a Malvinas con sus seis cañones! Tiene que tener todo listo para el 23 de abril.

— ¿Y eso?

— El General Guañabens Perello me lo acaba de ordenar.

El día indicado tuvo lista la batería para marchar a Malvinas. La había armado con un rejunte de soldados clase sesenta y dos. A algunos les faltaban días para salir, ya tenían la baja preparada, otros estaban disfrutando haber terminado su obligación con la patria. Lograron recuperar a todos los que habían salido de baja o de franco en esos días, salieron a buscarlos a la calle, a algunos los encontraron en las terminales, a otros en sus casas. A pesar de los medios de comunicación muy limitados en esa época no fue difícil, la mayoría eran de Buenos Aires, de La Matanza.

Con la batería lista, ese cálido día otoñal, cerca de las seis de la tarde, le dijo a su jefe de unidad:



— ¡Buenas tardes, mi Teniente Coronel! ¡Ya está lista la batería para partir!

— Disculpeme —le dijo— pero ha cambiado la orden. ¡Va toda la unidad!

— Esas son las locuras que realizó el doble enemigo —Carlos decía esto convencido de los errores cometidos por los que comandaron la guerra— ¡Existió el enemigo inglés y el enemigo argentino!

La clase 62 ya había cumplido su obligación en el ejército y estaba la clase 63 recién llegada, que apenas se sabía abrochar los borceguíes. Cuando comenzó el conflicto, Carlos tenía a su cargo a dos oficiales y trece suboficiales que trabajaban con la clase nueva. Recordemos que los primeros días después del 2 de abril preparó su equipo de combate con el grupo de infantería, después le pidieron que se dedicara a preparar la batería, con la gente con la que había trabajado todo un año, su personal orgánico.

Se quería morir cuando el jefe le dijo: “¡Va todo el grupo! ¡Devuelva el equipo prestado y arme su elemento!”. Para cumplir con la fecha establecida los últimos días habían trabajado hasta de noche con los soldados y suboficiales, revisando que cada uno fuera con el equipamiento correcto, con su manta, con su bolsa de dormir. ¡Tuvo que desarmar todo! Le cambiaron los soldados que había preparado, tuvo que entregarlos a otras subunidades, retirarles el equipo, devolver todo el equipamiento que había conseguido para ellos y luego armar un rol de combate nuevo. ¡Terminó preparando toda su batería! Ochenta hombres entre oficiales y suboficiales, con soldados de la clase 62 y 63.

El grupo tenía que estar preparado y equipado para el día siguiente a las 22. Esa era la hora establecida para subir al Boeing, rumbo a Comodoro Rivadavia.

Deducimos que fue un pre Malvinas tremendo, Carlos no dormía. No podía dormir, eran exigencias tras exigencias, órdenes y más órdenes. En los principios de una guerra se tiene que vivir una economía de fuerzas, se deben distribuir las tareas de tal manera que no haya pérdida de energía, ni se gaste innecesariamente el tiempo, tan valioso en esos momentos. Carlos estaba totalmente desgastado. De los oficiales jefes de batería a cargo él era el más joven, el de menor jerarquía, entonces siempre le tocaba “bailar con la renga”.



Terminó preparando toda la unidad, llevaban también algunos vehículos que pudieron cargar al Boeing por una rampa lateral. Muchas cosas las fue aprendiendo sobre la marcha, por ejemplo, al querer subir los jeeps largos se dieron cuenta de que no entraban, no se podían maniobrar para acomodarlos adentro del avión. Tuvieron que volver al cuartel y cambiarlos por los jeeps cortos. Era todo un aprendizaje, ¡eso en la paz nunca se había practicado! Aquella fue una operación aero desembarcada, la unidad fue en el avión de carga junto con el material, llevaron tres obuses OTO Melara, tres cañones y un jeep.

Cuando llegaron a Comodoro continuó la expectativa y las indecisiones, debían esperar que aterrizaran otras unidades y una vez que estuviera el material, trasladar toda la logística a Puerto Deseado para embarcarlo en el “Córdoba”, uno de los buques destinados a transportar el material a las islas.

Después del conflicto con Chile, Carlos había sido enviado a trasladar los vehículos de su unidad desde el Puerto Santa Cruz, eso le dio cierta experiencia en envío de material por barco. Para el traslado a las islas, en Puerto Deseado solo había dos plumas. ¡No se podía esperar llevar todo junto!

Aquella mañana le habló a su jefe con el recuerdo de esa experiencia:

- Si aguardamos que llegue el conjunto de vehículos para marchar a Puerto Deseado, vamos a perder mucho tiempo, allá sólo hay dos plumas.
- Empecemos a trasladar el material mientras llegan las demás unidades
- agregó.

Su razonamiento era lógico, pero no lo escucharon, perdieron días en juntar todo lo que debían transportar y después tres más en cargar el buque.

Habían terminado de embarcar y llegó la orden de bajar todo. En esos días Gran Bretaña designaba como zona de exclusión un radio de 200 millas náuticas. Eso fue determinante en el destino del ARA General Belgrano.

Mientras a 6400 kilómetros de distancia, la flota inglesa comenzaba el viaje desde la Isla Ascensión hacia Malvinas, las autoridades militares argentinas, luego de muchos altercados, resolvieron que el Córdoba y otros buques mercantes no cruzaran a las islas. El barco permaneció fondeado en la rampa



varios días, hasta que una noche volvió el Córdoba a atracar en el muelle de Puerto Deseado, la orden era cargar nuevamente el material desembarcado.

Todo era caos y confusión, nadie tenía seguridad de lo que se haría, la fecha de zarpada quedó fijada para el veintiséis a las tres de la mañana. La partida se anuló nuevamente y se decidió el traslado por aire, en los aviones Hércules.

— ¿Vas entendiendo por qué perdimos la guerra? —miró con una expresión serena a la persona que tenía enfrente.

Tenía ojos verdes de mirada profunda, era alto, delgado, de pelo muy corto, blanco, unos cuidados bigotes enmarcaban su boca.

— El máximo fracaso —decía con voz segura— el máximo fracaso de Malvinas —repetía para que no hubiera dudas de su pensamiento— fue la logística. Creo que los generales tenían una laguna muy grande en su cerebro cuando discutían sobre logística.

La experiencia de la guerra les enseñó, a los que dirigen hoy el ejército, sobre lo que es la economía de las fuerzas. Carlos recuerda que un subteniente que estuvo bajo sus órdenes es en la actualidad el jefe de alistamiento y reconoce que tiene otra mentalidad.

Llegó a Malvinas entre los días 24 y 25 de abril, pocos antes del bombardeo al aeropuerto. Un escalón adelantado debía llegar primero para organizar el arribo del resto. Sabemos que los dos primeros hombres del grupo de Artillería 4 que pisaron Malvinas fueron el Teniente Primero Chanampa y el Subteniente Navarro.

Al anoecer se acomodó en un tinglado entre unos cajones, miró la ración fría de comida que llevaba en la mochila y comprendió que la realidad era muy distinta a los preparativos de la guerra. Comió en silencio con un nudo en el estómago. Comió viendo frente a él una montaña de bolsas de papas. Se acercó y leyó la inscripción: "Aguado hermanos; papa de Tupungato". Entre el frío y la emoción no pudo terminar de comer. La familia Giaquinta había mandado un equipo completo de papas. ¡No había qué comer y había un equipo de papas apilado en el aeropuerto! No las podían comer porque varias cocinas todavía



no llegaban. ¡Y ya estaban a fines de abril! Aquella noche la decepción le dejó una marca profunda.

Al día siguiente escuchó a un general discutiendo con el subteniente Navarro por su aspecto físico desprolijo. Llevaba una barba de cinco días.

- ¿Por qué tiene esa barba subteniente? — le pregunta el general.
- Mi general —contesta el subteniente— ¿Por qué no me pregunta si comí? Hace una semana que no duermo, que no me baño, que casi no como ¿Y usted me viene a pasar revista de barba?

Carlos veía esa situación, más las bolsas de papa apiladas en el playón del aeropuerto y no podía más que insultar. Miró sus manos de dedos cortos, más delgadas que nunca, ¡tenía las uñas largas y sucias! Él, al que siempre le gustó tener sus uñas prolijas, ahora no podía ni bañarse. Tiempo después de la guerra, su amigo Miguel Giaquinta le contaba cómo los tupungatino habían ayudado para enviar ese equipo de papas, fueron días en que se pedía la colaboración de la población y todos ayudaban.

- Quedate tranquilo que alguien las comió, porque después ya no estaban más —le había dicho— tu objetivo se cumplió gracias a Dios.

Él no las comió, pero se imagina que tienen que haber sido distribuidas a otras unidades.

A los pocos días de su llegada, fue enviado con un pelotón de reconocimiento a Puerto Howard en Gran Malvina, un lugar que se encuentra al este de la isla, en una entrada del estrecho San Carlos, en las faldas del monte María. Lo trasladaron con doce de sus soldados en helicóptero.

Al llegar a Puerto Howard Carlos observó el lugar. Casi desierto. Después supo que no había más de 15 kelpers viviendo allí. Sólo se escuchaba el rugido del mar interrumpido por el sonido de los mil soldados del Regimiento de Infantería 5, de Corrientes, que se estaban instalando. Preparaban sus armas y los pozos para la defensa.

El lugar es conocido no solo por la cría de ovejas sino por sus pingüinos y colonias de cormoranes, unos pájaros muy similares a los pingüinos, también por la pesca en los ríos Warrah y Chartres.



Parece ser que, en la planificación de la guerra, el general Galtieri había puesto la mano sobre el mapa de las islas y había dicho que la Gran Malvina, era un muy buen lugar para poner tropa. ¡Lo dijo sin conocer el lugar! Entonces enviaron un regimiento y a ese regimiento había que mandarle apoyo de fuego, decidieron que los cañones iban a ser los del Grupo 4 de Artillería, Carlos debía ver el terreno y estudiar las posiciones donde colocaría a su grupo de artilleros. Embarcó cerca de las diez de la mañana, con los doce hombres que le habían asignado para la tarea. El resto de su gente quedó a la espera de realizar el movimiento de los cañones, la munición y los equipos. La misión era ver las características del terreno para llevar luego a sus hombres. Finalmente fue imposible trasladarlos, la presión enemiga era mucha sobre la flota argentina. Eran los últimos días de abril y los barcos ingleses ya estaban allí.

El regimiento correntino, al que su unidad debía darle apoyo, había bautizado a Puerto Howard como Puerto Yapeyú. Fueron días muy difíciles, el frío se hizo sentir a toda hora.

— Tengo que ver —pensaba Carlos— los cañones van a estar en estas posiciones y si el enemigo nos ubica, nos va a empezar a combatir.

Debía estudiar muy bien el lugar para saber cómo realizar los movimientos.

Terminada su tarea de reconocimiento le llegó la orden de volver a Puerto Argentino.

Embarcó con su gente en el Monsunen, un buque de treinta metros de largo, que pertenecía al gobierno colonial británico, a la Falkland Islands Company. Había sido capturado el día del desembarco argentino en las islas y puesto bajo el mando del teniente de navío Jorge Gopceovich Canevari.

Mientras se preparaba con el grupo para regresar, a varios kilómetros de distancia, sus soldados despertaron el primero de mayo, con el horror de la guerra en los ojos. ¡Sus compañeros se salvaron porque el destino no era morir aquella madrugada! El jeep que le había sido asignado a Carlos fue alcanzado por una bomba, no sirvió más.



En la Gran Malvina debían esperar un tiempo favorable para navegar, cuando en el horizonte se divisó la silueta de los cerros y en la lejanía del mar ya se distinguía la Isla Soledad, comenzaron a organizar el regreso.

Estaba amaneciendo, Carlos y su gente subieron a bordo del Monsunen. Sabía que llegarían a Puerto Argentino después de un largo recorrido. El buque tenía la misión de llevar munición y contenedores de JP1, el combustible para aviones, a Darwin. Después tomaría la ruta del puerto.

Cuando todo quedó preparado el Monsunen apuntó su proa hacia el sur con un mar calmo. ¡Ese barco era una bomba navegando sobre el océano! El horizonte se divisaba apenas bajo un velo espeso de niebla, la primera misión era encontrarse con el Río Carcarañá, un buque de carga de ciento sesenta metros de largo, con capacidad para diez mil toneladas. El Carcarañá transportaba víveres, pertrechos y materiales. Era de una empresa mercante estatal argentina y había sido movilizado para realizar tareas de abastecimiento.

Llevaban varias horas de navegación cuando se encontraron con el buque, estaba anclado en el estrecho de San Carlos esperándolos, después de varias maniobras colocaron al Monsunen a la par para usarlo como puerto. Del otro lado estaba el Isla de los Estados, un barco de unos ochenta metros de longitud, incorporado hacía dos años a la Armada Argentina. Realizaba su tarea desde antes del conflicto bélico, transportaba víveres, combustible y medicinas para los malvinenses. También ovejas desde las islas al continente

Al día siguiente comenzaron a trasladar del Río Carcarañá cañones que pertenecían al Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 101 y otras mercaderías. Realizaban estas tareas con mucha precaución, el ataque enemigo era continuo, además las tormentas no dejaban de enfurecer al mar con su violencia. ¡De noche trasladaron al Monsunen los ocho cañones y los dieciséis mil proyectiles! El viento soplaba con fuerza, el aire helado penetraba por todos los poros de la piel, Carlos sentía que se le congelaba hasta el tubo digestivo.

Los ataques aéreos y terrestres no paraban, las tormentas tampoco. Con vientos muy fuertes, que hacían bambolear los barcos y causaban el mismo peligro que la guerra, terminaron los trasbordos. Decidieron partir cada uno a su destino en cuanto el temporal quietara.



Cuando supo que el Isla de los Estados iría a Puerto Argentino por el estrecho San Carlos hacia el norte, pensó que debía cambiar de buque. Como ya hemos dicho, el Monsumen daría toda la vuelta por el sur para llegar a Darwin y después los llevaría a su destino. Respiró profundo observando apenas a lo lejos la silueta de la Isla Soledad, estaba convencido de que era una buena idea. Hablaría con el capitán. Había comenzado a atardecer y partirían a la madrugada.

La voz de un marinero del Carcarañá lo sacó de sus pensamientos.

— ¡Mi teniente —escuchó que le gritaba desde el otro barco—crúcese con su gente!

Era la hora de la merienda y los invitaron con café con leche y masas. ¡En los barcos se come muy bien! Tenían mucha hambre, esos días en Puerto Howard, el Regimiento 5 no había sido muy solidario con el tema de la comida. ¡Prácticamente tenían que robarles para poder comer algo! En aquellos días Carlos le había ordenado a un soldado:

— Tenés que robarte todos los días un jarro de leche en polvo.

— Mirá —le había dicho— si te pescan ¡Tengo que sancionarte! — Si te encuentran voy a hacer un teatro. ¡Ustedes me siguen el juego! —dijo mirando al grupo— ¡Los estoy mandando a robar!

Era un acuerdo entre los doce.

Tomó esa decisión porque apenas llegó pidió que le dieran un jarro de leche por día y se lo negaron.

No tardaron demasiado en descubrir al soldado, hizo lo pactado y se mostró muy enojado con él.

Con ese alimento, a las seis de la tarde realizaban un momento de encuentro y oración, allí se juntaban los protestantes, los judíos, los católicos. No tenían azúcar. Solo un cilindro de veinte litros donde colocaban la leche robada y un poco de agua que conseguían por ahí. El judío decía sus oraciones y sus intenciones, el protestante también y después juntos rezaban el rosario.

— Porque en la guerra todos creemos en algo—se lo escuchó decir aquella tarde.



Y es verdad, en la guerra todos se transforman en creyentes, hasta el más ateo empieza a creer en algo. Así siguieron realizando la tarea de robar un jarro de leche. Todos los días se arriesgaba alguno y si lo descubrían actuaban de la misma manera.

¡Cuando subieron al Carcarañá tenían una hambruna! No sólo era hambre en estado de desnutrición, también era una necesidad psicológica, primero por el frío y segundo la tensión. Los ingleses bombardeaban desde los barcos a toda hora, saber que podían morir les generaba una gran ansiedad.

Comieron con la desesperación de encontrar algo caliente y distinto.

— ¡No coman tanto que ya viene la cena! —les dijo un suboficial riéndose.

También compartieron la cena con los tripulantes y los pasajeros del Isla de los Estados. Esa cena fue algo que nunca olvidará, comieron jamón con ananá y pollo al champiñón, rieron, hablaron de todo. Por unas horas Carlos imaginó vivir fuera del temor de la guerra.

Los pasajeros del Isla de los Estados, al igual que Carlos y su grupo, eran soldados en tránsito con una misión. Ellos iban con un proyecto de experimentación, una cohetera de artillería con muchos cohetes, capaz de batir una hectárea de terreno. El plan era poder contrarrestar los ataques navales de la artillería inglesa, el alcance que tenían les daba la posibilidad de que los barcos enemigos no se acercaran tanto.

— ¿Usted cuándo llega a Puerto Argentino? —le preguntó al capitán.

— Llego mañana a la mañana—le contestó.

— ¡Ah, qué bueno! —dijo mirando al capitán del Monsunen— ¿Nosotros cuándo llegamos?

— No, tenemos por lo menos dos días más de navegación. —dijo el Teniente de Navío Jorge Gopceovich Canevari.

— ¿Tiene lugar para nosotros? —le consultó Carlos al capitán del Isla de los Estados.

— Sí —le contestó— si quieren se pueden cambiar.

Habían comido en exceso y llegaba el momento en que los tres barcos debían separarse.



— Mirá: hay una tormenta muy grande —le dijo el teniente Canevari.

Habían salido a cubierta, una tormenta se anunciaba cargada de viento y con nubes espesas de agua. El mar estaba muy complicado, pero debían salir de ese lugar.

— Si vos te querés ir en el Isla de los Estados—opinó Canevari— va a ser muy difícil ir a buscar las cosas.

Las olas movían al barco con furia, el cielo en el horizonte de a ratos se iluminaba. ¡Había empezado a llover! Carlos tuvo que sostenerse con fuerza para que el viento no lo tirara. En la oscuridad de la noche tenían que atravesar la escalerilla de sogas que unía a los dos barcos y volver con sus pertenencias. Desde la altura miró al Monsunen. ¡Se veía muy pequeño! La escalera descendía casi en vertical.

Lo pensó mejor, el agua helada le empapó la cara. ¿Conocía Carlos el peligro que era cruzar con los bultos y las armas de cada uno? ¡Seguro que sí! Las olas rugían y golpeaban con fuerza sobre los cascos de los barcos, las maderas se estremecían en cada choque y parecía que se iban a desarmar.

— No, no, no. —dijo Carlos al teniente— No nos arriesgaremos, bajamos y nos vamos en el Monsunen.

— ¿Querés que esperemos un poco más a ver si para la tormenta? —dijo Canevari.

— ¡No! ¡Mis soldados son paracaidistas, no tienen vértigo! —Sintió orgullo de su gente.

La tropa paracaidista tiene una ventaja, tiene un plus al tener la capacidad de poder saltar al vacío. Eso genera un espíritu en el cuerpo muy importante.

En Malvinas ninguno de los integrantes de su grupo se lanzó en paracaídas, todas las operaciones fueron aereo desembarcada.

— Muchachos —les dijo a sus soldados— ¡A bajar! ¡Traten de embocar en la plataforma y si se caen, que sea para adentro del barco!

Su voz se perdió en el estruendo de una ola que arremetió con fuerza contra el casco del Monsunen.



La escalera de sogas y madera que unía los dos barcos tenía más o menos diez metros. Cuando bajaron descartó definitivamente la idea del cambio. Tomaron la ruta del sur por el estrecho y el Isla de los Estados partió hacia el norte. Carlos lo miró alejarse sintiendo las horas que perdería por no haber podido hacer el trasbordo de las cosas.

Al poco rato de navegar el capitán le dice:

- Voy a fondear. ¡Mirá las alertas! ¡Tengo alertas de enemigos!

Había un islote cerca y ancló allí. Entre la isla y el islote.

- ¿Vos dónde vas a quedarte?- le preguntó el capitán.
- Y... —le dijo Carlos— no tengo dónde quedarme.
- Bueno quedáte acá en el puente. ¡Pero no me vas a atender la radio!

En cuanto pulsara para atender, los detectaría el enemigo.

- No. No. Quedate tranquilo.

Apagaron los motores para que el radar enemigo no los localizara. Carlos se quedó allí, no veía nada a su alrededor, solo sentía las olas rugiendo, por momentos el cielo se encendía de tormentas. La angustia de saber que el enemigo podía estar más cerca de lo que imaginaba hacía que sus piernas y su cuerpo temblaran en medio de la solitaria y oscura noche. Finalmente lo venció el cansancio y empezó a adormilarse en un sillón que había en el lugar.

Lo volvió a la realidad una voz que gritaba.

- ¡No tiren! ¡No tiren! ¡No tiren! —decía alguien en la radio.

Salió corriendo a despertar al capitán.

- No podemos hacer nada en este momento —le dijo él.

Era la radio del Isla de los Estados, los ingleses habían localizado el buque y a pesar de pertenecer a la marina mercante, lo atacaron. Era la noche del diez de mayo, cerca de la hora veintidós. La fragata pirata HMS Alacrity hizo varios impactos en el barco que inmediatamente se prendió fuego y comenzó a hundirse a estribor, al mismo tiempo que explotaban los tanques de combustible. Se hundió en menos de diez minutos con toda la tripulación.



Quedaron solo tres sobrevivientes. Todos los demás murieron. ¡Todos los hombres con lo que Carlos había estado cenando unas horas antes en el Río Carcarañá!

Dos días después recién pudieron comenzar la búsqueda, la tormenta era muy fuerte, por momentos las olas pasaban por arriba de la embarcación, la tapaban. ¡Nadie podía navegar en esas condiciones!

Mientras tanto, los tres náufragos estaban en los botes inflables, muy cerca de la costa. No podían llegar a la orilla porque el lugar estaba lleno de algas y los trababan.

Cuando los encontraron solo había dos sobrevivientes, el capitán de marina y un marinero. El capitán civil, desesperado se había arrojado al agua, no soportaba más el frío en las piernas.

— ¡Ya no aguanto más! —les había dicho.

Estaban a veinte metros de la orilla.

— ¡Voy a ver si llego!

— ¡No, no! —le dijo el marinero— ¡Quedate! ¡Aguantá!

— ¡No, no! ¡Voy a ver si llego!

No alcanzaron a detenerlo. El marinero contó que dio tres brazadas y murió de un paro cardíaco.

Como la tormenta no paraba, el capitán del Monsunen decidió ir a Bahía Fox en Gran Malvina, para esperar que se calmara la furia del cielo y del mar.

— ¿Quieren bañarse? —les preguntó apenas llegaron un teniente.

— ¡Sí! ¡Qué bueno! —dijo Carlos.

Ese día se sacó el calzoncillo largo con todos los pelos y la piel pegados en la tela.

Un rato después miró agradecido por el gesto al teniente.

— Desde que salí de Córdoba que tengo este calzoncillo puesto.



Esa fue la primera vez que se bañó, se volvió a colocar el calzoncillo largo. ¡Cuarenta y cinco días lo llevó puesto! ¡Tres veces se bañó en treinta y ocho días!

Ya estaba anocheciendo y sabía por el capitán que la tormenta iba a durar mucho. ¿Habrá sido de nuevo el instinto lo que lo llevó a pedirle a su gente que no durmieran en el barco? Sabemos que algunas personas tienen una visión de lo que está por suceder más desarrollada que otras. O tal vez es el sentido común. Recordemos que el Monsunen llevaba mucha carga explosiva.

Entonces les digo:

- En las noches nos vamos a bajar y vamos a dormir en el corral de las ovejas.

Una de esas noches apareció un helicóptero enemigo con cañones de 20 milímetros y comenzó a dispararle al Monsunen, dio la vuelta decidido a disparar de nuevo, pero cuando le empezaron a tirar con la ametralladora los del Regimiento 8, se alejó. Por suerte ningún proyectil cayó sobre el barco. ¡A un barril que le pegara y explotaba todo! Carlos sentía que otra vez se habían salvado porque Dios los protegía.

Los corrales de las ovejas son los galpones que utilizan los kelpers para esquilas. Tienen un piso con rejilla donde la bosta de la oveja cae. Juntan la manada, la meten allí, la esquilan, las tienen un par de días bajo techo y después las largan. Esos corrales los usaron en las islas los soldados argentinos para dormir o guardar material.

Estuvieron varios días hasta que el mar se calmó. ¡Al fin lograron ver el sol! El barco recogió sus anclas y partió hacia Darwin.

Cuando llegaron a Pradera de Ganso se acercaron a saludarlo Gómez Centurión y el teniente Estévez, Carlos tenía más jerarquía que ellos. También se encontró con el padre César, un sacerdote que había conocido en el conflicto con Chile. Era la noche del diecisiete de mayo. ¿Por qué tiene tan presente la fecha? Al día siguiente su hermano cumplía años y Carlos sentía que nunca volvería a abrazarlo.



Pasó toda esa noche conversando con el sacerdote y con el Sargento de infantería García que también era paracaidista.

— ¡Eh, mi Teniente Primero, yo estuve en Córdoba con usted! —le había dicho el sargento.

¿Qué sentirá Carlos cuando cuenta esas anécdotas de los amigos con los que se encontró en la guerra? En esos momentos, el hombre profesa afecto por los demás de manera urgente, está más sensible y siente la necesidad de compartir lo que le ocurre. Poco después, el veintisiete de mayo, Estévez y García murieron en la misma batalla en la que combatió Carlos.

Ya había amanecido cuando alguien se acercó y le dijo:

— Hay un helicóptero preparado para llevarlos a Puerto Argentino.

Apenas bajó del Chinook se presentó a su jefe.

— Hágase cargo de nuevo de su batería —le había dicho— pero antes vaya a bañarse. ¡Tiene premio!

Le mostró donde. Era una casa que tenía bañadera. Carlos la llenó y se metió en el agua caliente sintiendo que no había nada en la vida que lo hiciera más feliz. Después se fue al correo a mandarle un telegrama a su hermano. Caminó por Puerto Argentino disfrutando de la simpleza del lugar, el día en que llegó a las islas se fue tan rápido a Puerto Howard, que no alcanzó a conocer el pueblo. Se paró frente a un negocio.

— — ¡Huy! —pensó Carlos— ¡Me voy a comprar un licor!

Él no es muy bebedor, pero en ese momento quiso comprarse una botella de Johnny Walker. Cuando estaba por comprarla se acercó un soldado de la policía militar y le dijo:

— Mi teniente primero, no puede comprar nada acá por orden del comandante.

— ¡Pero si no me dan ni una hojita de afeitar! —le dijo— ¿Por qué no puedo comprar?

Carlos no sabía de la prohibición que había.



— ¡No, no, no! ¡Si no, lo voy a tener que detener! —sostuvo el soldado.

Carlos se alejó del local y el soldado se fue. En eso pasaba Nicolás Kasanzew, el único periodista argentino que cubrió la guerra hasta el final.

— Nicolás, hacéme la gamba. ¡Comprame una botella de whisky!

A Kasanzew no podían decirle nada porque era un civil. El periodista le compró la botella y se la dio. Nunca más lo vio hasta hace unos meses que lo encontró en un acto y le pudo agradecer.

— ¡No sabés lo que disfrutamos ese whisky!

Carlos tenía dos subtenientes a cargo, Zanela y Navarro. Todas las noches, antes de intentar dormir un rato le daban un besito a la botella. ¡Creemos que les duró hasta llegar a Pradera de Ganso! ¿Al permitirse esa licencia, buscaban pensar en otra cosa y olvidarse de la situación? ¿Querían por unos momentos imaginar que la historia no perturbaría sus vidas? Siempre la bebida disfraza las emociones.

Volvamos al día en que regresó a Puerto Argentino y se reencontró con su batería, recordemos que tenía ochenta hombres a su cargo y seis cañones. Cuando llegó a la posición se encontró con un desastre. Los suboficiales se quejaban de los oficiales, los oficiales mostraban su descontento por las condiciones en que estaban y muchas más cosas. Los encontró con la moral muy baja. Ellos no querían estar allí, el arma de artillería nunca puede ser utilizada como reserva, tiene que estar siempre combatiendo, ubicada a dos o tres kilómetros del frente, según sea artillería pesada o liviana, pero enfrentando al enemigo. Su grupo estaba como reserva y muy alejado de la zona donde se preveía el combate. Además, con algunos problemas logísticos. No tenían órdenes claras.

Carlos los encontró mal, el clima estaba muy oscurecido. ¿Mientras iba en el barco habrá captado que su gente estaba pasando esta situación? Como ya hemos dicho, los problemas en el teatro de operaciones eran el frío, el hambre, la incertidumbre, el miedo, todo esto había generado asperezas y peleas entre ellos. El encargado de batería era un suboficial comando que poseía un modo



muy particular para conseguir provisiones, tenía previsto cazar corderos para comer.

Entonces lo llamó, al negro Rivas y le dijo:

— Negro, vení, acá mientras esté yo ¡no se toca una oveja siempre y cuando haya comida! El día que veas que va a faltar comida, ya me tenés marcada la majada. Lo único ¡trae carne buena! ¡No vas a traer un carnero!

Rivas lo miró con una sonrisa pícara, él también buscaba tener conformes a los soldados.

— Si la batería tiene hambre, vos vas a cazar la oveja, ¡pero yo voy a ir preso! Cuando vengan y pregunten quién dio la orden voy a decir que la orden la di yo y ustedes no la querían cumplir.

Eso había quedado claro, así como les ordenaba no tocar a las ovejas, en el momento que hiciera falta les iba a ordenar que las tomaran.

Conocemos que algunas unidades estaban mejor abastecidas que otras, la marina era quien tenía mucha comida. Ellos en esos momentos también. ¡Un día le regaló a un oficial de su grupo la caja de una camioneta completa con víveres!

Aparte de esos alimentos, tenían carne de exportación que habían trasladado del Carcarañá al Monsunen. Era carne deshuesada, peceto, tapa de asado, tapa de cuadril, nalga.

El día en que llegaron a Darwin, el capitán del Monsunen le había dicho:

— Carlos, a mí me van a hundir. ¡Yo no llego a ningún lado! Si me quedo con esto, se va a ir al fondo del mar.

Cargaron la caja en el Chinook cuando volaron a Puerto Argentino.

¡Carlos sentía que eran ricos! ¡Tenían carne, durazno al natural, polenta, tenían de todo! No fue necesario recurrir a las ovejas.

Un día en que llegó la correspondencia, Carlos empezó a hurgar las cartas y sacó una que decía Loma Negra, Amalia Lacroze de Fortabat. Venía dirigida al



soldado de Malvinas, la abrió. La mujer ofrecía ser madrina de los que recibieran sus cartas.

Carlos le contestó.

— Mire, señora —decía en su carta— soy Carlos Chanampa, estamos bien. Si me pregunta qué necesitamos, le contesto que nos hacen falta ochenta palas y ochenta pares de guantes para cavar las posiciones.

Mandó la carta, nunca llegaron pero cuando volvió de la guerra encontró en su oficina las ochenta palas y los ochenta pares de guantes. ¡Los mandó! Carlos le había dicho que los mandara al regimiento y que el Capitán González las haría llegar. Después los acontecimientos hicieron que fuera imposible enviarlas.

Su unidad tuvo tres soldados muertos, Eduardo Antonio Vallejos, Néstor Osvaldo Pizarro y Jorge Eduardo Romero. A Pizarro lo hicieron ir en reemplazo de Esteban, un soldado de la Batería Comando del grupo de Artillería Transportados 4 que debía estar de guardia y estaba aterrado, con un ataque de pánico. Esa noche al soldado Pizarro lo batió la artillería inglesa y murió.

Esteban hace unos años fue el guionista de la película “Iluminados por el fuego”.

El grupo se había ubicado en Monte Wolf, el veinticinco de mayo a la madrugada le avisaron que se presentara en Puerto Argentino. Ese día le ordenaron que bajara los obuses del monte y también a su gente, un helicóptero Chinook los llevaría a Darwin.

— ¿Hay una orden de operaciones? —había preguntado Carlos.

Amanecía en la isla. Era la operación 506, la orden era atacar a los ingleses que habían hecho cabeza de playa en San Carlos y le marcaban tres montes donde debía hacer sus fuegos. Tenía que llevar cuatro cañones.

— Bueno —les dijo— pero tengo dos. Hay dos más, se salvaron del hundimiento del guardacostas Río Iguazú.

— ¿Cómo se salvaron esos cañones? —preguntó su jefe.

— Los buceó Gómez Centurión, le fue pasando las piezas a Navarro que lo esperaba en un bote.



Esos cañones se desarmaron, se compartimentaron y se puede llevar hasta en once mulas. Carlos lo sabía porque en una oportunidad los lanzó por la rampa de un Hércules y él saltó detrás. No en la guerra, en la paz como ejercitación. Son elementos muy versátiles.

El subteniente Gómez Centurión era comando, tenía un traje de neopreno, se introdujo en la bodega del barco y los sacó. El buque fue abandonado en las cercanías de la costa del istmo de Darwin.

Estas cosas se las había contado el subteniente la noche en que Carlos llegó a Darwin en el Monsunen.

Sabemos que lo esperaba en el bote, es uno de los que dirige el ejército en el momento en que escribimos este libro, el General Navarro. Ellos rescataron los cañones, los recogió un helicóptero y llevaron las piezas a Darwin.

Volvamos al momento en que el General Parada mandó a Carlos ir a Darwin con su batería. Debía efectuar fuego de hostigamiento y apoyo con sus cañones en un ataque ordenado a la Compañía A de Mercedes.

¿Carlos sabría que, habiendo dos puntos fuertes, los ingleses iban a optar por tomar primero el más débil? Ese lugar era Darwin y el mejor armado, el objetivo principal, Puerto Argentino.

— ¡Bárbaro! —dijo con un poco de incredulidad — ¡Tenemos cuatro obuses!

No había cuatro, porque uno tenía una pieza rota.

— ¿Cómo vamos a remolcar los obuses? —preguntó.

— Allá le van a proveer —le respondió.

— ¿Allá me van a proveer? —hizo la pregunta con la misma respuesta que le dieron. —Yo vengo de Darwin, el 18 de mayo estuve allí. ¡Tienen un jeep Land Rover que de casualidad tira una cocina!

— Los de la Fuerza Aérea tienen dos tractores requisados —le respondió.

— Supongamos que me los presten —continuó diciendo— ¿Con qué llevo la munición? ¿Y los soldados en la marcha?

— No sé, pibe —dijo con mucho sarcasmo— usted sabe andar muy bien a caballo. ¡Consiga caballos y tírelos!



— ¡Pero para eso —le contestó— tengo que tener caballos mansos o mulas adiestradas!

— ¡Bueno, haga lo que pueda! ¡Usted va al muere, pibe!

¡Ese era uno de los jefes del Estado Mayor, el General Parada!

— ¡Al muere vamos todos, estamos en guerra! —Carlos se paró y salió del lugar fuera de sí.

Alcanzó a embarcar los dos cañones en el Chinook al mediodía del veinticinco.

— Hacéme la gamba, cargame el jeep —le pidió al piloto— ¡No hay camiones allá!

— No, no puedo —dijo— tengo que sacar la ametralladora de la rampa. ¡Con qué me defiendo!

— Dale —insistió— después la volvés a poner. Allá tenés la defensa aérea, podés trabajar tranquilo.

Había muy buena defensa aérea en Darwin. Lo convenció, sacaron la ametralladora mientras otros le bajaban el toldo al jeep. Un Mercedes Benz 230 que tenía dos mil kilómetros. ¡Eran un espectáculo! Le desarmaron la capota y lo subieron al helicóptero. Cuando terminaron de aferrarlo vieron tres Sea Harrier a tres mil metros.

— ¡Despegamos urgente! —dijo el piloto.

Se fueron con los dos cañones, el jeep y la mitad de la gente. Cuando estaban despegando llegó corriendo la otra parte del grupo que había ido a buscar los víveres. Después los mandaron en otro helicóptero con el repuesto del cañón que estaba roto.

Iban volando a ras del piso para que los Harrier no los descubrieran. ¡En esos momentos la mente se vacía de pensamientos! Carlos solo quería llegar y ver con qué panorama se encontraba. ¡Estaba muy lejos de pensar en lo que sucedería si el avión los veía!

Al llegar a Darwin, fue de inmediato a hablar con el jefe de la fuerza de tarea.

— ¡Mi teniente coronel suspenda esto! ¡Háblele al general, dígame que es incumplible!



Carlos sabía que no podía ir con cuatro cañones y sin vehículos.

El teniente coronel no entendía lo que pasaba.

- Deme los vehículos—le dijo Carlos— deme los tres remolques que me faltan.
- No, no tengo vehículos —dijo el Teniente Coronel Piaggi—. Llévese el jeep de la cocina.

- No puedo llevarme ese jeep.
- ¿Por qué?
- Porque ya lo vi, agarra una subida y se viene con la cocina para atrás, cuando le ponga el cañón que es más pesado, no va a subir.

Carlos tenía que avanzar desde la punta del istmo al norte, rumbo a San Carlos, tenía que hacer una marcha de varios kilómetros y para eso necesitaba a su gente con fusiles y vehículos. ¡Tenía que remontar cuatro cañones y un carro de municiones! ¡Sólo tenía un jeep! ¿Le diría alguna voz interior cómo salir de esa situación o la bronca acumulada por tanto fracaso logístico no lo dejaba pensar?

Vio un acoplado y lo cargaron con las municiones mientras mandaba al Subteniente Jorge Gustavo Zanela a negociar con la Fuerza Aérea, le prestaron un tractor.

En su mente seguían claras las palabras del General Parada “¡Vaya con los cuatro cañones que allá le van a proveer de cuatro camiones!”.

¡El general sabía que no había nada! Enganchó un cañón con el jeep y en el acoplado metió a los soldados y las municiones. ¡En lugar de llevar cuatro cañones llevaron uno solo!

Antes de partir fue de nuevo a hablar con el jefe.

- Yo soy su asesor de artillería —le había dicho a Piaggi— ¡Usted es el jefe de fuerzas de tarea y necesita que yo le dé mi asesoramiento! ¡Hable con el general y dígame que suspenda esto! ¡Que es una locura!
- ¿Por qué? —le dice Piaggi.



— Yo creo que nos van a atacar muy pronto. ¡Mire los ataques aéreos que estamos teniendo! Ya se huele.

El coronel lo miró sin la menor intención de hacer lo que le decía.

— En primer lugar, deme los fusiles que le quitó a los soldados que iban en el Río Iguazú —Carlos estaba rojo de furia.

— ¡No le doy fusiles! ¡Tiene los cañones para defenderse! Le voy a dar una sección para que les de seguridad durante la marcha.

— ¡Gran problema! —contestó— Vamos a aglomerar tropa, tienen que usar un vehículo. ¡No sé con qué vehículo van a ir!

— No sé. ¡Pero no le doy más fusiles! —fue muy claro al repetirlo.

El día que llegaron le habían dicho:

— Los soldados de artillería no necesitan fusiles, porque no van a combatir en directo.

— ¡No, no! —había sostenido Carlos— la artillería en el desplazamiento es muy vulnerable, si nos atacan no tenemos cómo defendernos.

De todas maneras, no le dieron más armas. Sólo una parte de sus soldados llevaban el arma al hombro.

Intentó realizar un plan de apoyo de fuego, pero no lo dejaron.

— El fracaso se produjo por no cumplir con la doctrina y no respetar el asesoramiento de los especialistas y hacer caso omiso de la inteligencia de combate —contó Carlos mientras lo escuchaban con atención aquella tarde de dolorosos relatos.

Muchas armas no tenían el mantenimiento que correspondía, la diferencia era que las armas inglesas tenían la corredera de acero inoxidable y la de los soldados argentinos no. Como llovía permanente el que estaba todo el día secando el fusil no tenía problemas, pero al que no era tan cuidadoso y lo dejaba mojado, se le trababa.

La mejor cubierta que tiene un combatiente es el propio fuego, Carlos sabía que mientras pudieran tirar con los cañones, el enemigo no se acercaría.

Era el día veintisiete a la tarde y fue nuevamente a hablar con Piaggi.



- ¡Mi teniente coronel! —le dijo— Paremos con esto porque a usted dentro de un rato lo van a atacar.
- ¿Y usted cómo sabe?
- Muy sencillo, el teniente y el grupo que me ha dado para que me cubra durante la marcha, ya son prisioneros.
- ¿Cómo sabe? —Repitió.
- Porque el jefe de la compañía que tienen en la parte norte del istmo, me ha dicho que perdió contacto con Morales y que una patrulla los ha visto prisioneros.

Tampoco lo escucharon. No comprendía qué factor negativo tenían. ¡No se adecuaban a la situación! Carlos sospechaba que era por respeto al comandante, el General Paredes. ¡El respeto muchas veces se transforma en sumisión! Lo peor que puede haber en la guerra, es que una persona con responsabilidad de mando sea dócil a su superior.

Los ingleses ya se encontraban muy cerca. Carlos a las nueve de la noche estaba con el cañón preparado.

- Vos sabés —le dice el Teniente Primero Manresa— que una patrulla que mandé ha visto movimiento de tropas inglesas.

Carlos agarró la carta midió las distancias y sacó la dirección.

- Voy a hacer unas ráfagas —le dijo.

Hizo ráfagas a ciegas, totalmente fuera de lógica. A los años en un libro inglés se escribió que cuando estaban en la posición de partida para el ataque, recibieron fuego de artillería argentina.

Después avanzó hacia el norte según lo ordenado, la madrugada los encontró en medio del campo, tuvo que retroceder con los obuses y todo el material para no tropezarse con el enemigo en ese lugar, allí no tenían donde refugiarse. Volvieron a Pradera de Ganso, al istmo de Darwin, que divide el norte y el sur de la isla.

La orden era replegarse para entrar a otra posición, donde debía hacer el apoyo de fuego para que los ingleses no avanzaran. Aún no terminaban de establecerse en sus posiciones cuando los ingleses comenzaron a atacarlos. ¡El



día se estaba anunciando y la oscuridad del lugar a esa hora, se encendió de luz!
¡Los ingleses habían iluminado el campo de combate con bengalas!

“A ver ¿Cómo les tiro?” pensaba Carlos. Debía fijar líneas de límite con el campo principal de combate para no disparar a la propia tropa.

¡El encuentro se hizo cada vez más intenso!

¡Carlos veía el proyectil desde que salía de la ametralladora enemiga hasta que pasaba a su lado!

En un momento fuerte del combate, en ese interminable 28 de mayo, el teniente Estévez lo llamó por radio.

- ¡Estoy atrapado por el enemigo! ¡Tengo al enemigo acá!
- ¡Necesito que me des la ubicación! —le dijo Carlos.

Supuso que el enemigo tenía un observador adelantado y eso no estaba previsto. Tampoco le habían permitido mandar un observador, ¡en plena batalla era imposible! Estévez solo tenía que darle las coordenadas y Carlos tiraba.

- Me tenés que hacer de observador adelantado —le dijo a Estévez.
- ¿Y cómo hacemos?
- Sencillo, buscá la posición del enemigo. Tomame un punto de referencia del terreno y marcámelo.

Carlos ubicaba así en una carta topográfica al enemigo.

- Bueno, ahora decime dónde estás vos.

Y Estévez le marcaba el lugar.

- Decime a qué distancia tuya está el enemigo.

Determinaba la dirección y habría el fuego. Así fue durante horas de combate. ¡Hasta que mataron a Estévez! Dicen que herido en un brazo y una pierna continuó pasándole información hasta que un franco tirador, lo mató de un tiro en la cabeza. Dicen que lo mataron porque le estaba dirigiendo el tiro a Carlos y el enemigo no podía avanzar por el fuego de los cañones argentinos.

Cuando Estévez dejó de pasarle información, Carlos imaginó que lo habían matado. No dijo nada. Del otro lado continuó haciendo la tarea un suboficial y



luego no sabe quién lo reemplazó cuando el suboficial también fue abatido por el fuego inglés.

— La semana pasada me enteré de que me pidieron fuego sobre ellos mismos —relató Carlos con lágrimas en los ojos aquella tarde a su visitante— ¡Estaban atrapados! ¡No se podían mover! ¡Me pidieron fuego para confundir al enemigo y poder replegarse!

Se lo contó hace poco un soldado del regimiento 25 a Cano, uno de sus hombres. ¿Carlos tendría una idea clara de lo que había sucedido ese día? Creemos que no. ¡Cómo se podría haber imaginado que ordenó fuego a la propia tropa!

Combatieron todo el día. Como a las doce de la noche, en pleno ataque inglés, fue al puesto de comando. ¡El jefe de fuerzas de tareas y todo el estado mayor estaban durmiendo! Fuera de sí dijo de todo.

¡Mientras ellos descansaban, tuvieron que combatir durante horas con los ingleses que les tiraban con ametralladoras y munición trazante!

En el cuello del istmo había una escuela, estaban a ciento cincuenta metros, les llegó una información de inteligencia de combate, que había ingleses adentro, ¡seguro querían ver dónde estaban los obuses para destruirlos con sus morteros! Carlos con puntería directa hizo tres disparos sobre la escuela y después los cañones de defensa anti aérea, que tienen una munición incendiaria y explosiva, le tiraron de tierra a tierra. La escuela se prendió fuego y los ingleses se tuvieron que replegar.

¡Fueron treinta y seis horas de combate ininterrumpido! ¡No durmieron ni comieron! ¡Ni siquiera tomaron agua! Carlos estaba bien preparado, tenía buen estado físico, corría todos los días cerca de seis kilómetros, hacía gimnasia. ¡Tenía veintisiete años! Los soldados nuevos, de la clase sesenta y tres poseían buen estado físico, habían comenzado con el curso de paracaidismo poco antes de la guerra y los de la clase sesenta y dos también estaban bien instruidos. En el ardor del combate ninguno dio muestras de cansancio o de hambre.

La noche fue interminable. Era la víspera del Día del Ejército. A las seis y media de la mañana, el soldado Ledesma, de la sección de Estévez, estaba detrás de



una lomita, el frío le había endurecido los dedos. Estaba firme sosteniendo la ametralladora, casi todos se habían replegado y se quedó para hacerle frente a un grupito que avanzaba ocultándose en la oscuridad. A su alrededor ya no quedaba ni siquiera el rastro del pasto incendiado en las primeras horas del combate. ¡Tanto fuego que vomitaron las armas en esas horas!

El grupo estaba a veinte metros de distancia, Ledesma vio venir a un inglés en su dirección y disparó una ráfaga, el hombre dio una vuelta en el aire y cayó boca arriba. ¡Ledesma no sabía que había matado al Teniente Coronel Jones! El jefe de los paracaidistas del regimiento inglés. Minutos después las tropas argentinas se rindieron. Fue la misma noche en que la guerra terminó con la vida del teniente Estévez. ¡Mucha gente murió esa noche!

Ese amanecer estuvo teñido de escarlata. En el cielo, por las bombas y los iluminantes. En la tierra por los incendios y la sangre. ¡Demasiados muertos y heridos! ¡Demasiado dolor! El campo quedó regado por los desechos de la guerra. Por donde miraba había destrucción.

Cuando lo llamaron para preguntarle cuántas municiones le quedaban, Carlos sintió que todo terminaba.

— ¡Me quedan tres o cuatro tiros! ¡No me queda munición!

Pensó en el teniente Estévez y tantos otros que dieron su vida por la patria y sintió bronca. Sintió que las dos secciones del Regimiento 25 que lucharon sin descanso no merecían la rendición. Una estaba bajo las órdenes de Estévez. El teniente era un soldado de fe profunda, dejó testimonio de ella en una carta a su padre. Para Carlos fue un ejemplo de persona, un hombre que podría estar a la altura de los grandes próceres de la patria.

Gómez Centurión fue otro hombre de gran entrega y valor. En plena batalla, vio al cocinero de su unidad muy mal herido. ¡Era imposible llegar hasta él!

— ¡Estamos aferrados —le gritó— si no saco la sección nos van a matar a todos! ¡Hacéte el muerto que a la noche te vengo a buscar!

¡Y a la noche lo fue a buscar!

De a poco el fuego enemigo dejó de caer, era el veintinueve de mayo como a las diez de la noche, Carlos, parado en medio de tanta destrucción, sentía que



la quietud era más cruel que el sonido de las bombas. Casi no podía escuchar, sus oídos habían quedado afectados por las estampidas de boca de los cañones. ¡Tardó varios días en recuperar en parte la audición! Nunca la recuperó por completo.

El combate había llegado a su fin. Al otro día sería la rendición. Después fueron a rezarle a los muertos y allí supo que también habían matado al Sargento García, lo habían ametrallado, se dio cuenta que era él por la insignia.

Sintió a alguien a su lado, era el negro Rivas, el suboficial encargado de la batería, el responsable del abastecimiento, el encargado de la moral, el reemplazo del que está herido. El negro Rivas era la madre de los soldados. El jefe de batería es el padre y el encargado la madre, en la guerra y en la paz también.

- Carlitos, vamos a cenar. ¿Tenés combustible en el jeep?
- Sí —le dijo.
- Vamos al jeep.

Caminaba al lado de Rivas como borracho, con la mente en blanco. ¿Tendría la capacidad en ese momento para comprender todo lo que había ocurrido? ¿Se daría cuenta de cómo afectaría en su vida el recuerdo de esas treinta y ocho horas?

El jeep estaba un poco alejado, cerca de un corral de ovejas, le costó llegar, Carlos no sentía el cuerpo de la cintura para abajo. ¡Estaba empapado! ¡Tampoco eso notó durante el combate! La parte de arriba estaba protegida por el duvet, era israelí, de muy buena calidad, los zapatos también eran buenos, pero se encontraban sobrepasados. ¡El agua había resbalado durante horas por el pantalón y penetrado a sus pies!

Encendió el motor del jeep, prendió la calefacción y se quitó los borceguíes, no había reparado en que Rivas no estaba. Cerró los ojos, pero las imágenes vividas no lo dejaron dormir, al rato apareció el negro Rivas, él era tropa especial, era comando. ¡Había realizado un golpe comando al supermercado de los kelpers! Comieron una oblea, chocolate y unas masitas. ¡Les dio de comer después del combate! ¡Les trajo a todos! Esa noche Carlos se quedó en el jeep y los soldados se metieron en el corral.



Muy temprano habían llegado unos kelpers a pedirle la llave del jeep. Sintió mucha bronca.

— Bueno —le dijo— búsqüenla allí.

La enterró con un tiro de ametralladora. De todas formas, no iba a andar. Con una maza sus soldados destruyeron los obuses y el jeep. Tiraron los fusiles y las pistolas desarmadas al mar, y se quedaron ahí, en silencio, con la mirada perdida en una mezcla de imágenes. ¡Seguro cada uno las vivía de manera diferente!

Llegaron los ingleses y empezaron a armar logísticamente a los prisioneros hasta que los metieron a todos en el galpón y les dieron comida. Carlos se armó una cama con cajones de municiones, se sacó la ropa y se quedó con el calzoncillo largo. Se metió a la bolsa de dormir. No podemos saber cuánto durmió, sabemos que cuando se relajó durmió horas y horas. El sonido de una bomba lo despertó, sobresaltado por el estruendo, pensó que era la aviación argentina que estaba bombardeando al enemigo. Se levantó aturdido, le dolía el cuerpo, salió del galpón y vio que los ingleses estaban haciendo manipular munición a sus soldados. ¡Había explotado una mina y había muerto un soldado!

Fue con mucha bronca a hablar con el jefe de la fuerza de tarea, el militar que realizaba el vínculo con los ingleses.

— ¡Los soldados de mi batería han combatido bastante como para arriesgar que ahora se muera alguno! ¡No tiene más soldados!

Les ordenó a sus soldados que estaban colaborando que se replegaran.

Después del combate de Pradera de Ganso, un cura español que estaba con ellos hizo una misa en el galpón donde quedaron prisioneros. Era peticito. ¡Muy bravo el cura!

— Bueno, en este momento —dijo— vamos a celebrar la Santa Misa para rezar por nuestros hermanos que han perdido la vida y para agradecer por los que estamos vivos. Yo absuelvo a todos aquellos que estén en pecado y voy a suministrar la eucaristía a todos los soldados sin excepción. Lo único que pido es que no venga ningún cobarde a comulgar, porque no



quiero ponerlo en evidencia frente al resto. ¡Y yo sé muy bien quiénes son los cobardes!

Fue muy fuerte, muy muy fuerte, porque hubo hechos cobardes.

Después de varias horas los ingleses los cargaron en el único Chinook que les quedaba, los otros los había derribado la Fuerza Aérea Argentina.

Era el treinta de mayo cuando bajaron del helicóptero en el puerto, empezaron a ubicarlos en un buque de bandera inglesa. Se suponía que los repatriaban a todos, pero a Carlos lo apartaron junto a otros prisioneros. ¡Su batería llegó al continente antes de la caída de Puerto Argentino! Fue trasladada vía Uruguay.

Desde el 30 de mayo hasta el 14 de junio, Carlos y el grupo de prisioneros navegaban en un ferry durante el día y en la noche quedaban fondeados en el estrecho San Carlos. Podían salir del camarote, estar en el comedor, bañarse todos los días. ¡Pero el calzoncillo largo de Carlos seguía vigente! Recuperó peso y su semblante cambió.

De su grupo estaban los subtenientes Zanela y Navarro, el negro Moreno y el negro Rivas. Los demás eran pilotos de Pucará y comandos de marina. Uno de ellos, el Sargento Potosniak, hizo una excelente caricatura del grupo de los doce. Los días pasaban y sabían que la batalla continuaba, pero ellos no podían hacer nada.

Eran tropas especiales y por ese motivo los habían dejado prisioneros. Estaba la posibilidad de que fueran trasladados a la isla de Ascensión, el rumor era que los utilizarían como guías de las tropas paracaidistas, en caso de ser necesario. ¡No dejaban ningún ángulo sin cubrir!

Cuando cayó Puerto Argentino, los reunieron con los demás.

Acá sería importante preguntarnos cómo vivió Carlos esa experiencia. Porque en el barco no hubo problemas, pero sabemos que en el campo de prisioneros vivió y vio situaciones que no le gustaron. Momentos donde sintió vergüenza de ser parte de una sociedad donde tantas veces se habla de la injusticia, del hambre, de la existencia de tantos pobres y no sabe cómo solucionarla. Allí Carlos comprendió que la culpa de lo que ocurre en la sociedad, es el resultado



de algunos individuos que toman ventajas sobre los demás. Eso también ocurría en aquellos días, en que la guerra todavía manchaba de rojo el paisaje.

En el sector donde lo llevaron prisionero, los ingleses fueron muy ordenados y profesionales, tenían todo organizado. Si había trescientos prisioneros, había trescientos paquetes de galletitas. Preparaban y racionaban cada alimento que les entregaban. Uno para cada prisionero. ¡Carlos vio tenientes coroneles y coroneles que pasaban dos veces a buscar una ración! ¡Dejaban a los compañeros sin comida y no les remordía la conciencia!

Esas cosas le hacían sentir una fuerza interior que no podía controlar. ¿Podemos preguntarnos por qué Carlos se fue del ejercito? Una prueba más de su decepción, son estos hechos de las miserias humanas.

— Cuando aprendamos a ser más solidarios con el otro, el país va a caminar para adelante. —Se siente muy seguro, por eso dice lo que piensa.

El dolor y tantos momentos angustiantes habían transformado su pensamiento. La manera de mirar al mundo que lo rodeaba fue cambiada.

Los subieron a un barco inglés, el Saint Edmund, allí los dividieron por jerarquía. Carlos en ese momento decidió quedarse con Navarro y con Zanela. En el camarote de los tenientes primeros había compañeros suyos, pero no tenía ganas de hablar con nadie, quería estar con los que había combatido. Estuvieron flotando en el estrecho San Carlos no sabemos cuántos días, hasta que finalmente levaron anclas rumbo al continente y desembarcaron. Creemos que en Trelew, de ahí los trasladaron en un avión militar, hicieron escala en Mar del Plata, Palomar y de allí a Córdoba.

Su padre y sus dos hermanos lo estaban esperando. Después de la batalla de Darwin y Ganso Verde su familia pensó que estaba muerto.

Carlos varios años antes estuvo de novio con una joven que fue después mujer de otro combatiente, la pareja se comunicaba de continuo, tenían teléfono en su casa. Una tarde ella le preguntó por Carlos, él en un arranque de celos le contestó:

— ¡Basta con Chanampa! ¡Chanampa no corre más!



La mujer interpretó que había muerto y la noticia llegó hasta su familia, que en ese entonces vivía en la capital mendocina, eran casi vecinos. Doña Ñata vivió con ese dolor muchos días, hasta que llegó un telegrama de su hijo diciéndole que estaba bien. También la señora de Fortabat les había avisado, les comunicó que se encontraba prisionero y que los querían mandar a Ascensión. Ella en sus contactos internacionales, estaba haciendo esfuerzos para que no los llevaran a la isla.

Cuando llegaron, le dieron diez días de vacaciones, estuvo esos días con su madre y de vuelta al cuartel. Nunca el ejército le preguntó si se encontraba bien, si necesitaba un psicólogo. La única vez que había hablado con una psicóloga fue tiempo después, cuando hizo el curso de paracaidismo.

— Me parece que estás medio loquito —dijo la psicóloga en ese entonces— ¡Recién venís de la guerra y querés saltar comandos!

¡Tendrían que haberlo mandado con un psicólogo! Saber qué necesitaba, qué problemas tenía, ver si seguía apto para el trabajo militar.

Mientras tanto Carlos seguía con la idea de que mientras fuera militar no formaría una familia. Entendía cómo sufrían y cómo vivían sus compañeros y no quería eso para su vida. Él también formó parte del éxodo familiar, con su padre militar, recordemos que a los once años tuvo que ir a vivir a mil trescientos kilómetros de Tupungato, a Rosario del Tala, dejar la escuela, los amigos, a su abuela. A él los cambios de destino lo perturbaban mucho.

¿Cómo imaginamos que siguió la vida de Carlos cuando regresó? Quería seguir estudiando, a los pocos meses se fue trasladado a La Paz, en Entre Ríos, el jefe de ese regimiento lo apreciaba mucho y le prometió darle tiempo para el estudio. Tenía un año para preparar el ingreso a la Escuela Superior de Guerra, sabía que el examen era muy selectivo, pero logró ingresar.

Pasaron algunos años y el 16 de abril de 1987, un grupo de militares conocido como los “Carapintadas”, se amotinaron en Campo de Mayo. Como resultado de la negociación fue sustituido el jefe del Estado Mayor y poco después un proyecto de Ley de Obediencia Debida fue enviado al Congreso. Carlos estaba en Buenos Aires y sintió un profundo dolor al pensar que debía enfrentarse con aquellos que habían sido sus compañeros. Los carapintadas se quedaron en la



Escuela de Infantería y Carlos ese día estaba de guardia. Su preocupación era que, si querían ocupar la escuela, ellos debían reprimirlos.

— Mirá, si vienen —le dijo Carlos a un amigo— vamos a ir al casino a tomar café y a debatir. ¿No podemos tirar ni un tiro entre nosotros! ¡Dejémonos de joder!

Sabía de dos oficiales que habían estado con él en Malvinas y ahora estaban en ese grupo. Carlos no quería ser parte de la situación, no estaba de acuerdo. Miró en un espejo su figura impecable de militar. En su exterior no quedaban rastros de todas las miserias vividas en Malvinas, pero sólo en su exterior, porque su mente se confundía por momentos. Una cosa tenía clara, no permitiría que, por seguir el mandato de Aldo Rico, él como tantos otros, que no tenían autoridad ni para firmar la orden de salida de un soldado, pudieran caer presos. En ese momento, y como era soltero y no tenía grandes responsabilidades, pidió el retiro sin goce de haberes.

No pensó en que no era lógico, sólo quería alejarse del lugar. ¡Con los años comprendió cuánto daño le hizo la guerra! Su “Estrés post traumático de combate” podría haber sido curado si se trataba a tiempo. Carlos es un hombre que por momentos habla y se quiebra. Sabemos que esta conversación lo va a dejar perturbado durante días.

De pronto su memoria vuelve al día en que decidió salir del ejército. Suponemos que fue una decisión muy difícil.

Esa tarde llegó a su casa y desde la vereda sintió el perfume de la fritura de los pastelitos que hacía su mamá. Preparaba cosas dulces y saladas para vender y con eso lo ayudaba con los gastos de la casa. Sergio trabajaba y trataba de estudiar, quería ser abogado. Sus padres estaban divorciados y Carlos estaba enojado con su papá, había sido una separación difícil.

— Me bancan un par de meses hasta que yo consiga algo —les dijo preocupado.

Aún tenía la imagen de aquel verano de 1981, cuando había ido a Tupungato de vacaciones y doña Ñata le contó que su matrimonio se estaba derrumbando. Habló largo rato con ella.



— Mamá, yo necesito que José Luis se reciba.
— Sí, hijo, —la mirada de su madre lo llenó de ternura— quedate tranquilo que yo me las voy a arreglar.

— Aguantemos hasta que se reciba José Luis —le dijo tomándole las manos.

Sabía que le pedía algo muy difícil, su hermano estudiaba en Mendoza la carrera de contador y no estaba tomando muy en serio la facultad. Finalmente comprendió y empezó a preocuparse por su futuro.

Ñata intentó mantener un poco más su matrimonio, pero a los pocos meses sucedieron algunos hechos que hicieron que Carlos volviera a Mendoza para ayudarlos. Apenas llegó comprendió la situación que estaba viviendo su madre, era muy complicada. La separación finalmente se realizó y él les alquiló un departamento en la calle Juan V Justo, en la capital mendocina, antes que comenzara la guerra de Malvinas. Como Sergio era menor, consiguió que el profesor Chanampa le pasara una ayuda económica.

Se hizo cargo de la familia y cuando José Luis se recibió, llevó a su madre y a Sergio a vivir con él a Córdoba.

Estos son los acontecimientos que muchas veces tuercen el futuro de alguien, Carlos se esforzó tanto para que su madre viviera bien, que se olvidó un poco de su vida personal. ¡Ella siempre fue una gran mujer!

Después de dejar el ejército, trabajó un tiempo en un negocio. ¡El dueño agravó su estado psicológico! Al tiempo, consiguió trabajo en una fábrica de trajes, allí estuvo once años, llegó a ser el jefe de producción de la fábrica. Se fue para dirigir la producción de una fábrica de ropa de mujeres durante dos años, le pagaban mejor sueldo. En esa época fue representante de las bodegas Giaquinta en Córdoba, a la vez que vendía telas de punto para ropa de bebé. ¡Fue difícil la vida después de la decisión de abandonar el ejército!

¡Tan difícil como fue vivir con la discriminación siempre cerca!

— Es un veterano de guerra. ¡Debe estar loco! —escuchó más de una vez a sus espaldas.



Mil novecientos noventa y seis fue un año duro para Carlos y con muchos cambios. Ya había formado su propia familia. Ese año murió su suegro, él tenía una cartera de seguros y con su esposa pensaron comprarla viendo que era una buena oportunidad para progresar. Ella se ocupaba de los seguros, mientras Carlos estaba en la fábrica. En las tardes, desde las cinco hasta las doce de la noche, él también trabajaba en el emprendimiento familiar. Un día se cansó y renunció a la fábrica de ropas. De a poco se fueron armando, actualmente la empresa la forman siete personas, Carlos, sus hijos y otros asociados.

Volvió a su pasión por los caballos. Ahora tiene cuatro caballos que lo ayudan a disfrutar de la vida, va al club de polo como amateur, hace lo que le gusta. Otra de sus pasiones fue siempre el paracaidismo, pero no puede hacerlo por la falta de audición en un oído, la lesión la causó las estampidas de boca de morteros, que le cayeron muy cerca en la batalla de Pradera de Ganso.

Carlos tiene un hijo del corazón y dos de sangre. Una mujer y dos varones, los varones son socios en la empresa de seguros.

¿Quién podría decir viéndolo, que la guerra lo ha afectado? Él se da cuenta de que igual a todos los que formaron parte de esta etapa tan dolorosa de la historia argentina, tiene cicatrices que nunca cerrarán. Le duele que el gobierno de aquella época no haya realizado una autocrítica.

— La guerra es la continuación de la política por otros medios. No creo en la guerra —decía aquella tarde a su visitante.

Sus ojos examinaban todo a su alrededor, estaba atento a cada ruido o situación que ocurría. Carlos es muy cuidado en su aspecto, conserva prendida en su vida la estampa de oficial militar.

Conoció a su esposa cuando trabajaba en la casa de trajes, ella se dio cuenta de que necesitaba ayuda y empezó por hacer terapia para acompañarlo. Con el tiempo el carácter de Carlos fue cambiando, se volvió un poco intolerante, pero en los treinta años que lleva casado, su mujer y después sus hijos, lo han acompañado y apoyado siempre.

Su preparación militar, la posibilidad de hacer la diplomatura en la Escuela de Guerra, vivir en el ejército en una permanente capacitación lo ayudó a ser un



hombre capaz de manejar una fábrica de trajes de hombres o de ropa de mujer, trabajar en un negocio, vender seguros, vender telas y vino.

Hubo en este hombre la necesidad de progresar, de ser diferente de los que no tuvieron la oportunidad de seguir con sus sueños después de la guerra. Sueños que les fueron arrebatados para mandarlos a combatir. Solo a algunos, el gobierno les dio un trabajo en la administración pública, los demás quedaron a la deriva.

Ya es tarde, esos jóvenes de dieciocho o diecinueve años hoy tienen más de cincuenta. Se preocuparon más por saber si habían sido maltratados que por atenderlos, por buscarles una actividad que los hiciera sentirse dignos como personas. ¡Los estaquearon de por vida!

Muchos no tenían una familia que los contuviera y los proyectara hacia un futuro con posibilidades.

Carlos admira a los soldados que combatieron en Malvinas. ¡La gente no sabe el espíritu de lucha que tuvieron!

También se les ha hecho mucho daño a los oficiales —comentó con vos segura— siempre hemos sido mal mirados.

— Hay que rescatar los valores individuales —continuó diciendo—Hubo mucha miseria, muchas fallas en el mando. ¡La guerra fue un fracaso logístico! Los generales tenían la ambición del éxito en su carrera política. ¡Estábamos en un gobierno militar! ¡No tenemos la culpa los veteranos de guerra, de que hubiera un gobierno de facto!

— Yo soy hijo de un suboficial, soy de una familia tradicional de Tupungato, nieto de inmigrantes ¡Soy más común que la peperina! —Decía aquella tarde con una sonrisa.

Carlos está vivo gracias a cuatro bypass que le hicieron en el Instituto Modelo de Cardiología a través del PAMI.

Cuando recuerda las anécdotas de cómo Tupungato colaboró enviando cosas a los soldados la emoción no lo deja hablar, sus ojos se llenan de lágrimas.

— Es bueno contar cuánto le agradecemos al pueblo argentino —decía Carlos—. ¡Como tupungatino me siento orgulloso!



Todos los años, en junio, desfila en Córdoba con sus soldados, en las mismas posiciones de cuando estaban en guerra, no hay resentimientos como pasa en algunos lugares. Nunca existió entre ellos. El compañerismo y los momentos vividos en común son cosas que nunca se pueden desterrar del corazón.



Carlos Alberto Chanampa recibiendo la Condecoración al Valor



JUAN EDUARDO GUZMÁN

El calor de una llama encendida

“Había fuego, humo, bombas que explotaban, batallas por todos lados. ¡Estaban en el foco! Se fueron por un costado hacia Tumbledown, la idea era pasar las líneas, sabían que los ingleses avanzaban”.

I

En Buenos Aires, el 15 de octubre de 1809 el virrey Cisneros abrió el puerto al comercio libre de las demás naciones. Algunos años después ese mismo día, Napoleón Bonaparte llegaba a la isla de Santa Elena, lugar de destierro hasta su muerte. Un 15 de octubre de 1844 nace Nietzsche, el gran filósofo alemán y en Tupungato, provincia de Mendoza también un 15 de octubre, pero de 1959, nace Juan Eduardo Guzmán, el mismo día en que la Iglesia Católica celebra a Santa Teresa de Jesús. Un hombre que en nuestra historia vamos a apodararlo Lalo, como lo llaman sus amigos y parientes.

Grandes cambios ocurrían en esos años en el mundo, también en Tupungato. Una nueva generación de inmigrantes con su bullicio de colores y lenguas diferentes llegaba a poblar la “Villa” y sus alrededores. Esta mezcla de razas que elegían un nuevo destino para formar su familia ¿habrá hecho germinar en Juan la idea de buscar su futuro lejos del lugar que lo vio nacer?



Podemos decir que era feliz, como cualquier niño de un tranquilo pueblo cordillerano.

Habían armado una canchita de fútbol detrás de la escuela Toro con Carlitos Coppari y los demás amigos. Una mañana querían jugar a la pelota y estaban esperando a Carlitos Brito para terminar de formar el equipo, llegó colorado por el calor y el esfuerzo de la pedaleada. Venía de hacer el reparto de los pastelitos dulces y les traía uno para cada uno. ¡La mamá de Carlitos hacía los pasteles más ricos que había comido en su vida!

Pero la historia de Lalo no sería siempre correteando la pelota en los baldíos que abundaban en la época o jugando a la escondida en las orillas del arroyo. El arroyo pasaba muy cerca de su casa y seguro en esa época, llevaba agua pura corriendo entre las piedras. Era el lugar favorito de Lalo, allí creció. Nicolás su padre fue albañil, construyó paredes y más paredes para mantener a sus hijos Juan Ramón, María Inés, Rosa Elba, Nicolás y Juan Eduardo “Lalo”, que era el menor. Sabemos que su madre Bernarda del Rosario Ríos vivió hasta hace muy poco, murió con noventa años conservando en su memoria el recuerdo de la época en que ayudaba al mantenimiento del hogar, trabajaba como embaladora de frutas. Ella había nacido en San Juan, en Iglesias, todavía era una niña cuando llegaron a vivir a Tupungato, a la finca Filippini en San José.

Su abuelo paterno era policía, vivía en la calle Belgrano, la calle del cementerio. Allí nació su padre.

La escuela Emilia Herrera de Toro debe tenerlo entre sus libros.

— Recuerdo a dos maestras—dijo Lalo en una oportunidad— Blanca Osorio y Julia Elmelaj.

Se le pasó la adolescencia casi sin notarla, como ocurre siempre por ese apuro de vivir que llevan los adolescentes. Estudiaba, trabajaba, disfrutaba de sus amigos y de las cosas simples.

No podríamos imaginar una vida más tranquila y feliz que la de un adolescente que no tiene grandes conflictos ni preocupaciones. Fue una época de grandes amigos, como Carlitos Coppari, con quien lo une una amistad de hermano. La casa y la familia de su amigo siempre fueron parte de la vida de Lalo. Otro gran



amigo es el recordado Carlos Brito, con el que trabajó un tiempo en la panadería de Pegoraro. ¡Juntos repartieron pan por todo Tupungato entre charlas y sueños!

Tenía varios amigos militares, uno de ellos era Raúl Portillo, también veterano de Malvinas, un joven de Godoy Cruz que ya venía de otro destino como Cabo Primero. Se conocieron una tarde en una confitería de la calle Belgrano, en el centro tupungatino y como muchas veces sucede en la historia de los seres humanos, Lalo y Raúl se hicieron amigos. ¡Después los unió la guerra y tantas cosas!

Pero el tiempo de los cambios y desafíos comenzaba a acercarse. Estaba en cuarto año del secundario y en los espacios que le dejaba el estudio, iba a trabajar con su papá. Ese sábado Lalo se levantó muy temprano para ayudarlo a llenar la loza de un techo, el día era ideal para esa tarea, no había nubes en el cielo. Estaba subiendo cemento cuando vio a su padre ponerse pálido, con un gesto Nicolás alcanzó a llamar a su hijo y se desmayó. Era el 3 de setiembre, cerca de las once de la mañana.

No sabía qué hacer, lo tranquilizaron y le ayudaron a bajarlo del techo y a llevarlo a la Sala de Primeros Auxilios que estaba frente a la plaza del departamento. Hoy sólo queda una parte del edificio como guardería, el resto lo destruyó el progreso. Lo trasladaron a Mendoza y a los quince días murió. Un mes antes de que él cumpliera dieciocho años.

Lalo estaba preocupado por el tema del servicio militar, no quería hacerlo, pero sabía que era una obligación, el hecho de que su familia estuviera pasando un momento tan difícil no lo salvaría. Algunos amigos militares que tenía lo entusiasmaron con entrar al regimiento.

— Estás un tiempo y después te retirás. —Le decían.

De esa manera ganaría algo de dinero para ayudar a su madre.

— Mirá —le dijeron una tarde— andá a Buenos Aires, rendí y en diciembre cuando te contesten si ingresás o no, decidís qué hacer.

Entendemos que fue más necesidad que vocación. Una tarde, mirando con nostalgia el atardecer marcado por la cordillera y cargado de rojos y violetas



ardientes, tomó la decisión. Se fue a Buenos Aires a estudiar la carrera militar. Lalo tenía dieciocho años, la sangre joven y la necesidad de formarse para tener un futuro mejor.

Rindió bien y se quedó con la esperanza que, en junio, después de jurar la bandera pudiera pedir la baja.

— De esa manera vos ya cumplís con el ejército —lo asesoraban sus amigos— y no sos desertor.

¿Por qué a veces los hechos no se solucionan con la simpleza que esperamos? Ese año cambiaron las instrucciones y el juramento se realizó en el segundo año. Tuvo que quedarse. Algunas cosas le gustaban del ejército, pero estaba convencido de que no era su vocación.

Al año siguiente el 9 de julio, después de desfilarse en la Avenida Libertador, se presentó a su jefe de compañía para decirle que quería la baja.

— Usted tiene un contrato con el ejército—le dijo con sorpresa su jefe— ¡Usted por tres años no se va a poder ir del ejército! Si se va ahora pasa a ser desertor y va a tener problemas.

— ¡No, no! —le dijo— Lo que menos quiero es tener problemas.

Es difícil saber cómo fue su vida dentro de la escuela militar, tampoco sabemos si pudo habituarse desde el principio a la realidad de una vida separada de su familia. Suponemos que la distancia y toda su energía puesta en un futuro diferente, hizo que se aferrara a nuevos horizontes. Finalmente se despegó de la tierra cordillerana que lo entregaba a su futuro con generosidad. Le dolía estar lejos de su familia, en especial de su mamá. Pero la tierra sabe que los hijos siempre vuelven al terruño.

Sintió como en una caricia el viento en la cara al llegar a su primer destino, el único que tendría en su carrera, el Comando de la Décima Brigada de Infantería Mecanizada en la Ciudad de La Plata. Con una respiración honda, reconoció en esa caricia del viento la aprobación de su familia, ellos siempre aceptaron sus decisiones.

A los dos años de estar en su destino, le tocó participar de unas maniobras muy grandes que se realizaron en La Pampa. Era el año 1981, creemos que el ejército



ya se venía preparando para lo que ocurriría después. Uno empieza a atar cabos y saca conclusiones.

¡Era mucho más fácil pensar en un conflicto bélico cuando jugaba con sus soldaditos y sus tanques! Ahora estaba dentro de un regimiento, conociendo de estratagemas y combates. ¡No imaginaba que poco tiempo después todo sería real! Muchas veces pasa que creemos asumir con gran entereza los planes que el destino nos tiene preparados y nos convencemos de que es lo mejor. Pero cuando suceden hechos, como una guerra, que pueden afectarnos y formar en nuestro pensamiento una imagen distinta del futuro, es común que el hombre se pregunte: ¿Actué con la libertad que el espíritu me pedía, o los sucesos y la rutina me dominaron?

Lo importante es que Lalo estaba feliz con su destino, estaba de novio con Claudia Graciela Alonso, una platense que lo iba a acompañar durante toda la vida. En sus días de franco, le gustaba conocer esa ciudad. ¡Tan distinta al barrio de casas bajas y gente saludadora donde se crio! Su novia lo llevaba a caminar por los lugares en los que había pasado la infancia. Eso los unía de una manera completa. Podemos imaginar cuánto habrá marcado esa época a Lalo, su corazón ya estaba envuelto no solo por el amor sino por la ciudad de La Plata que lo conquistó con su enorme catedral, que aparenta elevarse más allá de las nubes y tocar el cielo. Sus museos, que parecían deseosos de mostrarle todo lo que tenían acumulado. Una tarde supo que se quedaría en esa ciudad para siempre, lo presintió incluso pensando que en su carrera militar tendría varios destinos.

No tuvo otros destinos. Al regresar al continente solicitó la baja voluntaria, Malvinas lo había llenado de interrogantes y de dudas. Ya no sentía el entusiasmo que lo había llevado a buscar ese rumbo en la vida.

El 1 de abril de 1982 con Claudia habían hecho planes. Sentados en un banco de la plaza Moreno, se dijeron que se amaban. Sonrieron mientras el otoño jugaba con el pelo y la falda de ella, en los ojos se notaba el deseo de pasar la vida juntos. En la mañana habían visitado al padre de Claudia en el puesto que tenía en la feria, estaban felices de haber respirado tantos aromas y llenarse los ojos con tantos colores. Algunos niños jugaban a la pelota y algunos turistas se sacaban la clásica foto de espaldas a la catedral. ¡Sería imposible descubrir en



esa tarde, alguna sombra que le señalara lo que se estaba gestando dentro de las fuerzas del ejército! Un trabajo minucioso y silencioso de mucho tiempo ya agitaba las aguas frías del Atlántico.

¡Al día siguiente su destino sería tan distinto que hasta lo haría torcer la vocación!

II

Volvía del fin de semana de franco y estaba feliz. Su interior se iluminaba con las cosas que la vida le regalaba.

Lalo se encontró con su jefe apenas entró a la unidad.

— ¡Prepárate que venís conmigo! —le dijo el Mayor José Rodolfo Baneta.

No entendía nada. Esa mañana cuando sonó el despertador, se quedó unos minutos más en la cama y después tuvo que correr para llegar temprano al trabajo, salió apurado sin hablar con nadie. Ni siquiera se le ocurrió mirar la tapa del diario en el quiosco de la esquina, como hacía algunas veces. Es justo que digamos que nunca se imaginó que ese día se iba a desayunar con una noticia tan real, los hechos comenzarían a sobrepasar lo vivido hasta ese momento. ¡Una guerra en teoría en muy diferente a la práctica!

Se confundió su alma, se le convirtió en un caos de ideas, de sentimientos.

En un principio Lalo no iba a Malvinas, habían seleccionado al personal y él se quedaba en La Plata. Fueron once días de corridas, nerviosismos, órdenes, preparativos. Dos días antes de partir el mayor le pidió que lo acompañara en lugar de un cabo que se había enfermado y no podía ir.

Salieron de La Plata en la mañana del 14 de abril rumbo a Palomar y allí en un avión a Santa Cruz. ¿Qué habrá sentido Lalo en ese viaje? Creemos que un signo que caracteriza a los que se preparan para un combate es la incoherencia que se instala en el interior, donde se unen la euforia y la emoción, con la incertidumbre. Todo se mezcla con el dolor de dejar a la familia, a la novia. Seguro Lalo vivía esto en lo profundo de su alma. En esos días no creyó que



estallaría la guerra, pensó que la misión era llegar a Malvinas y quedarse un tiempo allá. Tenía la esperanza de que su grupo no fuera, sólo se quedarían en el sur del continente para apoyar la “Operación Rosario”. Así se lo dijo a su madre por teléfono, tratando de tranquilizarla, pero las madres saben y sienten en su corazón el dolor de una guerra.

Con Claudia se despidieron tratando de darse ánimo.

¡Justamente el 15 de abril se iban a comprometer! La noche antes de la partida se colocaron los anillos, temblando y con los ojos cargados de lágrimas. Estaban en la puerta de la casa de Claudia, en silencio, Lalo le firmó un papel en blanco y le dejó un autito que había comprado hacía unos meses. El observador de este relato miró la calle, buscando algo donde estos jóvenes sujetaran la esperanza. ¡Todo estaba oscuro! ¿Qué existiría en esas mentes? ¡Hubo tantas despedidas en esos días!

— Me tengo que ir —le repetía mientras se abrazaban con desesperación— ¡Te llamo apenas llegue!

No pudo llamarla. Sólo habló con ella una vez por teléfono y mandó algunas cartas.

En medio de tantos preparativos, Inglaterra rompía relaciones con Argentina, las Naciones Unidas exigía el retiro inmediato de las fuerzas y Estados Unidos, autorizaba a los ingleses, a utilizar la isla Ascensión como base logística. Los días avanzaban y en las islas, iban floreciendo los ramilletes de soldados argentinos. El lugar se llenó de voces, de risas, de llantos, de nervios, de órdenes, de contraórdenes. Mientras tanto, el gobierno creaba un puente aéreo para enviar provisiones.

¿Era posible imaginar una guerra? ¡Ya estaba ubicada en la mente de los dos países! El país del norte había abierto el Canal de Panamá para que pasaran ciento once buques. Los que tienen la memoria fresca de lo acontecido recordarán que, en esos días, Buenos Aires se puso de pie y el pueblo, en una manifestación histórica, apoyó la recuperación de Malvinas.

La madrugada del 12 de abril los buques británicos habían bloqueado las islas, esa mañana Galtieri, le comunicaba telefónicamente a Reagan que se estaban



haciendo todos los esfuerzos, para que la guerra no emprendiera su camino salvaje contra los hombres. Los gritos y el miedo aún no habían ocupado las gargantas. ¿Qué prueba un país con una guerra? ¿Qué queda entre los escombros?

Hasta ese momento el regimiento vivía con cierta euforia. Lalo imaginaba que se quedaría en Río Gallegos o algún puerto cercano, aunque su interior presentía que no sería tan sencillo.

A las 8 de la mañana del 15 de abril los metieron en un Hércules y les dijeron:

- Si el tiempo lo permite, ¡hoy cruzamos a Malvinas!
- Miren que van a venir los ingleses —decían algunos.
- ¡No! ¡Que van a venir! —Muchos estaban convencidos de que no llegarían nunca.

Desde el avión vio que el mar aparecía ante su vista muy embravecido, alcanzó a divisar el pueblo. Ya estaba emocionado aun sin pisar suelo malvinense. Se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡Cuántas veces la Señorita Julia le hizo marcar las islas en el mapa! Se estremeció al mirar esa tierra que reconocía argentina.

Marcharon desde el aeropuerto con el bolsón porta equipo. Tuvieron que dar una vuelta rodeando la ría. Recorrieron seis kilómetros para llegar a Puerto Argentino, pasaron por la iglesia del pueblo y después de andar cinco kilómetros más, llegaron al final de la ría a Moody Brook, el lugar más cercano del pueblo.

Hacia el otro lado de Puerto Argentino está el camino a Monte London, donde se instaló el Regimiento 7, hacia un costado se encuentra Tumbledown, allí estaba la marina, adelante el cerro Dos Hermanas y hacia la otra orilla, el estrecho San Carlos, donde desembarcarían los ingleses el veintiuno de mayo. Se hallaban casi al medio de la parte norte de la isla.

Moody Brook o Arroyo Caprichoso, en español, es un valle que se encuentra a la orilla de la ría. Es el lugar donde estaban los cuarteles de los Royal Marines que fueron también atacados en la Operación Rosario del dos de abril. Ese día desde el ARA Almirante Irizar se había realizado el envío de buzos tácticos. Fue una operación helitransportada sobre el arroyo.



Cuando pasó por Puerto Argentino miraba todo convencido de que se encontraba dentro de una postal, los techos de chapa combinaban con armonía los diferentes colores y dominaban el cielo a pesar del gris y la lluvia. El blanco de las paredes de las casas resaltaba en esa manifestación de matices y sencillez. En algunos fondos y en los frentes de las viviendas los kelpers cultivaban repollos, zanahorias, coliflores, nabos, papas. También algunos criaban gallinas, lo supo al sentir el cacareo cuando pasó por el poblado.

Cuando comienza a avanzar hacia Moody Brook, se da cuenta de que no va a ser fácil, el camino es de turba y arcilla. Lloviznaba y sentía el frío en todo su cuerpo, la turba y la arcilla le quedaban pegadas en la suela de los borceguíes haciéndolos más pesados. El mar helado y el invierno, que a pesar de ser otoño ya estaba ubicado en las islas, le dieron la bienvenida. A lo lejos se veían unas pocas casas de los kelpers, los cobertizos para los animales y algún vehículo. Hacia un costado del camino unas lomas no lo dejaban ver lo que había detrás, con el tiempo supo que esas colinas eran Monte London y Dos Hermanas, en la otra orilla, la ría que nace en el mar se va achicando. Los pasos retumbaban entre los pedruscos, todos marchaban marcando el ritmo militar. En silencio. Solo se escuchaba el golpe de la bota contra la piedra y el sonido del viento que chocaba en los cuerpos. ¡Pocos fueron los días sin viento en la isla!

El dos de abril cuando ocuparon la gobernación, habían tomado prisioneros también a los soldados del Royal Marines. Conocemos parte del relato de la "Operación Rosario" por Méndez, un soldado que desembarcó ese día con de Infantería de Marina. Méndez no llegó a la gobernación, estuvo con la sección que se quedó en el pueblo.

A llegar a las islas, Lalo y su grupo hicieron el relevo de un segmento de soldados que recuperó Malvinas, muchos de ellos volvieron por unos días al continente. En esos tiempos vio varias veces a Seineldín y a Rico.

La compañía del Mayor Baneta fue la primera en llegar al valle y ocupar el interior de los cuarteles. Al divisar el cuartel, los ojos de Lalo reflejaron alegría, algo tan natural en tiempos de paz, como la bandera celeste y blanca lo colmó de emoción. Verla flameando en el poblado de Moody Brook lo llenó de orgullo, el corazón le golpeó fuerte en el pecho. Cruzaron un viejo puente de madera para atravesar la ría que era bastante ancha y profunda, sin el puente no



hubiesen podido cruzarla. Mientras pasaba, Lalo miró las piedras del fondo que se transparentan en la claridad del agua y reflejaban el cielo gris.

Lo impresionó tanto el silencio como la aridez del lugar.

En días de cielo limpio, la ría mostraba todo el esplendor de su color y se perdía en el horizonte con el azul más intenso que podría haber imaginado. El color lo estremecía en las mañanas claras. Creemos que en esos momentos podía ver todo distinto. ¡Cuando el sol ilumina siempre los ojos ven la luz!

Desde su lugar, a cierta distancia distinguía a los helicópteros. Estaban cerca del pueblo, del otro lado de una enorme valla de corral. Desde allí los veía salir hacia todos los puntos de la isla. Lalo pensaba en Raúl Portillo, sabía por algunos amigos que estaba en Malvinas y que manejaba la ametralladora de un helicóptero.

Nosotros sabemos que la posición de Raúl Portillo se encontraba en Puerto Argentino, cerca de la casa del gobernador. Los ingleses a pesar del bombardeo constante no disparaban sobre el edificio, querían recuperar la casa sin daños y parte de la misión que tenía Raúl era defender ese lugar.

Al principio los días avanzaban con rapidez, tenían que preparar los pozos, lidiar con el agua que brotaba del suelo al cavar, sentir frío, estar mojados de día y de noche. Seguir sintiendo frío. Los pozos eran poco profundos, el agua no les permitía que siguieran penetrando sus dominios. A veces conseguían alguna madera y las ponían en las paredes para hacer más confortable el lugar. ¡Si es que se puede imaginar un lugar así confortable! Cuando la ocupaban dos personas estaban bien, pero con una tercera ya era más dura la convivencia. Allí se quedaron todo el tiempo, cambiando las ubicaciones de los pozos, buscando escapar de las bombas, del frío, de la lluvia. Cada uno tenía su lugar y buscaba estar lo más cómodo posible, se respetaban. Podríamos decir que compartieron con mucha camaradería los momentos difíciles.

Una de las posiciones que le tocó preparar estaba cerca de la ría, allí los cerros son muy bajos y terminan en una gran extensión que llega hasta el arroyo. En ese lugar tan desierto y sin árboles, veía con los ojos de su alma imágenes de las praderas verdes y húmedas de La Plata y las mezclaba con la riqueza del suelo tupungatino, con su clima seco y sus acequias dibujando en las fincas el



recorrido del agua. En la isla solo veía alguna oveja y en las pocas noches despejadas las estrellas. ¡Jamás había visto estrellas tan luminosas! La mayoría de los días estaban nublados y las noches cerradas, con niebla y muy oscuras. Dispersos entre las pequeñas lomas se levantaban algunos invernaderos. Lalo desde su pozo distinguía a lo lejos los corrales de ovejas con sus galpones para esquilar. En algunas de esas mañanas limpias, cuando se transparentaba el paisaje, se dejaba ver hasta la herrumbre acumulada en los techos de chapa. Imaginaba que las tablas rústicas de las paredes absorbían toda el agua que caía durante el año. ¡Parecía un lugar fantasma! ¡Nunca vio un kelper!

La agonía de lo que vendría después aún no comenzaba.

Lalo, vigilante en su puesto de guardia, una tarde negra de tormentas, imaginaba el mar bañando las costas, invadiendo ese universo de entradas que marcan el contorno de las islas. Agrandó la mirada, queriendo ver entre la lluvia y la niebla la furia del agua golpeando las altas colinas. No estaban muy lejos del mar, pero lo tapaban los cerros.

Suponía que el agua descargaba su furia y sus vendavales en un sinfín de socavones. Igual que la guerra descarga su odio y su violencia en un sinfín de inocentes. Los dos destruyen, pero la naturaleza continúa su recorrido.

Lalo nunca se quedaba quieto, le gustaba andar por todos lados. Era auxiliar del teniente y en su tarea ayudaba en el galpón de los víveres pero disfrutaba más llevar su fusil y estar en los pozos con los soldados. Siempre salía con Bermúdez, se había hecho muy amigo con el entrerriano, conversaban mucho las noches en que había alerta roja y no podían andar por la zona.

Miró las colinas salpicadas de rocas y vio cómo el otoño había pintado de amarillo la turba. El paisaje era muy hermoso, la calle que venía desde el pueblo llegaba hasta el final de la ría, se pasaba por un puente para ir a Monte Longdon y a los otros cerros. Ahí, donde empieza a subir la montaña, en la parte baja de las colinas, estaba el cuartel de los Royal Marines, sobre el valle. También había un vivero en ese lugar.

Se orientó rápido, sabía dónde estaba San Carlos, Ganso Verde, Monte Longdon, el Monte Tumbledown, dónde estaba el cerro Dos Hermanas.



Cuando se está lejos de las personas amadas, aunque tenga buena relación con los compañeros de desolación, el hombre necesita encontrar un rostro amigo, una mirada, un abrazo, algo que lo aleje un poco de la soledad en la que vive. Una mañana llegó el grupo de helicópteros a Moody Brook, le pareció conocido uno de los militares, pero continuó sentado limpiando su arma. Se dio cuenta de que era su amigo cuando lo vio bajar. Raúl Portillo era un hombre de baja estatura y contextura pequeña. Respetuoso y correcto, como siempre estaba pendiente de lo que pasaba a su alrededor, sus ojos claros no dejaban de investigar todo.

Suponemos que los amigos se encontraron el 30 de abril, el día en que las autoridades argentinas, ordenaron que los aviones y buques británicos eran considerados enemigos.

— Esta noche veníte conmigo —le dijo Lalo después de los abrazos y la alegría del encuentro— ¡Tengo un escondite y está calentito!

Eran dos caños de cuarenta centímetros más o menos, por donde pasaba agua caliente. Se acostaron allí. ¡Hasta los borceguíes se sacaron!

Se contaron muchas cosas, los amigos compartieron sus angustias, sus historias y también rieron recordando los buenos momentos. Trataron de olvidar la tensión que habitaba en cada rincón de la isla. En la madrugada fría y silenciosa, los amigos seguían conversando.

— Formo parte —le decía Raúl— de la unidad que lleva los grupos comandos.

Su grupo les daba el apoyo con los helicópteros para que ellos realizaran su actividad.

— Los dejamos en medio de la nada —seguía contando Raúl— ¡Bajan por la soga entre el viento y la lluvia con una agilidad increíble! Llevan poco abrigo y escasa comida. A los dos o tres días nos avisan por radio y los buscamos. ¡Estos tipos no le tienen miedo a la muerte! ¡Se arriesgan demasiado!

Siempre que algo absurdo o evidente está por ocurrir, la naturaleza lo manifiesta, aparece una calma que engaña y a veces irrita hasta destruir los



pensamientos, porque no es real. Lalo y Raúl conversaron toda la noche, no advirtieron nada amenazador en esa calma, por eso casi a las cinco de la mañana sintieron como si un huracán arrollaba el lugar.

Cuando cayeron las bombas en aquella madrugada, Lalo tomó conciencia de que la guerra había iniciado su momento de destrucción. ¡El primero de mayo lo encontró junto a su amigo!

— ¡Alerta roja! ¡Alerta roja! —habían gritado desde la guardia.

¡Era un griterío! ¡Todo el mundo corría!

— ¡Vení, vení vamos a los pozos, vamos a los pozos! —le gritó a Portillo.

Los proyectiles caían por todos lados, buscaban penetrar en los cuerpos, destruir con su violencia todo lo que encontraban. Los soldados en el desconcierto trataban de refugiarse donde podían. Todo se convirtió en un relámpago interminable. Con los bombardeos y la corrida para llegar a los pozos, Portillo, que era asmático, perdió su Ventolin y comenzó a ahogarse. La sensación de no poder respirar debe ser angustiante y más aún cuando se está bajo el ruido y el fuego de una batalla. Cuando Raúl encontró el Ventolin se le descomprimió el pecho, sus ojos se calmaron y Lalo respiró al ver a su amigo bien.

Ese día, cuando comenzó la guerra, sintió que iba a morir y tuvo miedo. Pero como tantas cosas, también el miedo va quedando atrás, a fuerza de ponerle corazón y voluntad. Ese día aceptó lo que le tocaba vivir, comprendió que en definitiva se había preparado para defender la patria, a cambio de entregarle la vida, formaba parte del ejército y manejaba armas, no era un juego.

Adelante, sobre la ría, estaba el galpón donde guardaban los víveres. Lalo en el regimiento de La Plata era de intendencia, esa sección maneja las provisiones de las unidades. Eran los primeros días de mayo y había estado con su grupo preparando las bolsas con comida. Debía armar las porciones de la unidad para toda la semana, se entregaban tantos kilos de papa, tantos de cebolla, tantos de carne, para que las secciones hicieran sus raciones del mediodía y de la noche.



La lluvia no paraba y las bombas tampoco. Como Lalo tenía llave, a veces entraba y preparaba más bolsas a escondidas, para entregarle a la gente de otros regimientos que llegaban buscando víveres. Cuando llegó la noche ya tenía todo listo para empezar a repartirla entre los que se atrevían a llegar a la zona. El enemigo sabía muy bien que debilitar a los soldados era su mejor estrategia y cada día cerraba más el cerco.

Cada regimiento se manejaba con sus víveres, pero la mayoría ya no tenía provisiones. Por Moody Brook pasaban los soldados del Regimiento 7 y de otras posiciones continuamente. Siempre había un conocido para ayudar.

— ¡Buenas noches! —gritó entre la niebla un suboficial— ¡Soy el Cabo Primero Marcial Saavedra! ¡Vengo a retirar alimentos!

Lalo admiraba a estos suboficiales que, en medio de la oscuridad, desafiaban los ataques y arriesgaban la vida buscando comida para sus soldados.

— Llévate a Reyes —le dijo a Saavedra— a Marcelo Reyes.

Le dio una bolsa para su amigo. Su figura parecía más pequeña en la oscuridad de la noche junto a la altura de Saavedra. Lalo no es muy alto y en esa época, al igual que los demás, estaba muy delgado.

Reyes era otro tupungatino muy amigo de Lalo, sabía que estaba en una posición más arriba, pero no lo había podido ver. En la preparación como militar en la escuela Lemos, Reyes lo ayudó mucho, él y Alberto Cabrera. Sólo sabemos que combatió en las primeras líneas de defensa del Regimiento 7.

Lalo ese tiempo se alimentó de chorizo colorado, pan y chocolate. ¡Así quedó también, adelgazó muchísimo! No le gustaba la comida que hacían en la olla, en la cocinita de campaña. También muchos soldados bajaron de peso desde el principio. ¡Cuando aún había comida tenían que obligarlos a comer! Muchas veces el miedo produce ansiedad y apetito y en otros momentos el hombre pierde hasta el deseo de alimentarse. Después sufrieron el hambre como todos. ¡Se comía cuando se podía! Más de una vez mataron ovejas para poder sobrevivir. Algunas veces Lalo recuerda el testimonio de tantos inmigrantes italianos, que llegaron a Tupungato escapando de la Segunda Guerra Mundial. ¡Ellos sí que pasaron hambre! ¡Hasta dos meses escondidos debajo de las parvas



de pasto comiendo raíces! Siempre le agradece a Dios todo lo que lo protegió y cuidó en las islas.

Como podemos comprender, esa comida se terminó pronto, poco después de que comenzaron los bombardeos también ellos se quedaron sin víveres. ¡Ya no había cómo volver a llenar los galpones! Los ingleses atacaban a todos los vehículos que se movían.

Había estudiado el reglamento militar y sabía muy bien las consecuencias que puede sufrir un soldado que no cumple con las órdenes. Como muchos después de la guerra Lalo ha escuchado que en Malvinas castigaron de manera brutal a soldados por desobedecer una orden que perjudicara a otras personas. Él nunca se encontró con un caso así. Suponemos que son los menos, si el lector recuerda en la historia del Cabo Chambi, contamos una experiencia que él vivió.

Una mañana se encontró con un soldado que en lugar de hacer guardia estaba durmiendo en el pozo. Lalo le dio un buen sermón y el soldado entendió, sin necesidad de grandes castigos, ni maltratos, debían seguir conviviendo y todos necesitaban del otro. Muchos de los actuales amigos de Lalo fueron sus soldados en la guerra. ¡Hay historias para contar de jóvenes que fueron grandes, muy grandes, que dan testimonio de la valentía con que lucharon!

La Iglesia siempre acompaña al hombre en todos los ambientes que le toca vivir. Cuando el ejército entró a la guerra, también la Iglesia fue a la guerra. Varios sacerdotes acompañaron a las unidades para sostener y contener las lágrimas de emoción y de dolor. ¡Eran muchas las almas que tropezaban con la lluvia y la soledad! Santa María es el nombre de la parroquia que está en Puerto Argentino, los que estaban cerca, podían ir y sentir el consuelo y la paz que se respira cuando uno está entre las santas paredes de un templo. Para los que tenían las posiciones alejadas, estaba el Padre Fernández, quien visitaba las compañías y celebraba la eucaristía. Podemos decir, si la memoria se mantiene clara, que el 25 de mayo, predicó en la sección donde se encontraba Lalo. Ese día los aviones argentinos averiaron tres fragatas, hundieron un transporte pesado y un destructor. Mientras que la aviación inglesa atacaba Puerto Argentino y perdía tres Harrier.



Los dos ejércitos manejaron muy bien las piezas de esta guerra, aunque ellos tuvieron muchas cosas a su favor. Una de ellas fue el apoyo del gobierno chileno que les facilitó aeropuertos. ¡Tantas verdades salieron a la luz después de los treinta años de finalizada la guerra! ¡Y tantas otras quedarán enterradas para siempre en el olvido!

Una noche que Lalo y un compañero hacían guardia en la ría, en una casilla de piedra que habían improvisado para no mojarse tanto con la lluvia, vieron pasar dos motos de los comandos, era común verlos por la zona. Ellos se infiltraban en las líneas inglesas y obtenían información. Después de varias horas, escucharon el ruido de una sola moto que volvía. La noche estaba muy oscura, lloviznaba. ¡No se veía nada! Allí no se puede tener ninguna cosa que alumbre, ellos venían rápido y sin luz, cuando llegaron al puente, que era muy angosto, le erraron y se cayeron al agua. Eran Rico y el Capitán Flecha, les habían pegado un morterazo de atrás y los hicieron volar, una moto quedó destruida y tuvieron que regresar en la que quedó menos averiada.

— ¡Sáquenlos del agua! —gritaban cuando los vieron.

— ¡Tengo la llave de esa moto que cayó al agua! —decía Lalo con orgullo— ¡La tengo guardada en mi casa!

Los ojos verdosos de cejas anchas se le iluminan con el recuerdo, sus mejillas se encienden al hablar.

Debían estar siempre a oscuras, no podían cocinar, ni calentarse. Tenían unas pastillitas que hacían una débil llama, las colocaban sobre una piedra y en un jarrito calentaban agua, introducían un saquito de té o yerba y eso era lo único caliente que tomaban. Acompañado por un pedazo de pan duro que estaba ahí desde el principio.

¡Los ingleses detectaban no solo una luz sino hasta el calor de los motores! A los vehículos se les hacía muy difícil llegar a las líneas. Villegas contaba que andaba con las luces apagadas, para que no los descubrieran.

¡Las razones más profundas se perdían en esas noches de guardia! ¡La tensión destrozaba la tranquilidad de cualquiera! ¡Lalo tenía que estar muy alerta!



Los ingleses habían desembarcado en el estrecho San Carlos, sabían que era el lugar menos cuidado por los soldados argentinos. Altamiranda estuvo allí y cuenta que no se esperaba el desembarco en ese lugar. ¡Ahí se equivocaron los que comandaron la guerra! Sabemos que cerca de la zona estaban los regimientos argentinos, que debían detener el avance si los ingleses intentaban entrar por San Carlos. Pero el enemigo bajó sus piezas de artillería y fue destruyendo todo, los depósitos de municiones volaban por el aire en cada movimiento.

En esos días supo que también había ataques ingleses en distintos puntos de las Georgias y que el teniente de navío Alfredo Astiz, había firmado la rendición sin oponer resistencia.

Cuando dos países luchan, el mundo mira con dolor. El Papa Juan Pablo II el 28 de mayo viajó a Londres y pidió la paz. Esto ocurría mientras las tropas luchaban en Darwin y Pradera del Ganso. Pero eso no fue suficiente y Juan Pablo II, el 11 de junio, llegó a la Argentina, quería estar cerca del pueblo que sufría y en el Santuario mariano de Luján en Buenos Aires, conmovido, volvió a rezar por la paz y la reconciliación de los dos países.

Los últimos dos o tres días empezó a nevar, cayó bastante nieve. ¡El frío era terrible! Lalo presentía que el final estaba cerca, pero su pensamiento no alcanzaba a imaginar el futuro.

Una noche, antes del combate final, escuchaban cómo bombardeaban al Regimiento 7, corrieron hacia la colina. ¡El combate era mucho más intenso que los anteriores! Los estaban bombardeando desde los barcos. Los soldados bajaban aterrados por la colina con los heridos, ellos los ayudaron a descender. Entre el barro, la lluvia y la confusión muchos caían y rodaban hacia abajo. Como pudieron, los llevaron al hospital.

El 9 de junio atacaron a Moody Brook con aviones, tiraron dos bombas y ametrallaron todo, el lugar que habían utilizado como depósito de víveres fue destruido. Dentro del cuartel fallecieron tres de sus compañeros, Mosto, Rodríguez y el soldado Indino. ¡Hubo muchos heridos! En medio de tanta confusión no encontraban al Mayor Baneta. El grupo era muy unido con su mayor, siempre que se encontraba con Lalo le decía:



— Portate bien...

Quedaron muy aturdidos en el momento de la bomba, apenas se repusieron entraron a mirar, la bomba había destruido una pared, Mosto estaba muerto. Lalo salió de allí y vio a Rodríguez, también muerto, no lo mató la bomba, las balas del avión le pegaron en el cuerpo, un poco más allá estaba Indino. En eso lo vio a Bermúdez y le preguntó:

— ¿Che, Banetta dónde está? ¡No lo veo!

Cuando fueron al lugar donde él tenía una oficinita, lo encontraron semiinconsciente, le había caído un palo. ¡Tenía la cabeza llena de sangre! Decidieron llevarlo al hospital.

— No, no —les decía— yo me quiero quedar. No estoy herido.

¡No sabían qué hacer! Al final lo subieron en el jeep y lo mandaron a Puerto Argentino. Al rato ya estaba de vuelta. ¡Le cosieron la cabeza y se volvió! Se sentó en una piedra con los ojos cargados de tristeza ¡Le dolía demasiado la muerte de sus tres hombres! Justo pasaba en ese momento el padre Fernández, el sacerdote no tenía más de cincuenta años.

— ¡Tu Dios! — le dijo Baneta con un tono insultante.

El cura se volvió y le preguntó:

— ¿Por qué me dice eso mayor?

— Porque se llevó a tres ángeles en vez de llevarme a mí.

— Se llevó a tres ángeles porque quería tres ángeles en el cielo —le contestó el padre Fernández— A usted lo dejó acá para que siga sufriendo.

El padre Fernández iba seguido a Moody Brook, les daba medallitas y conversaba con ellos, cada vez que pasaba por allí lo llamaban: “¡Padre!” y él se paraba a charlar un ratito, les daba la bendición, una palabra de aliento y alguna estampita les dejaba siempre. Llegaba a caballo y otras veces caminando.

— Tomá, esto te va a proteger —les decía— no te va a pasar nada malo.

Lalo todavía tiene el rosario que le dio, es igual al que lleva colgado de su cuello. Lo tiene guardado su esposa con la cruz rota, se le rompió en un cuerpo a tierra, un día en que los barcos los bombardeaban.



Ellos como todos en la isla habían sufrido ataques desde el primero de mayo. ¡Las fragatas tiraban y tiraban! ¡Caían bombas por todos lados! Siempre tuvieron la suerte de que no cayera ninguna sobre ellos.

Ese día del ataque con los aviones, la artillería completó la destrucción. Todo se prendió fuego, no quedó nada. ¡Cómo pudieron, salieron del lugar! Lalo se detuvo y contempló ese paisaje donde solo había desolación y fuego. Recordó el día de la llegada.

Miró a su alrededor, para un lado Monte Longdon y para el otro Tumbledown con todas las demás colinas. Había fuego, humo, bombas que explotaban, batallas por todos lados. ¡Estaban en el foco! Se fueron por un costado hacia Tumbledown, la idea era pasar las líneas, sabían que los ingleses avanzaban, venían atacando con mucha energía, a pesar de estar tan debilitados como ellos.

Hay sucesos que Lalo relató y están en un documental, realizado por los periodistas que trabajaban con Nicolás Kasanzew, que no recuerda haberlos vivido.

¡Las cosas que habrán olvidado estos hombres!

El once de junio ya estaban frente a Monte Longdon. ¡Lalo vivió aquella batalla como si fuera una película! ¡Igual que un espectador en una platea! La artillería enemiga barrió todo.

También fue la batalla de Tumbledown ese día, ¡Los ingleses parecían hormigas diseminadas por el campo! ¡Estaban encima de todos los regimientos! ¡Allí fue la más sangrienta de las batallas!

En un momento creyó ver a Saavedra que pasó a su lado, no sabe cómo tenía un pedazo de pan duro en su bolsillo y se lo dio.

— ¡Llévale a Reyes! — le gritó Lalo en medio de la confusión.

Saavedra lo miró sin comprender y continuó caminando. Su grupo se había quedado sin munición, atrás permanecían todavía combatiendo los que tenían munición.



En esos momentos el ser humano se hace hermano, padre. ¡Salen cosas buenas de su corazón! ¡Pero también florece lo peor del hombre, lo que uno ni siquiera se puede imaginar! ¡Esas son miserias de la guerra!

Hay sucesos que por más que uno quiera no se pueden borrar de la mente.

— Lamentablemente es una herida que tendré toda la vida —dice Lalo con una mirada dulce y profunda— Por más que no quiera, donde intente meterme, donde vaya, las imágenes y los recuerdos irán conmigo.

Su voz tranquila parece no alterarse, pero sus palabras dicen lo contrario.

Los días finales fueron duros, muy duros, no tenían comida ni municiones, el frío era insoportable. Los sonidos de la naturaleza se confundían entre los ruidos que la agredieron en esa época. El silbido del viento se perdía con el sonido de las municiones, Lalo solo sentía la violencia del aire helado golpeándole la cara. El ruido de los helicópteros, de los oficiales dando órdenes y contraórdenes, tapaba hasta sus pensamientos. Mientras los suboficiales y soldados trataban de cumplir las órdenes, la noche, que parecía un gran fuego artificial, palpitaba en un manto de dolor y muerte.

— ¡Cúbranse, cúbranse! —les gritó a sus soldados, mientras una lluvia de fuego bañaba el lugar.

Se colocaron detrás de unos riscos, la sangre de los heridos corría y se mezclaba con la nieve. Sabía que el enemigo le estaba apuntando, intentó ver más allá del manto blanco, encontrar algo que le indicara por dónde llegarían los ingleses, se sentía rodeado.

En los momentos de calma, cuando en el cielo dejaba de estallar la furia y el hombre dejaba de sembrar dolor, llegaba el silencio. ¡Ese silencio era peor que el sonido de la batalla! ¡Cuántas veces esa quietud fue invadida con la explosión de una bomba estallando toda su violencia contra una roca, haciéndola volar en miles de pedazos por el aire! ¡Cuántas veces en un aparente descanso, un misil rompió el silencio y atravesando la tierra dejó un agujero profundo en ella! Las montañas cubiertas de neblina fueron testigos de tanta violencia, de tanto fuego inútil derramado entre dos pueblos que viven en continentes distintos y



hablan lenguas diferentes, pero que en definitiva son hermanos, hijos de un mismo Dios que los invita al amor y a la paz, nunca a la violencia.

Lalo sentía que el ambiente estaba cargado de ansiedad y de misterios. La nieve hacía que los sonidos de los pasos no se sintieran, en la oscuridad veía miradas por todos lados y se imaginaba que, en ese silencio blanco, el enemigo estaba sobre él.

Esa noche en que la dureza de la guerra cargaba la escena de nerviosidad, hacía guardia con su compañero entrerriano, el cabo Cristian Bermúdez.

- ¿No te da la sensación —le dijo a Bermúdez— de que los ojos ingleses te acechan de todos lados?
- Sí —le dijo su amigo— pero tratemos de no pensar en eso.

Cristian también estaba de novio y para aflojar las tensiones, hablaron esa noche durante mucho rato de sus futuras esposas y se hicieron una promesa.

- ¡Vamos a volver! —afirmó Cristian— Y cuando tengamos hijas les pondremos Malvina Soledad. ¿Te parece?

Conocemos que volvieron a encontrarse los amigos, después de muchos años.

- ¿Cómo se llama tu gurisa? —fue la primera pregunta del entrerriano.
- María Laura —le contestó Lalo.
- ¡Me fallaste chamigo! La mía se llama Malvina Soledad.

Ese día de recuerdos y homenajes se abrazaron y se rieron largo rato, tratando de alejar de sus mentes lo vivido en la isla.

Los ingleses cuando bajaron en San Carlos comenzaron a avanzar con el apoyo del fuego de los aviones y los barcos. Con los helicópteros movían las piezas de artillería, empezaron por Darwin, Ganso Verde, Wireless Ridge. Donde había posición argentina ellos arrasaban. Algunos de los combates más sangrientos fueron los del Regimiento 7, en Monte Longdon y la Infantería de Marina en Tumbledown. Desgastaron a los regimientos 2 y 4 de Corrientes, que estaban en el medio.



El espectáculo era admirable y espantoso a la vez, con la niebla, en la oscuridad, el fuego de los proyectiles iluminaba la zona y mostraba fantasmas en lugar de combatientes.

Su grupo usó toda la munición que tenía la noche antes de la rendición, combatieron a cien metros de distancia, sin llegar a combatir cuerpo a cuerpo. Tiraron toda la noche, pero ninguno de los dos ejércitos avanzó, finalmente en la madrugada del 14 de junio los tomaron prisioneros. Se rindieron allí, faltaban municiones, no tenían nada. Recordemos que habían tenido que salir de la zona de Moody Brook, cuando el fuego británico destruyó el cuartel.

En la madrugada blanca de nieve y teñida de rojo, Lalo escuchó que un inglés les indicaba en lengua española:

— Esto ya se termina, quédense tranquilos, fusil al hombro y marchen a Puerto Argentino.

Se fueron caminando en silencio por arriba de la montaña. Esa madrugada, cuando todo se cubrió de silencio, Lalo volvió a sentir el silbido del viento intentando acomodar su presencia en las praderas. ¡Hasta se podía escuchar el escándalo que hacían las olas en la lejanía al chocar con las rocas! ¡Vio el cielo a pesar de la lluvia! Bajaron hasta la ría y de allí caminaron por la calle que lleva a Puerto Argentino.

— ¡Saquen el cerrojo del fusil y tírenlo al mar! —había sido la última orden de su superior

Los llevaron a unos galpones, entregaron el fusil y el correa. Conocemos que a las nueve de la mañana llegó el jefe inglés con una escolta de soldados, el gobernador argentino lo recibió en la casa de gobierno y se realizó la rendición formal. Todos estaban allí, en el pueblo.

— ¡Las tropas van a los galpones! —dijo alguien en español.

A pesar de que la rendición fue difícil, el sonido del último cañonazo trajo consigo un horizonte libre de humo y fuego. Estar prisionero lo tranquilizó, pudo pensar y ver que ya no se perderían más vidas.

Quedaron con custodia inglesa en la puerta y al otro día los subieron a los lanchones para llevarlos al Camberra. Perdió un poco la noción del tiempo,



creemos que navegaron dos o tres días, cerca del dieciocho de junio, el barco atracó en Puerto Madryn. Sintió que bajaba como adormecido después de un largo sueño, miró el mar y lo vio diferente, el día estaba despejado y el oleaje sereno. ¡Su mirada también había cambiado! Un futuro de paz se leía en sus ojos.

Respiró profundo al ver los camiones encolumnados esperándolos. Detrás estaba la gente, no la dejaban pasar, pero en un momento rompieron el cordón y todos corrieron a abrazarlos, a felicitarlos. Les traían frazadas, pan, bufandas y pulóveres tejidos por las mujeres del lugar.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó una señora al compañero de Lalo—
Dame un número de teléfono y llamo a tu casa.

Tantas muestras de cariño llenaron el corazón de estos seres que venían abatidos, sintiendo por momentos que habían fracasado.

En el año 2008 con otros cinco veteranos fueron a agradecer a Puerto Madryn tanta solidaridad. ¡Se fueron en bicicleta! ¡Hicieron 1416 kilómetros en varias etapas! Salieron de La Plata, del “Portón Histórico”, el mismo lugar que los despedió cuando se fueron a Malvinas y por donde entraron los camiones con los que volvieron. Todo el pueblo de Puerto Madryn los recibió. Ese 28 julio los galeses festejaban su Fiesta del Desembarco.

III

Se nos pierde en el recuerdo el día de la llegada a La Plata, quizás fue el 21 o el 22 de junio, Lalo solo sabía que no volvería a la brigada. Regresó de Malvinas convencido. ¡No quería seguir más! No era ese su destino. Solo había un problema, su obediencia al ejército terminaba recién el 31 de diciembre, si se iba antes se convertía en desertor.

Esa primera noche se quedó en casa de Claudia, quería estar tranquilo, pero los recuerdos no lo dejaron dormir. Miró por la ventana de la habitación, el frío se había adueñado también de las calles platenses. A la tarde siguiente, mientras



conversaba con Claudia y su familia, pasó una avioneta y por instinto se metió debajo de la mesa.

No se presentó aquella mañana a finales de junio después de unos días de franco.

Lalo estaba enfermo, los recuerdos no lo dejaban dormir. Vivía en la casa de un joven que fue su soldado dos años atrás y se habían hecho muy amigos, siempre iba a su casa antes de la guerra.

— Vos traete todas tus cosas y te venís a vivir con nosotros —le dijeron los padres.

Tenía un poco de ropa ahí, un poco en la brigada, otro poco en la casa de su novia. Los pensamientos de Lalo estaban iguales, desordenados y confundidos.

Todavía no veía a su familia, se fue con Claudia a Tupungato a reencontrarse con su madre y sus hermanos. Se sentaron en el estribo del tren contemplando cómo se alejaba la ruta siete, donde las vías van paralelas al camino. Se miraban en silencio pensando qué hacer, cómo seguir, debían tomar una decisión. Intuían que iban a ser tiempos durísimos, no sabían de qué iban a vivir.

Cuando volvieron a La Plata ya estaban decididos, Lalo se quedaría, conseguiría un trabajo y se casarían.

Buscó muchos trabajos, pero se le cerraban las puertas. ¡No fue fácil para ningún ex combatiente obtener trabajo!

Antes de la primavera le había llegado una carta de la presidencia de la Nación, era el Mayor Banetta que le decía que lo esperaba. Después de Malvinas, Bignone lo había llevado como secretario a la presidencia.

Fue un lunes cuando se reencontró con Baneta.

— ¿Cómo estás? —le preguntó el mayor.

— Y... ando mal, no sé qué hacer...

— ¿Qué necesitás?

— Trabajar, necesito un trabajo.

— Bueno mirá, te llamo porque hay que arreglar el tema de abandonar el ejército. Eso ya está. Firmá estos papeles que el 31 de diciembre te va a



salir la baja. Quedate tranquilo, no hace falta que vuelvas. ¿Dónde querés trabajar?

— En La Plata —le dijo.

Mientras terminaba de hablar se paró y golpeó la puerta de la oficina contigua. Del otro lado le dijeron que pasara. Era la oficina de Bignone.

- Permiso mi general —le dijo— Él fue uno de mis soldados de Malvinas.
- Lo hizo pasar. Lalo lo saludó y cuando salieron Baneta le dijo:
- Andá tranquilo que te van a ir a buscar. ¿Qué trabajo querés?
- Un puesto en la feria.

Su suegro tenía un puesto en la feria, algo conocía del tema. A los dos o tres días fueron de la municipalidad.

— ¿Adónde querés el puesto? —le dijeron— Hay feria en Parque Saavedra, Villa Elisa y City Bell. Empezá cuando quieras.

Claudia le ayudó a elegir los lugares. En diciembre ya estaba trabajando y el 29 de abril de 1983 se casaron.

Los barrios platenses desde hace ciento veinte años se llenan de color y bullicio los días de feria. Desde que llegó a La Plata se había sentido atraído por la atención que los vendedores le brindaban a la gente, con los años los puestos fueron tomando un lugar muy importante. Lalo se acostumbró rápido al trabajo itinerante, como todos los puesteros, se trasladaba con su mercadería al lugar de ventas según el día, algunas veces al Parque Saavedra, otros a la plaza principal de Villa Elisa y los jueves y domingos al playón municipal de City Bell. Buscaba mantener los aromas y los colores de sus productos, ofrecía la fruta más fresca que podía conseguir. Eso tan simple lo llenaba de felicidad.

Los primeros meses no podía dormir, se despertaba con la sensación de seguir en el frente de batalla, sentía que no podía respirar, se ahogaba. El tiempo pasó y finalmente se separó de tantos recuerdos difíciles, cuando empezó a trabajar en el puesto, el aire libre y tranquilo de la feria y el contacto con la gente lo ayudaron a olvidar. La guerra se fue convirtiendo en un recuerdo, no lo afectaba, no tenía problemas.



Lalo era un hombre de mucha fe y lo sigue siendo, siempre en la vida se ha aferrado a Dios y a la Virgen de Luján. De niño en Tupungato junto a otro de sus amigos, Peco Giaquinta, fue monaguillo en la parroquia Nuestra Señora del Socorro. En Malvinas tuvo la suerte de tener como compañero a Cristian Bermúdez, el entrerriano, que cuando sentía que no podía más lo alentaba y le enseñaba a tener esperanza.

— No, pero mirá —le decía—está la familia... ¡Vamos a volver!

Con los años empezó a darse cuenta de que debía hablar de la guerra, que él formaba parte de la historia viviente de esa época argentina. ¡Sólo los que estuvieron en las islas podían malvinizar al país!

Por dieciséis años este hombre que aún hoy conserva su postura, sus modales militares y porta en los desfiles con orgullo el uniforme de veterano de guerra, vendió frutas en un puesto de la feria de La Plata.

En los finales de la década del noventa, el trabajo no andaba muy bien y Lalo empezó a buscar otra actividad. En esos años, había hecho amistad con Lyn Cisneros, un hombre bastante más grande que él. Los unía el amor por la tierra mendocina, a Cisneros le gustaba mucho viajar a Mendoza, a Mayor Drummond, donde tenía conocidos.

— Si querés cambiar de trabajo —le dijo una tarde— vamos al bar y conversamos.

Charlaron un buen rato, Lalo le contó sus inquietudes y Cisneros le dijo que trabajaba en el Ministerio de Educación. Le prometió ayudarlo. También estaba en política.

Un día en que llegaba de la feria y estaba descargando unos cajones Lalo lo vio llegar. ¡Venía corriendo!

— ¡Vení, vení, mirá! —estaba agitado y feliz.

¡Le había conseguido trabajo en el Ministerio de Educación!

Lalo tenía en sus manos el papel y no podía creerlo. El trabajo en la feria era muy sacrificado y no se ganaba demasiado. Estuvo un tiempo más hasta organizarse bien y en cuanto le avisaron, empezó a trabajar en educación, en el



departamento de servicios de la rama secundaria. Tenía cuarenta años cuando entró.

— El año que viene me jubilo —decía aquella tarde este hombre de manos fuertes y sonrisa tranquila.

Aún se pueden descubrir entre sus cabellos muy cortos y blancos el color oscuro original. No es macizo ni musculoso, pero no ha perdido su esencia militar, cuando habla hace pausas y con tranquilidad continúa su relato, se nota que es paciente y que la vida le ha regalado buenos momentos.

Hubo veces en que se sintió devastado y sin respuestas, tanto en los días de la guerra como en los años que siguieron, pero eso lo ha ayudado a convertirse en una persona más tranquila, más pensante y pacifista. Mucho después de Malvinas cambió su manera de ver las cosas, fue peligroso el camino, pero ahora disfruta de la vida y trata de aprovechar al máximo todo lo que Dios le regala. La guerra le enseñó a alejarse de cualquier discusión. Con el paso del tiempo y ahora ya grande, está convencido de que en una guerra nadie gana. ¡Todos pierden!

Siempre cuando finaliza una época de conflicto, donde se deben tomar decisiones y enfrentarse a situaciones violentas, se siente la culpa de no haber hecho un poco más. Con el paso del tiempo, con los años, uno va entendiendo que entregó todo lo que tenía y que siempre, hasta en las situaciones más injustas y dolorosas algo se gana. Lalo sintió esto y ganó mucho. Ganó una familia, sigue casado con Claudia desde hace treinta y cuatro años, ella lo contuvo en sus peores momentos, siempre estuvo a su lado. Su hijo Diego es licenciado en Higiene y Seguridad, trabaja en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, en una cadena de farmacias y algunos días en La Plata, además tiene una consultora con un socio. La hija, María Laura, tiene una agencia de viajes en La Plata, está casada con Juan Manuel y son los papás de su única nieta, Sofía, los dos son guías de turismo. Ellos son su gran tesoro, su voz se llena de orgullo cuando lo cuenta.

— Yo creo que, si no hubiese tenido la esposa que tengo, la familia que me tocó, mis hijos, mi familia de Tupungato, no sé. Todo me ayudó para



salir adelante. He caído varias veces, pero he salido con la ayuda y la contención de ellos.

Siempre se preocupó por tantos veteranos que deciden no seguir viviendo o se vuelcan a la bebida, Lalo estaba convencido de que a él no le pasaría nunca. Sin embargo, hace poco, un día en que iba a Mendoza con su familia se le hizo la noche, todo se oscureció de repente, pensó que era la presión, descansó un rato y continuaron, a la vuelta le volvió a ocurrir. Cuando llegó a su casa no podía dejar de llorar, sólo quería estar en la cama, no quería ver a nadie. Le decía a su familia que se iba a morir. Era su único pensamiento.

Se trató y el diagnóstico final fue “Estrés postraumático con trastornos depresivos moderados”. Ahora toma pastillas y ha asumido que tiene que convivir con las heridas que le causó Malvinas. Aprendió a decir lo que le afecta y qué cosas quiere en la vida. Aprendió a buscar su norte. Todo eso le da tranquilidad.

El jefe de psiquiatría del Hospital de Campo de Mayo, con todo su equipo médico, había viajado a los Estados Unidos a capacitarse en el tema de excombatientes, para tratar el estrés postraumático. Él fue quien lo atendió, después de realizarle más de seiscientas preguntas de un test norteamericano le preguntó quién era el encargado de la compañía donde había estado.

- El Mayor Baneta. —había respondido Lalo
- ¿Quién?
- El Mayor Banetta —le repitió.
- ¿El que le dicen “el gato”?
- Sí.
- ¿Ese fue su jefe?
- Sí. Para mí más que un jefe, fue un padre —respondió Lalo

Él también lo conocía. Le contó que estando en Las Lajas no tenía trabajo y lo conoció a Baneta por medio de su esposa, que era médica.

- ¿Querés ir a Buenos Aires a hacer un curso? —le había preguntado Baneta— Porque yo necesito médicos.
- Sí, cómo no —dijo.



Entonces lo mandó a Buenos Aires a hacer el curso y ya salió como Teniente Primero Médico.

Cerró el libro y le dijo:

— ¡Es una excelente persona!

Le pidió perdón por no haber actuado antes.

— ¡Se podrían haber evitado muchas cosas! —dijo.

Muchas veces al no tratarse en el momento, la persona cree que está bien y no es así. Ese fue un error del mismo Estado, todos tendrían que haber hecho un tratamiento psicológico.

Recién en 1994 Lalo empezó a compartir sus experiencias de Malvinas. Pocos sabían en La Plata que era un excombatiente de la guerra, nunca más había hablado, se guardó todo. Cuando los chicos fueron creciendo les contó algunas historias. Se dio cuenta de que no podía callar su pasado un día en que su hija, que apenas tenía ocho años, llegó de la escuela y le dijo que el papá de un compañero había estado en Malvinas.

— ¿Como vos, papá? —le había preguntado María Laura.

Ya se empezaba a hablar del 2 de abril.

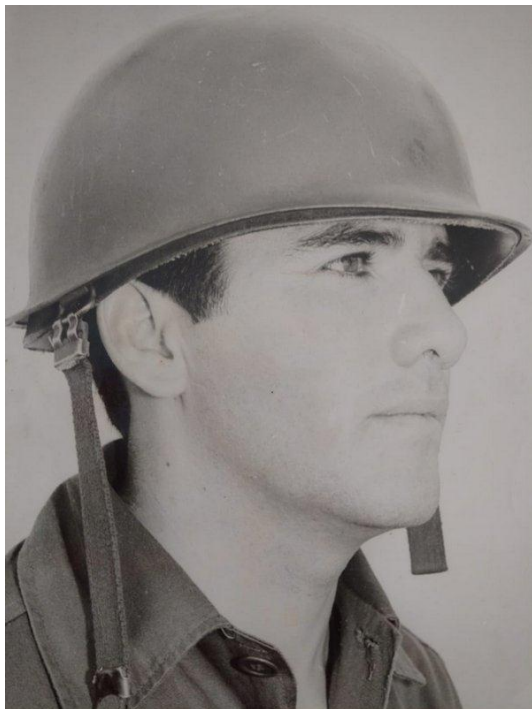
Empezó a acercarse a los grupos de a poco y cuando el intendente de Tupungato, Joaquín Rodríguez lo invitó a un acto, sintió que debía ir. Sabía que estaría Portillo y le dijo a Claudia:

— Tengo que ir. Voy a ir.

Desde ese día, cada 2 de abril, Lalo participa de los actos en la plaza Héroes de Malvinas, en el centro de Tupungato. Como cada uno de los protagonistas de este libro siente agradecimiento por su querido departamento, por su hermosa gente que cada aniversario, le recuerdan que el pueblo no olvida que ellos dieron la vida por la patria.

No puede dejar de emocionarse cuando dice estas cosas. Le hacen tanto bien a él como a su familia.





Juan Eduardo Guzmán



ROGELIO MÉNDEZ

Un hombre que no olvida

“Cuando se hizo de día encendieron el motor de los camiones, engancharon las cocinas y los cuatro vehículos en caravana volvieron a Puerto Argentino. La angustia de dejar a los compañeros en una situación cada vez más complicada, los mantuvo en silencio todo el viaje”.

Un viajero estuvo una tarde en la casa de Rogelio Méndez, el mismo día en que el verano se enunciaba con una tormenta escandalosa. El viajero miraba cómo caía el agua sobre el callejón de tierra, mientras esperaba ver aparecer en la calurosa tarde gris, la silueta de un hombre al que no conocía. Los delgados techos de las casas parecían quebrarse ante tanta furia, mientras esta persona pensaba en el rumbo que había tomado su vida. Le agradaba meterse en la historia de los seres humanos, no se cansaba de recorrer lugares.

Cuando vio a Rogelio tuvo la impresión de que era un militar por su andar seguro, su cabello corto, su postura, su presencia. Todo indicaba que era un veterano de la guerra. El hombre caminaba erguido y seguro por el callejón en dirección a su casa, guiando al viajero que lo seguía en el auto. Llegaron hasta la casa de madera, entraron y se sentaron. Había una mesa, sillas, un aparador cargado de cosas y un televisor. Su mirada confiada le mostraba que era un hombre sensible.

Comenzó a relatar su testimonio y empezó hablando de sus padres. No pudo contener el recuerdo y se puso a llorar. Rosa, su esposa se



había sentado cerca, dispuesta a ayudarlo con los recuerdos, lo miró compadecida, se levantó de la silla y los dejó solos. ¡No debe ser fácil contener el llanto y el dolor de un hombre que ha vivido una guerra! En muchas ocasiones Rogelio tuvo que parar el relato para silenciar el sollozo que escapaba cargado de lágrimas.

— Me crié en Los Árboles —decía— y en la adolescencia me fui a trabajar a un aserradero a Tunuyán.

Los Árboles es un lugar tan cercano a Tupungato, que a veces se confunden los límites. Está más cerca de La Pampa que de Villa Seca y se llega antes a la ciudad tupungatina que a Tunuyán. En ese lugar, en Los Árboles, tuvieron nueve hijos don Tránsito Méndez y doña Fidela Salinas. Uno de ellos, Rogelio, que había nacido un 15 de setiembre de 1962, es el que habló con aquel viajero en esa calurosa tarde de diciembre.

Vivía con su hermana cuando se incorporó al ejército, le tocó hacer el servicio militar en la Infantería de Marina. Los meses fueron largos, cansadores. Llevaba casi dos años en la rígida rutina del regimiento extrañando a su familia y a su tierra, pero desde hacía un tiempo rondaba en su cabeza la idea de quedarse en el ejército. Le gustaba la vida que llevaba allí. Una mañana al levantarse se sintió seguro de que eso quería para su vida. Ese mismo día empezó los trámites en el Batallón de Infantería de Marina. Sintió que era una muy buena elección, faltaba un mes para salir de baja. Se iría unos días a su casa y le contaría a la familia su decisión de incorporarse a las fuerzas. Era marzo, las instrucciones en ese mes se habían duplicado, los soldados sospechaban que algo se estaba gestando. ¡Eran numerosos los vehículos anfibios y tanques que veían pasar! Cerca del 20 de marzo el movimiento que había en la compañía se duplicó.

Muchas veces cuando pensamos en la marina, inmediatamente la asociamos con el mar, pero Rogelio estaba en tierra, él pertenecía a una Compañía de Infantería de Marina que es de servicios. En la mañana del 28 de marzo, con un sol radiante los embarcaron en el barco San Antonio sin decirles dónde iban, Rogelio imaginó que salían de rodamiento. En el lenguaje del ejército rodamiento es el traslado de un regimiento de un lugar a otro, era una tarea rutinaria, los llevaban por tierra o por mar a Santa Cruz o a Chubut, por eso el acontecimiento no lo sorprendió demasiado.



Partieron varios buques en una marcha lenta donde no sabían lo que pasaba, en el aire se respiraba preocupación, era diferente de otros viajes, aunque nadie decía nada. Los soldados iban tranquilos, convencidos de que era un desplazamiento de rutina sin saber que el día en que salieron del puerto, la Junta militar había ordenado la puesta en marcha de la “Operación Rosario”. En el anochecer del 1 de abril, los llamaron a todos a cubierta y el Capitán Arenas, les comunicó la misión, entre otras cosas, les dijo:

— ¡Ustedes vienen a defender Malvinas! ¡Acá, el que sale vivo vuelve a la Argentina!

No eran muy esperanzadoras las palabras del capitán. ¡Estaban a cuatro horas de las islas! Podemos imaginar la sorpresa. ¿Qué podían hacer? Nada, ya estaban allá. A muchos les agarró un ataque de pánico, algunos querían tirarse al mar. Rogelio estaba muy asustado, pero nunca pensó en matarse.

En los días de navegación soportaron temporales muy fuertes, pero en la oscura madrugada del 2 de abril, el mar estaba calmo, como esperando a los soldados argentinos. Podemos suponer la situación, primero vencer el miedo para después pisar tierra con la seguridad de que era un pedazo de Argentina, pero sintiendo que invadían un territorio extraño. Los Comandos de Ejército y de Infantería desembarcaron en Puerto Groussac, con ellos iba el capitán Giachino. El grupo de Rogelio quedó apostado en el puerto, mientras que los comandos de escuela siguieron a la Casa de Gobierno. Si en esos momentos le hubieran dicho que un día estaría contando esta anécdota y que el pánico, la angustia que todos sentían iba a pasar, no lo habría creído.

Muchos al encontrarse en el lugar y darse cuenta de la situación lloraban o pedían a sus jefes que los llevara de vuelta al continente, pensaban todo el tiempo en que podían morir. Si morían allá ¿qué pasaría con sus cuerpos? Era la pregunta que se hacían. Después los días y la rutina de la guerra los fue armando como verdaderos soldados, la transpiración de sus cuerpos se normalizó y sintieron el compromiso de defender ese pedazo de suelo argentino. Rogelio se daba cuenta de que estaba en una guerra y pensaba que iban a ver muertos, eso sí lo pensaba, pero en ningún momento sintió ese miedo que a veces no deja respirar a las personas y los lleva a reaccionar de manera inesperada. Siempre rezaba, rezaba mucho. Se encomendaba a Dios desde que



se levantaba hasta que se acostaba, rezaba pidiéndole que lo acompañara. Sentía su protección.

En el barco cuando le dijeron que iban a defender Malvinas, intentaba tranquilizar a sus compañeros.

— Bueno, vamos a llegar, a tomar el pueblo y nada más —les decía.

¿Qué sentimiento tendría al llegar? ¿Estaría nervioso? Pensamos que quizás les dieron algo para serenar ese espíritu tan revuelto y lleno de interrogantes que traían, porque llegaron tranquilos. Escuchaban como en una rutina las órdenes, dónde apostarse, cómo cuidarse. Con los meses de entrenamiento en el continente habían aprendido a protegerse mutuamente. Algunos ya tenían la baja ordenada y tuvieron que seguir en el batallón, tenían la tranquilidad de saber que estaban muy bien instruidos.

Esa madrugada del 2 de abril de 1982, Rogelio apostado en el aeropuerto imaginaba lo que estaba pasando en la casa del gobernador inglés. El tiempo parecía detenido, la luz del sol no llegaba nunca. Calculamos que pasó más de una hora de esperas y tensión, hasta que al fin les comunicaron que las islas habían sido tomadas y que el Capitán Giachino al llegar a la casa de gobierno había muerto. Esto ya no era un juego ni un entrenamiento. ¡Era una guerra! ¿Qué ideas ocuparían la mente de esta alma? Veinticuatro horas antes estaba pensando que en pocos días le daban la baja y comenzaría una vida nueva dentro del ejército.

Cerca de la una de la tarde del día siguiente los llevaron a la villa. Mientras caminaba, Rogelio imaginó encontrarse con un pueblo diferente, con pobladores que los recibían mostrándoles su amistad. ¡Se emocionaba con eso! ¡Pero la bienvenida no fue la esperada! Los recibieron con disparos, desde cualquier ventana aparecían de repente ráfagas de municiones. Rogelio no quería, pero tuvo que tirar para defenderse de los kelpers y de varios soldados y oficiales ingleses que habían escapado y se escondían en las casas del pueblo. ¡Ese fue el recibimiento! Después se hizo silencio.

El terreno era muy húmedo, con mucha turba, iban pisando y se hundían. Un soldado está preparado para estar horas bajo la lluvia y el frío, pero esa llovizna era interminable y cuando llegaba la noche si continuaba lloviendo todo se



convertía en escarcha. ¡Sabemos que no es fácil soportar el frío! La vida guarda registro de cada situación que va viviendo y estas cosas quedan impregnadas por años en el cuerpo, nos animamos a decir que para toda la vida. Podemos imaginarlo. ¡El aire oceánico se hacía sentir! Pero Rogelio también estaba seguro de la instrucción que había recibido. ¡Era muy buena! Sabía que había otro soldado en la Marina también nacido en Tupungato, de apellido Barzola, pero desconocía por dónde andaba.

A pesar del frío y la hostilidad de los primeros encuentros, le gustó Puerto Argentino, casi la mitad de la población de las islas se concentraba en esa zona, calculaba que no eran más de mil personas.

— Para mí ver —decía Rogelio al viajero aquella tarde— la guerra fue la excusa del gobierno para frenar una guerra civil que ya se sospechaba. Cuando el Gobernador Menéndez pidió aviones porque la flota de barcos de los ingleses venía, no se los mandaron, si ellos mandan los aviones, los ingleses no llegan a Malvinas —estaba muy convencido de lo que hablaba.

Mientras tanto la Plaza de Mayo hervía de banderas, de brazos alzados, de gritos clamando por la devolución de las islas. Una frase queda aun repicando en el ambiente: “¡Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla!”. Rogelio nunca va a entender por qué se apoderaron los ingleses de un lugar tan lejano.

Pasaron frente a la iglesia Santa María que mira hacia la costanera Roos y que fue construida en madera hace más de un siglo. Tiene el techo rojo a dos aguas y las paredes blancas, un pequeño campanario con ribetes grises bordea el triángulo del techo. Los mismos ribetes adornan las márgenes de puertas y ventanas. En las tardes claras, cuando el cielo es más azul que en cualquier otro lugar del mundo, su techo se alza marcando la silueta del templo, en la profundidad de un cielo que resalta por su serenidad. En los atardeceres grises y oscuros, iluminada tan vez por alguna luz de la calle, la imaginamos mostrando la blancura de sus paredes, contrastando con la noche que se va acercando. Su silueta aparece como una visión.

Hace treinta y seis años no había paz en este lugar, la blancura de la madera brillaba en las pocas noches de luna, se veía fantasmal con los destellos de las



bombas, que milagrosamente nunca la tocaron. La entrada es por un costado. ¡Debe haber sido muy triste encontrar tanques y soldados cerca de ella!

¡Donde solo debe respirarse paz y misericordia, se peleaba una guerra!

El templo está rodeado de un espacio verde, cerca del polígono, a pocas cuerdas del mar y algo alejado de la casa del gobernador. Se llega a él por una rampa que tiene doble pórtico, lo suponemos cálido, para recibir a los feligreses en los días de nieve o de viento, este pórtico está en un costado del rectángulo. Sobre el campanario, que termina en forma piramidal, lleva la cruz que la identifica como iglesia católica. ¡Debe tener escondidos entre sus muros un ramillete de plegarias y pedidos realizados por los soldados durante la guerra! En el altar hay un relieve de Jesús Buen Pastor con dos ovejas, en un costado la imagen de la Virgen y en el centro, una Cruz colgada delante de un gran cortinado de terciopelo rojo. En la parte de atrás, de frente al Cristo, un cuadro donde los doce apóstoles comparten la última cena de Jesús en la tierra.

Detrás de la iglesia Santa María estaba el polígono, allí se ubicó la compañía de Rogelio, eran cerca de setenta hombres a cargo del Capitán Arenas y desde ese lugar los iban mandando donde necesitaban apoyo, siempre dentro de la Infantería de Marina.

Rogelio comenzó a manejar un camión en Malvinas llevando comida a la gente del Batallón de Infantería 2, más tarde terminó siendo chofer del Capitán Arenas.

Tenía que estar atento cuando llegaba a una unidad de recordar la contraseña, si no lo hacía los soldados tenían orden de dispararle.

En esos primeros días fueron llegando de a poco los regimientos, algunos pasaban por el pueblo y partían a su destino. Dentro del nerviosismo que se vivía podemos decir que fueron días tranquilos. Practicaban entrenamiento y tareas de rutina, pero eso no duró mucho. ¡Hasta que llegaron los buques ingleses! Todas las noches hacían ablandamiento de terreno, tiraban desde una distancia de 30 kilómetros a la costa, sabían que Argentina ya tenía toda la orilla del mar preparado con las minas, disparaban desde los barcos y muchas minas explotaban.



A los pocos días de estar en el polígono, empezaron a darles una instrucción muy fuerte, seguro como práctica, pero también para que no pensaran demasiado en la situación. Se notaba la diferencia de los que llevaban casi dos años en el ejército y los recién incorporados. Rogelio tuvo la suerte de tener mucho tiempo de instrucción, eso le ayudó y le enseñó a cuidar de sus compañeros más novatos. ¿Tuvo miedo de morir? ¿Sintió que no podría volver? ¡Seguro que el miedo está cuando un hombre sabe que una bomba o una ráfaga de avión lo puede matar o dejar mutilado! Muchos sentían la necesidad de llorar y lo hacían en esos momentos. Rogelio no lloraba. Después con los años, empezó a derramar todas las lágrimas que no pudo dejar salir en Malvinas.

Muchas veces iba manejando y por la radio le avisaban de un bombardeo, entonces lo único que podía hacer era tirarse del camión y esconderse entre las piedras, tratando de resguardarse de las bombas.

¡Cuando los ingleses empezaban a tirar, se perdía el sueño, el miedo! ¡Sólo se pensaba en dónde refugiarse!

En una oportunidad lo mandaron tres días de guardia a Ganso Verde, en el Comando de Infantería.

— ¡Eso fue tremendo! ¡Tremendo! —Contaba.

¿Pensaría Rogelio que los ingleses estaban cada vez más cerca? Mientras hacía guardia en Ganso Verde imaginaba que los gurkhas podían aparecer en cualquier momento. Sus compañeros hablaban mal de los gurkhas, pero él pensaba que eran personas igual que todas, con mucha preparación para una guerra. Rogelio aun hoy piensa en los chaqueños, los formoseños, los correntinos. ¡Personas que nunca habían pasado frío! ¡En Malvinas había noches de hasta 20 grados bajo cero! También pensaba que las armas que tenían eran muy inferiores.

— ¡Usted no sabe lo que es estar de guardia en la noche y sentir las antiaéreas! —Decía— ¡Verlas y estar ahí escondido! ¡Sin saber en qué momento llegaban!



Veía los aviones pasar bombardeando todo y él solo tenía un rifle para defenderse. ¡No podía hacer nada! Se metían a los pozos o detrás de las piedras, se refugiaban donde podían.

— ¡Y vi muchos muertos! ¡Muchos muertos! —a medida que va recordando su voz se hace más triste y el lugar se llena de silencios y recuerdos.

Después de esos días volvió al polígono, a cien metros de la casa del gobernador, allí vivían bajo tierra, en los sótanos. Si no les tocaba hacer guardia dormían tranquilos. Sabemos que era un lugar seguro porque los ingleses lo habían construido para eso. El espesor que tenían los hormigones era muy grueso.

— Más o menos un metro de espesor —le contó alguien a su jefe cuando preguntó— un metro de costado y un metro hacia arriba.

El Cabo Principal Sambucetti y el Cabo Primero Agüero eran los radios operadores y a Rogelio le tocaba seguido estar con ellos en el comando de la infantería. Era difícil escuchar por radio: “¡Atacaron en tal lado! ¡Desembarcaron en tal lado!”. No eran informes que debían reportar, no podían comunicar lo que estaba pasando a los demás.

Una noche muy fría que como casi siempre lloviznaba, Rogelio se había dormido tarde, después de dar vueltas y vueltas, presentía en su interior que algo estaba por suceder. Soñó con la familia, se vio trabajando la tierra en Los Árboles junto con su padre y hermanos. Eran pasadas las cuatro de la mañana del 1 de mayo cuando el sueño se transformó en conmoción. Se despertó gritando con desesperación: “¡Están atacando el polígono!”. Eso fue lo que sus sentidos le dijeron al despertarse. Pero el ataque era en el aeropuerto. ¡Estaban a dos kilómetros y parecía que se iba a desarmar el polígono! ¡Cómo habrá sido el estruendo! Conocemos que la bomba que impactó esa noche en la pista del aeropuerto produjo un orificio de quince metros de diámetro en el borde sur.

Empezaron a correr, a ponerse las mochilas. ¡Estaban preparados para el ataque! ¡Esa noche se entabló el primer dialogo entre los aviones ingleses y las antiaéreas argentinas! ¡Un tiempo que pareció eterno! ¡Allí empezaron los días difíciles!



En ese combate fue desesperante ver los aviones en el cielo, era como estar viendo una película, quedaba el fuego latiendo en el aire y seguro caía alguno. El silencio casi no existió, se perdía en el sonido de los aviones que aparecían de la nada, solo llegaban y convertían el espacio en una furia ensordecedora.

Desde ese día el ablandamiento de tierra fue permanente. Se escuchaba el sonido cuando el proyectil salía del barco, después el silbido del recorrido hasta que la bomba caía. ¿Qué podían hacer? Nada, quedarse ahí. Su grupo solo tenía fusiles, las armas grandes estaban apostadas en el pueblo y en los lugares donde podía desembarcar el enemigo.

Los ingleses atacaron confiados en que los argentinos no tenían armas para combatir aviones. ¡Las antiaéreas fueron una gran sorpresa! Hacia la madrugada, pasadas las seis de la mañana, el Capitán Arenas lo mandó al aeropuerto con el Cabo Principal Sambucetti y otro soldado. Tenían que llevar medicamentos a la zona del desastre. Cuando llegaron un soldado les contó como salvó su vida.

— ¡Estábamos a veinte metros! —contaba más excitado que asustado—
¡Fue un milagro! —el soldado miraba su cuerpo lleno de lodo, pero entero.

Cuando cayó la bomba la explosión levantó una champa completa de turba y un pedazo los tapó a él y a un grupo de soldados que estaban allí. Se quedaron inmóviles, esperando que las esquirlas dejaran de descargar su demoledora furia, seguros de que era el fin. Cuando terminó su relato, Rogelio comprendió que la guerra había comenzado su destrucción. ¡Había muchos heridos! ¡Varios murieron ese día!

¡Pero también existieron los milagros!

A partir de ese momento una de las tareas principales de Rogelio fue la de enterrar a los muertos.

— Yo nunca había visto un muerto desangrado —contaba aquella tarde—
se vuelven de un color verde opaco cuando pierden la sangre.

Temblaba al sostener los primeros cadáveres como tembló el polígono el 1 de mayo. Después de aquella madrugada el triste sonido de misiles y bombas no lo dejaban dormir, el ruido era ensordecedor.



Cuando el día amanecía sin nubes, los aviones brillaban majestuosos, parecían pájaros en un planeo perfecto. ¡Costaba imaginar que se estaban jugando la vida! Por momentos el cielo se convertía en un espectáculo increíble, primero el ruido los delataba, después ellos aparecían de la nada, surgían resplandecientes entre la mezcla de grises, azules, celestes y blancos en la altura. Los pilotos con un arte increíble lograban escapar de los misiles enemigos. Rogelio muchas veces perdía la noción del peligro mirándolos combatir, volando con la gracia de un pájaro. ¿Quién no se imaginó alguna vez ser un pájaro libre en el cielo? Pero aquello no era la libertad, no siempre los aviones lograban esquivar los misiles, entonces veía el tremendo espectáculo del avión explotando en el aire. A veces los pilotos podían inyectarse, otras no.

No podía dejar de imaginar cómo se verían las nubes desde el cielo, esos minutos donde el aviador se queda sin palabras, y el avión no ve el mar a sus pies, sólo nubes por debajo y en lo alto el cielo limpio y celeste. Momentos donde únicamente existe el contacto con Dios, atardeceres en que el sol busca dejar su huella roja y ardiente en las pupilas de los hombres. ¡Debe ser intenso lo que se vive allá arriba! ¡El alma habitada por Dios tan cerca del cielo! ¡Infinitos ocasos mágicos donde un milagro, por un segundo, podría cambiar el tiempo y olvidar que los hombres mueren en la guerra! Pero el sonido de los misiles y las bombas no deja cabida a la esperanza. ¡Son tan reales! ¡Son tan auténticos! Debe ser difícil para Rogelio, recordar pasados los años, el color de aquel cielo o el azul del mar, sin sentir el sonido de las bombas explotando cerca.

Mientras tanto estar en el pueblo le daba un privilegio que no todos tenían, poder comunicarse con sus seres queridos. ¡Pero para el dolor de una madre, seguro no es suficiente un telegrama cada tanto! Aquella tarde al volver de una salida en el camión, su superior le avisó que tenía correspondencia. ¡Era una foto de su familia! ¡Sintió que se tambaleaba! A veces cuando no vemos a alguien, se nos desfigura la imagen, eso le pasaba al soldado Méndez, la cara de sus padres y sus hermanos se perdía en el olor de la guerra. La colocó en su pecho y ahí habitó, cerca del corazón. Hay momentos en que un soldado piensa nada más que en salvar la vida y le cuesta imaginar el futuro junto a la familia. ¡Pero cuando llegó esa foto! Ese día sí lloró, el aire y la lluvia taparon las lágrimas. Pensaba mucho en ellos. ¡Era tan diferente la vida en la isla! Solía



contarles a sus compañeros la felicidad de sus días en Los Árboles, entre las chacras y los frutales.

Los días pasaban y la guerra avanzaba, en Monte London se habían roto las cocinas, su jefe le ordenó que manejara uno de los camiones con el recambio, se sintió contento, hacía varios días que no salía del polígono. Apenas se marcharon, el clima cambió y empezó a llover, era una de las características de las islas, los diferentes cambios climáticos en pocas horas. ¡Sabemos lo que es ir por el campo cuando llueve! ¡La niebla era tan espesa esa mañana que sus ojos no podían ver ni siquiera el borde del camino! ¡Viajaron veinte kilómetros por las lomas en esas condiciones, escuchando detonar bombas por todos lados! En la noche los compañeros del Batallón de Infantería 5 no los dejaron volver a Puerto Argentino. Era muy peligroso.

— ¡Gracias a Dios nosotros no hicimos guardia! —dijo recordando la experiencia— ¡Eso fue tremendo!

Toda la noche bombardeó el enemigo, se sentían las ametralladoras, los cañones. ¡Ay Señor! ¡Qué noche difícil! Rogelio había ido con un sargento, cuando se hizo de día encendieron el motor de los camiones, engancharon las cocinas y los cuatro vehículos en caravana volvieron a Puerto Argentino. La angustia de dejar a los compañeros en una situación cada vez más complicada, los mantuvo en silencio todo el viaje. Al llegar al pueblo arreglaron las cocinas y las llevaron donde se necesitaban. Mientras pudieron salían a repartir provisiones, su unidad estaba encargada de proveer los alimentos que Infantería les pedía, cargaban los camiones con piezas de carne, arroz, lentejas, la comida que les mandaban y volvían a salir con el peligro latente en cada viaje. Rogelio pertenecía a una compañía de servicio y su actividad era entregar alimentos, medicamento, ropa. ¡Tan lejos de la tarea que le tocó hacer cuando era necesario! ¡Enterrar a los muertos!

— ¡Méndez, tiene que llevar al jefe de YPF a la bomba de nafta! —le había ordenado una mañana su superior.

Había un kelper que realizaba esa tarea, pero se había ido a trabajar al campo y Rogelio lo reemplazó. Durante dos semanas fue su chofer. El hombre era argentino y hacía más de diez años que vivía con su familia en la isla, era un



empleado civil que dependía de la Fuerza Aérea. Una tarde dejó al jefe en la estación y se fue con su compañero hasta la orilla del mar, vio emocionado a lo lejos un pingüino de penacho amarillo, el único en todo el tiempo que estuvo en la isla.

— ¡También ellos sufren con esta guerra inútil! — le dijo a Videla.

Subieron al vehículo y volvieron al camino. Les llamó la atención una carpa clavada a baja altura. Estaba entre la bomba de nafta y el cementerio. Entrarían dos o tres personas, no más. ¿Para qué estaría allí?

— ¡Bajate, Videla y fijate lo que hay adentro!

— ¡Nooo, yo no voy! ¡Para mi hay un muerto! —dijo su compañero.

Bajaron juntos del camión y se confirmó lo que presentían los dos. Videla ya estaba impresionado antes de abrir la carpa. ¡Había tres muertos adentro! Se notaba que los cuerpos habían sido destruidos por una bomba. ¡Otra vez ese color verde opaco! ¡No hay un tono parecido en la naturaleza! ¡Es un color muy desagradable! Otra sacudida le dio la guerra al ver esos cadáveres que ya estaban descompuestos.

Cuando se vive algo doloroso por primera vez siempre cuesta, después es más sencillo. Rogelio fue superando esos momentos. Con una retroexcavadora hacía la zanja, sabía que en todo el archipiélago se sepultaban a los muertos de la misma manera. Algunos cuerpos los encontraban con su identificación, armaban una cruz y colgaban en ella la medalla, pero había soldados que no tenían cómo comprobar su procedencia y enterraban los cuerpos en tumbas colectivas, nunca supieron quiénes eran. Sabemos que después de la guerra los ingleses exhumaron los cadáveres de los distintos lugares de la isla y los llevaron al istmo de Darwin. Allí descansan nuestros héroes, en un cementerio argentino.

Hasta que empezaron los combates, los soldados conversaban y contaban anécdotas de las guardias o de alguna salida en camión, trataban de ayudarse unos a otros. Fueron muy unidos. Había un soldado de Mendoza que lloraba muchísimo, Rogelio y los otros compañeros siempre buscaban darle algún consuelo, no lo dejaban solo. Los angustiaba la idea de que intentara matarse, el soldado estaba muy asustado y no podía reaccionar, la distancia que lo



separaba del continente lo destrozaba. Temía morir tan lejos y que no lo pudieran llevar con su familia.

Una noche a Rogelio le tocó hacer guardia en el polígono. Las guardias eran cada vez más tensas por la proximidad del enemigo. Estaba apostado en la entrada con dos suboficiales, el cabo Sambucetti y el Cabo Triera, vigilando los alrededores del comando. El nerviosismo en una guardia, cuando se sabe que es probable el desembarco en cualquier momento, debe ser muy grande. No sabemos la hora, pero hacía un buen rato que el frío y la oscuridad estaban reinando. De pronto vieron mucho movimiento y hundieron la mirada en la oscuridad, hacia la izquierda, donde está la iglesia. Algo les había llamado la atención. Primero sintieron los murmullos apenas perceptibles, después vieron una masa humana que se movía tratando de no ser descubierta. Todo provenía del fondo de la iglesia.

— ¡Mire. soldado, mire! —Le gritó el cabo Sambucetti— ¡Conscripto, mire, mire el movimiento! ¿No ve usted el movimiento?

— Sí —le dijo Rogelio— pero... me parece que son los curas.

Había un pasillo por donde los sacerdotes pasaban del templo a una pieza, era de vidrio y los soldados sabían que siempre allí y a esa hora había movimiento. Pero esa noche que parecía interminable, el cabo desconfiaba.

— Para mí —le contestó— se están comunicando con alguien.

El Cabo Principal Sambucetti era muy nervioso, él actuaba, y si decía: “¡Acá hay que tirar!” ¡Todos tenían que tirar!

— ¡Apunten! —les ordenó.

Sambucetti agarró la ametralladora y empezó a tirar ¡Saltaron los vidrios! ¡Y realmente eran curas! ¡Les tiraron a los curas! Al otro día, llegó la queja y el Capitán Arenas los hizo bailar un buen rato. Desde ese día cada vez que le tocaba guardia con el Cabo Sambucetti, Rogelio ni lo miraba.

De todas maneras, estaba convencido de que existía una conspiración entre los curas ingleses y algunos militares que habían logrado infiltrarse entre los kelpers. La gente iba y venía en ese lugar a cualquier hora. Imaginamos que se comunicaban con los soldados ingleses a través de la radio que había en la



iglesia. Muchas veces se viven situaciones donde los nervios pueden jugar una mala pasada y se cree ver lo que no es, como le pasó al Cabo Sambucetti.

Había una loma a la que le decían “la de arriba”, en ese lugar estaba Rogelio un día de guardia cuando sintió a lo lejos las antiaéreas y entró a mirar con su compañero, buscando averiguar de dónde salían. ¡Cuando distinguieron al avión que venía! Lo empezaron a ver a unos diez kilómetros en el horizonte. ¡Venía rozando la tierra! En segundos lo tenían sobre sus cabezas. ¡Habría pasado a ocho o nueve metros! ¡Imaginamos la desesperación al verlo! ¡El avión iba directo a donde estaban ellos! Era inútil tirarle con los rifles. Resulta que venía de la base aérea de Santa Cruz, era argentino, se habían olvidado de ponerle una marca de identificación y las antiaéreas argentinas le tiraron pensando que era enemigo. Cuando cayó el avión todos gritaban: “¡Viva la patria! ¡Viva la patria!” Los pedazos de metal se confundieron con el humo y el fuego.

Pasaron varias horas hasta que se enteraron de que el avión derribado era argentino. Otro dolor que quedó en el alma, pero seguro el dolor fue más profundo en aquellos que dispararon. Cuando se convive con el peligro, debe ser muy difícil darse cuenta si el que está enfrente es el enemigo o no. Los aviones en un combate debían estar bien identificados, aunque a veces los errores suceden.

Cada situación que vivió le dejó recuerdos, los gritos, los llantos, los tiros. Todo queda marcado en la historia de las personas y aunque no queramos recordar, la mente siempre trae esos momentos que pensamos olvidados para siempre. Como lo que ocurrió aquella tarde que los llevaron a hacer instrucción a Darwin Road a unos 15 kilómetros del polígono y se encontraron con un grupo, eran cinco soldados, nunca se olvidará. ¡Estaban muertos de hambre!

— ¡Estos soldados se van con nosotros! —dijo el Capitán Arenas.

Habían salido a buscar comida, los llevaron con ellos a Puerto Argentino. Del hospital los mandaron a Tierra del Fuego y de allí a sus casas. En esa misma situación llegaron varios más, cerca de quince, todos volvieron a la Argentina.

— Varios pasaron hambre y frío —le decía esa tarde al visitante— yo, gracias a Dios y a la Virgen, no.



Tampoco sus compañeros habían pasado hambre. Sería bueno saber qué pensaba Rogelio sobre este tema, ellos tenían los galpones llenos de comida, eran los encargados de repartirla a toda la Infantería de Marina. Pero hemos contado que Chambi sufrió hambre con sus soldados, Villegas aseguró que muchas veces resultaba imposible llegar al frente de batalla donde sabía que los soldados pasaban hambre. ¡Murieron soldados al querer llegar hasta el camión que les llevaba la comida!

Su voz se ahoga al recordar los peligros que tuvo que evitar, las situaciones donde solo le quedaba esconderse y rezar. ¡Y tantas cosas! Ahora descubre que tendrían que haber pensado la guerra de otra manera. Sabe que muchos factores no se tuvieron en cuenta.

— Tendrían que haber llevado —decía como tirando un torbellino de ideas— a los kelpers que estaban en el campo y a los puesteros al aeropuerto, agruparlos y vigilarlos. Ellos tenían radio en los puestos y sabían dónde estaban los campos minados. ¡Les pasaban la información a los ingleses y nosotros no nos dábamos cuenta!

Al vivir en el centro del pueblo, veía siempre los movimientos de los kelpers, ellos siguieron su vida normal, los veía pasar al correo, a la casa de gobierno, a los negocios. Pero como ya dijimos en otras historias, tenían prohibido el contacto. Solo los argentinos que vivían en la isla podían ir a los lugares públicos y hablar con ellos. Si uno llega hasta la iglesia, puede ver el lugar donde tienen sus casas los argentinos, a mano izquierda, como yendo hacia el puerto, allí viven varias familias. Muchos decidieron que ese era su lugar en el mundo.

La realidad quiere mostrarnos que Rogelio estaba en un buen lugar, podríamos pensar que no vivió la guerra de la misma manera que los que lucharon, que los que pasaron hambre y frío. ¿Pero solo el que ve la cara de su enemigo es un combatiente? ¡La guerra tiene muchos frentes! ¡Deja huellas en todos los rincones!

Rogelio hacía memoria de los hechos y por momentos los relataba con la claridad de estar contando una película.

— ¡Nunca olvidaré a mis compañeros muertos! —repetía hasta que su voz se apagaba para convertirse en un sollozo.



Cada vez que tenía que enterrar a alguien, temblaba pensando que podía ser un amigo. Cuando recuerda esos momentos la desolación se refleja en un gesto sombrío y los ojos se le hacen más pequeños. Su cara angulosa se cubre con aquellas arrugas que solo tienen los que conocen muy bien el camino del sufrimiento.

Detrás de la casa del gobernador estaba el hospital naval, eran carpas de campaña utilizadas para ese fin.

— No quise entrar nunca ahí —decía Rogelio— Supongo que no debió ser agradable. Aprieta fuerte las manos como buscando borrar el pasado. Su mente guarda intacta la imagen de los tres muertos que encontró en esa carpa al lado del cementerio.

Sabía que había muchos heridos en el hospital, no quería ver también ese lado tan terrible de la guerra ¡Y eso que mandaban los más graves al continente! ¡Es imposible imaginar un lugar de combate sin heridos!

Rogelio vivió con el olor a muerte pegada a los huesos, su mirada se fue oscureciendo de a poco. ¡Tenía tantas horas de angustia acumuladas en el corazón! La tarea que le había tocado era muy difícil. El dolor que sentimos todos ante la muerte, llega a su cumbre en esas situaciones, donde las palabras no alcanzan para ilustrar lo que ven los ojos.

Murieron muchos de los compañeros que estaban en diferentes batallones. ¡Tenían su misma edad! Él iba a buscarlos al campo de batalla, encontraba un muerto acá, otro más allá con el cuerpo desmembrado por las bombas.

— A una compañía de ejército de veinticinco soldados, los mataron durmiendo. —Contó aquel día— ¡Estaban durmiendo!

Habían llegado de noche y dejaron para el día siguiente la tarea de preparar los pozos, tampoco montaron un puesto de guardia, armaron las carpas y se acostaron, agotados de cansancio. Los puesteros que sabían dónde estaban, les avisaron a los gurkhas.

— ¡Ahí me di cuenta de que eran bravos los gurkhas! —aún se estremece cuando los nombra.



En aquella época, en los últimos días de la guerra, la familia llevaba un tiempo sin tener noticias de Rogelio y cada día se levantaban temiendo que les avisaran lo peor. Vivían cerca del Manzano Histórico, en Tunuyán, allí el viento parece quedarse prendado entre la hermosura de los cerros y el movimiento ágil de los álamos. Allí las estrellas brillan de manera diferente, están más cerca del hombre. En las noches, donde los rumores que escuchaban les quitaban toda esperanza, se transformaba la quietud de los cerros y Fidela, su madre, temblaba debilitada por la angustia de no saber nada de su hijo.

No había en esa época muchos vehículos que pasaran por la calle empedrada, esa mañana cuando vieron llegar el furgón de una casa de sepelios, Fidela comenzó a llamar a sus hijas desesperada, presentía lo peor.

- Manuela, salís vos —le dijo a su hija.
- ¡Nooo, mami! —Le decía llorando y gritando la hermana de Rogelio—
¡No voy a salir yo! ¡Es el Lito!

En su casa todos le decían Lito. Su mamá no quería reconocer que podía ser Rogelio el que traían en el furgón. Su corazón se lo decía.

- ¡Nooo, hija! —su voz estaba ahogada entre sollozos— ¡Cómo va a ser el Lito!
- Sí, mami, es el furgón del servicio fúnebre.

Hicieron coraje y salieron. Abrazadas y con el llanto contenido en la garganta.

- Señora ¿no quiere comprar ollas?— les dice con una sonrisa el personaje.

Ese día las dos mujeres agarraron a peñascos a este hombre que había robado un furgón. Vendía ollas en las afueras de los pueblos, lejos de los centros para que no lo descubrieran. ¡Cómo alteró esta situación a la familia! Cuando alguien siente que la guerra le está quitando un ser querido, cada hecho insólito lleva a sospechar una tragedia. El delincuente, caído en la desgracia, sin tener en cuenta el dolor ajeno, pensaba en su beneficio y sin saberlo los lastimó con sus actitudes.

Entre la noche y la madrugada del 14 de junio el Batallón de Infantería 5 y 3 que estaba en el frente, luchó hasta que se quedaron sin municiones.



— ¡Ellos sí pasaron hambre y frío! —Su voz se reanima recordando a estos valientes— ¡Se defendieron hasta lo último! Protegieron con sus vidas ese pedazo de tierra amada, a media mañana finalmente tuvieron que replegarse. Retrocedían con el valor en los ojos y con las armas vacías, mientras los ingleses avanzaban, avanzaban, avanzaban. Ese fue el final.

¿Se habrá dado cuenta Rogelio de que la guerra estaba terminando? Seguro que sí, se veían soldados correr por la calle, soldados, cabos, suboficiales de ejército, de infantería, de marinería. Era la mañana del 14 de junio. Cerca de las dos de la tarde recién les avisaron que los ingleses habían tomado nuevamente las islas. ¡Ellos, que estaban a tres cuadras no lo sabían! Se rindieron también, se replegó con toda la compañía, los setenta y uno, cuatro quedaron para siempre en el frío hielo malvinense. Murieron juntos, fueron a repartir medicamentos, no sabemos a qué parte, los descubrieron en el camino y los mataron. Iban en un jeep. Fueron las únicas bajas de ese grupo que estaba en la base.

Les quitaron las armas y todo lo que llevaban. ¡No les dejaron nada! Los ingleses pensaban que había soldados refugiados en las casas y le tiraban al pueblo. ¡Destruyeron varias casas! Debe haber muerto gente.

Cuando llegaron al pueblo, unos estaban cubiertos de barro, la ropa destruida y el cuerpo muy sucio, llevaban días sin bañarse. Los otros, traían uniformes térmicos con pilas, se encerraban como en una bolsa cama. ¡Era tan hermético que podían dormir en el barro! Llegaron con unas polainas hasta la punta de los pies, se sacaron las polainas y se quedaban con los zapatos como recién lustrados. Podemos suponer la situación y el pensamiento que embargaba a cada uno de los adversarios. ¡Seguro la imagen sacudió las entrañas de unos y otros!

La diferencia era grande, no solo en la vestimenta, también en las armas, en la educación. Los británicos se habían formado en escuelas, además se notaba la diferencia que tenían con los gurkhas, hemos escuchado decir que muchos venían de la cárcel, con la promesa de que al volver conseguirían la libertad. ¿Acaso Colón no realizó la misma promesa a sus marineros? A pesar de la educación en unos y la violencia en otros, también había malas personas entre estos hombres que llegaron a recuperar lo que todavía creen les pertenece.



Siempre el hombre busca mostrar su poderío cuando gana una batalla, quiere castigar a algunos y premiar a otros, Rogelio observaba cómo los ingleses hacían diferencias al entregarles la comida, eso le producía un sabor amargo que salía de las entrañas de su cuerpo. A ellos, los conscriptos, les tenían simpatía y les daban mejores raciones, pero trataban muy mal a los oficiales y suboficiales, había mañanas en que no les daban nada.

Llevaron a los prisioneros a galpones tres o cuatro días, hasta que empezaron a mandarlos al continente. La brigada donde estaba Rogelio fue viendo cómo de a poco el lugar empezó a despoblarse de soldados argentinos, todos se marchaban, menos ellos. Después les dijeron que tenían que quedarse un tiempo. Había que enterrar muertos y hacer limpieza. La guerra y el horror, que van siempre juntas, no terminó para todos el 14 de junio, así fue como Rogelio tuvo que quedarse. ¿Qué pasa después que termina la acción? ¿Cómo se sigue compartiendo con el que fue un enemigo esos días de limpieza en los campos, donde el objetivo había sido destruir vidas? ¿Cómo respirar paz en medio del dolor? ¿La temperatura de la tierra se habrá serenado? Ya no había combates, el silencio dominaba la tierra y el mar volvía a ser dueño de sus olas. El trabajo tenía que hacerlo vigilado y moviéndose por donde ellos le indicaban, eran prisioneros hasta que volvieran al continente. ¡Había que enterrar a los muertos! Mientras los sepultaban, otros iban haciendo las crucecitas. Creemos que los ingleses llevaban a la mayoría de sus muertos a la isla Sándwich del Sur.

El silencio se había apoderado del invierno malvinense, la soledad volvió a llenar cada rincón, Rogelio que había vivido entre la frontera de la vida y la muerte, tuvo que seguir sintiendo por varios días ese olor que empapó la tierra y dejó el aire y el paisaje cargado de historias y recuerdos.

Seguro todavía en Malvinas no solo gritan las cruces, sino la tierra, los montes, el hielo, la nieve, la lluvia y seguro callan muchas cosas jamás contadas.

Desde el día de la rendición no volvió a ver al Capitán Arenas, ni al Cabo Principal Sambucetti, tampoco a dos guardiamarinas. ¡No los vio nunca más! ¿Estarían vivos? Suponemos que sí, estuvieron con ellos hasta llegar al aeropuerto. Después quedaron a cargo de unos soldados dragoneantes. ¡Parecía que se los había tragado la tierra! Creemos que volvieron al continente en algún barco, pero él no los volvió a ver. El Teniente Laso le dijo que los habían llevado a



Inglaterra como prisioneros. Nunca supo nada de ellos, no los vio más en el regimiento, él estuvo con el mismo grupo hasta finales de agosto que le dieron de baja. El 14 de Julio, el buque británico Saint Edmund, reintegró a 636 rehenes de las tres armas en Puerto Madryn, habían estado prisioneros en San Carlos, suponemos que los compañeros de los que habla Rogelio llegaron en ese buque.

Muchas veces sucede en la vida de un hombre, que los planes de construir un futuro diferente se desmoronan. Rogelio sintió que no podría seguir su sueño, Malvinas lo marcó muy fuerte. También pensamos que la angustia de su madre terminó de convencerlo. Fidela cayó en depresión cuando supo que se había inscripto para quedarse en la marina y fue más fuerte el amor a su madre que la vocación militar. ¡Había sido una ilusión pretender darle otro rumbo a su vida!

Terminada la tarea en la tierra malvinense a su grupo lo llevaron en un helicóptero argentino hasta Río Gallegos, Rogelio recorrió con la mirada la multitud que los esperaba, también había funcionarios del gobierno. Lo conmovió ver cómo lloraba la gente, él también lloró emocionado. ¡Estaba de vuelta en el continente! Una mujer le contó cuánto ayudaron todos con alimentos para que ellos no pasaran necesidades. ¡Nunca llegaron esas provisiones! Quedó grabada en su mente la imagen de una niña en Río Gallegos, ese día de agosto cuando la vio comprando un chocolate en un kiosco y encontró una carta para el soldado argentino adentro. Tampoco llegaron las bufandas, guantes y gorritos que su esposa le cuenta, tejían en la escuela de El Zampalito, en Tupungato. No sabemos qué se hicieron esas cosas, pero sí, es evidente que hubo mucha ayuda del pueblo argentino. Sentir el cariño de aquellas personas y sentirse al fin libre de la guerra, lo ayudó a tranquilizar su espíritu. Fueron en avión hasta la localidad de Grünbein, a doce kilómetros al este del centro de la ciudad de Bahía Blanca.

Cuando el avión inclinó su trompa para aterrizar sintió que la enorme llanura pampeana lo recibía agradecida por su entrega. Los pastos dorados por el sol y el cielo celeste anunciando una primavera que se acercaba, lo llenaron de orgullo. Se sintió más argentino que nunca en un lugar donde la aridez patagónica empieza a perderse para darle lugar a la llanura pampeana. En esa entrada de mar que forma la bahía se sintió libre de nuevo. ¡Allí estaba el



aeropuerto Comandante Espora, tocando las orillas de la ciudad! Miraba desde el aire cómo brillaban las instalaciones construidas hacía apenas diez años. Aterrizaron en la parte vieja, en la base aeronaval, cuando bajaron del avión estaba la banda esperándolos, después los llevaron en micro hasta la Base Aérea de la Infantería de Marina. Rogelio sintió aliviado que empezaba a alejarse cada vez más del sur. ¡No imaginaba que los recuerdos no lo dejarían nunca!

Llegó a su compañía el 4 de agosto, había partido el veintiséis de marzo. ¡Todo parecía tan irreal! ¿Cuál habrá sido la sensación que encerró su corazón el día de la llegada? ¡Tantos días de frío, de lluvia, de desarraigo! ¡Tanta angustia, tantas muertes! ¡Debe ser difícil desterrarlo de la vida!

Volver al mismo dormitorio que tenían en la cuadra antes de Malvinas, fue como volver de un sueño, despertar de una pesadilla. ¡Hacía demasiado tiempo que no se encontraba con la blandura de un colchón cálido! Esa noche se acostaron muy tarde, casi de madrugada. ¡Los soldados recién incorporados querían escuchar todas las anécdotas! ¡Querían saberlo todo! ¡Había olvidado la ingenuidad de un rostro joven sonriendo! Preguntaban cómo se sintieron, qué habían hecho. Rogelio lloró esa noche todas las lágrimas que no se animó o no pudo derramar en las islas. Casi amanecía cuando pudo olvidar por un momento la tensión de las bombas y el olor de los muertos y se quedó adormecido entre las sábanas, con perfume a hombre limpio. Durmió hasta las once de la mañana. ¡Él y todo el grupo! El viaje había sido largo, andar en avión por primera vez sumó un aprendizaje más a todos los vividos.

Después del desayuno, Rogelio se formó en la plaza de armas, junto a los demás soldados, oficiales y suboficiales con los que compartió la época más difícil de su vida.

¡Cien días le entregó a la patria este soldado!

Esa mañana les rindieron homenaje y en el corazón de cada uno empezó a gestarse la palabra “excombatiente”. El Teniente Coronel Laso, un psicólogo fue hablándole a cada uno, escuchando su relato y diciéndoles que no tenían que contar nada de lo que habían visto y lo que habían vivido. Ni a los familiares.



Tuvieron que pasar varios años para que saliera una ley que les permitía hablar de la guerra.

El 18 de agosto pidió él mismo la baja, lo que se había estado gestando en su interior tomó forma, decidió no seguir la carrera militar. Ahí se terminaron sus sueños de servir a la patria para siempre.

Cuando en los primeros días de agosto supo que su misión en las islas estaba terminada, le había avisado por telegrama a su familia. El mensaje tenía como destinatario el nombre de su padre: “Sr. Tránsito Méndez” y abajo decía: “Correo de Los Árboles”. En esa localidad rural, rodeada de fincas, cerros y demasiada tierra aún por cultivar, muy alejada de la zona urbana, todavía existe esa oficina postal, apenas llegó el telegrama el empleado fue a avisarle a doña Fidela. Todos en Los Árboles estaban pendientes de Rogelio, tenían la angustia y el presentimiento de que no volvería de la guerra. ¿Cómo habrá sido su regreso? ¡Imaginamos los abrazos que se dieron y el llanto que derramaron! ¡El llanto siempre a flor de piel, igual que los recuerdos y el dolor de lo vivido!

Logró volver a sentir que su vida recomenzaba, al poco tiempo se fue a vivir a Tunuyán con su hermano Roque, alquilaron una casa entre los dos y trabajaron varios años en el aserradero de Vidal. Al año de volver de Malvinas vio la muerte de nuevo, pero con un dolor más profundo. Murió don Tránsito, su papá, de un ataque al corazón, Rogelio sabe que ese corazón se partió de dolor cuando él se fue, su mamá también enfermó. Antes de la guerra era una mujer sana. ¡Su cuerpo manifestó tanto dolor, tanta tristeza mientras él estaba en Malvinas! Eso le marcó el camino de regreso. Pero en su interior siempre quedó el deseo de ser militar.

La situación económica de la familia nunca había sido buena, se complicó más cuando a él le tocó el servicio militar y después de la muerte de su padre se encontraron con Roque frente a la responsabilidad de llevar adelante la casa paterna. Un tiempo su madre estuvo con ellos en Tunuyán, pero tuvieron que volver al campo a trabajar la tierra, se mudaron a la finca Stein, en El Algarrobo. Ahí Rogelio estuvo varios años.

Un día una muchachita tímida llegó a la finca donde Rogelio vivía, venía con sus padres de San Pablo, se dedicaban a realizar trabajos en las fincas de los



alrededores. Era Rosa, la mujer con quien se casó poco tiempo después, hace treinta años, cuando él tenía veinticuatro. Se fueron a vivir un tiempo con doña Fidela. Después se cambiaron muy cerca en una casa de la misma finca donde trabajaba y estuvieron once años, de allí se fueron al Cordón del Plata, a una propiedad de Salvador Mazeo. Se quedaron en el lugar dieciséis años, hasta que un día Rogelio se cayó del tractor y se quebró el cartílago que sujeta el codo, lo operaron y no quedó bien, no pudo seguir trabajando, todavía tiene el brazo adormecido, no lo siente. Cobró muy poca indemnización, se tuvo que ir y comenzar a alquilar.

Todo se complicó, había que empezar a pagar luz, gas, cosas que en la finca no pagaba, se fueron a Tunuyán, le alquiló un salón grande a su hermana y lo utilizaron de vivienda. Él, igual que su madre lucharon siempre por conseguir una casa propia, pero nunca lo lograron. Su madre murió con esa ilusión.

Se había comprado un autito y continuaba alquilando en lo de su hermana. Una mañana de diciembre del año 2015 se miraron con Rosa, cansados de vivir incómodos y se dijeron: “Aquí tenemos que hacer algo”. A la tarde fueron a la casa de Marta, una cuñada y le contaron su angustia.

— ¡Métase allí y hágase la casa! —le dijo Marta señalando un terreno frente a su casa.

La conmovió la desesperación de la pareja por querer tener un lugar donde vivir tranquilos.

— No nos dan una solución —afirmó David Matías, su sobrino— y son muchos los que han construido sus casas en este lugar. Parece no tener dueño.

Ese mismo jueves pusieron el auto en venta.

— No lo vamos a vender— le decía Rosa, mirando el auto desanimada.

¡A las dos horas ya lo habían vendido! ¡Ya tenían la plata!

— ¡A partir a comprar los materiales! —dijo feliz Rogelio.

David Matías le ayudó a hacer el contrapiso. ¡Todos colaboraron! Clavaban las maderas con las que fueron armando las distintas habitaciones, con ilusión de



un matrimonio que empieza un camino nuevo. Después colocaron el techo y a los pocos días ya estaban viviendo en el lugar. ¡Lo sintieron de ellos desde el principio! Lo habían construido con el esfuerzo y la indignación de no alcanzar el sueño de una casa de barrio.

— Ahora voy a agrandar una parte para que Rosa ponga el kiosquito — decía ese día orgulloso de tanto esfuerzo.

Cada hombre lleva en sus espaldas las marcas de lo que ha vivido, en algunos quedan heridas tan profundas que nunca podrán borrarse. ¿Qué pensará hoy Rogelio cuando recuerda los días vividos en Malvinas?

— Lloro mucho, lloro mucho, muy mucho —contesta con la voz quebrada y la mirada húmeda— Lloro por los cuatro compañeros que murieron, lloro por todos los que quedaron allá, por los que siguen muriendo aún hoy. Pero lloro también de bronca, porque no fueron conscientes de lo que estaban haciendo, no miraron a las familias. Está bien que una guerra es una guerra, pero esto fue una salida para que no ocurriera una guerra civil en el continente. ¡Eso hubiera sido más difícil todavía! ¡Pelear contra el pueblo! Y siento una tristeza que me aprieta el corazón porque a los veteranos de guerra no nos tratan como tendrían que tratarnos.

Con el tiempo Rogelio ha conseguido varias cosas, ahora tiene una pensión de la Nación y otra de la Provincia, de a poco se va recuperando. ¡Después de más de treinta años! Cuando se fue de la finca, tuvo que vender casi todos los muebles, no le alcanzaba para pagar el alquiler y para comer. Y al construir su casa la única solución fue sacar créditos para reponer lo que ya no tenía.

— Pero gracias a Dios estamos bien. Estamos bien. —Decía con una sonrisa. —El día en que yo me muera, la pensión la sigue cobrando mi esposa y cuando ella no esté, la cobrará mi hijo Danilo, que es el más chico.

¿Qué sentirán los hijos de Rogelio al pensar que su padre es un ex combatiente, un veterano de la guerra? Ellos saben que ha sufrido mucho y no les gusta escucharlo hablar de lo que pasó, les hace daño a ellos y saben que también a Rogelio. Su esposa, un hijo y una hija siempre lo acompañan a los desfiles y a los homenajes que les hace Tupungato a los veteranos de guerra.



Muchas veces sueña con Malvinas, con volver a ese lugar que lo marcó en el carácter y lo formó como soldado.

— Y bueno, son cosas del destino —decía aquella tarde— me tocó a mí y estoy vivo para contarlo.



Rogelio Méndez, el primero arriba a la derecha



OSVALDO MARCIAL SAAVEDRA

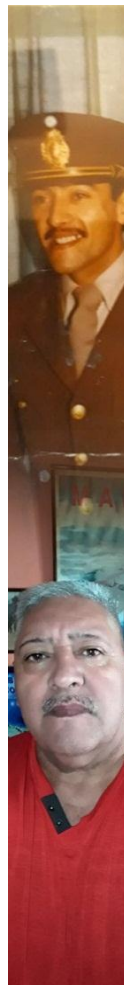
Una historia de ayer y de siempre

“Se tiró al agua y empezó a nadar, cuando le faltaban unos metros no sentía los brazos ni las piernas, era como si fueran de tabla, tenía que concentrarse, usar todas sus fuerzas para llegar a la orilla”.

Cuando en 1976 llamaron por teléfono a don Marcial Saavedra, un suboficial de Gendarmería, que tenía a su hijo estudiando en la escuela Martín Miguel de Güemes, no se imaginó que tendría que viajar a La Matanza y llevarlo de regreso a Tupungato. El adolescente estaba convencido de lo que quería para su futuro, había entrado a Gendarmería hacía ocho meses, con la idea de seguir los pasos de su padre.

A veces lo que se dice y se piensa no coincide con lo que sucede en la vida de alguien. Era una época donde muchos querían ser gendarmes, se sabía que de cien cadetes que se alistaban solo cincuenta, con una preparación estricta, llegaban a la última etapa. Podían quedar afuera por las notas en los estudios, pero además tenían que evitar los partes médicos, las llegadas tardes, cualquier motivo o actitud era una baja de puntos. El Suboficial Saavedra lo sabía y se preocupó cuando le avisaron que su hijo había sufrido un ataque de epilepsia.

La realidad era que Marcial Saavedra hijo, comenzó a tener problemas en una muela y eso le ocasionó pérdida de apetito. ¡Era tanto el malestar que no podía comer! No le dijo a nadie, si avisaba lo llevarían al odontólogo, tendría que hacer un tratamiento que



lo complicaría, serían días sin cumplir horarios y le bajarían el puntaje. Un dolor con tanta intensidad no es fácil de disimular, pero se las arregló para que nadie se diera cuenta. Únicamente tomaba líquidos. Era un muchacho alto y vigoroso, con una energía juvenil que lo hacía pensar que todo estaba bien, no imaginó que esos días sin comer y realizando las actividades diarias podían afectarle. Empezó a sentir mareos y dolor de cabeza y pensó que eran los analgésicos que estaba tomando. Una madrugada se levantó y sufrió un desmayo, cuando despertó estaba en la enfermería. Todo sucedió muy rápido, lo llevaron al hospital y le diagnosticaron epilepsia.

El suboficial Saavedra, apenas llegó, retiró la papeleta y las pertenencias del muchacho. Miraba con tristeza el documento que le entregaron. En el sello decía que no estaba apto para ejercicios físicos y que no podía integrar ninguna fuerza. ¡Tenía recién diecisiete años! Sintió que le arrancaban un pedazo de su ser.

No estaba muy convencido con el diagnóstico que le dieron, su hijo era un joven muy sano y lleno de energía, antes de volver a Mendoza lo hizo ver en una clínica privada de la capital argentina. Todo salió bien, no encontraron nada en los estudios que hiciera pensar que tenía algún disturbio en su salud.

Hubo alegría y tranquilidad en la familia, aunque Marcial sentía el fracaso dentro suyo, no volvió a tener problemas. Necesitaba estar en actividad, consiguió trabajo y algunos meses después le llegó la orden de presentarse a la revisión médica para ingresar al servicio militar. Lo convocaron al distrito y cuando vieron su documento le dijeron:

- Flaco, te salvaste de la colimba. ¡Tenés la libreta firmada!
- ¡Yo quiero hacerlo! —les decía Marcial— Quiero hacerme los estudios y si salen bien incorporarme a las Fuerzas Armadas.
- ¡Vos estás loco! —le dijeron— ¡Salvate!
- No —decía— si me salen bien los estudios quiero hacerlo.

Salió todo bien y en 1978 hizo el servicio militar en el Regimiento 11 de Infantería de Montaña, en Tupungato, estaba en la Compañía de Comando y también en Mayoría, en la oficina de justicia, con el Sargento Primero Ollero. Salía con los demás a realizar las instrucciones de campo y después trabajaba



con él. Todos los años hacían certámenes para premiar al mejor infante del regimiento y como Marcial estaba en Mayoría, nadie pensó que ganaría. ¡Ni siquiera él! Entraban primero las compañías de infantería. ¡Sin imaginarlo salió elegido el mejor soldado infante de 1978! Una mañana le preguntaron si quería ir a la escuela de suboficiales. ¡Le brillaron los ojos! ¡Empezaría el camino hacia el objetivo que aguardaba desde la infancia! Había nueve vacantes y al finalizar el servicio ingresó a la escuela militar junto con otros aspirantes.

Eran días en que los regimientos comenzaron a trasladarse al sur por el conflicto con Chile, el RIM 11 mandó toda su tropa. La orden era movilizarse hacia Covunco en Neuquén. Quedó un grupo muy reducido en Tupungato, algunos soldados, personal de la banda y de mayoría. Marcial con sus compañeros tuvieron que quedarse. Ir a la escuela de suboficiales era lo más importante en ese momento. Le hubiera gustado participar del conflicto en el sur, pero el regimiento había tomado el compromiso de mandar nueve aspirantes y debía cumplir.

Llegó a Buenos Aires con los ojos cargados de emoción y el corazón inquieto. ¡Esta vez realizaría su sueño! Estaba convencido de que su destino era ser parte de una fuerza armada. ¡Además le gustaban demasiado las armas! Como acababa de terminar el servicio, solo hizo un curso de nivelación de cuarenta y cinco días para aprobar el primer año de la carrera y comenzar en segundo, cinco de sus amigos no lo lograron, rindieron bien cuatro, entre ellos Marcial. Cuando finalizó el curso, un suboficial le entregó el listado con los elementos. Al día siguiente debía presentarse en la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral y después se iría unos días a Mendoza. Llevaba el bolso cargado de proyectos nuevos al volver a su casa. Tenía que organizar todo el papeleo y regresar a Buenos Aires.

Con tanta energía y sueños era evidente que Marcial terminaría su preparación. Se recibió en el 80 y su primer destino fue el Regimiento 7, en La Plata. Había imaginado un lugar más cerca de Mendoza. Extrañaba a la familia, a su novia, a los amigos, pero bueno, son cosas del destino. Su primer trabajo fue preparar a los soldados de la clase 62.

En 1982 estaba en Ezeiza, instruyendo a la clase 63, que hacía poco había ingresado, cuando se enteró que habían recuperado Malvinas. Esa mañana su



interior se agitó y el deseo de formar parte de algo tan importante brilló en su mirada. Junto a otros compañeros pedía por favor que el Regimiento 7 participara. Marcial quería ir. No le importaba el tiempo que tendría que quedarse en las islas.

— ¡Y si vienen los ingleses, que vengan! —decía emocionado a sus amigos.

Le confirmaron que debía alistar la tropa y el entusiasmo lo desbordó. ¡Se había iniciado en la carrera militar para proteger a su país! Él estaba convencido que algo importante sucedería en el camino. ¡Había llegado el momento de cumplir esa misión!

En aquella época imaginó su futuro como cualquier profesional.

— Un arquitecto se prepara cinco o seis años para ejercer su carrera — decía a su madre cuando le contó que había entrado al ejército—. ¡Si nunca tiene la oportunidad de construir algo, siente el fracaso!

Doña Sara lo miraba orgullosa.

— ¡Mamá, yo voy a defender mi patria! —Le había dicho al abrazarla.

Aquella cálida y agradable tarde de 1979, en la cocina de la casa paterna, entre mates y lágrimas de su madre y de su novia, Marcial se había marchado a la escuela. Llevaba el corazón apurado por conocer nuevas experiencias.

Tres años después llegaría el momento.

Volvamos a ese momento. Marcial se encontraba frente a la posibilidad de participar en una guerra. Llegó la orden de preparar las fuerzas de tareas de todas las unidades, no estaba muy claro si la Décima Brigada iría a Malvinas, pero la preparación debía ser rigurosa. El Regimiento 3 de La Tablada, el 6 de Mercedes, la Compañía de Exploración, de Ingenieros, de Comando, de Comunicaciones, de Artillería. Todos, pertenecientes a la misma brigada en diferentes lugares de Buenos Aires, se alistaron. Marcial sentía que la ansiedad le devoraba el estómago, formar la fuerza de tarea era un paso, pero no sabía si su grupo sería movilizad. La clase 62 ya había salido de baja y lo primero que se hizo fue convocarla nuevamente. ¡Junto a los primeros catorce soldados que instruyó en su carrera, Marcial se preparó para la guerra!



Cuando se está dentro de un ejército hay que aprender a cumplir órdenes, desde los soldados, los suboficiales y los oficiales, todos tienen un superior que los manda. En una guerra el que no cumple la ley es un desertor, un traidor a la patria. Para él, esto era un código y su trabajo recibir al ciudadano y formarlo como soldado, prepararlo para la guerra, para defender el país como hacen otros países. Muchos volvieron de la guerra con vida gracias a que supieron tirar y obedecer órdenes. Subieron cada escalón necesario para llegar al combate, aprendieron como moverse, como hay que aplastarse contra la tierra, como hay que tomar un arma, hacer un pozo de zorro, aprendieron cómo manejarse en la noche, las señas, todo. El servicio militar era un año completo de instrucción, muchos lo reconocen y dicen:

— Gracias a mi cabo, que tenía uno o dos años más que yo y me supo enseñar, estoy con vida.

Otros no lo toman en cuenta. No reconocen que militares como Marcial y como todos los que son protagonistas de este libro, cumplieron con la misión y con el trabajo de enseñarles.

Él tuvo la suerte de llevar a los soldados que había instruido durante todo el año, pero Villegas y Agüero ¡y tantos otros! tenían soldados con muy poca instrucción.

— Eso era más complicado —decía Marcial—porque había que cuidarlos mucho más.

Enfrente había un enemigo que no pensó nunca encontrarse con tanta resistencia y tanto coraje en la tropa argentina.

Como hemos escrito estaba de novio, era uno de esos noviazgos de antes, que duraban cinco o seis años, la conoció cuando tenía diecisiete, antes de entrar en gendarmería. Nancy siempre lo acompañó y apoyó, en la época del servicio militar ella iba con la familia Saavedra, todos los domingos, a verlo.

Cuando recuerda esos momentos dice con nostalgia:

— ¡Qué bonita época! ¡Los domingos el regimiento se llenaba con la alegría de los familiares que visitaban a los soldados!



Le angustiaba pensar en su familia, cuándo los llamó por teléfono para contarles que se iba a la guerra les dijo:

— No se preocupen ¡Estoy seguro de que voy a regresar!

Los diez o quince días siguientes al 2 de abril fueron claves, se notaba la preocupación. Si bien en tiempos de paz siempre había mucha agitación y movimiento, en esos días hubo desorganización. Se alteró el ritmo cotidiano con órdenes y contra órdenes. Había que dejar soldados de la clase 63 en el regimiento. Además, entregarles armamento, ropa y todo lo necesario a los que se volvieron a incorporar, reubicarlos con sus jefes de grupo en lo posible, pasar revista de los elementos, supervisar que todos tengan lo mismo. ¡Fueron días de locura!

Supimos que una vez organizada la fuerza de tarea viajaron al regimiento 3 de La Tablada, allí se juntaron todas las unidades. El comandante de la brigada dio el visto bueno.

— ¡Las tropas están en condiciones de viajar a las islas! — Señaló esa mañana.

Podemos imaginar las emociones que llenaron la mente de Marcial cuando escuchó la orden. ¡Por fin viajaría a las islas! Seguro no todos tenían ese espíritu combativo que lo caracterizaba. ¿Cuántos habrán sentido que con esas palabras se desmoronaban sus sueños?

Cada regimiento volvió a su lugar y finalmente partieron hacia Malvinas. En la compañía eran más de trescientos soldados y cada oficial tenía una sección. Cada sección tenía sus grupos y cada grupo tenía sus suboficiales con soldados.

Suponemos que fueron en colectivo hasta El Palomar. Subieron a los aviones de Aerolíneas Argentinas que estaban sin asiento y se las arreglaron para entrar todos, amontonados en el piso. Cree haber viajado en un Boeing 747 y cree también que llegó a Comodoro Rivadavia. Al otro día empezaron a embarcarlos, por compañía, en aviones Hércules, los C130, 'la chancha' que le llamaban.

Cuando estaban por llegar a las islas, Marcial las contemplaba como si mirara un libro.

¡Se veían tan hermosas!



Solo con buen tiempo se podían hacer vuelos. ¡Ese era un buen día! El clima cambió apenas bajaron del avión, empezó a correr viento y a llover. Esperaron que llegara el equipo y el armamento, una vez que estuvieron preparados el jefe les pidió numerarse hasta cincuenta.

— ¡Listo los cincuenta! ¡Vamos! ¡A caminar! —había ordenado.

No les dijo más. Estaban en el aeropuerto y de allí tenían que caminar quince kilómetros con todo el equipo. ¡Pegaba fuerte la lluvia! ¡El frío era terrible! ¡Y ellos iban con la ropa que usaban en el cuartel! Solo les habían dado una campera duvet aparte de la vestimenta habitual. ¡El frío penetraba por todos lados! Él tenía los pies y las mano congeladas, la cara morada. Comprendía que todos sentían lo mismo.

Cuando pasaron el pueblo, apenas si alcanzaron a divisar algunas casas. Poco se veía detrás de la cortina de lluvia que no paraba, igual que el viento.

Caminó los quince kilómetros en esas condiciones. Iba en silencio, mojado, por un terreno que en nada se parecía a lo que había imaginado. ¡No era fácil escalar esos riscos puntiagudos con el peso del equipo y las armas! Tampoco fue sencillo pasar el río de piedra, allí todos resbalaban. El bulto que transportaba cada uno en la espalda era enorme, las ametralladoras las llevaban entre tres soldados.

Podemos imaginar lo diferente que es un entrenamiento a la situación que Marcial vivió en esa marcha. En las prácticas los soldados se preparan realizando largas caminatas. Llevan el equipo de combate, el armamento y la munición, trabajan mucho y mantienen un buen estado físico. Marcial pensaba que estaba en óptimas condiciones para enfrentar cualquier problema. Pero sabemos que los nervios, la ansiedad, el cambio brusco de clima, hacen que la realidad sea muy distinta a lo que esperamos.

El cortejo, obediente a las órdenes que habían recibido, caminaba con lentitud por la desértica isla malvinense. El silencio sólo se alteraba por el sonido del viento y los tropezones de los soldados. Uno se cayó y quedó tirado arriba del equipo, no había manera de levantarlo, un compañero a los gritos le dio unas cuantas cachetas y reaccionó. Aparte del frío estaban cansados, llevaban días



de ansiedad y poco descanso. Otros en alguna pausa se dormían. Había que movilizarlos y continuar, si se quedaban quietos podían sufrir congelamiento.

Varios decían: «¡A dónde vinimos a parar!»

¡Qué lejos había quedado el entusiasmo de los días de ejercicios!

¡Al fin llegaron al sector! Se refugiaron esa primera noche en un galpón. Se quedaron allí. El jefe recibió la orden y decidió a que sector iba cada compañía.

— ¡Compañía B, le toca la parte de arriba de Monte London! —
¡Compañía A, a continuación, en aquel bajo! —dijo señalando hacia su izquierda.

Esa era la compañía donde estaba Marcial, el bajo era Wireless Ridge a unos cien metros más o menos de Monte London, que es un cerro de ciento ochenta y seis metros de altura. Un brazo de mar entra a la derecha de donde se ubicó la compañía. Desde ese lugar, Marcial y sus compañeros vieron la batalla aérea el primero de mayo. Se habían subido sobre unas piedras y miraban el espectáculo como si estuvieran viendo una película. Ese día, aún no despertaban a la realidad que vivirían.

— ¡Compañía C, va como reserva!

Esa compañía después pasó a integrar el frente.

— Saavedra, usted con su grupo —le dijo el jefe de sección— tiene desde aquella piedra, hasta esta otra.

Después de recorrer el lugar y estudiar las estrategias posibles, Marcial fue estableciendo el lugar de batalla. Eran treinta o cuarenta metros donde debía instalar a todo su grupo. Colocó las armas, hicieron los pozos de zorro, fijó las posiciones de cada uno y las guardias.

— Bueno soldados —les dijo— a ver Ramírez, párese allá, usted Rodríguez en aquel lado.

Y así los presentó a todos en el frente, para que cada uno supiera su posición.

— Todo esto es el frente que tenemos que defender nosotros —decía aquella mañana Marcial— lo haremos con fuego cruzado.



Cuando se tira con armamento, se cruzan los fuegos para que tengan mayor capacidad hacia los costados. Su grupo tenía tres ametralladoras MAG y dos cañones de noventa milímetros. Sinceramente creemos que esos cañones, tiraron únicamente en las prácticas. ¡Eran muy viejos!

- ¡Había que prender más de una vela a un santo para que saliera un tiro!
- Contaba Marcial con una sonrisa irónica.

Las ametralladoras las ubicó cada diez metros, fijas en un lugar, él se hizo cargo como tirador de una ametralladora y en las otras dos apostó a soldados que obedecían sus órdenes. Donde tiraran las ametralladoras, el grupo los seguiría detrás con las municiones.

Se empezaron a acostumbrar al frío, lo sufrían, pero de manera menos violenta. Muchas veces no les llegaban los víveres, en esa zona casi no había caminos. Los ingleses lo sabían y muy pronto comenzaron a bombardear los pocos que existían desde las fragatas. ¡Durante diez o quince horas diarias! Con los días ese bombardeo se tornó habitual. ¡También se acostumbraron a eso! En cierta forma podemos decir que tenían dominados sus miedos y ansiedades.

Recordamos un día en la vida de Marcial donde por unos momentos, olvidó las tensiones de la guerra. Una lluviosa mañana, en que corría el eterno viento que parecía querer destruir lo poco que había a su alrededor, vio entre la cortina de agua alguien que bajaba de la avanzada. La avanzada de combate estaba en la parte más alta del monte, ese grupo cumplía la tarea de dar el aviso de movimientos enemigos, en caso de que aparecieran las tropas inglesas ellos se irían replegando y haciendo fuego hacia donde estaban los demás grupos.

El que bajaba era el Cabo Gaspari. ¡Ese día era 24 de abril, hacía mucho frío y llovía! ¡El cabo bajó a regalarle un caramelo! Ese día era el cumpleaños de Marcial. ¡Y Gaspari bajó a regalarle un caramelo Miski! ¡Fue un gran momento!

La ternura del gesto superó la aspereza de la guerra.

- Es uno de mis mejores recuerdos, el más querido —dice siempre como saboreando el dulzor de aquel caramelo.



El jefe de sección también lo había saludado esa mañana y los soldados bromeaban con una fiesta de globos que le harían a la noche. Duró poco el recreo, a los pocos minutos una bomba cayó muy cerca.

— ¡A los pozos! —ordenó Marcial.

Los pozos, como en todos los lugares de la isla, estaban llenos de agua. Él no sentía la diferencia. Vivía mojado adentro y afuera del pozo, la lluvia no dejaba que la ropa se secase.

Días después del bombardeo al aeropuerto, con el soldado Silva se pusieron a preparar las trampas “caza bobo”. Son muy útiles para descubrir al enemigo en la oscuridad de la noche, si alguien intenta acercarse le da la alerta al grupo. Las trampas “caza bobo” se preparan con alambre y detonadores y se colocan a unos cien metros de los pozos de zorro. Si se acerca un intruso y toca sin saberlo el alambre, la trampa estalla. Hace suficiente ruido como para despertar a los que intentan descansar.

¡Eran las diez de la noche y hacía mucho frío! Hicieron un fueguito en la tierra. ¡Era tanto el combustible que había en el lugar que la tierra se encendía apenas sentía el calor de la llama! En un descuido se les derramó un poco de pólvora en el fuego y produjo una explosión que los dejó ciegos por un par de minutos. A tientas y con la ayuda de otros soldados que corrieron a ver qué había pasado, Marcial se lavó la cara en una lagunita que había cerca. Se llenaba las manos con el agua casi congelada y la echaba en los ojos con desesperación, al rato pudo recuperar la vista. Esa noche se quemó las dos manos y Silva la mano izquierda.

La oscuridad, como siempre reinaba en la isla. O estaba nublado o lloviendo o con neblina, era muy raro ver una estrella. Los soldados como pudieron los iluminaron un poco y logró mirarse las manos, vio que estaban muy quemadas. ¡Eran una sola ampolla! Silva estaba tan aturdido como él, el agua le había limpiado alrededor de los ojos, pero el resto era una sola mancha negra, los pelos de la cabeza y de las cejas los tenía quemados. ¡Era un desastre! Marcial se dio cuenta de que su aspecto era igual. El jefe de la unidad, al ver la gravedad de la escena los mandó al hospital, era casi medianoche ¡Tuvieron que recorrer



los mismos quince kilómetros que el primer día! ¡A esa hora y sin una estrella encendida en el firmamento!

Guiándose por el cable de la radio llegaron hasta Moody Brook. ¡En la noche negra no veían ni el cable! Tenían que palparlo para no perderlo, el dolor de las manos se ocultaba detrás del frío. No las sentía, estaban adormecidas. ¿Qué pensaría Marcial caminando con Silva en medio de la noche, donde lo único real era un cable que no veía? Llevaban el “santo y seña” de ese día muy presente, pero no pasaron por ningún lugar con tropa apostada. Se acordaba de que en el primer viaje habían cruzado un puente y allí empezaba el camino hacia el pueblo. Desde Wireless Ridge al puente todo había sido caminar entre las piedras, ese trayecto lo fue haciendo despacio y a los tropezones. Llegaron al puente y cuando lo cruzaron encontraron el camino que los llevó hasta el hospital. Un capitán les curó las quemaduras, les puso un vendaje y les dijo que esperaran allí. Les informó que a las cinco de la mañana se irían en el buque hospital al continente.

¡Querían mandar a Marcial y al soldado Silva de regreso!

— Bueno — dijo resignado mirando al soldado— si nos vamos seguro que podremos volver cuando estemos curados.

En esos momentos llegó una ambulancia que traía un par de heridos.

— ¡El regimiento 7 entró en combate! —dijo el chofer a los gritos al bajar del vehículo.

Solo les bastó una mirada a los dos y se dieron cuenta de que pensaban lo mismo.

— ¿Vamos? —le dijo al soldado.

— ¡Vamos! —le contestó.

¡Y se escaparon del hospital!

En la oscuridad solo se alcanzaba a ver el vendaje blanco de las manos, parecía que llevaban manoplas. Por momentos corrían como si alguien los persiguiera, lo único que les importaba era llegar donde estaban sus compañeros. Marcial iba rompiendo con los dientes la parte del vendaje del dedo con el que apretaba el gatillo de la mag, la otra mano estaba más complicada, con esa no podría



hacer nada. Encontraron el cable y empezaron a caminar, de vez en cuando paraban un poco a descansar tratando de agudizar el oído para escuchar los ruidos del combate. El silencio era tan profundo como la noche. Siguieron avanzando y a lo lejos se empezaron a escuchar tiros. Respiraron aliviados cuando descubrieron que era otro sector el que luchaba, bastante alejado de Wireless Ridge.

Llegaron cansados y helados a la posición, el jefe de sección estaba satisfecho de la actitud de sus soldados. Marcial le informó lo que había pasado en el campo, pero él no sabía quién había entrado en combate.

— ¡Bien, bien! — no se cansaba de decirles.

Cuando se quitaba las vendas, habría la campera y metía las manos en el calor de su cuerpo para no sentir frío, pero le hacía doler más, entonces las sacaba al aire.

Con el tiempo las quemaduras se curaron solas. No quedaron cicatrices. ¡Hay otras cicatrices en la vida que no se borran nunca! Son las cicatrices que quedan cuando el alma está herida. ¡Esas le siguen doliendo a Marcial!

Marcial llevaba el coraje en la sangre, al escuchar el sonido de un avión que se acercaba empezaba a tirarle. ¡Sabía que era imposible llegar a derribarlo, iban a más de doscientos metros de altura! Pero él les tiraba igual. Tiraba para hacerle saber que allí había argentinos que estaban defendiendo su derecho en las islas.

Los días pasaban y la comida era cada vez más escasa. Antes de que los bombardeos destruyeran los caminos y acosaran permanente desde los buques, recibían la comida normal o la iban a buscar, al almuerzo y a la cena, pero desde que se recrudecieron los cañoneos muchas veces no podían ir en varios días. Una noche tenían tanta hambre que Marcial se fue con tres soldados hasta Moody Brook a robar comida. Bajaron más de cuatro kilómetros, él conocía muy bien el camino, lo había recorrido muchas veces cuando iba a buscar los víveres que le preparaba Guzmán. Llegaron en mitad de la noche, cuando todos dormían y sacaron del galpón un bolsón lleno de alimentos.



Por esa época ya se había cortado todo lo que era trasbordo desde el continente. Como no se sabía cuánto iba a durar la guerra, las provisiones las habían racionado aún más. ¡Previsor de lo que podía pasar, el jefe de logística había ordenado una fracción inhumana de alimentos para cada sección!

Esa noche, llevaron comida para los soldados del grupo. Cada jefe era el responsable de velar por los que le habían confiado. ¡Esa noche, gracias a Dios, comieron todos!

Hay algunos proyectiles que no llevan explosivos, cuando caen, largan un humo blanco que permite a un observador adelantado, ver a qué distancia del objetivo están largando, entonces llama por radio para que corrijan la puntería. Normalmente los observadores se ubicaban sobre algún cerro, atentos a todo lo que ocurría.

Una mañana empezaron a tirar los cañones de las fragatas, caían unas bombas cerca de la posición de Marcial, otras más lejos. ¡Caían en todas partes! Pero ya no estaban tan pendientes como al principio. Se protegían en los pozos o detrás de alguna piedra, cuando veían que los proyectiles se enterraban muy cerca de ellos, entonces él ordenaba armar la posición en otro lugar. Podemos decir que estos soldados habían perdido el miedo a la muerte.

Cuando escucharon el ruido de la bomba, Marcial estaba en el pozo con Olivera. Sintió cómo el objeto se hundió en el barro, al costado de su pozo y empezó a hacer un ruido extraño, parecía una olla de agua hirviendo. ¡Se tiraron contra el costado contrario esperando que estallara! Pasaban los minutos, ¡y seguía haciendo el mismo ruido! ¡En ese momento sí se asustó mucho! Con mucha precaución sacó la cabeza del pozo para ver que sucedía. Se dio cuenta de que no era un proyectil al ver que tiraba humo blanco. No iba a explotar, el enemigo estaba señalizando el lugar. Al ver lo que pasaba se tranquilizaron. Con el casco sacaron agua de la laguna y le echaron al proyectil, no tomaron ninguna precaución, solo querían apagarlo. El líquido hizo su aporte, la bomba dejó de tirar humo y se apagó. El bombardeo duró varias horas más, cuando terminó habló con el jefe de sección para explicarle lo ocurrido. El jefe le dijo fríamente:

— ¡Si están largando esos proyectiles debe haber algún observador por ahí! ¡Estemos atentos!



Ese observador estaba dando las coordenadas de las posiciones al regimiento enemigo. Ellos estaban en la primera línea y serían los más perjudicados si los ingleses encontraban la dirección de tiro. De todos modos, decidieron no moverse del lugar, esa era su zona.

— ¡No nos va a correr un proyectil! —les decía Marcial a sus soldados cuando les contó lo conversado con su superior.

Todos pensaban como él.

A los pocos días, cuando la mañana recién se estaba anunciando, escuchó un sonido que sobrevolaba la zona. Eran casi las ocho y media y el horizonte empezaba a iluminarse con debilidad. Había pocas nubes y vio claro aparecer la figura de un helicóptero en el aire, no distinguía si era enemigo, lo miró con los binoculares, “anteojos de campaña” en términos militares, pero siguió con la duda. Si era de propia tropa tenían la obligación de informarles, sobre todo a Marcial que manejaba la ametralladora. El helicóptero estaba a su derecha, en un momento lo vio apuntando al pueblo. ¡Empezó a tirarle como loco! ¡Él sólo! No le dio la orden a la otra ametralladora, si era argentino el único responsable sería él. Todos lo vieron, miraban la escena con muchas dudas, pero Marcial le tiraba, le tiraba y le tiraba. El helicóptero tambaleándose por el efecto de las ráfagas tiró un misil hacia el pueblo.

— ¡No! ¡Este es inglés! —gritó Marcial y respiró aliviado.

Siguió tirando enojado contra él mismo por no poder derribarlo, el helicóptero giró hacia donde estaba Marcial que de inmediato se tiró al pozo con Olivera. Se quedó agachado y cubriéndose la cabeza con los brazos aguardando el estallido del misil. El aparato, después de unos minutos, giró nuevamente hacia el pueblo. Marcial al escuchar que se alejaba salió del pozo y con tenacidad continuó ametrallándolo, veía los chispazos contra el metal de la nave y la munición trazante que pasaba por arriba y por abajo. El helicóptero, bamboleándose tiró otro misil muy desacomodado, giró hacia la izquierda y pasó por delante de la avanzada de combate hasta que desapareció de su vista.

¡Comprendan las ventajas que tiene este narrador! ¡Puede adelantar o volver atrás la historia que está contando! Esto ocurrió años después, en una cálida mañana del 2 de abril de 2005. Marcial había llegado a la Plaza de Mayo como



muchos, a pedir por una pensión nacional para todos los veteranos de guerra. En esa época la cobraban nada más que los soldados. Él sentía y le dolía la injusticia y el desinterés con que eran tratados ¡Todos habían estado en la misma guerra! La munición que tiraban los ingleses era para cualquiera, suboficiales y oficiales estaban igual de expuestos que los soldados. Habían armado una carpa, a la espera de que el estado escuchara su petición.

En esas vigiliass se reunían a contar sus anécdotas. Una de las noches, él contó la historia del helicóptero que acabamos de relatar. Un sargento primero que había sido jefe de radar en Puerto Argentino contó que esa madrugada había señalado en los radares al helicóptero enemigo, pero no podía hacer arrancar al grupo de artillería antiaérea por el frío que hacía. Sabemos que esos equipos andan con nafta o gasoil, el sargento tenía que hacer arrancar el motor para que tuviera movimiento en dirección y en altura. ¡Vio la munición trazante que desde la montaña tiraba Marcial! También se dio cuenta que sólo no lo derribaría, pero no pudo ayudarle.

Parece que la cúpula militar argentina, contó el sargento primero, se reunía a trazar su estrategia de combate en el edificio de la policía. Hay relatos de los ingleses que cuentan cómo recibían la información del lugar donde planeaban juntarse. El día que Marcial descubrió la nave enemiga, a las ocho de la mañana, el objetivo del helicóptero era bombardear a los oficiales argentinos, el piloto tenía la misión de tirar hacia el lugar donde el grupo estaba reunido. Los mismos kelpers que vivían en el pueblo hacían de informantes, les avisaban por radio, los ingleses veían las coordenadas en el mapa y salían a bombardear. Sabemos que Marcial vio al helicóptero lanzar dos misiles y la historia nos cuenta que uno pegó en un poste de luz, antes de llegar al edificio. El otro estalló en la esquina de la casa y destruyó parte del techo. Los ingleses hacían puntería mediante un rayo láser, el tirador apunta al objetivo y el misil lo detecta automáticamente. ¡El disparo no tiene fallas! Si Marcial no hubiera estado incomodando al helicóptero con sus ráfagas, el misil hubiera dado en el blanco.

Los hechos de una guerra se componen de pequeños fragmentos, que poco a poco van armando una historia, todo fragmento sirve. Se juntan almas que sufren, cabezas que arman estrategias, corazones que sangran, amores que esperan, ilusiones que se rompen. Todo sirve para armar un relato, nunca se



termina de conocer. La historia cada día se reinventa de nuevo, cada mañana se olvidan cosas y se construyen otras con una mirada diferente. Hasta que la guerra, con sus recuerdos, se convierte en un enorme cerebro humano que ya nadie maneja. ¡Se maneja solo!

Aquel 2 de abril de 2005, cuando Marcial conoció la importancia de lo que había sucedido, imaginó que alguien lo iba a llamar y le agradecería por su intervención tan oportuna. Pero siempre sucede lo mismo. ¡Estos pequeños hechos realizados por grandes héroes, no tienen lugar en los homenajes! Siempre se buscan historias de grandes personajes sin saber si conmueven el alma. Pero los recuerdos terminaron quedando grabados dentro del corazón del pequeño grupo, que los había escuchado con atención.

¡A veces el sonido de un avión puede ser tan aterrador! Queda metido en algún lugar de la memoria y aparece cuando menos lo esperamos. Los Sea Harrier pasaban ametrallando las posiciones donde estaba el Regimiento 7 con todo el privilegio que el cielo le cedía. ¡Sabían cuándo pasar y cuándo bombardear Monte Longdon, sin que los aviones argentinos los descubrieran! Esa zona era uno de los canales habituales que tenían. ¡Rápido comprendió Marcial la rutina de los Sea Harrier! Cuando escuchaba la alerta ya se preparaba, siempre bombardeaban primero las colinas y después ametrallaban las posiciones donde estaba su grupo.

Esa mañana Marcial calculó la altura a que pasaría el avión, volaban bajo, pero no siempre en la línea de fuego de su ametralladora.

Detrás de algunas nubes, se filtraba el cielo azul y el sol dudaba si salir o esconderse entre ellas. La elevación de Monte Longdon era apenas de ciento ochenta y ocho metros, en momentos así, tan claros y luminosos se podía delinear con la vista el contorno de cada acantilado, de cada lengua de mar, que entraba y salía de la isla con la gracia que solo Dios y la naturaleza le concedían. Se podía adivinar la zona del aeropuerto y del pueblo. Muchas veces Marcial pensaba que no existía nadie más que ellos y el enemigo en ese lugar tan desierto. Entre los ríos de piedra y la nada que había alrededor del monte, era difícil imaginar algo mejor en la isla.



Como decíamos, aquella mañana cuando sonó la alerta, presintió que el avión volaría bajo. Preparó a sus hombres con las armas a la altura donde imaginaba que iba a pasar. Apenas lo escucharon hicieron una cortina de fuego con los trazantes de las tres ametralladoras apoyados por los fusiles, tiraban todos al mismo lugar, cuando la panza del avión quedó sobre ellos, se tragó toda la cortina de fuego, en vez de seguir la rutina y doblar por delante de la avanzada de combate, siguió de largo y subió, subió hasta que a unos cuantos kilómetros se convirtió en una bola de humo negro. El avión había desaparecido. Después supieron que el Harrier cayó al mar y que un helicóptero argentino había tomado prisionero al piloto. Seguro el hombre comprendió que el daño era grande y buscó el momento para eyectarse.

Estos logros lo llenaban de orgullo, el jefe del regimiento y el de compañía felicitaron a su sección. No era normal derribar un avión con las ametralladoras Mag, el arma indicada para eso es una ametralladora antiaérea, una 12,7 que tiene municiones más grandes. Lo que posee la Mag es mayor cadencia de tiro. ¡Mil tiros por minuto!

— ¡Es increíble! —exclamaba siempre Marcial— ¡Yo me enamoré de esa ametralladora cuando la conocí!

Quedó como jefe del grupo de apoyo. En la época de la escuela militar había salido como el mejor tirador. En Malvinas le dieron un máuser con mira telescópica, estuvo como franco tirador, más el FAL, más la pistola, más un cuchillo y las tres ametralladoras a su cargo. Todas esas armas las tenía permanentemente en su posición.

Un recurso de toda guerra es minar los terrenos por donde se supone llegará el enemigo. Es un tipo de armamento que se activa por la presión de un cuerpo y produce muerte o lesiones graves. Son pequeños explosivos que están escondidos en cualquier parte y aún después de terminado un conflicto, siguen produciendo graves inconvenientes. Desde los primeros días en Malvinas se instalaron cerca de veinte mil minas antipersonales y antitanques. La mayoría eran colocadas en un hueco sobre un paquete de turba y arriba un poco de tierra para ocultarla. Estaban sembradas por todos lados, sobre las laderas de los montes, en las praderas, en las costas, en el mar, en los lugares por donde se esperaba que llegara el enemigo. Con mucho ingenio buscaron los lugares



donde esconderlas, debajo de un trasto viejo, una madera, todo servía. El equipo encargado de su colocación tenía mapas y registros de la ubicación de cada mina.

Algunos días de la guerra eran muy parecidos a la época de rutina dentro del ejército, los momentos tranquilos son siempre igual, en la paz y en la guerra. Aunque a veces sucedían cosas que los sacaban de la rutina y los confrontaban con la realidad. El hambre era uno de esos hechos.

Esa mañana cerca del mediodía, el cielo estaba sin nubes y el sol calentaba un poco, abajo en el llano había un grupo de ovejas pastando, frente a Monte Longdon. Marcial pensando solamente en los días que llevaban sin comer apuntó y les tiró con su máuser. Quedó una oveja tirada en el pasto y las otras salieron asustadas por el ruido. Estaba con el soldado Nowiski, un soldado que medía cerca de dos metros. Marcial también era un hombre muy alto. Los dos salieron felices a buscar la oveja muerta. Ya casi llegaban cuando sintieron unos disparos al aire, era el Sargento Primero González que estaba más bajo. Les tiró una ráfaga de ametralladora adelante y pidió su nombre.

- ¡Cabo Saavedra! —gritó Marcial.
- ¡Quédese quieto ahí! —dijo el Sargento González— ¡Han entrado a un campo minado!

En ese momento, Marcial mientras miraba la oveja tirada a pocos pasos de él no pensaba en el peligro. El soldado estaba un poco más lejos. Con mucho cuidado caminó, agarró la oveja y se la pasó al soldado que la pudo agarrar sin moverse demasiado. Mientras tanto González pedía por radio al cabo primero del grupo de ingenieros, que fuera con el mapa y le indicara donde estaban las minas y como atravesar ese laberinto.

- ¡El segundo jefe quiere hablar con usted, en cuanto acabe esto! —le informó a Marcial.

¡Pero él estaba más preocupado en la oveja que por la represalia!

- Si Dios quiere, cuando salgamos de acá —le dijo a Nowiski— te vas a la posición y la comparten con el grupo.
- Sí, mi cabo —dijo echándose la oveja al hombro.



Pudieron salir con las indicaciones necesarias. El soldado se fue con la oveja y Marcial partió a ver al segundo jefe. Como se imaginará el lector y también nosotros ¡lo retó muchísimo!

— ¡Le voy a poner veinticinco días de arresto —le decía furioso— y suspensión de su cargo de suboficial cuando lleguemos al continente!

Nos queda la sensación de que el segundo jefe del regimiento suponía que no pasarían por ninguna situación complicada y todos volverían a sus regimientos. Marcial regresó a la posición y entre risas y anécdotas comieron la oveja con los soldados.

Pasando Monte Longdon hay unos terraplenes y un brazo de mar que entra en la depresión de la isla. Estaba muy cerca de la posición de su compañía y el mar se convertía allí en un río que se perdía en la distancia. La mirada de Marcial lo recorrió muchas veces. Había cerca una pequeña casilla de madera, de tres por tres. Gaspari, recordarán que ya hemos hablado de él, estaba con un grupo de once soldados en la avanzada, él informó que a la distancia veían ciertas noches, luces de colores que salían de la casilla iluminando el cielo. El jefe de sección pensó que alguien desde allí mandaba algún tipo de mensaje y le ordenó que fuera a investigar. Se llevó una MAG y cinco soldados con FAL, la orden era ver que había adentro. Si había algún material llevarlo a la sección y si había gente y oponían resistencia, tenían que derribar la casilla con munición. En los dos casos debían destruirla.

Como el enemigo podía verlos, esperaron que oscureciera para salir, iban encolumnados de a uno. Marcial a la cabeza. Sentía detrás de él los pasos del soldado Vozcovic, cuando no lo escuchó se dio vuelta a preguntarle a otro soldado. Desconocemos por qué cambió de rumbo sin avisarle ni cuál fue el motivo que lo llevó a tomar otra dirección.

— Nos juntamos del otro lado de la lengua de mar —le había dicho a su compañero.

Y a los pocos segundos, Vozcovic, que era un soldado grandote y musculoso desapareció en la oscuridad. Sabemos que había un bote, pensamos que lo vio y quiso cruzar en él. Cuando el grupo había caminado unos pocos pasos conversando y bromeando, escucharon un estruendo. ¡El instinto del hombre



es increíble al vivir un momento complicado! ¡Se tiraron todos al piso! Antes de que Marcial diera la orden ya estaban con el arma preparada. Creyeron que les estaban tirando con un mortero.

Tras una explosión queda un silencio profundo y unos segundos más tarde se escucha como empiezan a caer las cosas, que con la magnitud de la explosión vuelan en todas direcciones.

Siempre después que explotaba una bomba cerca, los soldados se numeraban.

- Uno.
- Dos.
- Tres.
- Cuatro.

Y faltaba el quinto. Marcial los nombró mientras los reconocía en medio de la noche. Una capa de barro les había cubierto la cara y el cuerpo.

- ¡Martínez!
- ¡González!
- ¡Pérez!
- ¿Y Vozcovik? —dijo intuyendo la verdad— ¡Vozcovik! ¡Vozcovik!

Lo llamó a los gritos mientras corrían hacia el lugar de la explosión. Allí estaba Vozcovik con el cuerpo destruido.

El jefe de sección, que había sentido la detonación, lo llamó por radio y le preguntó:

- ¿Qué fue esa explosión?
- ¡Murió el soldado Vozcovik! —dijo Marcial a los gritos— ¡Se acercó a un bote donde creo había una mina! ¡Está muerto!

Su estado era de excitación y de incredulidad. Estaba pálido. Fue todo muy rápido, él no había notado la falta del soldado. ¡Sus muchachos eran muy obedientes, nunca hacían algo sin consultar!

El jefe le ordenó abortar la misión y pasó la novedad a su superior.



Imaginamos que quiso subirse al bote para no mojarse, la noche estaba muy fría y tenían que cruzar por el agua. Suponemos que dijo: “Acá no me voy a mojar, paso yo y después les tiro el bote”.

Cuando pasaron unos días, intentó averiguar quién había minado el bote. Nadie sabía. Era evidente que estaba preparado, pero nunca pudo saber si fueron los ingleses o la propia tropa. Hay situaciones que se ocultan y quedan aguardando que algún día, la historia las descubra y hay otras que nunca se aclaran.

— ¡Se queda allí y espera a los camilleros! —había mandado el jefe.

Lo taparon con un poncho y sintieron la impotencia de una vida perdida por descuido. Además del dolor por el soldado muerto. ¡Marcial tenía rabia! La voz del jefe ordenando abortar la misión le resonaba en los oídos y no quería cumplirla. De sus ojos saltaba el coraje de no poder desahogarse. ¡Si lo hubieran dejado habría destrozado esa casilla sin preguntar nada! ¡Todos querían ir!

A las dos horas llegaron los camilleros y el cortejo fúnebre regresó a la posición. Iban cargados de dolor y con los ojos llenos de llanto. Estaban a dos kilómetros del frustrado objetivo y a menos de un kilómetro del resto del grupo, todos los esperaba sorprendidos por lo ocurrido.

Una parte de su vida quedó en la isla para siempre, enterrada, junto al soldado Vozcovik.

Ya hemos dicho que los pozos estaban siempre con agua, Marcial con su equipo habían preparado una plataforma para poder estar adentro menos mojados. Para resguardarse un poco de la lluvia y la nieve tenían cubierta una parte con palos, alambres y pedazos de turba. Todo esto también servía para disimular el lugar. En esos días los ingleses habían comenzado a lanzar un proyectil diferente, explotaba en el aire y con los fragmentos que caían iba destruyendo todo lo que encontraba a su paso. Cuando se dio cuenta que las esquirlas podían entrar al pozo y matarlos, les dijo a sus soldados:

— ¡Tenemos que conseguir madera para reforzar el techo!

Resolvieron ir hacia la costa a investigar un poco, encontraron un bote viejo que estaba medio hundido a unos cincuenta metros, mar adentro.



Todo esto sería algo muy normal si no supiéramos que la temperatura del agua era de tres o cuatro grados. Marcial sin pensarlo mucho se quedó en calzoncillos y se tiró al agua con una maza y un rollo de alambre, debía cruzar rápido para que su cuerpo no perdiera calor.

Sabía las consecuencias de la hipotermia, después de la primera inspiración, la frecuencia de la respiración aumenta y luego de diez minutos se pierde la capacidad de mover los brazos y las piernas. Llegó a duras penas, subió al bote sintiendo que el cuerpo empezaba a dolerle. Con la maza empezó a romper la madera y la sujetó a la punta del alambre que llevaba. Trabajó con rapidez y dando saltos en el bote. Sentía que el agua se empezaba a congelar en sus pestañas. Largó el atado al agua y los soldados empezaron a tirar del alambre donde Marcial también había amarrado la maza.

- ¿Listo? —les gritó.
- ¡Sí! —contestaron todos a la vez.
- ¡Ahora voy yo!

Se tiró al agua y empezó a nadar, cuando le faltaban diez o quince metros no sentía los brazos ni las piernas, era como si fueran de tabla, tenía que concentrarse, usar todas sus fuerzas para llegar a la orilla. Su mente repetía dos palabras: “¡Yo llego, yo llego, yo llego!”. Salió del agua con movimientos torpes y el cuerpo tembloroso, tenía las pupilas dilatadas, el corazón le latía débilmente.

Mientras parte del grupo rescataba las maderas, otros soldados habían hecho un fueguito de turba detrás de la pared de una piedra muy grande. Se secó un poco agradeciendo el fuego, se vistió y volvieron a la posición. Con la madera techaron el pozo y les alcanzó hasta para cubrir las posiciones de las MAG.

Al pasar los días la tensión fue aumentando, la tierra latía presintiendo que el final llegaría pronto. En Pradera de Ganso y Darwin ya se habían rendido. A todos los rincones de Monte Longdon llegó el eco de los gritos y el llanto de la batalla de Darwin. Los ingleses avanzaban hacia ellos buscando el objetivo final, Puerto Argentino.

Marcial sabía que estaban preparados para el combate. ¡Llevaban días aguardando que llegara el momento! La incertidumbre de no saber cuándo,



había logrado que algunos se volvieran irritables. Otros, más callados, sufrían contracciones nerviosas y tensiones musculares, a varios les faltaba el aire. ¡Además estaban muy débiles! Fueron muchos días de espera y de pocos alimentos. ¡No saber cuál sería el final los estaba agotando!

Desde el 8 de junio los bombardeos navales, aéreos y terrestres habían sido constantes, el aire no dejaba de tronar. El cielo enrojecido, parecía no tener espacio ni para que los ángeles ayudaran a sus protegidos. El día 11 no hubo respiro, prácticamente hasta la tarde estuvieron en combate. Separados por trescientos o cuatrocientos metros, alcanzaban a ver al enemigo entre la nube de tierra y pólvora que acompañaba cada fogonazo. Esa mañana cuando el jefe le ordenó hacer cambio de frente, Marcial vislumbró que su vida y la de miles de soldados, cambiaría para siempre. ¿Podrían resistir y salir con vida de esa realidad?

¡Lo único que se veía y se escuchaba eran situaciones de muerte!

— ¡Mi teniente se escuchan gritos! ¡Parece que alguien está herido! —
gritó fuerte Marcial para que su jefe lo escuchara.

Había oído a un soldado pidiendo ayuda en medio del tiroteo terrible, los ingleses atacaban con todas sus armas, morteros, ametralladoras, franco tiradores, fusiles. Ellos respondían de igual manera.

El teniente lo autorizó con una seña. Ese día Marcial le salvó la vida al soldado Martínez. Era el “sapo” Martínez, estaba a unos cincuenta metros de distancia de su posición.

Marcial se terció el fusil y fue corriendo entre el barro a socorrer al herido, agachado, para que las balas del enemigo no lo alcanzaran. Quien sigue la lectura de este libro se imaginará una acción propia de las películas, un soldado que corre por el barro para socorrer a un compañero mientras el enemigo descarga sus armas contra él. En una película pensamos ¿por qué no lo matan? ¡Volvemos a descubrir que la realidad siempre supera lo que las palabras o las imágenes pueden expresar! Marcial se vio dentro de un filme, su objetivo era llegar donde estaba Martínez, no pensaba en otra cosa, solo veía humo, más allá explosiones, fuego, escuchaba el silbido de las municiones rozándolo. ¡Hasta que llegó al soldado! Estaba sentado contra una barranquita de tierra,



pálido. Lo revisó con la mirada, no sangraba, notó que le faltaba la mitad de la oreja y suponía que también un pedazo de cráneo. Tenía el casco hundido donde fue el impacto. ¡Eso lo había protegido! Se lo sacó con mucho cuidado. Todos llevan en el propio casco el paquete de curación para los primeros auxilios. Eso puede salvar una vida. Le vendó la cabeza y al terminar su tarea llamó a dos soldados que estaban cerca y permanecían con la espalda afirmada contra la barranca. ¡La batalla a cada momento parecía más enfurecida! Preparó una especie de bandera con las vendas de un paquete de curaciones y un repasador que andaba siempre en la bolsa de rancho. Cuando se redujeron los disparos, colocó en la punta del fusil de Martínez, en la bayoneta, la bandera blanca y les digo a los soldados:

— ¡Llévenlo al puesto de socorro y se quedan a cuidarlo! ¡Esta noche se va a poner muy feo!

Uno de los soldados gesticuló una pequeña sonrisa, como agradeciéndole la orden. ¡Lo sacaba del infierno! Se fueron los dos con el herido y la bandera blanca. ¡Nunca supo quiénes eran! Marcial respiró tranquilo, Martínez estaba grave, pero se iba a salvar, no había perdido el conocimiento y podía caminar. Otra odisea similar a la anterior fue volver a su posición, llevaba los labios blancos y la mirada perdida. ¡Pasaron demasiadas cosas esa noche del 11 de junio!

Después de muchos años, un día vio una foto del soldado Martínez en un grupo de veteranos, lo reconoció y con alegría le mandó un mail contándole que en Malvinas le había salvado la vida, pero nunca le contestó.

Ni siquiera los padres o los hermanos o algún pariente han buscado conocer a la persona que le salvó la vida a Martínez. Eso siempre le dolió, el hombre en su camino debe saber reconocer una ayuda. ¡Marcial se arriesgó para salvarlo!

— ¡Si me hubiera pasado a mí —dijo Marcial con la voz quebrada— habría buscado a quien me auxilió! ¡Estaría eternamente agradecido!

La lucha por conseguir los beneficios que les correspondían a todos los soldados veteranos de la guerra dividió a los excombatientes. Es fácil recordar porque es historia reciente. Por un lado, quedaron algunos soldados muy resentidos con los oficiales y suboficiales, el comportamiento de unos tocó el corazón sensible



de muchos y agrandó la herida. Al soldado que fue a luchar porque estaba haciendo el servicio, se lo mantuvo mucho tiempo a la deriva, fue un conflicto que duró años, hasta que lograron tener una pensión y una mutual. Mientras los soldados de carrera continuaban cobrando el sueldo por su profesión, la mayoría de los soldados no tenían trabajo y estaban enfermos. El abandono en que se encontraban no los dejaba ver que esos militares cobraban su paga como cualquier trabajador y se pusieron en contra. Eso generó mucho odio, no entendían que los culpables no eran ellos. El sistema era el culpable.

Los sucesos que acabamos de recordar no estaban en la mente de los hombres que defendían las islas ese 11 de junio. Marcial, como todos, solo buscaba salvar su vida. ¡Esa noche se produjo la batalla más terrible! La más dura de todas, tan sangrienta como Darwin. Los paracaidistas ingleses, aprovechando la oscuridad habían descendido en varios lugares y tomado la cima de Monte Longdon, la sección de Marcial estaba en un costado. Antes del amanecer, a su grupo le ordenaron formar una línea de defensa. Los soldados que habían estado en la cima del cerro bajaban en medio de la noche entre los estallidos de las bombas y los silbidos de las municiones. Llevaban con ellos compañeros heridos, otros más graves quedaron en el campo de batalla con los soldados que se entregaban. A los muertos, le cubrían la cara y los dejaban en un costado. ¡Era imposible bajar con ellos! Marcial y su grupo tenían que apoyar el repliegue y combatir contra los ingleses que estaban arriba del monte. ¡Junto con la retirada de los grupos bajaba el coraje de un combate brutal, donde se luchó cuerpo a cuerpo toda la noche! Todos habían vivido el mismo horror, los que bajaban replegándose, y ellos. ¡Combatieron durante horas!

Esa noche se vieron rodeados por el enemigo que avanzaba desde todas direcciones, su unidad retomó la posición que tenía antes. El suelo temblaba con el contacto de las bombas. Cuando vio las bengalas que cruzaban el cielo en todas direcciones, Marcial comprendió que eran varios los frentes. Lucharon con una energía salvaje hasta que prácticamente agotaron la munición. Cuando no pudieron seguir batallando el jefe ordenó el repliegue a Moody Brook.

Una de las características de ese lugar son los extraños ríos de piedra, cauces de ríos secos que han llevado agua en alguna de las etapas de su formación y han quedado con un acarreo muy inestable, desde guijarros hasta enormes



piedras angulosas. Allí no hay turba ni tierra, solo una masa espesa de piedras. Dicen que, en algunos lugares, en tiempos de paz, donde la isla vive en armonía con el ambiente, se escucha el murmullo de un arroyo invisible.

Tenían que cruzar el río de piedra para replegarse hacia Moody Brook. ¡Era el único lugar que les quedaba! La marcha se hizo lenta y trabajosa, una caída podía costarles la vida, la noche estaba muy negra, algunas piedras blancas brillaban en la oscuridad.

El grupo de compañeros ya se había perdido en las tinieblas. Marcial se quedó último, disparando con la ametralladora, retrocedía a medida que la sección se iba replegando, el soldado Olivera lo ayudaba con la munición. ¡Claramente se vio rodeado! ¿Qué se puede esperar en un momento como ese? Combatía con el cuerpo atravesado por la lluvia y el alma atravesada por las lágrimas, en sus ojos brillaba el fuego de las bombas y en su espíritu el fuego del valor.

Las bengalas que tiraba el enemigo le ayudaban a detectar los grupitos de ingleses.

— ¡Olivera, adelántese y alcance la posición! — le había dicho a su soldado.

Tenía la esperanza de que hubiesen encontrado municiones y pudieran seguir combatiendo. Pero no se había previsto un lugar para que quedaran reservas.

El jefe ordenó replegarse al pueblo. ¡Los ingleses ya estaban a cincuenta metros! ¡Los veían y no sabían con qué tirarles! El enemigo fue haciendo un cerco y avanzaba hacia los regimientos que ya no tenían municiones. Algunos, como Marcial, quedaban todavía luchando, también grupos solitarios aún estaban combatiendo, pero los demás se iban replegando y llevando a los heridos. ¡Muchos héroes argentinos dejaron su vida esa terrible noche, en esos montes!

¡Momentos difíciles vividos entre las nueve de la noche y las siete de la mañana del día doce! ¡Los dos regimientos libraron duras y sangrientas batallas! En Monte Longdon, Wireless Ridge, Monte Harrier, Monte Dos Hermanas.

Disparó hasta que se le acabó la munición. Rompió la ametralladora y la arrojó con bronca contra las piedras, sacó la pistola y el cuchillo y comenzó a



replegarse ya más liviano sin la pesada arma. En la mano izquierda llevaba el cuchillo y la pistola en la derecha. Disparó el revólver hasta que se quedó sin balas, lo tiró y cuando giró hacia un costado vio un bulto, a un metro, su cuerpo reaccionó antes que su mente. Saltó con el cuchillo y en ese momento, sintió que se lo clavaba a una persona, el hombre lo agarró con fuerza, cayeron los dos contra las piedras, alcanzó a ver su rostro con una bengala. El gurkha también lo miró, los dos luchaban, querían seguir viviendo. En un momento el otro aflojó la presión en su cuerpo y Marcial le clavó el cuchillo en el pecho, hasta que el gurkha dejó de resistirse. Marcial tiró el cuchillo, se detuvo frente al hombre sin vida con la mente en blanco, sin reaccionar. ¡Sentía las bombas y las ametralladoras que le atravesaban los oídos! Sin saber que hacer le arrebató la boina y salió corriendo. En la oscuridad alcanzó a ver que tenía la insignia de los dos cuchillos nepaleses. Decían que los gurkhas les cortaban la oreja a los soldados argentinos después de matarlos, como signo de su victoria. ¿Marcial en ese acto de llevarse su boina, habrá sentido que rendía un homenaje a esos soldados que murieron en manos de los gurkhas?

Corría entre las piedras del río, se tropezaba, se levantaba y se volvía a caer. ¡No supo nunca cómo llegó hasta donde estaba su sección! Llevaba la cara de ese hombre aferrada a su mirada. ¡Le quemaba la boina enemiga en las manos! Le sacó la insignia, la guardó en la campera y arrojó la boina lejos. Al alcanzar al grupo no dijo lo que había pasado. Entró en estado de shock.

Sabemos que trajo la insignia al continente, después de la rendición, contó la historia a sus compañeros, pero no mostró su trofeo de guerra. Hace algunos años, en un acto en Córdoba, se la regaló al representante de los suboficiales de Argentina.

— Fue un error mío —dice Marcial cuando recuerda ese gesto—. ¡Hasta el día de hoy la extraño! ¡Quisiera tenerla conmigo!

Cuando empezó a ver las casas de Puerto Argentino ya estaba oscureciendo, la nieve había cubierto todo el paisaje. ¡Parecía querer tapar con la pureza del blanco el rojo de la sangre! El embarcadero entraba al pueblo por una rampa de madera y se convertía en la calle principal, por allí entró Marcial y su grupo. Marchando. Varios con el arma al hombro. Comprendió que todo había terminado, el lugar se empezó a llenar de soldados, llegaban cansados,



desmoralizados, con hambre y mojados. Los heridos ya estaban siendo atendidos en el hospital. Hacia un costado de la calle está el galpón que usaron los comandos durante el conflicto, del otro lado unas cuantas viviendas. Marcial esa noche se juntó con varios compañeros de otras unidades, durmieron en uno de los galpones. El día siguiente fue un día de esperas y desconciertos, en Tumbledown y Moody Brook seguían luchando, eran los momentos finales. ¡Los ingleses tomarían el pueblo en cualquier momento! ¡La guerra había entrado en agonía!

Ya estaba oscureciendo cuando se escuchó un lanchón y alguien que gritó:

— ¡Son ingleses!

¡No quedó nadie en la calle! ¡Desaparecieron todos! Solo Marcial que entró al galpón de los comandos y tomó una MAG. ¡Se tiró cuerpo a tierra en medio de la calle con la ametralladora cargada enfocando el embarcadero! Esperaba que tiraran los ingleses desde la lancha para responderles al fuego. En ese momento otro soldado gritó:

— ¡Son argentinos! ¡Son argentinos!

Tuvieron que ayudarlo a pararse, le decían que se calmara, que todo estaba bien. Había entrado en shock nuevamente. Sentía que la sangre no le llegaba al corazón ni el aire a los pulmones. Se tranquilizó, pero se quedó con la ametralladora en la mano.

Esa noche, todos un poco más relajados, contaban sus experiencias, él se quedó conversando con algunos conocidos. Cerca de la hora veintitrés, pidieron cinco suboficiales voluntarios para defender la gobernación, la casa del gobernador estaba a unos trescientos metros. Marcial no lo dudó y fue a presentarse ante el oficial, detrás de él aparecieron otros cuatro. Se apostó cuerpo a tierra sobre un poncho de plástico apuntando hacia Moody Brook, sabían que de un momento a otro podrían aparecer, otros se ubicaron en las ventanas y los dos restantes, en el piso de arriba. El único que estaba afuera era Marcial, se ahogaba estando encerrado. Nunca le gustaron los tanques de guerra, ni los barcos, ni los aviones, siempre se sintió más tranquilo en contacto con la tierra, con el aire.



Mientras tanto las negociaciones continuaban y al fin Menéndez dio la orden de que se retiraran los que estaban haciendo guardia. Marcial se levantó con cada miembro acalambado por el frío y la quietud. ¡Casi no sentía el cuerpo! Llevaba tres horas en la misma posición. Nevaba con fuerza, era de madrugada cuando los británicos habían propuesto el cese de fuego y Menéndez lo aceptó. Esa mañana tuvieron una conversación Menéndez y Jeremy Moore. ¡Dicen que el inglés se sorprendió al ver al jefe de las tropas argentinas tan bien vestido, con los borceguíes lustrados y bien afeitado! ¡Esas cosas quedan marcadas en la vida de un soldado! A Marcial todavía le da bronca pensar que algunos jefes estaban dentro de la casa de gobierno y no acompañaron a sus soldados. Nunca fueron a la zona donde combatían en primera línea. Nunca se preocuparon por acercarse donde se pasaba hambre. Solo salían a recorrer lugares cerca del pueblo para sacarse algunas fotos.

— El día en que derribamos el avión —suele decir Marcial—o cuando logré que el helicóptero no lanzara sus misiles contra el pueblo, pensábamos que recibiríamos alguna felicitación.

Pero no fue así.

Cuando el Regimiento 7 regresó a La Plata don Saavedra, al no tener noticias de su hijo, llamó al regimiento. La familia de Marcial no sabía nada de él, Sara su mamá estaba desesperada, en esa época la comunicación era por carta y tardaba diez o quince días en llegar.

Le preguntó al operador de la radio si Marcial Osvaldo Saavedra estaba en el cuartel.

— Mire, acá tengo el listado, pero Saavedra no figura como que ha vuelto —le contestó la voz del operador en el teléfono.

¡El gendarme se fue a Buenos Aires urgente! Esperaba lo peor ¡y no iba a quedarse en su casa hasta que le llevaran la noticia! La tranquilidad volvió a su alma cuando se encontró con su hijo en el regimiento. Hombre recto, hizo la denuncia para que amonestaran al responsable ¡El asistente no podía decir una cosa así!

— Mire, esta es la lista que me pasaron —dijo el operador disculpándose.



En el listado se habían olvidado de colocar el nombre de Marcial. El hombre no tenía la culpa. Pero a don Saavedra se le pararon los pelos de la bronca.

De diferentes maneras todos volvieron al continente y la vida comenzó a desarrollarse con cierta normalidad. Marcial siguió en La Plata y le ofrecieron formar parte del equipo de pentatlón del regimiento. Las disciplinas que abarca este deporte son natación, tiro, carrera a través del campo, lanzamiento de granada y pista de combate. En 1984, como andaba muy bien, un capitán le propuso integrar el equipo de pentatlón argentino, representar con un grupo al ejército en competencias internacionales. Marcial le dijo que no, se había casado poco después de volver de la guerra, con Nancy, su novia de la adolescencia y ya tenía un hijo, no quería separarse de ellos. Nancy y Ricardo se habían quedado en Tupungato hasta que le saliera el pase a otro lado, Buenos Aires era muy caro para vivir y él no podía pagar un alquiler.

— Mire —le dijeron esa mañana cuando lo llamaron— le damos un departamento en El Palomar, no va a entrar nunca más de guardia, no más patrulla, ni ejercicios con soldados, pura y exclusivamente el equipo de pentatlón.

A Marcial le gustaba el deporte para sentirse bien ocasionalmente, pero no como profesión. ¡A él le gustaban las armas, patrullar dentro de una guardia en la noche, con frío, con calor! El deporte lo ayudaba a desahogarse de todo lo vivido en la guerra, pero no para convertirlo en una carrera.

Ese mismo año comenzó a tener problemas, un día, junto a otros compañeros, tuvieron un altercado con un oficial, se golpearon fuerte. Le dieron prisión preventiva, declaró ante un juez de instrucción militar y pasó cincuenta días arrestado en Magdalena. ¡Convertido en un reo común y corriente! ¡Por culpa de un oficial que lo trató de negro! Ese oficial no había combatido en Malvinas, creemos que llegó de pase ese año al Regimiento 7.

Cuando salieron de prisión los mandaron a diferentes lugares, uno fue La Tablada, otro a Mercedes y al tercero no recordamos dónde lo enviaron. Sí sabemos que a Marcial lo destinaron a la Décima Brigada, de la que dependían todos los regimientos de la zona, estaba frente a la estación de trenes en La Plata, a unos diez kilómetros de Arana, donde se había trasladado hacía poco,



el Regimiento 7. Allí lo trataron diferente, de manera cordial, Marcial estaba a disponibilidad, bajo sumario, pero todos trataban de darle una vida tranquila. Él se daba cuenta que era eso lo que necesitaba y no tanto hostigamiento. ¡Hasta le preguntaban si quería hacer guardia!

— Sí, no hay problema —les contestaba Marcial— ¡Y partía feliz a la guardia!

No le correspondía, pero se cansaba de pasar todo el día en el casino. Otras veces se quedaba en el comedor o atravesaba con la mirada los vidrios de las ventanas viendo las carreras del hipódromo. Iba cada tanto a su antiguo regimiento, hablaba con Mamani, que era el encargado de la sala de armas. ¿Por qué iba a hablar con el encargado de armas del Regimiento 7 Marcial? Necesitaba una MAG, para darles instrucción al personal de suboficiales y oficiales de la décima brigada y contarles historias de Malvinas. ¡Eso le gustaba, se sentía como un maestro! Él hablaba y todos lo escuchaban, había un auxiliar que le pasaba los elementos y él iba explicando cada parte.

Con el tiempo siguió teniendo problemas hasta que se cansaron de él y lo mandaron a su provincia. Llegó al Regimiento 11 de Tupungato no de pase, sino de comisión. En una comisión el regimiento no se hace cargo del traslado de sus cosas, solo le paga el pasaje, puede ser enviado a un curso, una instrucción o a realizar diferentes tareas. El Estado Mayor lo mandó a llamar dos veces para hacer una junta médica en Buenos Aires, la primera vez acompañado por un suboficial y la segunda vez sin acompañamiento. Pensamos que Marcial estaba síquicamente muy mal y él no lo notaba, las consecuencias las sufrían las personas con las que compartía la vida. Su comportamiento no era el mejor, hacía cosas, digamos, que una persona en su estado normal no haría.

Comprendemos que a Marcial le molestaban algunas órdenes de sus superiores. Se dio cuenta que en la preparación para una guerra hay cosas inútiles.

— No es necesario —repetía— tener bien doblado el equipo de gimnasia, porque en una guerra no se va a ocupar, es lógico.

Esos y otros muchos ejemplos lo enojaban, hacía que discutiera con sus jefes por todo, lo castigaron muchas veces. ¿Cuál será el propósito de una mente



enferma por la guerra? ¿Busca motivos de por qué se fracasó? ¿Trata de justificar sus rebeldías?

Diez años después de Malvinas, un día de noviembre donde el sol mostraba las delicias de la primavera, le llegó a Tupungato el resultado de la junta médica. Le diagnosticaron “Reacción vivencial anormal”, no podía pasar al escalafón complementario o suplementario, en una oficina tampoco podía estar. Lo declararon no apto para el servicio y le salió el retiro por orden del día, con el grado de Sargento más el noventa por ciento de Sargento Primero. ¡Así terminó su carrera militar! Aunque el día brillaba, Marcial vio todo oscuro a su alrededor. Tenía cuatro niños pequeños. ¡Un simple papel lo llevó de vuelta a la vida civil!

Cuando tuvo que dejar la vivienda del barrio militar se fue con su familia a habitar la casa propia. En ese tiempo salió una ley donde el tres por ciento de las casas entregadas por el Instituto Provincial de la Vivienda, tenían que ser destinadas para los veteranos de guerra y a él le tocó una.

Como todas las cosas en la vida, los años pasaron. Solamente la familia y algunos conocidos recordaban que Marcial había estado en la guerra. ¡Parece imposible que un hecho tan importante para la historia argentina, quedara tan lejos de la memoria y de los homenajes! Sus hijos no lo olvidaron y de alguna manera siguieron el ejemplo de su padre y de su abuelo. ¡Hoy los tres varones son gendarmes!

Jorge, su hijo mayor es sargento y perito de la policía científica de la Gendarmería en Buenos Aires, está casado y tiene una nena. Su esposa y la niña por ahora viven en Tupungato porque ella cuida a sus padres enfermos. Fernando es alférez y está en Santa Cruz, en Comandante Luis Piedra Buena, como jefe de sección. Tiene una hija, pero está separado de su mujer, él se halla en el sur y su hija en Misiones con la madre. Leonardo es el más chico y asciende a cabo primero en el 2018, está trabajando en la Villa 1-11-14. Es soltero

— Me preocupa el lugar donde trabaja ¡Pero le gusta! ¡A él le gusta! —Lo dice con todo su orgullo de padre.

Cuando entró el mayor a la escuela de gendarmería en Córdoba, Marcial recordó su infortunado paso por esa fuerza. Nunca imaginó que la vocación de los tres sería la misma.



— Yo voy a entrar a Gendarmería también —había dicho Fernando— se cobra bien y aparte me interesa.

— Eso lo vieron por lo que mi viejo fue gendarme —dice Marcial alzando la mirada—. También ayudó toda la historia que tengo. ¡Ellos no podían ser menos!

Cuando tuvo que elegir carrera su tercer hijo, Leonardo expresó:

— Yo también me voy a gendarmería.

Yanina, su única hija mujer, vive en el barrio Aero Club en la casa de su abuelo y tiene un varón.

En aquella tarde de invierno de 2017 Marcial había recordado su infancia:

“Comencé la primaria en la Escuela Emilia Herrera de Toro y terminé en la Dionisio Chaca. Después hice unos años en la Técnica Santa María de Oro en Rivadavia, me fui a gendarmería y finalmente terminé el secundario en la Sargento Cabral”.

Su mente está cargada de relatos de su niñez, de su adolescencia. De lo dura que fue la vida cuando volvió a Tupungato, aunque muchas situaciones vividas en Malvinas, las ha borrado de su memoria. Se da cuenta de esto cuando se junta con otros veteranos y cuentan momentos donde se encontraron en las islas y él no los recuerda. ¡Qué prudente es la mente humana!

Guzmán sabe decirle:

— ¿Te acordás cuando nos tomaron prisioneros que nos encontramos en el pueblo? Vos me pediste algo, me parece que era un pedazo de pan.

— Te agradezco — le dice— lo que me hayas dado. Pero no me acuerdo

Chambi también habla de un encuentro cuando se estaban replegando, donde Marcial iba separado del resto del grupo y pálido.

A él le gusta relatar sus experiencias, las que olvidó será porque era necesario que su mente se sanara en parte de tantas heridas.

— Además contando lo que viví, el testimonio permanece vivo en el recuerdo. —Lo dijo con la convicción que tienen los que entran como protagonistas en la historia de los pueblos.



No le gustaría que en la calle lo reconozcan solamente porque lo vieron en una formación con los veteranos de guerra. Le interesa que conozcan todo lo que vivió. Le hace bien contar lo vivido.

Con los años, su carácter ha ido cambiando, ahora es más dócil con la familia, con los amigos, aunque se enoja mucho con las cosas que suceden, le molestan las injusticias, la inseguridad. No soporta que maten a la gente para robarle. Él, como tantos que estuvieron en la guerra, sabe lo que es vivir cada día sin saber si amanecerá al día siguiente.

Se siente muy agradecido de todo lo que hicieron sus padres por él, ellos aún viven. Nancy y sus hijos siempre lo han acompañado, igual que sus suegros.

— Han vivido mis locuras y mi felicidad a la par. —Decía casi al despedirse, con una sonrisa.

Es un hombre de fe que va a misa los domingos, cuando Dios se lo permite.

— Voy con mi señora o voy solo —nos decía— y no hay noche que no le pida a Dios por mis hijos y mis nietos.

Se preocupa por ellos, sabe que la vida de un gendarme es tan difícil como la de un militar. Reconoce que han vivido muchas cosas a pesar de la edad que tienen, la vida los está haciendo duros, son buenas personas y sobre todo buenos padres.

Marcial hizo de todo en la vida para darles educación a sus hijos. Pedía préstamos en la sociedad militar y con eso pagaba todo el año la cuota de un colegio privado. Trabajó duro para darles lo que necesitaban. Trabajó en la construcción, con su suegro injertando plantas, repartiendo diarios, vendiendo planes del servicio de asistencia médica. ¡Qué es lo que no hizo! Su mujer trabajaba eligiendo ajo y cuando él tenía algún día libre iba con ella ¡Nancy ocupó muchos años de su vida en un galpón de ajo! También fue remisero, cosechador de uva y de toda clase de frutas. ¡Y así salió adelante, trabajando! Su sueldo de sargento era muy poco, mucho menos que cuando estaba en actividad, cobraba y pagaba el almacén, las zapatillas de los chicos, la cuota de los préstamos y se le terminaba el sueldo. ¡Y otra vez a buscar changas para poder vivir!



Hace unos años llegó la posibilidad de reclamar una pensión de la nación, hasta ese momento la habían logrado solo los soldados, los suboficiales no la cobraban. Se sintió en la obligación de hablar con el grupo de veteranos de Tupungato y decirles:

— Quiero ir y representarlos a todos, junto con otros veteranos de la provincia.

Estuvieron de acuerdo, varios no podían ir porque estaban en actividad.

Necesitaban que el estado y la sociedad despertara y los reconociera, querían marcar la presencia de los veteranos en Plaza de Mayo para que Néstor Kirchner los conociera y se diera cuenta de que estaba equivocado, que ellos también necesitaban ayuda.

Todos eran veteranos de guerra y les correspondía. El estado hacía una especie de discriminación con el personal. Un grupo de abogados los ayudó. Estuvieron dos meses en una carpa en la plaza frente a la Casa Rosada. En el día eran más de cien, en las noches quedaban cerca de treinta. Una o dos veces por semana iba al casino de la Fuerza Aérea donde amablemente los invitaban. Allí se bañaban, comían comida caliente y a la tarde volvían a la carpa. Durante el día muchos veteranos de guerra o familiares se acercaban con comida, con gaseosas. En las noches se sentaban a conversar de lo que le había ocurrido a cada uno. ¡La historia real contada por sus protagonistas!

Cuando firmaron el acuerdo llamó por teléfono a Nancy.

— ¡Negra —le había dicho— firmaron la pensión nacional! ¡La vamos a cobrar todos!

La documentación llegaría a cada uno a su regimiento.

— Prepararé los papeles de los chicos, acta de matrimonio, todo lo que nos haga falta.

Tardaron como un año para empezar a cobrar, pero retroactivo a cuando presentaron los papeles. Allí sintió alivio, ya no fue tan sacrificada la vida de Marcial.



¡Qué absurdo que un héroe de Malvinas haya tenido que buscar todo tipo de trabajo para mantener a su familia! ¡Qué injusta fue la vida, la sociedad, el estado con estos hombres héroes que dieron todo por la patria!



Osvaldo Marcial Savedra



JORGE VILLEGAS

Una historia de guerra y otros asuntos

“No sabés el terror que se siente, una bomba que explote a veinte metros puede dejarte mutilado. Eso lo he superado bastante, pero me doy cuenta de que hago todo como un zombi, si tengo que caminar camino, si tengo que ir a una misión, voy”.

Las cartas escritas en esta historia novelada no son reales. Es la manera que la autora eligió para contar el relato de Jorge Villegas. Todo el contenido de estas supuestas cartas es auténtico, está sacado puntualmente del original del testimonio que Villegas relató a la autora. Las fechas, también reales, fueron utilizadas de manera cronológica, para relatar lo que iba sucediendo día a día en el campo de batalla y en la vida de Jorge.

I

Agosto 1972

Al Señor director de la

Escuela de Suboficiales del Ejército

S-----/-----D

Tengo el agrado de dirigirme a usted para solicitar mi ingreso como aspirante al Ejército Argentino.



Mi nombre es Jorge Villegas, soy de Villa Mercedes, San Luis, tengo 16 años y cuarto año de secundario.

Esperando su contestación lo saluda atte. Jorge Villegas.

30 de abril de 1974

Hola Mirta ¿Cómo estás, querida hermana? ¡A mí me parece estar soñando! ¡Cumplir 18 años en Buenos Aires y ya estar decidido a ser militar! Sé por tu última carta que el papi sigue triste por mi decisión. Pobre, ojalá comprenda pronto que ésta es mi vocación, yo sé que su sueño era que yo estudiara en la universidad de Córdoba o de Mendoza. La verdad cuando mandé la carta de inscripción a la Escuela Lemos, bastante en contra de la voluntad de la mami y el papi, no pensé demasiado en que les estaba causando un gran dolor. Lo entendí cuando tuve que pedirle que firmara la autorización, pero yo ya estaba muy decidido.

*Las vueltas de la vida, sabemos que los hijos de Jorge viven en Neuquén. Él tampoco tiene a sus hijos cerca. Aún hoy se pregunta ya retirado, por qué fue militar si nadie en su familia lo era. “Y bueno, se me dio por ser militar”. Dice con un gesto agradecido a la vida.

Mayo de 1975

Papi, quedate tranquilo ya pedí permiso, me dieron la baja y me vuelvo, decile a la mami que no se preocupe, que pronto voy a Villa Mercedes, que trate de reponerse de su bocio, así me cocina todas esas cosas ricas que ella sabe hacer, en una semana estoy allá y me quedo todo el tiempo que sea necesario para su recuperación.

Dios sabrá si vuelvo algún día a la escuela.

Octubre de 1978

Estimado Lalo Peralta ¿Cómo estás? Ya te conté en otra carta que mi madre gracias a Dios se recuperó bien de su enfermedad y yo volví a la escuela. Como recordarás, el año pasado, tuve que empezar el segundo año desde el inicio y



acabo de recibirme. Nos promocionaron dos meses antes de lo previsto, parece que hay problemas con Chile por el Canal de Beagle.

Te cuento que pude elegir dónde ir y me voy al Regimiento 4 de Corrientes donde estás vos y los otros compañeros. Creo que Monte Caseros va a ser un buen lugar para mí. Va a ser muy lindo encontrarnos de nuevo. Lamenté no poder recibirme con ustedes, pero mi deber era estar cerca de la familia.

*Hoy Jorge lo agradece. En Corrientes hizo su carrera, vivió cosas buenas y malas también. Pero fueron más las buenas y lo vemos decir con una sonrisa: "Me dio a mi señora, por ejemplo, si no hubiera ido con el ejército a Corrientes, no conocía a Mirta".

Diciembre 1978

Mirá, mami, Punta Dungeness, es donde termina el país, en Santa Cruz. Hay un alambrado que divide Argentina de Chile, un alambrado común, ahí termina lo que es la parte continental. Si ves bien como en dirección a las Islas Malvinas, en la botita que hace al final, no sobre la cordillera sino sobre el mar, bueno, en ese pedacito hay un faro, muchas noches cuando el cielo está tormentoso, todo se vuelve de color rojo al ser tocado por su luz, es muy bonito y si uno entra por el Canal de Beagle, se encuentra con estas tres islas por las que estamos en conflicto con los chilenos.

Acá estoy, mami, de este lado nosotros y del otro los chilenos, pero quedate tranquila que está todo bien, estamos armados, bien equipados, pero no hay enfrentamientos. Lo que me preocupa son tantos cambios en tan poco tiempo. ¡Menos de dos meses! En el instituto estaba muy bien, vos lo sabés, llegué a Corrientes sin conocer nada y casi antes de acomodarme me mandan a la otra punta del país.

Me hubiera gustado ir a San Luis y abrazarte, pero no alcancé.

30 de diciembre 1978

Hola, papi, el conflicto terminó, mi regimiento se fue ayer, pero quedó una fuerza de tarea para hacer guardia, mantener la paz y todo eso. Te cuento que me tocó quedarme, te lo digo a vos para que veas cómo le decís a la mami que



no voy a llegar para Año Nuevo. De todas maneras, quédense tranquilos que yo estoy bien. El 23 pasado estábamos en Monte Aymond, uno de los límites con Chile, que seguro has sentido nombrar mucho y bueno, nos dijeron esa noche que estuviéramos preparados, si no había un arreglo, al otro día no se sabía lo que iba a pasar. Hubo algunos tiros al aire esa noche, pero nada más. En definitiva, me toca quedarme hasta julio.

Mayo 1979

La fuerza de tarea la estamos haciendo desde la ciudad de Río Gallegos. ¡No te imaginás cómo cansa el viento, mami! ¡Es más molesto que el frío! Te cuento que en las noches tu hijo ha soportado temperaturas de 14° bajo cero y en el día nunca sube más de 10°, y eso que recién estamos empezando mayo. ¡Yo que pensaba pasar un invierno cálido en Corrientes!

Los chilenos, apenas terminó el conflicto, levantaron sus cosas y se fueron, pero a nosotros nos dejaron seis meses patrullando la frontera. Durante el día custodio la zona con mis compañeros, está todo normal y en los tiempos libres me dedico a recorrer Río Gallegos, que te cuento es una ciudad hermosa, he visto cisnes, flamencos, ñandúes, guanacos. Fui a la Laguna Azul con unos compañeros, es un lugar increíble, pero difícil de llegar, hay que bajar unos riscos muy empinados.

Por suerte falta poco para Julio, voy unos días a Villa Mercedes antes de volver al regimiento. ¡Los extraño muchísimo!

Abril de 1981

Queridos papi y mami ¿Cómo están? Me alegra que del trabajo te hayan mandado a La Matanza. Les va a gustar Buenos Aires para vivir. Mami, espero que te acostumbres y termines de mejorarte.

Quiero contarles que conocí a una correntina y creo que me voy a casar con ella, se llama Mirta y estoy muy enamorado. La conocí a fin del año pasado, unos meses después de que volví de Río Gallegos. No quería decirles hasta estar seguro de que es la mujer que Dios eligió para mí. Ella está haciendo el secundario y yo por acompañarla, terminé por inscribirme, también en Perito Mercantil.



En cuanto tenga unos días nos vamos a Buenos Aires para que la conozcan.

Veamos qué ocurrió en esa época. Sabemos que terminaron el secundario los dos, ella, mientras Jorge estaba en Malvinas y él cuando volvió. Sabemos que se casaron en diciembre de 1981, que tuvieron un lindo casamiento y que cuatro meses después se desató el conflicto de Malvinas y Jorge tuvo que marcharse.

2 de abril de 1982

Querida hermana, te cuento detalladamente cómo fueron sucediendo las cosas para que le cuentes al papi y a la mami.

Ayer me llamó mi jefe para decirme que hoy bien temprano tenía que llevarlo a Curuzú Cuatiá a una reunión del Comando de la Brigada. Esto queda a unos noventa kilómetros de Monte Caseros. La unidad había comprado vehículos nuevos y yo estaba estrenando uno como chofer del jefe.

- ¿A qué hora lo paso a buscar? —le pregunté.
- Venite siete menos cuarto, cosa que a las ocho estemos allá.

Todo muy tranquilo no creo que supiera algo porque me lo habría dicho. Bueno lo pasé a buscar y salió corriendo.

- ¡Vamos, vamos, vamos! ¿Te enteraste lo de Malvinas? —me dijo.
- No, fui a preparar el jeep y me vine para acá— le dije sin saber lo que pasaba.
- ¡Hemos tomado las Malvinas a las cinco de la mañana! Pero bueno, no te hagas problema. ¡Vamos, vos métele pata!

¡Fuimos rapidísimo! Y ahí empezó un alboroto aparte, me enteré bien de la situación cuando llegamos a Curuzú Cuatiá, pero nunca me imaginé que yo iba al sur. No sabemos todavía si a las islas ¿Sabés qué pasa? Cuando un país entra en guerra, todas las fuerzas armadas se preparan. Esté donde esté y sea lo que sea, hombres y mujeres hasta los que están ocupando un lugar de oficina, todos, porque para eso sos militar, estás preparado para la guerra, no te van a preguntar si querés ir o si estás o no instruido.



Mirá, mañana tenemos que empezar a preparar el regimiento. Todo, todo. Equipo, armamento, munición, logística. Es una movilización muy grande, muy grande, se mueve todo, depósitos de combustible, de comida, de ropa.

Vos decile a la mami y al papi que los voy a tener informados, Mirta se va a comunicar permanente con ustedes. En cuanto llegue la orden de marcharnos les aviso.

Ha sido un día muy agitado, pero no quería dejar de escribirte estas líneas.

11 de abril

Mami, mañana domingo salimos, ya tenemos cargados los vehículos en los trenes, en las “chatas”, que se llaman, por mi área de trabajo tuve que estar pendiente de los vehículos hasta que el último estuvo bien asegurado. Nos vamos en tren. Como no conocés el manejo de un regimiento te cuento que en una parte está lo que es logística, que son los vehículos que llevan la comida, ropa, lo necesario para mantener al ejército y está la parte de infantería, que son las personas y las armas, el combatiente va rápido a la posición y la logística va después, para darle todo el apoyo. Los combatientes y las armas se van en camiones a Paraná y en avión a Comodoro Rivadavia y a Río Gallegos, son como ochocientos y seguro llegan mañana.

Yo me voy con los vehículos, cuando lleguemos a Paraná tenemos que bajar todo, pasar por el túnel y volver a subir el conjunto a los trenes. Nos han dicho que llegamos en tren hasta San Antonio Oeste, en Río Negro, que es hasta donde llegan las vías.

Quedate tranquila, mami, porque nos dijeron que vamos a Puerto Deseado, un poco más arriba de Río Gallegos, la unidad de ese lugar pasa a Malvinas y nosotros los cubrimos a ellos.

18 de abril

Querida Mirta ¡No sabés cuanto te extraña! Recién hoy llegamos a Comodoro Rivadavia.

En San Antonio Oeste bajamos todos los vehículos, hicimos las columnas y nos preparamos para partir. ¡No sabés, Mirta! ¡Era impresionante! Un compañero



sacó fotos, nosotros tenemos cerca de sesenta vehículos y había como cuarenta unidades del ejército con una cantidad de vehículos igual cada uno. ¡Kilómetros y kilómetros de camiones en la ruta! Camiones, tanques, obuses, jeep, lo que vos nombrés, había allí.

Yo por mi especialidad voy como mecánico junto con García. Mañana repararemos algunos vehículos y de allí a Puerto Deseado. ¡Vos no sabés cómo están los vehículos! ¡No sabés lo que es el frío, lo que es esa ruta! ¡No hay nada, es un desierto!

24 de abril

Mi querida Mirta, tengo que contarte que cuando vimos el cartel que decía Puerto Deseado, el jefe de la columna siguió... siguió... y siguió. Pasamos de largo por varios pueblos más y llegamos hoy a Río Gallegos. ¡Doce días después de haberme despedido de vos! ¡Y andando he! ¡Todo el día!

Con Farinella cerrábamos la columna cuidando que no se quedara ninguno. A este oficial le gusta viajar conmigo, parece que me tiene confianza. Y a mí me agrada ir con él porque es muy católico. ¡Muy católico el hombre!

Vos sabés, Mirta, que uno de los primeros días del viaje me dice Farinella:

- Villegas ¿recemos el rosario?
- No lo sé coordinar.
- Vos no te hagas problema, yo te enseño.
- ¡Y me enseñó a rezar el rosario!

Yo que iba al último llegué como a las 6 de la tarde. ¡Esto es un despelote de gente infernal! ¡Es impresionante, parece un hormiguero! Acabo de tomar un baño y de comer algo. Estoy muerto, son casi las doce de la noche, pero quería escribirte antes de acostarme...

Acaba de llamarnos el jefe, después termino la carta...

Fue muy cortita la reunión. Cuando nos reunimos todos nos dijo:

- Señores, a las 6 de la mañana sale el primer vuelo a Malvinas, ¿quién va?



No te pongas triste, Mirta, pero yo levanté la mano ahí nomás, tengo que pasar los vehículos. Lo primero que hay que hacer es embarcar los vehículos

— Bueno —dijo el jefe— necesito que vayan cincuenta—.

¡Ahí vi muchas cosas!

Mañana a las cinco y media otra vez arriba. Quedate tranquila que todo va a estar bien.

Lo que ocurre hasta llegar a Malvinas vamos a relatarlo desde el punto de vista de Jorge. Él tomó el vehículo que tenía y se fue al aeropuerto, con toda la inconciencia de quien ha escuchado hablar de la guerra, pero no la ha vivido. Ahí estaban los aviones Hércules con las ramblas abiertas y los motores encendidos, subieron los vehículos y los amordazaron bien. Calculamos que habrán salido como a las siete y media de la mañana del aeropuerto de Río Gallegos y un poco más de las nueve ya estaban en Malvinas. Ahí vio el mar de arriba, por la ventanilla, todo se veía brumoso, el Atlántico Sur es muy difícil, es uno de los mares más complicado por el frío y la cantidad de olas que tiene. «Por eso en el Belgrano murieron todos ahí nomás». Dice siempre Jorge cuando habla del hundimiento del Belgrano.

27 de abril

Cuando empecé a ver la costa desde el avión, vi clarito el canal San Carlos, fue un minuto y se nubló, miraba para abajo y veía poco, estaba nublado, muy nublado. El avión empezó a bajar y de repente ya vi tierra, ya vi la pista y bueno, el golpe cuando asienta el avión y allí te digo que recé mucho. No sé qué va a pasar.

Cuando bajé del avión me encontré con una situación muy difícil ¡Una desolación, un viento, una nevisca! Eran como las diez de la mañana ¡La ropa se me mojó toda!

¡No hay un árbol, nada! Es todo desértico acá. Los camiones no estaban, tuvimos que caminar. No había otra. Nos fuimos encolumnando a medida que llegábamos, ya estaban los infantes y empezamos a avanzar hacia el sur de Malvinas, o sea en retaguardia, recorrimos quince o veinte kilómetros ¡En un camino de porquería! Con lomas no muy empinadas, pero sí con mucho barro.



¡Es un desastre ese camino! ¡Y aparte la lluvia! ¡Una llovizna permanente! El viento que te pega en la cara, el hambre, la necesidad de una comida caliente. Se produce adentro tuyo un movimiento increíble, una cosa verla y otra contarla Mirta. En pocas horas descubrí que hay sufrimientos a los que uno puede llegar sintiéndolos en la piel. ¡No sabés cómo te ponés! No podés pensar: «me quedo y me van a venir a buscar, o voy a una casa y me caliento, aunque sea las manos un rato». ¡No había nada! ¡Nada! ¡Tenés que darle y darle! Y donde te agarra la noche buscar un resguardo y rendido de cansancio, de frío y de hambre tratar de dormir entre las piedras, tapado con el poncho plástico. ¡Al fin llegamos al lugar que nos habían asignado, Monte Wolf! ¡y pudimos armar las posiciones!

28 de abril

Empiezo a darme cuenta de lo que es la guerra, Mirta. Tenemos muchísimo trabajo de logística. ¡Muchísimo! Desde la madrugada que sale un poquito el sol hasta el anochecer, todo el día llevando municiones, llevando gente al hospital por gripe o por tantas cosas. Ando en el vehículo de aquí para allá ¡Todo el día!

Es increíble cómo en este ambiente cambia la vida de uno. ¡Qué diferente es esto al conflicto del Canal de Beagle! Allí teníamos un lugar donde estar, donde quedarnos, acá no tenemos nada. Bueno, yo tengo el camión, más o menos ando seco, pero los demás van y vienen con los borcegués mojados, con la ropa mojada, no hay forma de secarla. Ahí es donde empezás a sentir el olor a la guerra Mirta, vez el sufrimiento y no hay retroceso. No hay, no podés decir: “No, no quiero hacer esto”. Tenés que hacerlo porque está la orden, si vos te insubordinas a una orden te insubordinas a la patria y nosotros estamos preparados para no renunciar a nada ni desobedecer órdenes, somos militares y estamos preparados para estas cosas. La guerra es una porquería, es la cosa más sucia, más fea y más odiada que puede haber. ¿Por qué? Porque vale todo y discúlpame el vocabulario, pero: “Andá a quejarte a Magoya”. Es una guerra y no podés subordinarte a hacer cosas o a decir cosas. Podés discutir una orden, pero siempre después que la cumplís. Si me dicen: «Agarre el camión urgente cargado de comida y llévela a los que están en primera línea y vuelva» aunque sea peligroso tengo que ir, porque esa gente se está por morir, la llevás y



después discutís la orden, claro que en este caso yo no tengo que quejarme porque sé que hay gente, allá adelante que necesita ayuda. ¿Me entendés? Lo que quiero explicarte es que hay un reglamento, no hay nada que no esté escrito.

El día en que llegamos a la zona de destino vimos que teníamos un gran problema, el terreno era muy fangoso, vos clavás una estaca o querés hacer un pozo para cubrirte y no podés, se llena de agua, entonces buscamos preparar las posiciones detrás de las piedras, hay muchas piedras. Ese era un monte con una altura mínima, después como todo, te vas haciendo canchero, el terreno de Malvinas es de turba, parece que tuviera petróleo o algo así, vos lo calentás y modelás panes cuadrados, cuando se enfrían quedan duros y lo ponemos en el piso. Eso nos protege un poco del agua pero no del viento ¡Hay un viento terrible!

30 de abril

Ocupé un ratito del descanso del almuerzo para poder escribirte, no sé si te estarán llegando mis cartas, pero a mí me hace muy bien hacerlo, siento que la distancia es menos y me imagino hablando con vos y que vos tranquila me das ánimo. A veces me gustaría quedarme a conversar por ahí en Puerto Argentino con los muchachos o tomar algo ¡Qué sé yo! Algo caliente, pero no puedo, llego y tengo que salir de vuelta. El terreno es muy fangoso, muy angosto y muy cargado en los bordes, no te podés ir hacia los costados porque te enterrás, muchos caminos fuimos haciéndolos nosotros con los camiones de a poco, íbamos, veníamos hasta que armamos el lugar, necesitamos los vehículos para llevar las municiones, son muy pesadas para cargarlas al hombro. Como verás es muy complicada la logística, tenés que abastecer a toda la gente que está adelante y tenerla conforme para cuando comience el combate. Bien comida, bien vestida, en lo posible seca, con buen ánimo, cosa que nos cuesta un montón. Ya me sé de memoria el camino desde los puestos de combate hasta el aeropuerto, son varios kilómetros, el problema es el camino, no se puede andar fuerte, tenés que ir con todos los sentidos atentos para no desbarrancar, pensá que llevo municiones. A veces voy manejando y me acuerdo de vos, ¡Si vieras la cara de tonto que pongo! Los ojos se me ponen como caramelo y la boca se me estira en una sonrisa, me relajo unos momentos. Pero después



aparecen de nuevo los nervios, porque adentro mío está permanente el temor de una bomba. No sé cómo explicarte, es una angustia muy grande, tengo mucho miedo, miedo a la muerte, miedo a todo. Se conjugan dentro mío cosas que nunca imaginé.

En estos días he pensado mucho por qué me tocó a mí ¡Qué sé yo! Por algo estoy aquí, son los misterios que nosotros nunca vamos a descubrir. ¡Dios te pone en cada lugar! ¡Te pasan tantas cosas en la vida que nunca vamos a saber! Pero el miedo se va acrecentando, sabemos que en cualquier momento se vienen los ingleses, se nota en el ambiente, la gente está nerviosa, muy nerviosa. Más aquellos que están en la primera posición. Yo te voy a explicar Mirta, entre Puerto Argentino y la Casa de Gobierno está lo más fuerte del ejército, nosotros estamos a 15 kilómetros, somos la reserva.

Pero quedate tranquila que me voy adaptando, creo que la guerra nos va a sacudir en cualquier momento, ya hubo un intento de desembarco y no pudieron. Estamos preparados.

Cuando podás, llamálos a mis viejos, decíles que pienso mucho en ellos y en mi hermana, que estoy bien, que rezo mucho y que pronto voy a estar de vuelta. No le digas demasiado.

Me imagino que hoy estarás pensando en que es mi cumpleaños. Mi corazón no quiere preocuparse por eso hoy.

Suponemos como se sentía Jorge en esos días, es natural que todos tengamos miedo, pero nadie está preparado para enfrentarlo en una guerra. En un rincón de su mente la idea de que podía llegar a morir lo asustaba. Los momentos de descanso eran los peores porque su cabeza no se quedaba quieta. La oración fue algo que lo mantuvo bastante entero, veía como algunos se enojaban con Dios, pero él nunca lo hizo. «Nunca maldije a Dios, siempre he puteado más bien al diablo», solía decir años después.

4 de mayo

Todo empezó el primero de mayo. Después que te escribí la carta, la del día de mi cumpleaños, estábamos con Farinella en el aeropuerto y me dice:



— Te voy a sacar una foto para que te acuerdes que cuando cumpliste 27 años estabas en el aeropuerto de las Islas Malvinas.

¡Y me sacó la foto! Ahí la tengo. Al fondo se ve el hospital de campaña ¡Grandísimo! Son carpas enormes, donde atienden a los enfermos y se preparan para recibir a los heridos cuando empieza la guerra. Estábamos llevando municiones, entonces me dice Farinella:

— ¿Qué hacemos, llevamos la munición y nos vamos?
— No se mi capitán —le contesté— usted sabrá.

Se nos hizo tarde y cuando salimos del aeropuerto nos quedamos en Puerto Argentino, porque a las cinco de la tarde había toque de queda y a la hora de toque de queda no se puede mover nada. Te pueden pegar un tiro y vos no podés justificarte porque te estás moviendo. Eran pasadas las cuatro de la mañana cuando fue el primer bombardeo al aeropuerto. ¡Fue tremendo! ¡Estábamos ahí, al lado! Veíamos cómo los aviones británicos les tiraban a las casas donde estábamos nosotros ¡Veíamos todo! ¡Veíamos las bombas como reventaban! ¡Pasaban muy cerca! Mirta ese fue el peor momento, no sabés dónde esconderte, parecés una rata, no sabés dónde meterte. La operación fue apoyada aparentemente desde tierra, por comandos ingleses.

Aparte el avión tira, bombardea, no es que te tira a vos, pero parece que te sigue, pensás miles de cosas y no sabés qué hacer ¡Te juro por Dios, no sabíamos dónde estábamos parados! ¡Duró muchísimo! ¡No sabes lo que es cuándo te cae una bomba a cincuenta metros! ¡Es como un terremoto! Después salieron los aviones argentinos y se calmó un poco ¡Ahí tuvieron el bautismo de fuego los nuestros! Aparecieron como a las ocho de la mañana. Vimos cómo cayó un avión argentino. También vimos cómo bajaba a un avión inglés un pibe con una ametralladora bi tubo ¡Se empezó a ver cada cosa!

Cuando se hizo de día me dice Farinella: “Vamos al aeropuerto a ver qué quedó de las municiones». Todavía se veían las explosiones, eran como las diez de la mañana ¡Qué angustia! ¡Agujeros por todos lados! ¡Y la cantidad de muertos! Cayó una bomba en la carpa donde estaban los enfermos, una bomba de 500 kilos casi al medio le hizo un buraco mucho más grande que una casa, cuando esas bombas revientan tiran verugas, las verugas son como unas latitas de



gaseosa, que nosotros llamamos “caza bobos”, caen desparramadas por todos lados si vos pisas una, explota como una granada, teníamos que andar con diez ojos y bueno, a socorrer gente. ¡Era un desastre! Había que hacer tripas corazón, andar con cuidado para no pisar las cosas y tratar de salvar a la gente como podíamos. Y ahí se hace el primer temple, ahí te endureces.

Perdonáme, Mirta, que te cuente estas cosas, pero necesito desahogarme y contarle a alguien, a partir de ahí vimos cosas muy feas, muy horribles, ahí realmente empieza la guerra.

En estos días soy una pelotita de nervios, estoy muy nervioso, tengo mucho miedo, espero irme adaptando.

15 de mayo

No sabes cómo me emocioné, mami, cuando me llamaron y me entregaron tu carta. Saber noticias de ustedes me ayudó un montón. Quédense tranquilos, decile a todos que estoy bien, que no todo lo que dicen en la tele es real, a veces exageran un poco.

Contesto a tu pregunta y te cuento que no tengo soldados a mi cargo, pero sí estoy con toda la gente del regimiento, por mi rol de combate me encuentro designado a tareas acorde a las circunstancias. Vos sabés que siempre he manejado bien, soy útil para meter los camiones en lugares muy difíciles, voy, vengo, saco, llevo, me las rebusco para llegar a los lugares más complicados, por eso mi jefe me manda. ¡Ir marcha atrás en el jeep por esos caminos no cualquiera lo hace! Duermo en cualquier lado. A veces tengo que ir a las dos de la mañana para hacer una evacuación entonces vuelvo como a las seis o siete a mi posición y ya no me acuesto. Por ahí duermo en el camión o donde puedo, se te pasa el cansancio, se te pasa todo, no podés dormir porque está la acción psicológica, los ingleses tiran, tiran, tiran, no te dejan estar quieto.

20 de mayo

Estamos todos muy nerviosos, sabemos que en cualquier momento el enemigo nos puede dejar sin abastecimiento, porque eso es lo que va a buscar, lo primero que va a buscar es dejarnos sin comida, sin abrigo, sin nada. Tenemos que estar preparados para esta situación, que es complicada, porque sabemos



que vamos a pasar frío, hambre, que los ingleses van a hacer lo imposible para cortarnos toda posibilidad de que nos lleguen provisiones y que cada uno tiene que rebuscarse como pueda. No puedo echarles la culpa al personal que está en la logística, a cuatro kilómetros míos, porque ellos están haciendo lo imposible para acercarme una ropa seca o comida y no pueden porque le están batiendo la zona.

Hace unos días nos estábamos instalando en una nueva trinchera, entre el Monte Kent y el Monte Wolf, donde estaba el Regimiento 12. Los ataques ya se avecinaban y la flota de helicópteros que estaba en Puerto Argentino fue desplegada y ubicada cerca de nuestra posición, en un valle que hay entre los dos montes. Los pilotos se fabricaron un techo de tela para resguardarse de la lluvia y de los ingleses, pero una mañana los cazas bombarderos Harrier los detectaron y los atacaron. Los aviones pasaban frente nuestro y bombardeaban a los helicópteros y a los pilotos. ¡Vi el fuego Mirta y vi como explotaban los helicópteros! Pensé que los que estaban allí no salían más. Entre ellos había un militar de apellido Portillo. Fue un ataque muy fuerte.

Con los años, ya estando de pase en Tupungato lo conoció a Portillo y le relató cómo vivió el bombardeo.

Portillo le contó que esa mañana estaba con sus compañeros en una quebrada esperando órdenes. Se habían bajado de los helicópteros para descansar un rato y fumar un cigarrillo cuando empezaron a escuchar sonido de motores. Imaginaron que eran los aviones ingleses antes de verlos y corrieron a esconderse entre unas piedras grandes.

En ese momento empezaron a estallar bombas sobre los helicópteros que se prendían fuego y explotaban.

23 de mayo

Mi querida Mirta, te cuento que finalmente el día veintiuno, los británicos desembarcaron en San Carlos, no sin pérdidas importantes, se comenta que el grupo que estaba en el lugar y nuestros aviones dañaron varias fragatas, hundieron otras y derribaron aviones y helicópteros.



Desde ese día los ataques son continuos, todos los días cae algún avión inglés o argentino y se hunden barcos. Es muy difícil, te puedo contar que hay combates muy cruentos, el otro día aparecieron arrasando los aviones nuestros y hundieron dos barcos ingleses. ¡Se incendiaron! ¡Explotaron prácticamente! Lo vi muy bien porque estoy en un lugar alto donde puedo ver a los aviones como bombardean, varias veces he tenido mucho miedo. ¡Me acuerdo la noche del primero de mayo! ¡Ese ataque fue terrible! ¡Estaba tan asustado! ¡No sabía qué hacer! Y ahora pienso que vamos a vivir una situación parecida y me desespero, porque creo que no voy a verte más, ni a vos, ni a mi mamá, ni a mi papá, ni a mi hermana, toda la gente que yo quiero. ¡Es tan horrible todo esto, tan horrible!

24 de mayo

Mirta, respondiendo a tu pregunta te digo que nosotros no podemos tener contacto con los kelpers. Esa es la orden. Hay una calle, la única, que te decía en otra carta que hago todos los días para llegar a Fitz Roy, bueno ese camino comunica a un pueblito chiquito con Puerto Argentino. Hace unos días me quedé con el vehículo en el medio y venía un kelpers. ¡Te imaginás, a las señas por el idioma! Yo le decía en un muy mal inglés: “Disculpe, ya saco el vehículo”. “Okey, okey no problema”. El andaba en una camioneta jeep, inglesa grandota y alta. Lo pude mover y pasó, el tipo se bajó y me dijo: “Thank you very much”. Fue muy amable, pero dicen que los mandan al frente para ver los movimientos que nosotros hacemos. Los veo siempre en el centro, veo a los chiquitos jugar a la pelota. Son muy bonitos, pero nosotros para no tener problemas no les decimos nada.

El pueblo tiene dos o tres calles. La gente sigue su vida normal, tienen el correo, la iglesia, un banco. Ellos nos miran, nada más. Son pacíficos, están ahí.

Sabemos que los comandantes sí tenían reuniones con ellos. Los kelpers ponían sus condiciones igual que la Argentina. No creemos que todos estuvieran disconformes, ellos de muchas cosas dependían de este país. En las universidades de Río Gallegos y Comodoro Rivadavia había kelpers que iban a estudiar. Después de la guerra seguro van a Chile.



26 de mayo

Te vuelvo a pedir lo que te dije el otro día, llámame a mis viejos y decíles que no se asusten demasiado, traté de atenuar un poco la situación. No quiero que se preocupen más de lo que ya están. Pasa que si les escribo voy a contarles situaciones que para mí son normales en este momento, pero que realmente son terribles.

Decíles a mi mamá que sí hay una iglesia católica, se llama Santa María, es muy antigua, está construida de madera.

He visto en este tiempo a dos curas, pero no en primera línea, están en la Casa de Gobierno. El 25 de mayo bajé de primera línea con unos heridos, tenía que pasar por allí para ir al hospital, cuando volvía me paré, porque estaban haciendo la formación del 25 de mayo, le digo al que iba conmigo: «Paramos un ratito, vamos a la misa y seguimos». Mientras el sacerdote daba la homilía hubo un ataque aéreo. ¡Era como en las películas! Era un bombardeo considerable, aunque no cayeron tan cerca las bombas, el cura siguió dando la misa. Fue una valentía muy grande de parte de él, se cumplió la misión como se dice.

30 de mayo

Sabemos que vienen avanzando, pero para llegar a Puerto Argentino tuvieron que pasar por Darwin y Ganso Verde. ¡Cuentan que fue una batalla terrible! ¡Los tomaron prisioneros a todos! Parte del Regimiento 12 y parte de los comandos argentinos, se dice que las bajas nuestras son importantes, pero no te puedo decir con exactitud si esto es real. Son los rumores que llegan en medio del nerviosismo que en estos días se ha multiplicado.

A pesar de que me he ido acostumbrando y empecé a ver esta situación como un trabajo, han cambiado muchas cosas en mi forma de pensar y de actuar. Saber que están muy cerca de nosotros me produce un escalofrío, un temblor en el cuerpo que no puedo frenar y no lo puedo evitar, tengo miedo. El miedo es una cosa como el demonio, siempre está allí esperando para atacarnos.



3 de junio

¡No sabés como me acompañás mientras te escribo, Mirta! ¡Hasta huelo tu perfume!

La miseria humana sobresale, porque es como que perdés los valores y entonces todo vale y al valer todo, a vos no te importa si estás haciendo mal, si estás haciendo bien, cualquier cosa es normal, no reaccionás, porque hasta perdés un poco el sentido común. Y eso te lleva a hacer pavadas, cosas malas. Lo que pasa es que hay de todo, hay gente buena y mala, otros se aprovechan de las circunstancias y uno se da cuenta.

Tenés que estar en la guerra, es complicado buscar la palabra, tenés que tener un temple bastante particular para saber superar situación tras situación. Retrocedés, avanzás, miles de cosas qué tenés que superar, una tras otra. A lo mejor yo estoy hablando con mi compañero, me doy vuelta y en un momento está en el suelo muerto, eso lo tenés que superar en el acto. Y bueno, cosas como estas que te cuento Mirta son las que te pueden llevar a cambiar como persona, yo estoy bien, pero seguro que vas a verme muy cambiado cuando vuelva.

Los ingleses están sufriendo muchas bajas también, hay tiroteo cuerpo a cuerpo, hay gente de mucho valor, de muchísimo valor, soldados que están haciendo cosas increíbles, tienen la suerte de que está Dios al lado y los elige.

Había un muchacho, un compañero mío ¿te acordás que te conté que a las cinco de la tarde hay toque de queda? Bueno, anoche el soldado se fue al baño y ya eran las seis de la tarde, hizo ruido y el guardia no preguntó nada, le tiró veinte tiros, mi compañero se alcanzó a tirar a una zanja, era la zanja de los residuos del baño y se tuvo que quedar toda la noche ahí sin moverse, no se congeló de milagro. ¡Se tuvo que quedar ahí hasta la mañana en que se pudo levantar y decir que era él! Fíjate a lo que te lleva la psicosis, los nervios de la gente, te tocan y te alterás, es como que ves a un tipo y pensás que te viene a buscar a vos, que te van a pegar un tiro. ¡Hay cosas que son inexplicables!



4 de junio

Ayer estaba en el comando y entró Farinella para pedir cuatro voluntarios. Había que ir en un camión a una distancia de un kilómetro más o menos, a Fitz Roy, a llevarle una cocina a un grupo de soldados que estaban en primera línea y hacía cuatro o cinco días que no comían comida caliente. ¡Ese tramo que parecía corto, era infernal, tiran los morteros, tiran desde los barcos, pero había que ir! “Ustedes saben perfectamente que no sé lo que pueda pasar”. La voz de Farinella tembló al decirnos esto.

Y sí, sabíamos perfectamente que nos metíamos en la boca del lobo.

- ¿Quién va? —dijo mirándonos con tristeza.
- Yo —dije levantando la mano.
- Villegas, vos tenés que cuidarte —me dijo Farinella llamándome aparte— te has casado hace poco, todas las tareas que te dan vos decís sí y vas, pero tenés que medir las consecuencias.
- Tiene razón, pero yo quiero ir— le dije— porque esa gente está allí necesitando nuestra ayuda.

Somos dos o tres, Mirta, los que hacemos esto.

Costó que salieran los cuatro. ¡Sabíamos lo que podía pasar! Agarramos el camión y nos fuimos, habremos hecho unos veinte metros ¡y empezó la acción! ¡Qué manera de caernos municiones! ¡Por Dios! Lo que pasa es que hacés arrancar el camión, ellos detectaban el ruido y tiran con los radares, saben que vamos a ayudar a los que están en el frente, por eso te decía en otra carta que esto se llama acción psicológica. Ellos tienen que impedir que ese camión salga y llegue a su destino para que los soldados no coman. Uno iba manejando y yo iba parado en el costado del camión diciendo: “Dale, dale, dale”. Puteábamos ¡Si me escucharas Mirta! Uno putea por la misma situación. Antes de llegar al lugar, vimos cómo bajaban por la colina los soldaditos de la unidad con las ollas de campaña. ¡También vimos cómo mataron a dos de ellos! Los otros siguieron corriendo y alcanzaron a llegar. ¡Nosotros no sé cómo hicimos! Entre los nervios y el miedo dejamos la cocina, dimos vuelta el camión y salimos rápido de ahí. ¡De vuelta otra vez a putear y a rezar! ¡A putear y a rezar! No sabés el terror que se siente, una bomba que explote a veinte metros puede dejarte mutilado.



Eso lo he superado bastante, pero me doy cuenta de que hago todo como un zombi, si tengo que caminar camino, si tengo que ir a una misión voy.

Vos sabes que después le pregunté a Farinella que hice cuando me bajé del camión, porque no me acuerdo de nada.

— No dijiste una palabra —me dijo —venías mudo, venías en shock.

Dicen que todos veníamos así.

5 de junio

Cada día que pasa siento más grande la angustia de no volver a verte, por eso cada minuto que tengo te escribo. A veces empiezo temprano antes del amanecer y termino a la noche cuando ya solo quedan las bombas, las huellas de las explosiones y las columnas de humo por todas partes.

Estos días he estado escuchando un rato la radio y te voy a dar una explicación lógica, mía como militar, sobre los chicos de dieciocho años que están peleando esta guerra a la par nuestra. Cuando se desató el conflicto tenían tres meses en el regimiento, yo estaba ahí cuando los incorporaron, tenían lo básico, saberse vestir y saber que es un fusil. Pero les faltaba mucho de práctica, porque no tenían teoría, para el militar es muy importante saber desenvolverse en el campo de batalla, porque para eso se prepara. Un regimiento es una masa, no es que vayan a combatir los que quieran, si tiene quinientos hombres, está armado para quinientos hombres y van todos.

Yo sé perfectamente, qué tengo que hacer, cuál es mi misión, cuál es mi rol, porque está escrito. No es inventado, es milenario. Tuvimos que partir como estábamos, así estuvieran los vehículos rotos hay que llevarlos de alguna forma. Los soldados tuvieron que venir como estaban.

En el desbarajuste que se armó, a los soldados que eran nuevos, les faltaba conocer muchas cosas, entonces el mismo nerviosismo de cualquiera de nosotros, te lleva a salirte de control. Eso no tenés que hacerlo, tenés que saber dominarte, pero te puedo asegurar Mirta que estar acá es muy complicado y muchos soldados están teniendo problemas.



Esas actitudes llevan al límite a las personas, si estás muy sobrepasado hay momentos en los que actúas sin darte cuenta, te lo puedo asegurar, después reaccionás y pensás: “No tendría que haber hecho esto o lo otro”. En el momento no lo hacés.

¡Cómo fueron cambiando estos chicos! Yo lo vi con mis propios ojos. ¡Cómo cambió su personalidad! ¡Fue terrible! De ser un chico alegre, a ser un joven con la responsabilidad de luchar en una guerra. ¡Empezaron a ver todo de otra forma!

Bueno, estas cosas te van formando y eso les pasaba a los soldados, tenían el alma limpia, la inocencia de una persona de diez y ocho años que está pensando: “Quiero estudiar, quiero trabajar, me voy a preparar para tener una profesión, pero me tocó el servicio militar. Hago el servicio y continúo estudiando o empiezo a trabajar”. Pero nunca te podés imaginar qué va a venir una guerra de por medio. ¡Esto lo va a juzgar Dios!

¡Me duele pensar que muchos de ellos se quedarán acá para siempre!

Hay que ver qué pasó después de la guerra. El problema es cómo quedaron desangradas las almas de mucha gente, de muchos jóvenes. ¡Fue admirable el desempeño de esas personas! ¡Fueron muy valientes! Lo que sí le duele aun hoy a Jorge es el abandono. Porque si ellos hubieran estado acompañados cómo lo hacen las grandes potencias, con una buena atención médica, un resarcimiento histórico, como tiene que ser, ver que necesitan, ubicarlos en algún trabajo, todo hubiera sido distinto. Sabemos por el testimonio de Jorge y de muchos otros, que según la región de Argentina es la situación en que están los ex soldados. No se puede comparar un soldado cordobés, rosarino, mendocino, porteño, que está criado de una forma, con el que ha vivido siempre en el campo correntino

— Te vas para arriba en el mapa —dice Jorge con mucha vehemencia— te metés en Corrientes, campo adentro, de dónde venían muchos soldados ¡Pobrecitos! No sabían ni lo que era un borceguí, ni una pasta dentífrica, había que ver esa realidad, esa situación, ver como venía la gente. No sabían lo que era una lapicera, no sabían escribir, en el regimiento se les enseñaba por lo menos a escribir. También se les enseñaba el catecismo.



9 de junio

Hace unos días tuvimos un enfrentamiento muy fuerte, de noche, yo manejaba sin luz, sin nada, para que no me descubrieran. Abrí la puerta y fui siguiendo la ruta con la mirada, iba marcha atrás porque no podía girar, ese es un camino muy angosto, llegué hasta donde pude. Siempre lo hago así.

Me encontré con Caballero que venía bajando a un herido. Lo traían en una manta. Era casi de madrugada. Mientras subíamos al herido, Caballero intrigado me preguntó:

— ¿Cómo hacés para manejar sin luz?

¡La noche estaba tan oscura que no sé si vio mi sonrisa!

— ¡No tengo otra manera de hacerlo! —le dije y me fui al hospital.

Hay muchos lugares de combate, en muchas zonas. Es horrible, Mirta, ver gente que está mal, muy mal, con todo tipo de lesiones, de sufrimientos, cosas que no estás acostumbrado a ver y bueno, estoy aprendiendo lo que es la guerra. No sé si hay algo que pueda ser más feo que la guerra, lo que sí ya no le tengo tanto miedo a la muerte, si tengo que morir solo pido morir en paz, morir bien.

Estoy muy cansado, voy a tratar de dormir un poco, hoy fue un día muy frío Mirta, han hecho cinco grados bajo cero ¡Te imaginás! No es fácil intentar dormir con esta temperatura.

Con Caballero estaban en la misma unidad en Corrientes, pero no se conocían. Cuando se forma el teatro de operaciones se acopla otra compañía al regimiento de Monte Caseros y allí llegó Caballero. En Tupungato volvieron a ser compañeros, este veterano también forma parte del grupo que eligió al RIM 11 General Las Heras para continuar su carrera.

10 de junio

Mirta, en estos días solo me alivia escribirte estas cartas, aunque no sé si las recibirás. Tengo la tranquilidad de que, si no vuelvo, en algún momento las vas a leer, al menos van a quedar estos relatos. Estamos tan lejos, siento como un peso la distancia que me separa de Corrientes.



Te cuento que antes de ayer hice una promesa, nuestro primer hijo se tiene que llamar Roberto si es varón y si es mujer Roberta, porque fue un milagro lo que pasó el siete a la noche. Hubo una batalla, tropas inglesas se quisieron infiltrar. Mi regimiento los combatió hasta que se retiraron.

— Si salgo vivo de acá —le dije a Pescara que estaba conmigo— le voy a poner el nombre del santo de este día a mi primer hijo.

Hoy averigüé y supe que era san Roberto.

Mirta, esa noche yo creí que me moría, estábamos en Monte Harriet, nos habíamos replegado debajo de una piedra grande, grandísima, cayó una bomba sobre nosotros ¡y la piedra no se partió! ¡Era inmensa! El estruendo fue lo que más me impresionó. La piedra hizo esquirlas, saltaron para todos lados y le pegó al soldado Salto, un soldado correntino que estaba ahí y le abrió el costado.

Tuve que bajar con él, salimos de ahí yo no sé cómo, pero en medio de los gritos de dolor de Salto y los gritos descontrolados de todos dijimos:

— “¡Hay que llevarlo, hay que llevarlo!”.

Con Caballero agarramos una manta y como pudimos lo acomodamos. ¡Tenía todo abierto! ¡Había que bajarlo ¡Hay Dios mío, todo lo que pasé esa noche! ¡Todo lo que caminé! ¡Todo lo que anduve! ¡Y el miedo que tenía!! Busqué el jeep y lo hice arrancar sin entendimiento, como si fuera un muñeco. Me fui manejando temblando por el frío y por la inquietud de no saber qué iba a suceder, cuando íbamos llegando nos atacó un avión, tuvimos que frenar... tirarnos a un costado... ¡Nos pasó de todo! El camino se me hizo interminable, al fin llegamos al hospital, bajamos al herido con Torang, el soldado que fue conmigo y nos fuimos de vuelta a la unidad, convencidos que Salto se moría.

Podemos comprobar en la historia de vida de Jorge que cumplió la promesa, su primera hija lleva el nombre de Roberta. Años después nació su segundo hijo y lleva el nombre de Roy en homenaje al Fitz Roy, lugar donde casi pierde la vida por llevar la comida al frente de batalla.

Años después de Malvinas, estando destinado en Tupungato Jorge fue a pasear a Monte Caseros, estando en la cocina del Regimiento alguien le habla de atrás.

— ¿Cómo le va mi Cabo Primero? —Se dio vuelta para ver quién era.



¡Era Salto!

- ¿No me digas que vos sos Salto? —Salto lo abrazó.
- Sí —le dijo.

Y le mostró las cicatrices. ¡Pobre, estaba emparchado por todos lados! ¡Pero vivo!

A Mondaca y a Cisterna también los sacó de la primera línea heridos. A varias personas ayudó Jorge y les salvó la vida.

11 de junio

No sé, Mirta, si te acordás de mi amigo González, que es suboficial del Regimiento 4, estuvo ciego casi cuarenta y ocho horas. Le cayó una bomba cerca y la pólvora le quemó la vista, se arrastró, anduvo cómo pudo, no sabe cómo salió de ahí, alguien lo sacó y lo mandó abajo. Vos pensá, cómo puede estar una persona completamente ciega en semejante desorden ¡Sin nada! ¡En la oscuridad total!

No puedo dejar de pensar en González ¡Que te estén tirando tiros y bombas! ¡No sabes para dónde ir! Aparte es un piso que no se podía caminar, eran todas piedras, fango, pasto, agujeros ¡Y tiros por todos lados! Estas son cosas que yo necesito contarte, pero no sé cómo explicarte, es como contarte una película, porque hay momentos en que pienso que esto es una película. Vos te haces una idea, te imaginás un poco como habrá sido, cae una bomba, un tiro allá, pero de ahí a la realidad que estamos pasando hay una gran distancia.

Sabemos que se acerca el final. Estamos en un momento que solo podés decir: “Que termine por Dios esto rápido”. La espera hace que gastés toda la energía en sentir miedo, la ropa mojada que no te deja entrar un cachito de calor en el cuerpo, el viento helado, la lluvia ¡Tantas cosas desgarran la moral de todos! La acción psicológica de ellos está actuando muy bien sobre nosotros. Es un desastre ver a la gente muerta de hambre, de los dos lados, ellos también tienen hambre, pero más nosotros, porque no tenemos nada y tenemos frío, mucho frío.

En esos días no era menor la angustia que vivía Jorge junto a su unidad, después de la batalla de Ganso Verde los ingleses avanzaron de Sur a Norte. Hubo un



desembarco en Bahía Agradable, en las afueras de Fitz Roy y ellos quedaron en primera línea. Junto con su regimiento estaba el Regimiento 7, donde se encontraba Saavedra.

16 de junio

Finalmente, todo terminó, Mirta. En la mañana del 14 de junio tuvimos que rendirnos, no quiero pensar en tus nervios y tus miedos al no saber nada de mí. Los últimos días fueron muy horribles, de mucho combate. Ya al último era una desorganización de ambos lados, porque estábamos muy cerca, estábamos cuerpo a cuerpo con los ingleses, más que todo con los gurkhas. Te cuento antes de pasar a los detalles del combate y de la rendición como son los gurkhas, no son muy altos, pero sí muy macizos, muy fornidos y son mercenarios, no tienen patria, ellos se ofertan a la guerra, los ingleses los llevan, le dan ropa, armamento, los instruyen un poco y los mandan en primera línea. Los ingleses van atrás y te digo más, ellos avanzan, vos herís a una persona y es muy probable que sí está muy herido lo miran y siguen de largo. No lo llevan, no tratan de ayudarlo.

En cambio, en el ejército argentino he visto gente que tienen herido a su compañero y buscan la manera de alzarlo, cómo llevarlo, que hacer, no lo abandonan.

Cada día era más difícil, pero te puedo decir que en la noche del 12 y del 13 de junio ¡Cómo combatieron nuestros soldados! ¡Y los cuadros, fue una cosa increíble! Hubo gente que no quería dejar la posición ¡Y ya estaban encima de nosotros! ¡Llegaron por todos lados! ¡No sabés Mirta! Estábamos arriba del monte Dos Hermanas que no era muy alto. ¡Ellos invadiendo por todos lados y nosotros resistiendo como podíamos! Lo que pasa es que no teníamos la orden de rendirnos y si no tenés la orden de rendir vos tenés que resistir, no te podés entregar, tenés que aguantar, porque si no es traición a la patria, pero a veces te supera el miedo y el temor, eso es muy jodido para el ser humano, saber dominar el miedo en una situación extremadamente límite ¡es muy difícil!

Esa mañana llegó la orden de rendición ¡Al fin! Sentimos alivio, porque estábamos muy mal, estábamos mal, mal, mal y muy lejos de todo, en el campo de batalla. Ya no más tiros, el jefe nos avisó que teníamos que entregar las



armas y ahí, lo que se produce es algo automático, que no está en los libros militares, pero siempre sucede, tratás de hacer el peor daño posible al armamento. Por ejemplo, al fusil yo lo abrí y le saqué la cola del disparador, si no tiene eso no sirve, rompimos los vehículos que había ahí, dejamos todas las armas inutilizadas hasta que llegaron ellos y nos tomaron prisioneros.

Estábamos como te decía, en un cerro de baja altura y nos bajaron a todos a la calle. Eran como cuatrocientos metros caminando entre el barro, la llovizna y nuestra humillación. Para mí fue una rendición tranquila, algunos se hacían los pesados cuando el inglés, en español les gritaba: “Arriba las manos” y los palpaban para ver si tenían armas, entonces no los trataban tan bien, lo mismo que hubiéramos hecho nosotros con ellos. Acordate que venían de una situación igual que la nuestra, le habíamos matado gente, venían cansados, con hambre, tenían heridos.

Si vos me preguntás, Mirta, ¡yo sentí alivio de que todo terminara! porque en el fondo me parecía que se estaba matando gente de más. Fue sensato terminar la guerra ¿Para qué seguir matando gente? Ellos eran superiores en todo, se veía en la cantidad de gente. Aparte yo miraba a un inglés y lo veía bien vestido, miraba mi aspecto y veía los borceguíes destruidos, la ropa rota, el cuerpo sucio y cansado. Hay cosas que impactan en el momento. Entonces ahí sí sentí alivio. “¡Voy a poder comer un plato de comida!”. Ese fue mi pensamiento y te puedo asegurar que el de todos.

Debemos haber sido como trescientos y detrás de nosotros, muy cerca estaban las otras unidades. Fuimos sumando y habremos sido cerca de mil los que empezamos a bajar el cerro. Ellos también eran muchos, con helicópteros y vehículos a orugas. ¡Era como en las películas! ¡Igual! ¡Helicópteros volando, gente que gritaba, que va, que viene!

Nos llevaron encolumnados a Puerto Argentino y nos juntamos con los demás, ahí nos empezaron a sacar todas las cosas que pueden ser un peligro, por ejemplo, los cordones. Todo lo que puede lastimarte a vos o lastimar a otros, te dejan con la ropa puesta. Esto fue en la mañana y a la tardecita nos empezaron a separar y nos metieron en galpones grandes, por el frío, ¡Eran galpones inmensos! Y ahí vi los galpones llenos de ropa y comida, pero no se podían hacer llegar a primera línea. Eso se llama la dificultad del abastecimiento, pero se



podría haber llegado de otra forma, si hubieran pensado las cosas distintas y hubieran pasado más vehículos útiles para esa zona. Tendrían que haber llevado más material, más combustible, más leña, más trasbordo, más vehículos pesados con orugas para meterse al campo y poder abastecer. No pensaban que los ingleses iban a llegar, me parece.

Me decían algunos compañeros que escucharon que si los argentinos resistíamos dos o tres días más ellos se rendían, porque habían tenido muchas bajas.

Acá en el galpón al menos sentimos algo de calor en el cuerpo y tenemos la ropa seca. Estoy un poco más relajado, por eso me puse a escribirte con la cabeza y los recuerdos calientes. Fue demasiado lo vivido en este último tiempo. Esta mañana nos preguntábamos que va a pasar, ya llevamos dos días acá y no sabemos nada.

19 de junio

Al tercer día nos empezaron a separar para volver al continente, en distintos barcos. Subimos al barco ¡Éramos más de cuatro mil hombres! Yo me preguntaba por qué no salíamos, al rato vino un oficial nuestro y nos dio el informe de que Galtieri no quería recibirnos. ¡No quería que volviéramos al continente! Yo no sé qué está pasando en la Argentina Mirta, se comenta que Galtieri renunció ayer, pero no sabemos nada.

No sé lo que pasa... no sé el horario... no sé nada. Hoy te estoy escribiendo desde el Canberra, un barco inmenso, impresionante de grande. ¡Es increíble! ¡Hace unos días estaba combatiendo en el frente! ¡Y ayer me anotaron en una lista como ex combatiente! Es un trabajo de hormiga, somos muchos. Yo que andaba todos los días en la isla te puedo decir que somos más o menos doce mil o trece mil hombres, con la fuerza aérea, ejército, marina, prefectura, gendarmería, civiles y enfermeras. También había mujeres militares, yo vi algunas en el hospital.

Bueno, como te contaba, nos tomaron los datos y subimos al barco, nos pusieron en una piecita de a cuatro, apretados, pero estamos bien calefaccionados.



¿Te acordás de que por teléfono una semana antes de que terminara la guerra te dije que al día siguiente iba a llamar a mis padres? Pedí la comunicación, pero no pude hablar ya se había cortado todo. Creo que fue mejor, cuando llegue al continente lo llamo al viejo. En esos días no se podía comunicar nada, todo era desastre, no se sabía quién estaba delante, quién estaba atrás, quién había muerto. ¡Ni siquiera sabíamos quienes estaban vivos! Había que esperar a que volviéramos al continente para recontarnos.

Ahora estamos también muy desorientados. Ayer llegamos a Puerto Madryn ¡Qué desilusión Mirta! Nos bajaron en el puerto ¡Estaba el muelle pelado, ninguna persona nos esperaba! Lo único que había era un grupo de guardia. Habían dado la orden de que no fuera nadie, bajamos y nos encontramos con una soledad... una tristeza... ¡Por Dios! Estaba nublado ¡Y el sur nublado te envuelve de angustia! ¡Fue horrible! Hacía frío, corría viento, el panorama que veíamos era muy triste. El mar de un lado y del otro el pastizal ¡Era como seguir en Malvinas! Salimos del puerto y nos llevaron a Trelew ¡Y allí estaba Trelew! Fusionado lo antiguo con lo moderno, todos salimos corriendo a comprar pan. ¡Hacía muchísimo que no comíamos pan! ¡La gente nos daba de todo! Nos daba comida, nos ofrecía ropa, se portaron muy, muy bien. Allí nos reunieron, más o menos nos acomodaron y nos llevaron en avión hasta Palomar.

¡Me siento tan agradecido a Dios! Todo esto me ayudó a ser más creyente, más católico. Todo terminó y sé que he ayudado a mucha gente, esa era mi misión, cuando alguien caía tenía que ayudarlo, levantarlo para que estuviera bien.

Me parece escuchar a Farinella que me dice:

- No, Villegas, pará un cachito que vos sos casado, no te arriesgués tanto
- ¡Siempre me lo decía!

Debe haber sido por esa fe que yo tenía que no me pasaba nada. ¡Qué sé yo!

Años después de la guerra se supo que hubo un grupo de mujeres enfermeras de la Fuerza Aérea que casi nadie nombra. Sufrieron los mismos problemas que los hombres. Pasaron treinta y tres años para que se animaran contar sus historias y hace poco se las empezó a invitar a los actos en recordación del conflicto. Muchas de ellas aun hoy no tienen acceso a una pensión como veteranas de guerra.



Los comentarios que escuchaba Jorge con respecto a la renuncia de Galtieri eran reales. El 17 de junio, tres días después de la derrota fue obligado a renunciar. Se sabe que durante el conflicto mantuvo el aparato de propaganda para evitar que se conociera la verdad. La derrota de Malvinas debilitó al poder militar y aumentó la movilización política, obligándolos a convocar a elecciones presidenciales para el año siguiente.

II

La autora creyó conveniente narrar la primera parte de la historia de Jorge Villegas de manera epistolar para aproximar el libro a su manera de contar los hechos vividos por él. Pero a partir de su llegada a Palomar seguiremos observándolo desde la vos del narrador.

Habían llegado a Campo de Mayo el 19 de junio, se acuerda muy bien porque era el día del padre. Los habían llevado en micros desde Palomar con las ventanillas cerradas para que no tuvieran contacto con nadie. Jorge sentía que la ansiedad de poder hablar o ver a Mirta y a sus padres le consumía la poca energía que le quedaba después de días tan penosos.

En Campo de Mayo está la escuela Lemos, ahí lo llevaron, a una compañía. Le dieron ropa, se pudo bañar, cortar el pelo; pero no lo dejaban ver a la familia. Nadie sabía que había llegado al continente, ni que estaba vivo. Salió de la compañía y se cruzó con un suboficial que conocía de la escuela.

- ¡Mirá cómo estás! Si necesitas algo... —le dijo el suboficial.
- Lo único que te pido, —dijo Jorge en un tono suplicante— es que me consigas poder hablar con mi viejo un minuto, un segundo no más.

Le prestó su campera y lo metió por el casino de suboficiales.

- Hablá rápido.

Por la prisa del suboficial nos damos cuenta de que estaba desobedeciendo una orden para ayudar a su amigo.



— Hola —le tembló la voz al pensar que del otro lado estaba su padre—
Hola, papi ¿cómo andás?

— ¡Nooo! —se sintió decir del otro lado cuando Juan Villegas oyó la voz
de su hijo.

— Escuchá muy bien lo que te voy a decir —Jorge buscó frases cortas para
que su padre comprendiera— Estoy vivo. Estoy bien. Estoy en Buenos
Aires en la escuela Lemos, avísale a la mami, a la Mirta, a mi hermana, a
las tías, a todos. Después te llamo porque no puedo hablar mucho.

— Pero ¿dónde estás? ¿Te puedo ir a ver?

Jorge sabía que no lo iban a dejar entrar y se lo dijo.

Su papá trabajaba en Buenos Aires, en Lomas de Zamora y su mamá por razones
de salud estaba en Mendoza.

— Quiero que sepas que estoy bien, que no tengo nada, que estoy entero.
Ya te voy a poder contar —le repitió para dejarlo tranquilo.

— ¡Y se largó a llorar mi viejo! —le contó una tarde a Mirta mientras
tomaban unos mates.

Una guerra deja heridas terribles y en los primeros tiempos sangran
permanente, en poco más de dos meses había ocurrido todo. Jorge vivió una
guerra, vio muchos muertos y ahora no podía decirle a nadie que estaba vivo.
Los últimos días de combate sabía que estaban vivos Benítez, Percara, sus
compañeros y los que estaban cerca, pero un kilómetro para atrás no sabía
nada.

¡Nunca pudo entender ese capricho de no dejarlos ver a los familiares!

— ¡El que intente tener contacto con algún civil, será sancionado! —Les
dijo un oficial— Recuerden que estamos en estado de guerra.

Había un parque jardín grande que llegaba hasta un alambrado olímpico que
daba a la calle ¡Y allí estaban todos! Estaban los padres, los familiares ¡Y no los
dejaban pasar! ¡Teníamos guardia! ¡Los soldados que lucharon en Malvinas
estábamos custodiados!

Entonces un Sargento Ayudante ¡Grandote! Que no sabemos dónde habrá
combatido, empezó a gritarles a los guardias.



— ¡Ustedes —les decía— han estado acá! Tomando mate, calentitos ¡No miran el dolor de nuestras familias! ¡Ellas no saben si estamos vivos!

Y se fue hacia el alambrado. Un soldado con un fusil quiso detenerlo, pero todo el grupo comenzó a caminar en silencio, desafiando a los guardias hacia donde estaban los allegados de cada uno.

— ¡Bueno, cinco minutos y vuelven! —dijo. No le quedaba otra.

Siempre que uno enhebra en su historia momentos difíciles necesita el abrazo contenedor de los seres queridos. Como tantos otros, finalmente Jorge pudo encontrarse con su padre

— Qué querés que haga, hijo —su padre lo miraba dando gracias a Dios por tenerlo de regreso.

— Nada, papi —le dijo— mírame que estoy bien, yo te aviso cuando puedas venir. Andáte a casa, no vas a estar acá pasando frío. Avisá que me viste bien para que se queden tranquilos.

— Bueno, ahora si me voy mejor, porque te veo bien hijo —y se fue.

Al día siguiente les llegó la orden: “Se van a Monte Caseros, en tren. Salen de acá, no van a tener contacto con nadie van directamente al regimiento”. El tren no paraba en ningún lado ¡Pero la gente! Qué hermoso es saber que el pueblo quería recibirlos con honores ¡Todos estaban afuera, con banderas, con ropa, comida para darles! Y ellos, sacando las manos por las ventanillas buscaban recoger todas esas pruebas de cariño. ¡El pueblo argentino es lo más grande! ¡Sabían que habían llegado! Pasaron Concordia, Ubajay, Zárate, pueblos grandes, el tren no paraba, pero todos salían a recibirlos.

Mientras viajaban, contaban anécdotas, se reían, lloraban, es curioso como el hombre puede relajarse y seguir teniendo esperanzas. Aún no sabían que la guerra los había afectado, tampoco que la política no iba a intentar buscar caminos para atenuar lo vivido. Porque es fácil explotar un acontecimiento tan grande y olvidar los murmullos, que intentan gritar lo que sienten en los cuerpos. Olvidar la fatiga de los gritos, del horror, de la injusticia. Los hombres buscan una garantía para que sus vidas sean menos dolorosas y los gobiernos buscan olvidar que hubo una guerra con seiscientos cuarenta y nueve muertos.



Otras situaciones han salido de la guerra, como los suicidios, que aún hoy sabemos siguen ocurriendo. Después de más de treinta y cinco años, el fantasma de lo sucedido en Malvinas sigue ensangrentando el país. ¡Han muerto más ex combatientes por suicidio que en el campo de batalla! Héroe que no encontraron la contención para sanar las profundas heridas. Heridas que fueron haciendo raíces. Héroe que quedaron para siempre como representantes de un hecho oscuro, en una sociedad que lucha por olvidar. La necesidad de estos seres en sanar su pasado es la misma que todo hombre busca para que su alma repose.

Tampoco podemos dejar de pensar en las cosas tremendas que deja una guerra, toda la miseria humana queda en aquellos hombres que volvieron con sus cuerpos amputados, con la razón perdida y quedaron así para siempre. Muchos veteranos permanecen en el Hospital Militar de Campo de Mayo, en Buenos Aires, detrás de una muralla impasible. Estas situaciones las comprenden aquellos que viven con el olor a guerra y que no pueden desprenderse de él. ¡La guerra existió y dejó su pisada marcada a fuego en sus corazones!

Volvamos a la situación de la que hablábamos hace unos momentos. Llegaron a Monte Caseros ¡Y allí sí! Mientras la banda tocaba, el pueblo empezó a aparecer por las calles ¡Era impresionante la gente que había! Gritaban, lloraban, aplaudían. Ingresó el tren por las vías hasta el regimiento, no dejaban a la gente que se acercara, permanecían a unos trescientos metros. ¡Todos estaban allí! Los hicieron bajar y formar por compañía. Les tomaron las declaraciones correspondientes del regimiento y las de la Cruz Roja Internacional y les dijeron: “Dentro de 10 minutos se va a permitir dejar entrar a los familiares directos nada más”. ¡Finalmente Jorge pudo encontrarse con Mirta! Ese encuentro, junto con el de sus padres es lo más grande que Dios le ha regalado.

Unos días después llegó Ema, su mamá, para ver si realmente estaba bien.

Fue muy triste ver esposas buscando a sus maridos o padres que no encontraban a sus hijos. Algunos no volvieron, otros llegaron por Uruguay. Ese fue el caso del pelado Schan, un enfermero muy amigo de Jorge ¡A las dos semanas apareció el pelado!



Murieron muchos del regimiento donde estaba Jorge. Días después tuvo que ir a ver a la madre de un soldado que era su amigo, Aguilera de apellido. Menor que él, soltero, jugaban al fútbol juntos. Cuando le tocó hablar con ella no sabía dónde pararse. ¡Tenía más miedo que en la guerra! No sabía cómo enfrentar la situación, no sabía qué decirle ¡Pero estaba tan templada esa mujer, tan fortalecida! Esa es la fe humana, es el sentimiento de una persona, ella había asumido todo lo que pasó.

Cuando murió Aguilera en combate, fue Jorge quien tuvo que buscar su cadáver. Apenas lo miró supo que era él, reconoció sus cosas, después vio la medalla, le había caído una bomba arriba. Esos días estuvo mal, muy mal. Sintió muchísimo la muerte de su amigo, no dormía, no podía creer que había estado con él tres horas antes.

De a poco vamos conociendo cómo es el carácter de Jorge.

Recorriendo su historia podemos decir que aun hoy contempla con orgullo el valor de los soldados, eran casi diez años menores que él y los vio actuar como adultos. Solo quien ha estado cerca de estos soldados correntinos puede hablar de su valor y de cómo quedaron marcados con las miserias de la guerra.

A todo esto, Mirta, recién casada aprendió en esos meses, a fuerza de sufrimiento lo que era estar casada con un militar, vivió esa época como la mayoría de las mujeres, en la casa que tenían en el barrio militar. Que sus padres vivieran en Monte Caseros y que estaba estudiando le ayudó mucho para poder vivir ese momento angustiante.

La vida pareció normalizarse para la pareja, al año siguiente nació su primera hija y Jorge cumplió su promesa, anotó a su hija en el Registro Civil con el nombre de Érica Roberta.

Estaba en una unidad de combate donde todos eran excombatientes, había muchos problemas. Cuando en 1984 comenzaron las revueltas, Jorge pidió el traslado. Allí empezó a verse el sufrimiento y los desórdenes psicológicos que había dejado la guerra.

— Mirá —le dijo el jefe— van a empezar a dividir a los excombatientes.
¿Te gusta algún lugar?



Conocía Mendoza desde niño y le gustaba mucho. Le preguntó a su esposa para que la decisión fuera de los dos ¡Estaba enloquecida, dijo que sí al momento! Corrientes es muy distinto.

— Me gustaría Mendoza —le dijo a su jefe.

Al tiempo llegó el nombramiento para el pase y el teniente Agarte le dice: “Te va a salir el pase para Mendoza Villegas”.

Cuando llegó sintió la tranquilidad de salir de allí, pero también la angustia de llevar a un lugar tan lejos a su familia. Alejarse de los padres de Mirta debe haber sido doloroso porque eran muy unidos. Pero siempre en la vida se toman decisiones y cuando son pensadas y guiadas por las buenas intenciones todo sale bien.

El pase decía Tupungato, era un lugar que desconocía. Mientras él se presentaba en el regimiento y buscaba alojamiento para la familia, Mirta se había quedado en Buenos Aires con la mamá de Jorge, que se había agravado. Como todos sabemos la vida tiene su fin, muchas veces queremos aferrarnos a ella, pero es Dios quien dirige el destino de los hombres. La madre muere en febrero de 1985, cuando ellos empiezan una nueva etapa. Cambian la vida en una zona litoraleña por el paisaje desértico de Mendoza. Las amistades se tuvieron que rehacer y en la vida familiar eran solo ellos y la pequeña Érica Roberta, alquilaron en la Villa, después vivieron en el barrio militar y a los cinco años de estar en Tupungato pudieron acceder a la casa de un barrio. En 1986 nació Roy.

— Estamos tres o cuatro años y nos vamos— le decía a Mirta.

En los primeros tiempos les costó muchísimo llegar a la gente, pero empezó a gustarles la tranquilidad y el cariño que fueron recibiendo ¡Un tesoro es Tupungato para vivir! Como lugar, como paisaje, las personas, la tranquilidad. Tiene muchas cosas lindas, el que viene de afuera la ve y las valora.

Algún tiempo después de la guerra, antes de llegar al Regimiento 11 de Infantería, Jorge tuvo una reunión donde algunas respuestas aclararon los interrogantes que se estaba planteando desde la época de Malvinas. Debe ser muy complicado andar por la vida escuchando que cerca de uno se dicen



muchas cosas y no saber responderlas. ¿Por qué el Regimiento 4 que es zona de llanura fue a combatir a Malvinas? Por ejemplo, el borceguí de los correntinos es de goma y bajito, en la zona de montaña es alto, con tacón, porque tiene que meterse en la piedra, la nieve, la ropa es distinta, las carpas son distintas ¿Por qué fueron a combatir regimientos del litoral y no los de frontera? Allí se enteró que había una aparente movilización del lado chileno. Las unidades fronterizas debían cuidar la zona, por eso el área de frontera no combatió en las islas. Quedaron las brigadas de Mendoza y de todo el sur cuidando los límites.

Como dijimos al principio todo regimiento está preparado para la guerra, las unidades están preparadas para su zona, no es lo mismo pelear en Malvinas que en Salta. Así es la situación y la manera de manejarse que tienen las fuerzas armadas de un país. Parece que parte del regimiento de Tupungato, fue movido a Neuquén, al límite con Chile, estaban alistados también para ir a Malvinas. Iban con los equipos, aviones, con todo, ellos tuvieron tiempo de armarse más. “Nosotros no, metimos todo como pudimos y en el camino nos fuimos armando”, contaba Jorge.

Cuando se cortó el puente aéreo, se cortó el abastecimiento. Faltaba pasar armamentos, vehículos pesados, tanques.

Tiempo después de Malvinas, un compañero le contó cómo un cura que estaba con ellos en el momento de la rendición, salvó la bandera del regimiento. Al ser sacerdote no lo revisaban tanto. Envolvió la bandera en su pierna y la enyesó, fingiendo una fractura “¡Y así trajimos la bandera!”, le dijo el militar lleno de orgullo.

Esa es la bandera de guerra original del regimiento de Corrientes. Está manchada con sangre y muy destruida, se saca para el acto del 2 de abril, una vez al año. Se busca un abanderado y dos escoltas de los que combatieron en Malvinas para el desfile. Años atrás le tocó a Jorge ese honor junto a la mamá de Aguilera.

Volvamos a la historia de Jorge más actual y veamos cómo fue desarrollándose su vida y su carrera militar. Tuvo tres comisiones al extranjero. Primero fueron 8 meses a Croacia en 1992, 10 años después de Malvinas. En el 1997 se preparó



y fue a Chipre, la tercera isla más grande del mediterráneo, hablan turco y griego. “¡Es imposible entender lo que dicen!”. Suele comentar Jorge. En 2001 estuvo en Medio Oriente, en la parte de Irak-Kuwait por el problema de Saddam Hussein con el petróleo. Eran parte de las misiones de paz de los Cascos Azules.

Nadie lo obligaba, se anotaba el que quería ¿A qué fue a Croacia si sabía que era complicado? Yugoslavia es un país que se dividió y sus provincias pasaron a ser países. Empezaron a tener problemas limítrofes, en especial entre los serbios y los croatas. Debían tratar de mantener la paz entre las dos naciones a pesar del odio que existía entre ellos. ¿Jorge veía el peligro? Porque vigilar una frontera en litigio o dar seguridad en zonas con conflictos no siempre son situaciones donde sobresale la paz. Muchas veces se hacen cosas por el deseo de vivir una aventura y de conocer lugares nuevos. Jorge analizaba el bienestar económico de la familia. Tenía una casa nueva, pero sin piso ni revoque en las paredes y pensó en lo bien que le vendría el dinero que recibiría por ir. Mirta estuvo de acuerdo y se dedicó esos meses en que él no estuvo a embellecer su hogar. No todo fue trabajo en Croacia, durante unas vacaciones, Naciones Unidas les puso un micro para conocer Europa casi sin gastos.

Cuando salió la posibilidad de ir en comisión a Kuwait, le pidieron que fuera y con eso dejaron asegurado el estudio de Érica y Roy.

Fue una época muy singular para él, cuando pasaba por el desierto para ir a Irak, donde todo es arena y solo se ven las llamas de fuego de los pozos de petróleo, se emocionaba. Sentía el suelo estéril en su piel, con las mismas tormentas de polvo y el mismo calor seco que vio en tantas películas. ¡Imaginaba que estaba dentro de algún pasaje bíblico! Los hombres caminaban con sus corderos por las calles apoyándose en un palo, la vestimenta era como en la época de Jesús. “¡Es una cosa increíble!” le decía a Mirta cuando la llamaba por teléfono. “Viven en la misma pobreza que hace dos mil años, no avanzan, no tienen tecnología”. Muy cerca, cruzando un río están los kuwaitís y allí se ven las desigualdades, donde el hombre por ambición divide países y construye murallas. “¡Vos no te imaginás la plata que manejan!”, le contaba a Mirta.

Quería contarle todo cada vez que hablaba con ella.



— Es muy chiquito Kuwait —le decía— ¡Pero tiene todo el petróleo! Justo donde empieza su territorio hay una bajada y es allí donde el petróleo se amontona, es más fácil para los kuwaitís sacarlo. Tienen una petrolera inmensa, barcos y barcos ¡Te cansás de ver barcos petroleros! Cargan y salen, cargan y salen.

Escuchando a Jorge vemos la diferencia entre los habitantes de los dos lugares, unos tienen toda la tecnología y la riqueza y otros viven en la pobreza y el desconocimiento. El otoño de 1982 y el otoño de 2002 son muy diferentes para él y sin embargo en los sucesos del mundo nada ha cambiado. Los pueblos siguen luchando por el poder y la riqueza y las tormentas de polvo, el frío de las noches y la sequedad de los días siguen siendo iguales en Kuwait y en Irak. Como el frío y la lluvia sigue habitando en Malvinas.

También podemos ver que algo alejados de la ciudad viven muchos hindúes, ellos son la mano de obra de los kuwaitís.

— Allí parece que estuvieras en la India, Mirta —le contaba Jorge cuando la llamaba— andan las vacas caminando entre la gente. Viven como se ve en las películas, nada más que súmale el olor y todas esas cosas. Caminan descalzos, comen con la mano, orinan en las calles.

Toda esa realidad la veía cuando pasaban vigilando la zona, estaban lejos de ese lugar, en el desierto. En medio del desierto estaba la unidad. Ponen unos containers blancos muy grandes, con comedores, aire acondicionado, parecen hoteles con todo lo que se necesita para vivir, todo de primer nivel.

Su historia continuó entre actividades militares, ascensos al Aconcagua y al cerro Negro entre otros, conoce mucho la zona de montaña, nunca tuvo problemas.

En los primeros años en Tupungato nadie sabía de su actuación en Malvinas. ¿Por qué al principio no se los reconocía como excombatientes? La indiferencia y la falta de reconocimiento duró hasta mediados de la primera década de este siglo, cuando comenzaron a pagarles también a los sub oficiales y a los oficiales la pensión nacional ¡Le costó a la Argentina más de veinte años reconocer que ellos también son héroes de la guerra!



A partir de esa época se empieza a tener otra mirada. El dos de abril lo determinan como el día del Veterano de Guerra y de los Caídos en Malvinas. Tupungato tardó mucho más en invitarlos a los actos protocolares y rendirles el homenaje que se merecen.

El 29 de febrero de 2011 fue su último día de actividad. Se jubiló con el grado de Suboficial Mayor. Ya lleva varios años retirado.

— Porque nosotros somos retirados —aclara Jorge —te voy a decir porqué. Nosotros somos Retiro Efectivo, en caso de que haya algún problema y tengan que movilizar el regimiento nosotros cubrimos el lugar de la gente que se va. Si ocurre una guerra es nuestro deber ir al regimiento.

Creemos necesario terminar este relato con las propias palabras de Jorge:

“Le pido a Dios que podamos vivir en paz, una paz buena, no sé si de tener abundancia, pero sí una paz interior para dialogar mucho con Dios, que es el que nos va a acompañar en el tramo final. Jesús nos enseñó que primero hay que pasar por él para que el Padre nos escuche. Pido para que la vida me siga regalando las cosas lindas que me da, como dije al principio y en lo que es la guerra me va a juzgar Dios. A mí me han preguntado mil veces si yo maté gente o no maté. No lo puedo decir. No es que no quiera, pero los combates eran nocturnos y estábamos frente a frente y eso era un desastre. Y sí lo he hecho, era un mandato que no es divino, porque la guerra no la manda Dios, la mandan los hombres, lo que he tenido que hacer fue por cumplimiento del deber. No sé cómo explicarlo si tuviera que pedir perdón, por eso siempre voy a decir que es Dios, con su misericordia infinita quién me va a juzgar.

Quisiera que esta generación y la que vendrá, sepan defender con honestidad y trabajo este hermoso suelo que es la Argentina. Respetar sus valores y sobre todo su soberanía, el Himno Nacional, la Bandera, la Escarapela.

Es el deseo de uno de tantos argentinos que pusimos al servicio de la patria lo más preciado que Dios nos dio. LA VIDA”.





Jorge Villegas



